BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

8

RAMON PAEZ

ESCENAS RUSTICAS EN SUR AMERICA

O LA VIDA EN LOS LLANOS DE VENEZUELA

FUENTES PARA LA HISTORIA REPUBLICANA DE VENEZUELA

CARACAS - 1973

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

8

Director de la Academia Nacional de la Historia:
Cristóbal L. Mendoza

Comisión Editora:

Ramón J. Velásquez
Presidente

Guillermo Morón
José Carrillo Moreno
Pedro José Muñoz
Ildefonso Leal

Director de Publicaciones:
Guillermo Morón

Coordinador:
Antonio Arellano Moreno

ESCENAS RUSTICAS
EN SUR AMERICA
O
La Vida en los Llanos de Venezuela

José Antonio Páez - Litografía de François D'Avignon, 1858

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

8

RAMON PAEZ

ESCENAS RUSTICAS EN SUR AMERICA

O

La vida en los Llanos de Venezuela

Obra escrita en inglés por Ramón Páez,
hijo del General José Antonio Páez

TRADUCCION DEL DR. FRANCISCO IZQUIERDO

EL PRESENTE VOLUMEN HA SIDO EDITADO BAJO EL PATROCINIO
DE LA GOBERNACION DEL ESTADO COJEDES

CARACAS / 1973

Copyright by
ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
Caracas, 1973

Impreso en Venezuela por Editorial Arte / Caracas

INTRODUCCION

EL LLANO QUE DESLUMBRO A RAMON PAEZ

Como lo afirma su traductor, Francisco Izquierdo, dos ediciones en inglés, una en francés y dos en castellano se han hecho de este libro de Ramón Páez, hijo del héroe de Carabobo y fundador de la República de Venezuela, General en Jefe José Antonio Páez. De tal manera que ésta, que se publica con motivo del centenario de la muerte del Centauro en la colección "Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela" que patrocina la Academia Nacional de la Historia con la ayuda de instituciones oficiales y privadas, viene a ser la quinta edición de las "Escenas Rústicas en Sur América o la Vida en los Llanos de Venezuela", título sumamente ambicioso pues el contenido de la obra nos revela solamente las escenas que contemplara su autor en parte de los llanos de Apure y Barinas. No estando reflejadas en sus páginas las escenas y los trabajos que se producen en la totalidad de los llanos venezolanos, menos aún pueden estar los de Sur América, aunque muchas de las aquí narradas coincidan con las de la pampa argentina y otros países del Sur.

"Tuve la suerte, hace varios años —no necesito decir cuántos— de encontrarme en medio de aquellas tierras cuyas salvajes escenas me propongo hoy describir", dice en el prefacio a la primera edición publicada en idioma inglés en la imprenta de Charles Scribner el año de 1862. Y esta explicación es una especie de compromiso con el lector que el escritor cumple incurriendo en el vicio de ultrapetita, pues además de estar allí pintado el llano que él miró "en toda su espléndida grandeza legendaria", le agrega unos capítulos o más bien unos panfletos llenos de virulentas diatribas, de falacias y de injuriosos epítetos contra los adversarios de su ilustre padre, que nada aportan a la obra y muy por el contrario le restan altura, prestancia y unidad.

En un primer momento estuve tentado de proponer ante la Comisión Editora de estas fuente bibliográficas la eliminación de estos capítulos; pero luego de una muy sosegada meditación he desistido de mi intento, primero, porque tales denuestos obedecen a una contienda política sobre la cual ya ha recaído la prescripción centenaria capaz de borrar cualquier indicio de culpabilidad, y segundo, porque para 1869, cuando la Revolución Azul hace que los Monagas vuelvan a recobrar el poder, se publicó la segunda edición en castellano de las "Escenas Rústicas", esta vez mutilada por razones obvias,

y no creemos que hoy sigan vigentes los motivos que en aquella oportunidad indujeron a realizar la mencionada expurgación.

Tal vez por haber carecido de ella en su juventud, preocupaba grandemente al General Páez la educación de sus hijos. El hablaba lleno de satisfacción del doctorado en Derecho alcanzado por José Manuel con altas calificaciones. A Ramón, nacido en la isla de Achaguas, lo trae a Caracas tan pronto como le es posible; lo interna durante tres años en el Colegio de la Parroquia La Merced, célebre por sus drásticos métodos educativos; lo hace estudiar latín con el maestro Calixto Madriz y más tarde inglés. Luego lo envía a España donde adquirirá nuevos y más profundos conocimientos y desarrollará su permanente afición por la Botánica. Regresa al país y para mediados de 1839 sale nuevamente ahora rumbo a los Estados Unidos a perfeccionar su idioma adoptivo y a hacer contacto con ambientes y personajes que influirán mucho en su vida futura y en su formación humanística. En Inglaterra hará amistad con importantes figuras de la política y la cultura. Uno de esos amigos, Lord James Butler, posteriormente Conde de Ormont, le hará compañía en esa caravana por los llanos que realizara en compañía del héroe de Carpa y numerosas personas de su círculo social, así como también de una bien nutrida servidumbre.

Coincide el viaje de Ramón Páez a los Estados Unidos con el inicio del segundo período presidencial de su padre (1839-1842), período éste que se caracteriza por una marcada tendencia a reivindicar la proscrita figura de Bolívar cuyos restos regresan a la Patria al final de su gestión administrativa y por el afloramiento a la vida político-social del país de las ideas liberales divulgadas especialmente en el periódico "El Venezolano" de Antonio Leocadio Guzmán y concretadas como programa de lucha en el partido que jefatura este combatiente periodista popular junto con otros prohombres del nuevo credo, tales como Felipe Larrazábal, Tomás José Sanavria, Valentín Espinal y demás seguidores del liberalismo doctrinario que en muy pulidos escritos preconizaba ese "Venerable Patriarca" llamado Tomás Lander. Todo este movimiento surge como una reacción contra el estado de cosas que mantenía la espada, hasta entonces invencible, del León de Payara, y su influencia llegará a ser tan decisiva en la vida nacional que cuando regresa Ramón Páez de Norteamérica queda estupefacto ante la dura polémica que sostienen liberales y conservadores, gobierno y oposición, de potencia a potencia, sin miramiento alguno a las glorias del "Ciudadano Esclarecido". Es para esta época y en estas circunstancias cuando el joven Páez va a presenciar y a describir las "Escenas Rústicas" de los llanos de Apure y Barinas y a eso se debe, indudablemente, el que esta obra nos resulte un mosaico de paisajes, tradiciones, folklore, anecdotario, costumbres, flora, fauna, ríos, sabanas, indigenismo, pasajes de la Independencia tomados a la letra de Baralt y Díaz, los hatos y la estructura de la explotación ganadera, el carácter y las diarias hazañas de los llaneros, sus creencias y supersticiones, los lances de caza y pesca, la doma de caballos salvajes, los rodeos y las hierras, los pasos de ríos en plena época de lluvias, la conducción de rebaños por dificultosos caminos, los trabajos en las cimarroneras, los joropos

y sus picarescos cantadores, las guerras civiles y, a cada paso, las encendidas catilinarias contra los opositores del General Páez, no todas las veces asistidas de la razón y la verdad, como ya hemos advertido.

A través de la lectura de este libro se nota en Ramón Páez más inclinación por el fenómeno cultural, artístico y científico que por la cuestión meramente política; pero el acendrado afecto y admiración que profesa a su ilustre progenitor, lo hace incurrir en estas discordancias que, como hemos repetido varias veces, rompen el equilibrio y la armonía del relato fundamental.

Ignoramos hasta qué punto el traductor nos trasmitió la euforia juvenil con que el autor pintó el gran espectáculo de esa llanura venezolana, en toda su fuerza primitiva, en toda su vital intensidad. No creemos que la traducción haya diseñado cabalmente el deslumbramiento de Ramón Páez frente a ese llano que le vio nacer y al cual regresaba para sentirlo, vivirlo y así poder llevárselo y presentarlo en otros ambientes y otras lenguas gracias a su triple condición de escritor, naturalista y dibujante; pero esta traducción es la única que permite, a los que no pueden leer el libro en su idioma original, acercarse a este venezolano en el trance supremo de reconstruir el escenario donde, en los dramáticos momentos de la lucha emancipadora, el temerario lancero de "Las Queseras del Medio" llenara nuestra Historia de proezas que todavía recuerda la Patria agradecida con muy justificada admiración.

Al final de esta obra hay un apéndice que incluye oraciones, letras de "corríos" llaneros, apuntes de varios autores sobre diversos aspectos del llano venezolano y notas críticas del traductor a varios de sus capítulos, que consideramos de importancia ilustrativa y de verdadero sentido orientador.

Sean bienvenidas, pues, las "Escenas Rústicas" de Ramón Páez en el momento en que Venezuela toda se apresta a conmemorar dignamente el centenario de la muerte de ese gran adalid de nuestra Independencia y gran republicano que fue el General en Jefe José Antonio Páez.

Caracas, 31 de enero de 1973.

JOSÉ CARRILLO MORENO

PROLOGO

Venimos a ofrecer a los amantes de la Bibliografía Venezolana, la primera traducción al castellano de la obra editada en inglés por su autor, Don Ramón Páez, bajo el título de "Wild Scenes in South América or Life in the Llanos of Venezuela", obra que vio la luz pública, en New York, el año de 1862, en la imprenta de Charles Scribner, en cuya misma casa se hizo una segunda edición en 1868, la cual sirvió para la mutilada traducción francesa que de ella existe.

Para nuestra empresa nos hemos servido de la de 1862, por ser esta la verdadera obra original completa, en tanto que, por curiosas y explicables razones políticas, relacionadas con la Revolución que se llamó Azul, la segunda edición sufrió tan serias supresiones, que perdió casi la mitad de su primitivo texto, y con ello la parte dedicada a hacer resaltar por encima de todo y de todos, los méritos del ilustre padre del autor, el General José Antonio Páez.

Para todo lector familiarizado con la historia de Venezuela, no es menester la menor advertencia sobre los juicios y opiniones de Ramón Páez, quien con manifiesta inquina partidaria, tortura a su capricho la verdad de muchos de los hechos que narra; los cuales escribió más como hijo, que como historiador verídico e imparcial. La particular e interesada tesis del autor se sostiene en toda esa segunda parte de su obra, y en ella se considera a su padre en las dos etapas de su vida pública: la de soldado de la Independencia, donde tantos laureles hubo de segar con singular arrojo y fortuna; y la de Jefe de Partido después de la separación de Venezuela de la frágil amalgama política de la Gran Colombia que, si en plena guerra emancipadora fue a manera de maravilloso instrumento para el triunfo del ideal de independencia en las propias manos de su genial creador, el Libertador Simón Bo-

lívar, consumada la victoria de la causa patriota en Ayacucho en 1824, tornóse por la ineludible fuerza de las cosas, en levadura de fatales discordias, y en causa de tan lamentables sucesos como la conspiración de septiembre; la Dictadura de Bolívar y su destierro; el crimen de Berruecos; y los excesos del Congreso de Valencia.

Los juicios de Ramón Páez sobre su padre y sus adversarios políticos no están en su mayoría de acuerdo con los emitidos por la posteridad, y aun cuando la historia completa e imparcial de los sucesos en medio de los cuales discurrió el agitado vivir del vencedor de Carabobo, no ha sido escrita aún como la importancia del asunto lo demanda, la presente generación, extraña a las enconadas luchas de añejos partidos, ha comenzado a ver claro en medio de la confusa mezcla de opiniones favorables o adversas, no siempre libres de intereses de facción o de algún modo interesadas, que en herencia nos dejaron los hombres de aquellas épocas genésicas y fundamentales. En estos puntos, como en otros muchos, el avisado lector sabrá hacer las rectificaciones del caso y juzgar con ilustrado criterio de los juicios del autor. Advertido ya de ese modo podrá apreciar el alcance de las aseveraciones que el celo banderizo dictara a la pluma de Ramón Páez, y aun cuando bien hubiera querido el traductor intentar poner las cosas en su lugar, no lo ha creído conveniente, temeroso de aumentar con sus aclaraciones el tamaño de la obra, dejando para el futuro, si hubiere ocasión para una segunda edición de la *Vida en los Llanos de Venezuela,* esa interesante tarea de anotar y comentar el libro de Ramón Páez.

Con lo expuesto cree el traductor cumplir con su conciencia haciendo las anteriores observaciones, y también se apresura a manifestar, que en su dificultosa tarea se ha esmerado, en lo posible, no obstante su visible incompetencia, en traducir el cabal pensamiento del autor con la mayor fidelidad; esto en cuanto al fondo, porque en lo relativo a la forma, sí se ha permitido incluir las escasas notas del original en el texto, y agregar un capítulo de la segunda edición titulado "Caza de Jaguares", a continuación del llamado "La Cimarronera".

Las hermosas y típicas ilustraciones del original, no han podido reproducirse, porque a pesar del empeño habido para ello, el estrago que el tiempo ha hecho en ellas no permite su reimpresión en fotograbado. Esto constituye una real y sensible pérdida para los amantes de las costumbres añejas del país, porque a la perfección técnica del dibujo, se aúna en esas ilustraciones el más vivo realismo de las escenas que se representan, retratando fielmente cuanto constituyó la peculiar apariencia de la vida ruda y pintoresca del llano antiguo en el plano de las humanas actividades, completamente olvidadas unas, y trocadas otras en ejercicios que no sostienen con ventaja el parangón con las primitivas, de las que no son sino a manera de pálidas y adulteradas figuraciones.

El imponente marco de la llanura ilimitada y salvaje, aún está allí en toda su espléndida grandeza legendaria. Ya pasó la Edad Heroica de la Pampa Venezolana; ya el flexible alvarico no se ajusta a la lanza fulmínea y gloriosa; los tiempos son de trabajo y no de combatir, pero esa tierra que supo ser custodia de la Libertad, tiene la gloria de haberla sellado en Carabobo, y el orgullo de haber estampado en el escudo de la Patria Libre, la silueta del potro que galopa en sus sabanas como símbolo viviente de los destinos de una Raza inquieta, cuyo porvenir se dilata en los anchurosos horizontes del futuro.

Terminaré manifestando que, el interés que este trabajo de traducción ha despertado en el traductor por las singulares manifestaciones de la vida en los Llanos de Venezuela, ha sido parte muy principal para inducirlo a compendiar en una obra que prepara, cuanto el cariño por esas tierras le ha sugerido, en la esperanza de que los estudios a ellas consagrados, puedan servir para impulsar su desarrollo económico, y el pingüe disfrute de una prosperidad no soñada hasta ahora, pero latente o a medio despuntar en el seno de aquella naturaleza hermosa, fecunda y bravía.

Caracas, junio 21 de 1929.

PREFACIO

Tuve la suerte, hace varios años —no necesito decir cuantos—, de encontrarme en medio de aquellas tierras cuyas salvajes escenas me propongo hoy describir. Muchos años antes, había tenido la fortuna de haber sido enviado por mis padres a Inglaterra, para terminar mi educación bajo la tutela de los doctos Padres del Colegio de Stonyhurt.

Tuve allí el placer de conocer al inimitable autor de Viajes en Sur América, Charles Waterton, Esq., quien en años pretéritos también había sido alumno de la célebre institución, y cuyo libro desde entonces fue mi lectura favorita, atraído por las gráficas descripciones de animales y cosas, bien pronto para mí familiares.

Las obras del distinguido viajero, Barón Von Humboldt, quien dio primero a conocer aquellas regiones al mundo civilizado, también fueron para mí fuente inagotable de científicas delectaciones, desarrollándose en mí un gusto precoz por la historia natural y las maravillas físicas de mi tierra nativa.

De regreso a mi patria, al instante dirigí mis pasos hacia "aquellos espesos bosques, donde rugientes tigres acechan su indefensa presa", ansioso de estudiar a la Naturaleza en su propio santuario, pero, debido al desgraciado estado político del país, no gocé mucho de mis anhelados sueños de explorarlo en toda su extensión. Obtuve, sin embargo, gracias a mis correrías por los Llanos, las suficientes informaciones como para ampliar una materia escasamente tratada por los viajeros.

Habiendo estado así en contacto desde mis primeros años con las escenas que forman el texto de la presente narración, la presento al público, confiado más en la indulgente y proverbial generosidad de la raza anglosajona hacia los extran-

jeros, que en mi propia competencia para llevar a cabo la difícil empresa. Séame permitido expresar aquí mi más sincero agradecimiento hacia Mr. Alexander Cotheal y demás amigos, por las fatigas que han tenido corrigiendo en el manuscrito las imperfecciones del idioma. A Mr. Frederick Melby, artista danés de gran mérito, quien no ha mucho visitó los Llanos y otras regiones de Venezuela, le debo la bondad de haber puesto a mi disposición su valiosa colección de dibujos, los que junto con otros hechos por mí en mis viajes, han sido hábilmente utilizados por Mr. V. Nehlig para las ilustraciones que acompañan esta narración, y que con tanta fidelidad retratan las cosas.

Nueva York, agosto de 1862.

CAPITULO I

LA SALIDA

En una hermosa mañana de Diciembre del año de 1846, una alegre cabalgata, o mejor, un conjunto heterogéneo de las castas que componen la masa de la población de la República de Venezuela, atravesaba las calles de la bella ciudad de Maracay dirigiéndose hacia el camino de los Llanos de Apure, célebre región, famosa por sus peligros, escenas salvajes, y por las muchas proezas de que ha sido teatro. Allí poseía el padre del autor inmensos hatos, y los miembros de la caravana se prometían gastar el resto de la estación veraniega, de caza entre los indómitos rebaños que constituyen la riqueza y el comercio de esta bravía región.

Nunca podré olvidar las vivas impresiones de aquel día; y ellas constituyen uno de los más gratos episodios de mi vida. Bien recuerdo los pintorescos y variados trajes de los jinetes, sus cobijas rojas y azules flotando al viento al galopar por las calles inusitadamente animadas; despidiéndose de los amigos, y llenando sus alforjas de cuantas provisiones se requerían; el patear y relinchar de los caballos, los adioses de despedida y los pañuelos agitados por encantadoras morenas, al desfilar bajo las ventanas y balcones de la Calle Real llena de ansiosos parientes, amigos y novias, de más de un galante caballero en riesgo de no volver jamás del distante y peligroso viaje. Debo confesar que aun cuando pesaroso por separarme de nuestros románticos lares de los Valles de Aragua, era tan grande mi deseo de visitar la tierra del toro salvaje y del caimán, que muchas noches antes de nuestra partida, sólo soñaba con las selváticas escenas y los terribles encuentros con los Señores de las Sabanas.

El sistema de explotación de un fundo pecuario en Sur América, es absolutamente diferente al empleado en el pací-

fico ambiente de las Praderas de Norte América. Aquí el ganado habituado desde que nace a la voz amiga del hombre, es pronto en obedecer sus mandatos y en seguirlo instintivamente a donde lo quiera conducir. En las llanuras de la América del Sur, al contrario, los rebaños no oyen otras voces que las sublimes de la Naturaleza: el trueno de las tempestades; la torrentosa lluvia que despierta a caimanes y otros reptiles de su periódica letargia veraniega, y los rugidos y variados gritos de las bestias salvajes respondiéndose entre las tinieblas. Vagando libremente los rebaños por las extensas llanuras, para el señalamiento y marca de las crías que allí se multiplican asombrosamente, es necesario reunirlos de tiempo en tiempo. Si no se hiciera así se dispersarían de tal manera en las inmensas sabanas, que se perderían sin poderse reclamar.

Esta operación no puede verificarse sino a costa de un gran número de hombres y caballos, perfectamente diestros aquellos y estos, y muy familiarizados con esta semi-salvaje faena. Contábamos para ello con un verdadero aunque pequeño ejército de llaneros, nativos de las sabanas, las únicas gentes capaces de practicar con éxito las arduas tareas del caso, y propias a estas labores de la ganadería.

Nuestra comitiva se parecía mucho a una caravana oriental. Formada estaba por más de cien personas de toda clase y color; desde las blancas y rubicundas caras de alegres hijos de Inglaterra, hasta los azabachados rostros de los nativos de Africa, reinando entre todos una gran fraternidad como si hubieran todos nacido de una misma raza.

Organizados como para una campaña militar, formábamos un núcleo al que debían agregarse los refuerzos escalonados a lo largo del camino.

Nuestro Jefe, el General Páez, había adquirido desde su infancia un gran conocimiento y práctica de estas expediciones. Poseía además la rara condición de ser, en opinión de muchos, "el primer jinete de Sur América", y el más perfecto llanero de la República. Para asegurar el más feliz éxito de la expedición, había tomado las más acertadas disposiciones. Meditado había sobre cada persona y cada cosa, con el mismo escrupuloso cuidado que había desplegado cuan-

do mandaba a las legiones durante la larga lucha por la libertad de su país; distribuyendo los caballos de acuerdo con los deberes de cada jinete, y cada carga según las fuerzas de las bestias destinadas a transportarlas.

Después del Jefe, la persona más importante era el Médico Cirujano, cuyos valiosos servicios deberían ser requeridos frecuentemente. No teníamos entonces que temer a las balas, pero nos íbamos a exponer a no menos peligrosos enemigos, tales como toros, serpientes y caimanes, sin contar con los pestíferos pantanos de la comarca.

Seguía al Doctor, el Tesorero, al que incumbía la seguridad de la caja de la expedición, conteniendo varios sacos de dólares de buena ley, y del bagaje consistente en cobijas, pañuelos rayados de un modelo especial, muy usados por los llaneros, amarrados a la cabeza, cuchillas, machetes y varios otros artículos para cambios que los llaneros aprecian mucho más que el dinero, y por los que realizan los más rudos trabajos con exposición de sus vidas.

Me habían sido encomendadas las honrosas funciones de Secretario de la expedición, cuya grata labor consistía en llevar el diario de cuanto ocurriera, y de tiempo en tiempo, el de las noticias de la política en general. Dos ingleses, entre otros, me servían de auxiliares. Uno era un pintor distinguido, y el otro un amigo de los ejercicios violentos.

Como no éramos lo suficientemente prácticos en las rudas faenas del pastoreo, debíamos contentarnos con el cuido de las reses mansas del Hato, y con la caza de los pequeños animales de las sabanas.

Mencionaré también a dos otros individuos que, si no llenaban cargos tan elevados como los precedentes (se trataba del cocinero y del lavandero), eran muy necesarios para nuestra comodidad, aun cuando no éramos muy exigentes, ni en cuanto a vestidos ni en lo referente a los sabrosos platos de los Llanos, donde saboreamos los beafsteak al natural, con tanto o mayor gusto que los preparados en los Delmonicos o Maillards de New York. Sin embargo, una buena taza de café, era un placer indesdeñable, lo mismo que un lavado

eventual de nuestra escasa ropa era esencial. Era el cocinero un mulato cuyo nombre —Mónico—, tenía cierto parecido con el del distinguido proveedor de William St. y tan favorito entre nosotros, como aquel entre los ciudadanos de "down town", en Nueva York, no tan sólo por su buen humor y su destreza en la preparación de la deliciosa bebida

"que en los festines
la fiebre insana templará a Lieo",

sino también por la valiosa ayuda que prestaba a sus compañeros remendando las destrozadas ropas, siendo tan competente sastre y zapatero como buen cocinero. Gaspar, el lavandero, era un negro cojo y de bastante edad, con la vivacidad de su raza chispeante aún en sus ojos y gozaba de honrosa fama, como valiente soldado, ganada durante la guerra de la Independencia. Invalidado por un balazo y por heridas producidas por los tigres, testimonios de sus buenos servicios por la causa de la humanidad, no podía hacer otra cosa que el casi femenino trabajo que desempeñaba en esta ocasión. Entre otras cualidades que poseía, la principal, sin duda, era la de sus cuentos sobre las guerras pasadas, y sus combates contra las fieras, lo cual le ganaba la simpatía general.

¡Pobres amigos! los dos han muerto ya, y sus huesos, así como los de muchos de los de este pequeño grupo de héroes, blanquean hoy bajo el ardiente sol de los trópicos, en medio de las ondulantes yerbas de las sabanas, que tan famosas hicieron con sus valientes hazañas y animaron con sus cantos de centauros. Después de haber seguido con lealtad a su Jefe, compartiendo con él peligros y trabajos no menos terribles que los del campo de batalla, han caído uno a uno, no por el enemigo en lucha abierta, ni por la embestida terrible de un toro salvaje, sino por la traidora mano del asesino y las de esbirros sin principios de un desgobierno militar. Cayeron, no por su influencia política sobre el sentir de la Nación, sino por ser los fieles servidores de su amado Jefe.

Ya hemos presentado al lector al estado mayor de la expedición. Una multitud de gentes formaban las filas de aquel abigarrado conjunto. Cada uno tenía su cargo especial. Algunos eran asistentes al servicio del Estado Mayor, porque

ningún *blanco* se aventura a viajar por los Llanos, sin un *cicerone* del país que lo guíe por las sabanas infinitas, le ensille el caballo, y provea durante la noche a los cuidados del jinete y su montura. Cuidaban otros de conducir el formidable arreo de las bestias de carga, en tanto que a los más experimentados jinetes incumbía la conducción y cuidado de nuestra madrina o reserva de caballos, los que constituían el elemento importante de nuestra expedición. De cerca de doscientos caballos constaba nuestra madrina, y eran tan vigorosos y ligeros como los que cruzan las candentes arenas del Yemen o del Sahara. Los que cayeran durante los trabajos deberían ser reemplazados por los que se tomaran en los hatos.

En el país el único modo de viajar es a caballo. Para el viajero no acostumbrado, la fatiga es grande los primeros días, pero, luego se habitúa y termina por preferirlo a todo otro porque le procura una gratísima sensación de independencia. De todos modos es el único conveniente que pueda adoptarse en una región, que como las Pampas, está sujeta a grandes inundaciones y cubierta en toda su extensión por las yerbas de las sabanas. En los viajes por las montañas, se prefieren las mulas por la firmeza de su pisar, y también por su asombrosa resistencia a las hambres y fatigas, pero en las sabanas, donde los viajes se pueden hacer con gran rapidez, son comparativamente sin valor por la cortedad de su paso, y también porque sus cascos se reblandecen atravesando los lugares pantanosos que con frecuencia allí existen, no estando nunca herradas a causa de la equivocada creencia que prevalece allí, de no herrarlas para que la firmeza de su paso no se menoscabe. Para nuestro viaje no se habían ensillado los mejores caballos, y no lo serían, hasta nuestra llegada a los Llanos. Iban en la madrina junto con los caballos vaqueros o de trabajo, y bajo el cuidado de seis experimentados llaneros, quienes los conducían sueltos. Viajaríamos en mulas los primeros cuatro días, atravesando el accidentado y montañoso terreno que se desarrolla entre los valles y las llanuras. Las mulas como bestias de carga son especialmente útiles, y con ese fin habíamos reunido una recua de veinte para el transporte de nuestros efectos, consistentes, como dejo dicho, en objetos destinados a ser distribuidos entre los llaneros como parte de sus

salarios, y en nuestros bagajes y provisiones, porque si bien es verdad que los Llanos se consideran como una tierra de abundancia, las viviendas quedan tan apartadas entre sí, que con este expediente se provee a todas las contingencias.

A veces el camino atraviesa extensos campos de caña de azúcar, añil y tabaco; otras, vastas plantaciones de Eritrina (bucarales) protegiendo a los árboles del cacao, amantes de la sombra, cargados con la lustrosa almendra que ofrece su "divino alimento" a dioses y mortales. Dilatados espacios de antiguas labranzas, o rastrojos ahogados por una lujuriosa vegetación, interceptan nuestra marcha, y prestan a la comarca un aspecto desolado y salvaje. La tierra es tan barata y abundante en Venezuela, que siempre es más ventajoso para el cultivador, tan pronto como el terreno se ha empobrecido por el repetido cultivo, preparar un nuevo lote para su siembra, que molestarse restaurando por medios artificiales los terrenos usados, que una pródiga naturaleza abonará con el tiempo. La rapidez con que un lote de tierra abandonada como inservible por el espacio de uno o dos años, se cubre con la exuberante vegetación de los trópicos, es cosa extraordinaria. Tan pronto como el pico y la azada del industrioso labriego dejan de fatigar la tierra con su incesante faena, he aquí que una cosecha de plantas indígenas totalmente diferentes, que habían estado luchando en silencio por la existencia, de repente aparece, surge y cambia el aspecto del paisaje con nuevas formas de vegetación. Insignificante yerbezuela al principio, pronto alcanza suficiente poder para detener el progreso de algún resto que pudiera quedar de la antigua plantación. En poco tiempo se ha desarrollado tan bien, y alcanzado la forma y tamaño de arbolitos, que en mucho rebasan la altura de un hombre a caballo. Dos veranos tan sólo han transcurrido, y todo vestigio de la antigua y floreciente plantación ha desaparecido. Una infinita variedad de trepadoras; tales como los convólvulos, bignonias y pasionarias, se entrelazan en las ramas formando graciosas guirnaldas, y arcos y festones de la más exquisita belleza. Nuestra tropa de caballos de remuda, amantes de tan deliciosos retiros, con mucha frecuencia burlaban la vigilancia de sus conductores y se escapaban tan pronto se les presentaba un claro favora-

ble. Necesitábase entonces la mayor habilidad por parte de los hombres para sacarlos de entre las zarzas y matorrales, pues de no ser así, al término de nuestro viaje, hubiéramos perdido más de la mitad de nuestras monturas. No dejaba de ser divertido el ver aquellos infatigables compañeros deslizándose de continuo a través de aquellos enredijos de plantas en veloz persecución de los refractarios animales; ya colgando de una pierna al flanco de sus corceles, o acostados sobre el pescuezo de los mismos en desenfrenada carrera para evitar el ser arrancados de la silla por las ramas. A pesar de todo, y de la rigurosa vigilancia de los guías, perdimos varios caballos en el curso del viaje, los que sin equivocarse regresan luego a sus herbosos potreros. Esta extraña peculiaridad de los caballos de volver a sus sitios conocidos cuando logran escaparse en lugares extraños, hizo que no pudiéramos recuperar a los desertores, a pesar de las órdenes dadas para ello, porque con astucia y tino admirables emprenden la retirada evitando los caminos y lugares poblados. Los nuestros volvieron no obstante la gran distancia, a sus campos de Maracay.

Bastante avanzado el día, llegamos a San Luis de Cura, ciudad de alguna importancia en nuestro camino. Aunque contábamos en ella con amigos cuya hospitalidad nos podía ser brindada, preferimos pasar la noche en una pulpería o albergue criollo (ya que propiamente no se conocen aún los hoteles en esta parte del país) situado a poca distancia de la ciudad.

Nuestra numerosa comitiva, y especialmente nuestros caballos, habituados a la libertad sin restricción del potrero (campo cercado al lado de la pulpería), nos impedía pensar en acomodarnos dentro de los estrechos límites de una casa en la población, y fue por esto que, declinando muchas corteses invitaciones a este respecto, seguimos a un sitio llamado El Rodeo pocas millas más allá.

San Luis de Cura o Villa de Cura como se dice generalmente, es algo así como una lonja donde la gente de los Llanos acude de tiempo en tiempo para cambiar los productos de sus tierras, por mercaderías extranjeras detalladas por comerciantes venezolanos. Esto constituye de hecho, el lazo

de unión entre las zonas de agricultura y pastos de la República, observándose allí la más extraña mezcla de civilización y salvajismo. Así, no es raro encontrar a notables y cultos ciudadanos, trajeados elegantemente, jinetes en caballos enjaezados a la chillona manera de los Llanos, y viceversa.

Nuestro alojamiento en la posada distaba mucho de ser halagador, porque ni sus habitaciones, ni su potrero ofrecían muchas comodidades a la fatigada caravana. Un banco de piedra contra el declive de un montecillo; por techo la vasta cúpula de los cielos, he ahí cuanto nos pudo ofrecer la hospitalidad de la pulpería donde no hubo ni dónde colgar los chinchorros. Cada cual extendió su manta, hizo de la silla almohada, cenó y cayó en la paz profunda del sueño. La silla del llanero está adaptada admirablemente para resistir las rudas faenas del país, rindiendo los mejores servicios al viajador llanero en sus largas peregrinaciones. Estas sillas, las vaqueras, aludiendo a la profesión de los jinetes, revelan su alegre origen árabe: la misma profusión de los adornos de plata, los dibujos en marroquín, el alto pico delantero y el así mismo elevado espaldar. Un confortable pellón de una piel entera de carnero, o de crines de caballo, cubre la silla y cae a los lados en pliegues graciosos. Lleva la silla bolsas de cuero donde se guardan las cosas esenciales al viajero en las largas jornadas, como papelón, arepas y aguardiente, licor celebrado tanto por su uso como por su abuso.

Los estribos, tallados ordinariamente en un bloque de madera, ofrecen la particularidad de ser tan largos y macizos como en ninguna otra parte del mundo, y aunque llamados *africanos,* en nada se parecen a los árabes como se pueden apreciar en los dibujos adjuntos.

Lo mismo que entre los árabes, los jinetes nunca meten enteramente el pie en los estribos, y sólo se sostienen con el dedo gordo para librarse pronto de ellos en caso de caída. Este continuado hábito de cabalgar, arquea las piernas y los pies de modo característico, y les acredita fama de buenos hombres de a caballo. Las esculturas de los estribos revelan elevado gusto, consistiendo su belleza principal, en los colgantes triangulares de las bases con los que estimulan los caballos.

La cobija es también un objeto de la más indispensable comodidad en las marchas, y no puede haber quien pueda pasarse de ella, principalmente durante la estación lluviosa. Es un trozo de tela de seis pies cuadrados, con un corte en el centro por donde pasa la cabeza. Sirve la cobija, para proteger al hombre de los torrenciales aguaceros y fuertes rocíos de los trópicos, y extendida sobre el suelo, le sirve de cama cuando no haya donde colgar el chinchorro. Ofrécele además, protección contra los calcinantes rayos del sol, y la experiencia ha enseñado cómo una gruesa cobija de lana mantiene el cuerpo húmedo y fresco durante el día, y caliente por la noche. La cobija en Venezuela es doble, y la forman dos especies de tela superpuestas: una de color azul oscuro y otra de color rojo sangre. Exponiendo alternativamente los lados de la cobija a la luz, según el estado del tiempo, se modifica agradablemente la temperatura del cuerpo. Así, en los días húmedos y nublados, se voltea hacia afuera el lado azul que absorbe mayor calor, sucediendo todo lo contrario cuando el lado rojo está al exterior. Fundándose en el mismo principio, la manta o cobertor de hilo blanco, es de gran valor contra los soles ardientes rechazando mejor los rayos caloricos que la lana. Es la manta un artículo de ruinoso lujo a causa de los bordados con que se la suele decorar, pudiendo rivalizar en elegancia con la más fina túnica de una bella de Nueva York o de París. Llevada por apuesto caballero en un día de fuerte sol, ofrece a lo lejos la misma pintoresca apariencia, y no menos elegancia que el albornoz de los árabes.

Igualmente costosa es la hamaca, uno de los pocos artículos de manufactura nacional que ha desafiado la imitación de los fabricantes extranjeros. Tejidas a mano en toscos aparejos, lucen finos adornos y franjas y ribetes del más complicado y exquisito dibujo, costando una hamaca fina de cincuenta a sesenta dólares. Se puede decir con toda verdad, que con la cobija, la hamaca, y la silla con sus bolsillos llenos de provisiones, el errante habitador de las llanuras lleva consigo su casa. Cuentan así, en efecto, con la tienda, la cama y el saco de provisiones o alforjas más apropiado para esas regiones, y ellas le brindan todas las comodidades de que pueda gozar un rajah con toda su abrumadora magnificencia oriental; po-

seyendo además la inapreciable ventaja de ser su peso tan escaso, que siempre las lleva consigo el jinete. La hamaca y la cobija se llevan arrolladas a la grupa del caballo, y cuando acampa el viajero, después de haber colgado el chinchorro o la hamaca, tiende una cuerda entre los extremos o cabuyeras, y sobre ella coloca diagonalmente la cobija y ya puede desafiar la tormenta, y hasta al viejo Boreas, durmiéndose mejor mientras más activen los vientos el balanceo.

Causa asombro ver, cómo caballos tan pequeños como los de los Llanos, recorren considerables distancias cargando al hombre y su considerable bagaje; pero los pesos están tan cuidadosamente equilibrados y distribuidos, que los animales no sufren ningún inconveniente por ello.

CAPITULO II

LOS MORROS

Muy de mañana, el piafar de los caballos y el repiqueteo de los estribos, nos anunció que era llegada la hora de partir. Para viajar cómodamente en estas cálidas comarcas, se hace necesario avanzar lo más posible mucho antes de que el sol desate sobre la tierra la onda profusa de sus rayos, que abaten el espíritu y el cuerpo del viajero. Se dio comienzo por nuestra gente a las 3 a. m. a la tarea de ensillar los caballos y cargar las bestias en plenas tinieblas, lo que ocasiona pérdida de tiempo considerable, ya por la propia oscuridad como por el cuidado con que deben sujetarse las cargas mediante innumerables vueltas de los lazos o sogas de cuero crudo. De no ser así, las indisciplinadas criaturas echarían todo por tierra al chocar unas con otras, o al revolcarse por los suelos, obligando de nuevo a los conductores o arrieros a poner las cosas en orden. Nuestra caminata ese día, fue a través de un inculto y desierto valle mostrando a cada paso las huellas de haber sido el teatro de violentas convulsiones de la naturaleza, como lo dejan ver las retorcidas masas de granito y gneis que se acumulan a lo largo de la ruta. Aunque no había luna, brillaban las estrellas, que en estas latitudes lucen como diamantes sembrados en un campo azul. El balsámico ambiente y la silente soledad de los campos, rota tan sólo por el grito de alguna lechuza, o por el fresco murmullo de una quebrada, era sublime.

Continuando nuestra marcha por el fondo de un profundo barranco, tuvimos bruscamente ante nuestra vista el más singular espectáculo. Punteaban apenas las crestas de las lejanas montañas los delicados tintes de la aurora; encima de ellas, en grandioso silencio se elevaba una espesa nube de azul intenso, cuyos irregulares contornos se destacaban sobre el transparente cielo que formaba el fondo del lienzo. Espoleando con

viveza mi mula, me apresuré a adelantarme para ganar una eminencia donde pudiera contemplar mejor el grandioso espectáculo, cuando con gran asombro me apercibí de que lo que había creído ser una nube era el famoso promontorio de Los Morros de San Juan, cuya singular conformación ha dado lugar a tantas disertaciones científicas, a tantas leyendas populares.

Al elevarse el sol, la más extraordinaria escena se ofrecía a los ojos y al espíritu. La gigante y desgarrada montaña de más de mil pies de elevación, se erguía en medio de un como golfo de origen volcánico, mientras la escasa vegetación, sobre aquella roca estéril, contrastaba singularmente entre las esparcidas masas de granito del valle. La sinuosa cañada de La Puerta, dos veces escenario de sangrientos combates entre patriotas y españoles, traza su espumoso camino a través de aquel valle de Muerte, hasta mezclar sus aguas con las del lejano y hermoso río Guárico. En ambos combates fueron vencedores los españoles, y como sucedía en aquellos días de la Guerra a Muerte, los triunfadores mancharon sus laureles, derramando sin misericordia la sangre de los vencidos. Esos triunfos fueron compartidos alternativamente por el monstruo de Boves y por el cruel Morillo, y trabajo costaría encontrar dos miserables más sanguinarios que estos esbirros del despotismo, cuyos nombres son en el día el grito de venganza contra la raza que los engendrara. Las tropas que combatieron contra ellos en esos combates, sumaban escasamente la mitad del número de los enemigos, pero los patriotas, bajo el mando de Bolívar, aceptaron la batalla con la desesperación de hombres para quienes no había otra alternativa sino la muerte o el yugo ignominioso. Se asegura que de resultas de estos encuentros el lecho de la quebrada se obstruyó con los cadáveres de los vencidos. Morillo estuvo a punto de perecer a manos de Gregorio Monagas (célebre como *matador de toros* y nada más), que deliberadamente atacó al Jefe español en medio de su escolta, y no obstante que el intrépido llanero alcanzó a herirlo en la ingle, la herida no fue mortal.

La cresta accidentada de la montaña, envuelta en una atmósfera resplandeciente y clara; las agrestes y esparcidas rocas, como los gigantescos esqueletos de una raza extinguida; los dolo-

rosos recuerdos enlazados a aquellos sitios; todo eso producía en mi espíritu una inolvidable impresión. No obstante el ardiente deseo de contemplar esta maravilla natural de mi país, no podía reprimir un cierto sentimiento de pesar ante las sangrientas escenas que allí se agolpaban en mi mente, haciendo que mis primeras impresiones de admiración se trocaran por otras menos placenteras. Despertando al fin del ensueño en que estaba, me apercibí de que mis compañeros, menos inclinados a la meditación, me habían dejado solo. No lo lamenté: sentíame feliz en la soledad, pues del silencio mismo parecía exhalarse ante el más grandioso de los templos, una como súplica al Todopoderoso por los mártires de la Libertad.

A la hora del desayuno llegamos al pueblito de San Juan, a la casa de nuestro excelente amigo don José Pulido, caballero amable y hospitalario. Mientras se preparaba la comida, me dirigí a orillas del poblado para hacer el dibujo de Los Morros, que vistos desde lejos, ofrecen el aspecto de dos enormes y arruinados castillos. La continuada acción de las aguas ha corroido los flancos de la montaña (compuesta principalmente por una caliza peculiar), dándoles apariencias fantásticas. La misma acción destructiva, de la misma manera ha horadado las entrañas de la roca calcárea, formando miles de pasajes subterráneos y abismos sin fondo, donde al decir de muchas personas que han andado dichas cavernas, no se logra percibir el choque contra el fondo de un peñón que se arroje. Mucho lamenté que la premura del viaje no me permitiera visitar esos pasajes subterráneos, a través de cuyas tinieblas nadie se ha aventurado, temiendo la presencia de los demonios y otras cosas por el estilo. En prueba de ello, los campesinos muestran al viajero que interroga, un riachuelo que brota del Tártaro cargado con exceso de hidrógeno sulfurado, cuyos humos sugieren la idea de que algo de diabólico se fragua en las entrañas de la estupenda montaña. Posee el riachuelo, sin embargo, grandes virtudes medicinales, siendo por esto visitado por enfermos de todas las regiones de la República, especialmente por los atacados de reumatismo y de escrófula.

Durante una fuerte lluvia, los huesos de un animal antidiluviano, que se cree sean los de un mastodonte, fueron desenterrados por el torrente del lecho de un barranco. Una

parte de estos huesos nos fueron enviados como una rara curiosidad por nuestro amigo Don José, y cedidos al Ministro inglés, fueron finalmente remitidos al Museo Británico.

El pueblo de San Juan tiene fama por su buen clima y la ausencia total de epidemias, encontrando en él los enfermos del pecho, aire y temperatura muy convenientes. Fuera de esas ventajas, no ofrece San Juan ningún atractivo para que un extranjero prolongue su permanencia allí más de lo absolutamente necesario, no habiéndose construido aún ni un rancho para los que buscan el beneficio de las aguas.

Después de haber saboreado un substancial desayuno compuesto de los platos más populares del país, tales como carne frita, sancocho y algunos deliciosos pescados del Guárico, nos despedimos de nuestro estimable anfitrión don José, y continuamos nuestro camino por el fondo de una estrecha quebrada de piso formado por piedras angulosas, evidentemente desprendidas de la formación basáltica que constituye la base de los Morros. En "Flores", una miserable pulpería como todas las del camino, paramos un momento para refrescarnos con *guarapo*, especie de sidra que se hace con el jugo de la caña de azúcar o disolviendo papelón en agua y dejándolo fermentar por pocos días. Es célebre en toda la comarca el guarapo de "Flores", y nadie deja de solicitarlo al pasar por allí. Mezclado con aguardiente forma la llamada *carabina*, que rara vez deja de tumbar a quien ose exponerse a sus tiros.

Nuestra siguiente etapa fue Ortiz, un poco más allá de Parapara, pudiendo considerarse los dos puntos como las Columnas de Hércules del verde Mediterráneo de los Llanos, y el límite de la civilización en estos parajes, por acabarse aquí los últimos vestigios de la agricultura y de las artes usuales. Cultivan los habitantes del lugar para su propio consumo, pequeños sembrados de maíz y de caña de azúcar, y son excelentes en la manufactura de los cueros, vendiendo al resto del país, sillas de montar, arneses y lo concerniente a esta industria. Fuera de esto, nada, sino rebaños de ganado bravío pastando en las extensas sabanas o praderas, puede verse con excepción de una estrecha cintura de árboles como un parque extendido entre la llanura y las colinas rocallosas (galeras), que demarcan la

antigua orilla del gran mar de las Llanuras. Fueron las galeras, seguramente, el muro natural de aquel extraordinario cúmulo de aguas, que en épocas remotas debía llenar el espacio que hoy forman los ricos pastos de Venezuela, tal como lo demuestran la naturaleza del suelo, y los restos orgánicos sepultados en la arcilla.

Pude observar en Ortiz la misma formación que en los Morros, en las extensas capas de pizarras basálticas sobresaliendo en los flancos de las colinas. Columnas enteras de esta pizarra de cuatro a cinco pies de alto, por seis pulgadas de diámetro, se emplean en el pueblo para pavimentar los umbrales de las casas, adaptándose su forma cuadrangular a tal objeto, sin otro trabajo que el de desprenderlas de las rocas. La acción de las aguas durante la indecible sucesión de los tiempos, o quizás la irrupción del mismo mar cuando batía contra los flancos de los montes, fue la causa de la parcial desintegración de la roca en varios sitios y de la diseminación de los fragmentos a través de toda la comarca circunvecina. La vegetación no aparece perjudicada por esta vasta acumulación de rocas; al contrario, donde quiera que es favorecida por las depresiones del terreno, se elevan densos bosques formados por árboles de gran tamaño, notables por su dureza y durabilidad. Entre los que forman el largo catálogo de las maderas de construcción de Venezuela encontramos en primera fila la vera o Lignun Vitas (Zigophylum arboreum), cuya madera es tan dura que mella el filo de las más templadas herramientas. Es casi imposible henderlas o partirlas debido al intrincamiento de sus fibras que se cruzan en capas diagonales. Es muy común en el país, sobre todo cerca de la costa, circunstancia que la hace muy usada en la construcción de los muelles y quillas de los barcos, desafiando por la acerada red de sus fibras, los ataques del teredo o gusano de mar, pudiendo permanecer indefinidamente bajo el agua donde acaba por petrificarse.

También allí se encuentra el *Guayacum officinale* que se parece a la vera pero cuya pequeña talla lo hace inadecuado para los mismos usos que aquélla, teniendo, sin embargo, numerosas aplicaciones en las construcciones navales, especialmente para

las poleas y motones, empleándolo los torneros para aquellas cosas que requieren una extremada dureza y un grano muy unido.

El alcornoque, hermoso árbol que se parece al olmo americano, y poco inferior al precedente, eleva allí su graciosa copa sobre todos los demás, y protege al ganado con su sombra permanente, aún durante las estaciones de mayor sequía. No debe confundirse con el conocido roble de corcho español (Querens suber), que produce el corcho del comercio. Se usa mucho en los Llanos para la construcción de casas y cercados. Abunda también la madera del Brasil (Cesalpinia bruziletto), célebre por su bellísimo tinte, y tan común aquí, que todas las cercas de Ortiz y Parapara están construidas con tan valiosa madera tintórea. Fatigaría inútilmente al lector, si continuara con la larga lista de árboles propios de esta región, traspasando los límites de este capítulo; pero, no puedo dejar sin nombrar otras dos plantas de gran importancia para los nativos, tanto por su madera, como por sus propiedades medicinales. Son éstas la Tacamahaca (Elaphrium tomentosum), y el árbol que produce el precioso bálsamo de copaiba (Copaifera officinalis). Si se hacen incisiones en el tronco y rama de estos árboles, se obtiene una resina fluida poseedora de gran poder cicatrizante de las heridas y afecciones de la piel, que se recoge y guarda en latas.

La Tacamahaca, abunda particularmente en la provincia de Guayana donde alcanza un gran tamaño. Su resina es opaca, muy odorífera, de color amarillo limón, y semejante a la cera. Cuando se la mezcla con la del algarrobo, forma excelentes antorchas que arden con gran brillo y exhalan un olor delicioso. La corteza es semejante a la que emplean los indios de Norte América para fabricar sus canoas, y con ella, sus hermanos del Orinoco, construyen sus livianas piraguas. Con tal objeto los indios separan la corteza sin romperla, y cortándola de las requeridas dimensiones, juntan sus lados con bejucos, llenando los intervalos con barro húmedo, para luego sujetar el conjunto con fuertes bejucos colocando entre los bordes de la piragua dos o más toletes que impiden que se junten al ser lanzada en las corrientes.

CAPITULO III

LOS LLANOS

Muy de mañana, según nuestra costumbre, dejamos a Ortiz al día siguiente, tropezando aquí y más allá, con las piedras sueltas de que está sembrado el camino, que no es otro sino el fondo tortuoso de la quebrada. A medida que avanzábamos disminuían su tamaño las colinas y aumentaban considerablemente los guijarros. Las impenetrables arboledas de plantas balsámicas que cerca de Ortiz formaban un casi cerrado bosque, perdían poco a poco su imponente apariencia, hasta ser reemplazadas por espesos matorrales espinosos, en los que predominaban varias especies de mimosas de hojas delicadas y ligeras como plumas. Habituado el viajero a la sombra de una frondosa vegetación, y a la vista de valles cultivados, observa el cambio brusco de la primera, y la total extinción de los últimos al salir de las galeras de Ortiz; siendo a su vez recompensado por el embriagador perfume de las flores amarillas que abruman con su carga a los sotos desde sus vértices, hasta las torcidas ramas que barren el suelo al soplo de las brisas fugitivas.

De repente entramos sobre una ancha meseta casi a nivel, desnuda de vegetación a excepción de un tapiz de césped, de donde surgían de cuando en cuando, grupos de palmeras de hojas como abanicos, que daban casi la impresión de un mar cubierto por plantas marinas. Una densa masa de vapor oscurecía la atmósfera, y los abanicos de las palmas aparecían en el horizonte como navíos envueltos por la bruma. Se cerraba gradualmente a nuestro alrededor el círculo del firmamento como si fuéramos a quedar dentro del cielo. Estábamos ahora sobre los bordes de la gran cuenca antigua de los Llanos, sobre uno de los remotos escollos o *Mesas,* cuyas sucesivas terrazas forman ahora las orillas de ese océano de yerbas que son las Sabanas: era la mesa de Paya; el asiento de uno de los hatos en nuestro programa de viaje.

Después de tres horas de errar sin brújula por aquel monótono panorama, y guiados únicamente por señales y marcas que sólo conocen los baqueanos, caimos sin esperarlo sobre el borde de la Mesa que domina una inmensa extensión de las sabanas bajas, trocándose así la escena como por arte de magia, en el más bello panorama que hubiera contemplado en mi vida. A nuestros pies se extendía una infinita pradera, fresca y verde como el campo mejor cultivado, en la que se agitaban rebaños enteros de caballos y reses, dispersos por las sabanas. Varias lagunas animadas por infinita variedad de aves acuáticas, reflejaban sobre su límpida superficie las copas de las palmeras de grandes hojas, elevándose altivas sobre bosquecillos de laureles y robledales. Hacia el fondo, y hasta donde alcanzaba la vista, la ondulante llanura lucía como un inmóvil océano pasada la borrasca. Bien comprendo la pobreza de mis descripciones ante la realidad, y la incapacidad para pintar los armoniosos efectos de luz y sombra; la admirable gradación de los variados tonos del verde, del azul y del rojo prodigados en el paisaje; las suaves ondulaciones de las tierras; la gracia altanera de las palmeras agitando los aires con sus majestuosas copas de brillantes hojas y tantas abrumadoras bellezas, difíciles de contar.

Arrancándome con trabajo de aquel lugar de fascinadoras escenas, corrí tras de mis compañeros quienes, más ávidos de finalizar con rapidez la jornada, que de admirar la naturaleza, galopaban velozmente hacia la no muy distante casa. Temía perder el camino entre aquellos intrincados rastros viéndome obligado a no perderlos de vista, parándome a veces para contemplar una vez más los encantadores bosquecillos que me recordaban los bien cultivados campos, y las verdes praderas de la gloriosa y vieja Inglaterra de donde acababa de regresar.

Al llegar a la llanura, atrajo mi atención un nunca visto grupo de chozas construidas con palmeras, pareciéndose más a una gigantesca colmena, que a viviendas de seres humanos. La rodeaba una formidable palizada de troncos de palmas abrazando varios acres de terreno. Eran los corrales o cercados donde los rudos llaneros amansan los fieros rebaños. Nin-

gún signo de cultivo o la menor muestra de las rurales ocupaciones de las granjas, era visible en aquellos contornos. Acababa de detenerse la caravana frente a la puerta, desmontándose y desensillando las bestias, entre el infernal ladrido de una legión de perros y los rebuznos de todos los asnos de la vecindad.

Estábamos en el Hato de San Pablo, célebre en los anales de las guerras civiles de Venezuela, como Cuartel General de los ejércitos constitucionales mandados por el dueño de esa propiedad. Fue recibido nuestro Jefe en sus dominios, por un grave y anciano esclavo negro, que hacía las veces de mayordomo o intendente, y mandaba sobre los hombres y las cosas de la finca. Arrodillándose sobre el empedrado del patio, besó la mano hacia él extendida con amistoso saludo, luego desensilló el caballo de su amo, y lo llevó a un charco del corral que servía de abrevadero de los caballos. Era nuestra intención permanecer algunos días en San Pablo, con el fin de reemplazar nuestras mulas y caballos con bestias similares que tanto abundaban en la propiedad. Nuestro Estado Mayor se instaló bajo el techo de palmas de la rústica mansión, mientras el resto de la comitiva encontró acomodo en los circundantes y abiertos barracones o caneyes, no estando, después de todo, mejor los unos que los otros.

Según dice un escritor sentimental: "La tristeza llega cuando han pasado las gratas impresiones primeras", y "un conocimiento profundo de los hombres y de las cosas, trae siempre la desilusión". Bien pronto me apercibí que estaba muy lejos la tierra de Hadas que me había imaginado poblada de grutas y cristalinos arroyuelos. Estaba en "Los Llanos", donde el adagio francés —cada uno para sí y Dios para todos—, se aplica con toda la extensión posible. San Pablo, a pesar de su fama y su proximidad a varios importantes mercados, no era mejor que los sucios aduares de los árabes errantes del Desierto. Una mesa coja arrimada a la pared para que no se cayera, dos o tres toscas sillas de cedro forradas de cuero crudo y un par de sucias hamacas para sestear y dormir, constituía todo el mobiliario de la gran propiedad. Sustituyendo los roperos y los colgadores, había varias cornamentas

de toros y venados, empotradas todas en las paredes de bahareque en que colgamos nuestras bolsas de viaje y arneses, etc. Desde que llegamos, buscaba en vano algo que se pareciera a una ponchera donde lavarme la cara y las manos llenas de polvo, quemadas por el sol de las sabanas, y hasta la misma agua era tan escasa, que apenas nos era servida con gran economía de una tapara que iban a llenar en el río, a una milla de distancia. Existía, en verdad, en el corral de los caballos, una charca excavada mientras se buscaban los restos de un valiente oficial caído combatiendo por la libertad de su tierra. Las lluvias habían ido llenando aquel hoyo que ya se titulaba "Laguna de Genaro Vázquez" que tal era el nombre del héroe citado, y las muchas babas (especie de caimán pequeño), tortugas y sapos que la llenaban no hacían muy bebible el agua. Pero, volvamos a nuestro alojamiento, cuya apariencia chocóme tan vivamente al principio, hasta parecerme un colmenar de vastas proporciones, que naturalmente, me había dado la impresión de ser aquella la "tierra de la miel y de la leche" pero, desgraciadamente, ninguna de las dos cosas se podía conseguir ni a peso de oro, por más que en bosques y pastos abundasen los seres que las producen. Así, pues, echamos mano de nuestras reservas de papelón para endulzar el café, cuyo delicioso aroma debía reemplazar la leche. La casa misma, a no ser por su orden y dimensiones, en nada difería de las demás. Era una construcción piramidal, cuyo techo de hojas de palmera, se elevaba a varios pies del suelo, sostenido por postes de madera que también servían de refuerzo o armadura a las paredes; lo cual da una idea de la arquitectura característica de aquellas regiones. Como reina el calor durante todo el año, y los habitantes poseen muy pocos artículos capaces de excitar la codicia de los ladrones, no había puertas ni ventanas, bastando un cuero de res para cubrir los espacios abiertos en las paredes para dejar pasar la luz y los habitantes. Constituía una excepción a esta regla, la casa de San Pablo, porque tenía uno o dos cuartos destinados para enfermos, provistos con puertas y ventanas de sólidas planchas de madera a lo bruto, mientras los otros cuartos recibían aire y luz en abundancia por espacios abiertos en la parte superior de las paredes. Un corredor formado por el vuelo del techo, a cinco pies del suelo, se extendía a todo lo

largo de la casa y servía de protección a los cuartos contra el sol y la lluvia, y de desahogo para los habitantes.

Lo primero que hice al llegar, fue asegurarme un sitio en la sala principal donde colgar mi chinchorro y efectos, antes que los escasos postes y ganchos fueran tomados por mis compañeros, hecho lo cual, procedí al cuidadoso examen de mi silla de montar y arneses, para tenerlos listos para el modo particular de viajar por los Llanos. Pero tuve que dejar este cuidado a los asistentes, no encontrándome lo suficientemente competente en el arte de remendar, engrasar y poner en orden el complicado equipo de cabalgar, cosa que también hicieron lo mismo los dos ingleses y el Doctor, bastando una palabra cariñosa, sobre todo si era acompañada por un trago de aguardiente, para tener los servicios de los llaneros naturalmente bondadosos.

La costumbre como la necesidad, es siempre la madre de la invención, y mi experiencia pronto me enseñó, para estar en armonía con el medio, a despojarme de todos los aspectos y muestras de la civilización. El paltó, la corbata, el pantalón y los zapatos, fueron reemplazados por el simple traje de los llaneros, el que consta principalmente de una larga y amplia camisa de bizarros dibujos en colores, y de unos calzones abotonados a la rodilla. Los zapatos siempre estorban en los llanos, sujetos a fuertes lluvias, cubiertos de fango una gran parte del año; fuera de los inconvenientes que ofrecen para mantener bien los estribos en la persecución de los animales salvajes. Un par de polainas de cuero, o botines, sujetas fuertemente a la pierna por botones o clavos de buena plata labrada, sirven de protección contra las espinas y yerbas sabaneras.

Otro objeto característico de la vestimenta del llanero, y muy estimado por ellos, es el pañuelo de tela rayada negligentemente amarrado a la cabeza. Su aparente uso es para protegerlos de la fuerte intensidad del sol, pero, el constante hábito de llevarlo, ha hecho de ese pañuelo un tocado indispensable para el llanero, como es la corbata para un hombre de ciudad.

Uno de los extremos de la casa estaba destinado a la cocina y dormitorio del mayordomo y su familia, y otro lado, servía de almacén, y aparentaba ocultar grandes tesoros de buenas provisiones, y así, pues, no perdí tiempo en curiosear el contenido de la bodega, pero, en lugar de pan, queso fresco, mantequilla y conservas (artículos de fácil manufactura en los Llanos y con los que se recreaba mi imaginación), encontré el sitio ocupado por cucarachas, bridas viejas, fustes de sillas, lazos y tasajo o carne salada de res. Esta se prepara cortando la carne en largas tiras frotadas con sal que se dejan secar al sol. En los trópicos, las sustancias animales se corrompen tan pronto, que es preciso preparar las carnes inmediatamente después de sacrificados los animales, bastando dos o tres días de sol para que se seque la carne que queda tan seca y tiesa como un cuero. La más vieja es la mejor, dándole el tiempo el sabor rancio tan peculiar y de que tanto gusta la gente en Cuba y en las otras Antillas. Antes se exportaban para esas islas grandes cantidades de tasajo, pero los beneficios de este comercio han sido muy mermados por la competencia de Buenos Aires.

Merece especial mención el modo de matar y de beneficiar un animal en los Llanos: estando generalmente el ganado a gran distancia de las casas, salen dos jinetes en busca de la víctima, y galopando cerca y detrás del animal, uno le lanza a la cabeza el infalible lazo y lo arrastra, mientras el compañero lo hostiga con la garrocha llevándolo al lugar del sacrificio, donde se sujeta a un fuerte poste clavado en la tierra llamado *botalón,* por varias vueltas del lazo, hiriéndole entonces entre la primera vértebra y la cabeza haciéndolo caer como herido por el rayo; una segunda cuchillada en el pecho, corta las arterias de donde fluye un torrente de sangre; colocan el animal sobre el espinazo, y con un largo corte sobre el vientre comienza el descuartizamiento. Si no se quiere matar inmediatamente a la res se la amarra por los cuernos y se la deja atada al botalón hasta que llegue el momento de matarla.

Una noche, fui despertado por terribles bramidos que partían del botalón, y como sabía que no estaba ocupado por ninguna res, no me daba cuenta en el primer momento de la causa de tan estrepitosa serenata, y deseoso de averiguar lo

que pasaba, lleno de curiosidad, dirigí mis pasos hacia el sitio, encontrándome con casi una docena de toros olfateando la sangre del anterior compañero muerto, escarbando la tierra con las patas con evidentes signos de gran dolor; y a pesar de lo extraño e interesante de la escena, la hice cesar ordenando dispersar el grupo cuyas lamentaciones eran tan ruidosas aún para los oídos de un artista... He asistido después a manifestaciones semejantes, que siempre me han inspirado un profundo sentimiento de compasión.

Todas las mañanas se nos mataba un novillo que comíamos asado sin legumbre o pan. Teníamos maíz en abundancia, tanto en grano como en mazorcas, el que antes de ser convertido en arepas (el pan predilecto del país), requiere todos los días el paso a través de gran variedad de operaciones, lo que hace fastidioso el procedimiento. Se tritura el grano (se pila) en grandes morteros de madera, agregándole un puñado de arena y agua, se separa luego la cáscara venteándolo a la mano por un procedimiento especial, se lava luego abundantemente, y se cuece a poco fuego hasta cierto grado de consistencia, no muy blanda, para entonces molerlo entre dos piedras, dándole en seguida a la masa la forma de pequeñas tortas planas y circulares, las que se cuecen en largas y delgadas planchas de tierra quemada (budares); resultando de todo ese trabajo, un pan blanquísimo y nutritivo, pero con el inconveniente de endurecerse demasiado y perder su sabor al enfriarse.

Aunque inferior al nuestro, y con el nombre de *tortillas*, se usa este pan en Méjico y América Central. En San Pablo hasta esto era considerado como un gran lujo, pues pocos hatos contaban los utensilios necesarios para su preparación, y mucho menos con las cosechas de maíz para el consumo de sus gentes.

Son los llaneros esencialmente pastores, ajenos al cultivo de los campos, y creen degradarse con inclinar la cabeza ante la misma madre Tierra. Sus casas ofrecen siempre la más triste apariencia, y están privadas de las más necesarias comodidades. Aunque la tierra es extremadamente fértil, y capaz de recompensar ampliamente a su cultivador con cosechas de toda clase de grano, no consideran como esencial el pan, usando en

su lugar un trozo de hígado cocido que les agrada más, y no entienden del precepto divino de ganar el pan con el sudor de las frentes. Viviendo en medio de innumerables rebaños, rodeados por los munificientes dones de una benefactora Providencia, se privan hasta de la carne fresca, no por avaricia o economía del ganado, que allí puede decirse que tiene un valor nominal, sino por ser naturalmente sobrios, mirando la leche y la mantequilla como alimentos sólo propios para niños. El queso, sí constituye para ellos un artículo predilecto, y en su preparación despliegan gran habilidad, principalmente en el delicioso queso de mano o especie de queso cocido. Por si pudiera interesar a algunos de mis lectores, he aquí la receta: cortada la leche como de costumbre, se cuece la cuajada en su propio suero hasta la consistencia de jarabe o melao, y con las manos, se la estira repetidas veces hasta que se enfríe. Se añade entonces sal a la masa dándole la forma de tortas dejándolas escurrir colocadas dentro de unos canastos colgantes del techo. Los quesos de mano conservan absolutamente el sabor de la leche, y al comerlos se separan en hojas como de pergamino.

Como las vacas son casi siempre medio salvajes, se las ordeña a la fuerza. Se hace esto pasando una soga por los cuernos del animal fijada a un largo palo, mientras el ordeñador deja mamar un poco al becerro y viene la leche, que de otro modo no se obtendría, para entonces amarrarlo a las patas de la vaca. Todas ellas tienen un nombre de pura fantasía: Clavellina, Flor del Campo, Maravilla, y otros no menos eufónicos y poéticos. Las vacas mansas, responden al ser llamadas, con entrecortados mugidos, y acuden instantáneamente, en tanto que los becerros amontonados en la vaquera, corren a lo largo de los corrales al oír el nombre de sus madres.

En los Llanos los hombres realizan muchas de las tareas que en otras partes desempeñan las mujeres; como ordeñar las vacas, cuajar la leche, preparar los quesos, sin desdeñar cocinar sus comidas y lavar su ropa cuando sea necesario. Lo que Sir Francis Head, autor de "Un Viaje por las Pampas Argentinas" refiere de las mujeres observadas por él, puede aplicarse igualmente a las de los llanos: "Las costumbres de las mujeres son muy curiosas: no teniendo materialmente nada

que hacer porque las grandes llanuras que las rodean no les brindan ningún trabajo, ni siquiera montan a caballo, llevando una vida indolente e inactiva. Hijos tienen todas, sean o no casadas, y cuando se pregunta a una joven ocupada en dar de mamar a un lindo muchacho: "¿Quién es el padre de la criatura?" —responde: "Quién sabe?"

Pero hagamos ahora mayor conocimiento con esta raza singular de hombres, cuya virilidad, bravura y destreza en sostener una guerra constante contra las bestias indómitas, y contra las fieras legiones de España, los ha colocado en el número de los héroes de la Tierra.

CAPITULO IV

LOS LLANEROS

"Dichoso aquel que alcanza
Como rico don del cielo,
Para defender su suelo
Buen caballo y buena lanza".

Arolas.

El pueblo habitador de la vasta región de los Llanos, aunque pretende descender de la vieja raza castellana, antiguamente dueña del país, no es otra cosa que una amalgama de las varias razas que componen la actual población de la República. Son éstas: los blancos, descendientes de los colonos españoles; los aborígenes o indios; y un crecido número de negros. En muchas ciudades, preponderan los blancos nativos sobre todas las otras, y representan la más rica y respetable porción de la comunidad; en los pueblos y distritos escasamente poblados de las llanuras, las tres razas se confunden y constituyen la mayoría de los habitantes, dispersos sobre una área de 27.000 millas cuadradas en número de 390.000, o sea de catorce por milla cuadrada. Esta raza, aunque inferior a la primera en capacidad mental y valor moral, está dotada de una admirable constitución física para adaptarse y resistir fatigas, peligros y rudos trabajos. Mons. de Lavayesse en su interesante trabajo sobre Venezuela, trae algunas pertinentes observaciones dignas de la consideración y estudio de un docto fisiólogo. "¿Cómo puede suceder que individuos procedentes de una mezcla de africanos y de indígenas americanos posean más fuerza física, mejores formas, más facultades intelectuales y energías morales, que el negro o el indio? ¿Cómo siendo el blanco, en general, superior en fortaleza de cuerpo, poderes mentales y fuerza moral al aborígen americano, cómo, pregunto, los individuos nacidos de la unión entre un blanco y una mujer india (los Mestizos, como se dice), son inferiores en cualidades corporales y mentales a los Zambos? ¿Por qué son los mestizos generalmente de formas distinguidas, de agradable talante, suaves y dóciles de carácter? ¿Por qué el mulato de blanco y negra, aunque superior al zambo en inteligencia, le es inferior físicamente? ¿Por qué es que cuando estas razas se mezclan, su progenie se hace notar por una constitución

más sana y vigorosa, y por una mayor energía vital, que los individuos nacidos en el mismo clima de indígenas europeos o africanos de pura sangre?"

Confinadas en medio de interminables y desoladas llanuras, dominio de las bestias salvajes y reptiles ponzoñosos, su descendencia ha tenido que combatir toda la vida, luchando, no solamente contra los primitivos dueños de la tierra, sino contra los mismos Elementos de fiera grandeza. Cuando no la amenazan la mortífera serpiente o el manchado jaguar, la brusca irrupción de vastas inundaciones de espantosa rapidez cubre las sabanas barriendo los rebaños y los frágiles ranchos. A pesar de tan insegura existencia, el batallar constante entre la vida y la muerte, entre la ruda inteligencia y la materia, ejerce sobre el llanero una especie de fascinación, poco comprendida por pueblos poseedores de las bendiciones de la civilización, pero sin la que ellos no podrían existir, si privados de sus caballos, fueran a vivir en la región montañosa del Norte, lejos de sus idolatradas llanuras. El centauro moderno de las desoladas comarcas del Nuevo Mundo: el llanero, gasta su vida a caballo, y éste le acompaña en todas sus acciones y actividades. Nada más noble para él que recorrer las llanuras sin límites, echado sobre su ardiente corcel dominando los toros salvajes; o derribando sus enemigos. Parece ser el modelo que Víctor Hugo tomara, cuando habla así de uno de estos héroes: "El no combate sino a caballo, formando una sola cosa con el bruto; vive, comercia, compra y vende a caballo; come, bebe, duerme y sueña siempre a caballo".

Como el árabe, el llanero ve en su caballo, el mejor y más fiel de los amigos sobre la tierra, pudiendo privarse de alimento y descanso después de un rudo día de trabajo, para buscar agua y comida para su fiel compañero. Así, no es de extrañar que el poeta, que vive más o menos en todos los llaneros, exclame al perder su esposa y su caballo:

Mi mujer y mi caballo
Se me murieron a un tiempo;
¡Qué mujer ni qué demonio,
Mi caballo es lo que siento!

Con excepción quizás de los gauchos argentinos, pocos pueblos en el mundo son mejores jinetes que los llaneros, y son pocos los que pueden igualarlos en la habilidad que despliegan en los asombrosos ejercicios de equitación que aprenden desde niños en los trabajos del campo; estando sus caballos tan perfectamente amaestrados en todos los lances de su profesión, que caballos y hombres parecen tener una misma existencia. La vida del llanero, como la de su prototipo el gaucho, es singularmente interesante y recuerda por muchos aspectos la de los que como él habitan en el centro de extensas planicies. Se los ha comparado con los cosacos y los árabes con quienes tienen muchos puntos de contacto, pero, más se parecen a los segundos. Una vez que visitaba la famosa galería de pinturas Constantino, en Versalles, conmovióme el parecido de los héroes argelinos de Horacio Vernet con los nuestros, revelándoseme al punto la descendencia morisca, independientemente de sus otras características peculiaridades. El ya citado autor de "Viajes por las Pampas", aludiendo a la vida de estos indómitos pastores, los compara al crecimiento de un aguilucho, tan bellamente descrito por Horacio en estos versos:

"El vigor nativo y la juventud, lo empujan a dejar el nido. Se lanza a los azules cielos, y respira los aires que teme, porque sus plumas no son fuertes todavía. Pronto se enardece, y en busca de su presa cae hambriento sobre las ovejas, y lucha feroz contra las serpientes que luego transporta a su elevada roca".

Horacio, libro IV Oda IV.

Nacido en su ruda cabaña, crece el niño sin cuidados, mecido sobre un cuero suspendido del techo por cuatro correas. Un año más tarde se arrastra desnudo, y en esta edad vi un día uno que jugaba con un largo y afilado cuchillo que le había dado su madre. Tan pronto puede andar, sus distracciones lo encaminan a las futuras tareas; con una soga trata de capturar los perros y aves de la casa, y cuando llegan los cuatro años, ya está a caballo y ayuda a guardar el ganado en el corral.

Fuerte el joven llanero para enfrentarse a las indómitas reses, se le lleva a la majada y se le monta sobre un fiero torete, de cara hacia el rabo que le sirve de brida, con las pequeñas piernas al cuello del animal que corre y gira dando furiosos saltos, y dura en esta extraña equitación de torbellino, agarrado con firmeza temiendo los cuernos del animal, hasta que torciéndole hábilmente el rabo, mientras salta hacia atrás, derriba a su adversario. Ya más fuerte y crecido se le confía la peligrosa tarea de domar un potro salvaje, en cuyo ejercicio más de un muchacho queda estropeado, aunque cuente con los aparejos necesarios para esta terrible lucha contra el animal. Firmemente montado sobre el lomo, y con un flexible chaparro en las manos, el aprendiz inicia su nuevo oficio, y no se baja hasta que aquel no quede perfectamente dominado.

La soga de un implacable instructor sería el peor mal que le pudiera ocurrir si pensara librarse de los desesperados saltos y corcoveos del caballo.

Después de esto, empieza lo que podríamos llamar la vida pública del llanero: está terminada su educación, y a partir de este momento, toda su ambición consiste en rivalizar con sus compañeros en fuerza física, ante quienes luce sus indomables facultades cuando armado con el certero lazo, persigue los animales cerriles de la propiedad; y cuando el toro o el caballo intentan salvarse devorando veloces la llanura, lánzale el lazo, para el que siempre está listo el jinete, y lo trae al corral. Cuando por la impetuosa carrera del animal la soga yerra su tiro, lo agarra por la cola y girando y corriendo bruscamente lo atrae hacia sí y lo derriba en el acto.

Estos son los ejercicios que comunican al llanero el sentimiento de la más competa seguridad y resistencia, que tan famoso lo han hecho. Desgraciadamente, se presta con facilidad a perturbar la paz, estando siempre listo para meterse en el primer movimiento revolucionario surgido entre compatriotas más inteligentes, con la esperanza de equiparse con toda clase de armas, lanzas, trabucos y espadas. El llanero, después del caballo, las aprecia mucho por la superioridad que le prestan sobre sus compañeros, hasta el punto de considerarse

un desgraciado si no las tiene, y en sus esfuerzos para satisfacer su vanidad, no vacila en arriesgar su vida.

Así va él a la guerra, seguro como está, en caso de vencer, de encontrar el campo de batalla sembrado de los trofeos que anhela su ambición. En esto han sido influenciados por una pandilla de políticos sin principios, que no aspirando a ganarse la vida por medios honrados, conspiran perpetuamente contra no importa cualquier poder.

La espada del llanero difiere muy poco de la usada por los españoles de la edad media, la hoja es de dos filos y la guarnición ordinaria de plata en forma de ancha copa invertida, proteje completamente la mano. Gusta también del puñal, y es tanta su pasión por las armas relucientes, que más fácilmente se privaría de una casa, o de un corral, que de una de estas cosas.

A esto sigue en importancia la lanza, arma formidable entre sus manos, habituadas como están al manejo constante de la garrocha con la que guían al ganado. Como elemento de guerra, la lanza es famosa en el país habiendo prestado a la causa de la Independencia el más efectivo servicio, rechazando los ataques de las sanguinarias hordas de España contra los "Rebeldes" de Colombia. Goza de gran estimación el trabuco como arma defensiva, más que ofensiva, y están siempre listos para usarlo a la menor provocación, y ninguno atraviesa los desiertos de estas regiones sin uno de estos bocones. Fierabrás al costado.

Siendo naturalmente supersticiosos, los llaneros creen aumentar la mortífera eficacia de sus armas, decorándolas con los signos de su religión. La cruz luce en espadas y puñales, y el rosario y los Agnus Dei se tejen en la culata de los trabucos, los que así adornados, le inspiran los más desesperados actos de valor, que sin eso parecerían de loca temeridad.

La creencia religiosa entre ese pueblo ignorante, es mejor una religión de forma y de superstición, que de convicción. Católicos, y hablando castellano por herencia, han deformado el cristianismo por prácticas supersticiosas que tienen mucho de idolatría. No es posible que sea de otra manera, si conside-

ramos lo diseminado de la población en aquellas apartadas llanuras sin límites, donde apenas llega la instrucción que le traen los raros maestros que ejercen en las principales ciudades del interior; no siendo raro el tropezar con algunos propietarios, o con personas de elevada posición en el ejército, que no saben leer ni escribir. Cuando la dorada edad de las Misiones de los Capuchinos, los niños de los pueblos regidos por ellos, recibían una escasa educación basada en los principios del catecismo, pero, con la destrucción de estos benéficos establecimientos durante la prolongada guerra contra España, han caído desde entonces en la más extrema ignorancia, arruinándose más cada día los lugares destinados al culto. Sólo han conservado de la escuela, las más extravagantes nociones, sirviéndoles para inventar un credo singular y contrario a las enseñanzas del Evangelio, fundado principalmente en la creencia de los Santos y en los amuletos. Consisten estos en prendas de oro o plata, oraciones escritas cuidadosamente conservadas en saquitos de cuero y colgando del rosario que llevan al cuello. Muchas de estas oraciones son extravagantes y sin ningún sentido, y parece como si su misma oscuridad sea lo que más tienen de valioso para ellos, según dicen.

Tienen también gran fe en ciertas oraciones, dotadas del poder de espantar al diablo, de curar las enfermedades y de prevenir toda suerte de males.

Con respecto al Creador, sólo tienen ideas vagas, creyendo, cuando más, en un solo Dios. Suponen que las criaturas están bajo el poder casi exclusivo del Diablo y de la Muerte, representándose al primero como un hombre-bestia con pequeños cuernos y garras. Un viejo amigo mío, que estuvo a punto de ser llevado por una fiebre, contaba así a sus amigos que le felicitaban por su curación, las terribles visiones. —"Yo siempre había creído que la Muerte era un horrible esqueleto que andaba por el mundo acechando a sus víctimas con un gancho o *bichero* con el que nos cogía como si fuéramos pescados: no es así, se los aseguro; les digo que la muerte no es otra cosa que la falta del resuello". Diciendo esto se apretaba las narices con los dedos y se reía a carcajadas. Como consecuencia

natural de semejantes creencias, y a pesar de su valentía y sangre fría, tienen un miedo pánico a los espantos y aparecidos. Una de sus más populares alucinaciones, es la bola de fuego o la luz del Tirano Aguirre, como ellos llaman a una especie de fuego fatuo producido por la descomposición de las materias orgánicas en el fondo de los pantanos. Las imaginaciones supersticiosas, ignorantes del fenómeno, han transformado esas gaseosas exhalaciones en el alma del famoso Lope de Aguirre errando por las sabanas. Este célebre aventurero fue uno de los descubridores del Amazonas. De genio inquieto y sanguinario como todos los héroes de aquella época, formaba parte de una expedición de descubrimiento en busca de El Dorado, la que realizó el encuentro del Padre de las Aguas.

Manchó sus laureles de gloria con el asesinato de su propia hija, e hizo perecer a muchos de sus compañeros, cometiendo todo género de crímenes y tropelías donde quiera que pasaba, y de ahí la creencia en las comarcas teatro de sus horrores, de que su alma aparece como una errabunda bola de fuego por los campos, surgiendo de repente ante el asustado viandante, para extinguirse al punto y reaparecer a poco más allá.

Cuando se logra percibirla más de cerca, se puede ver al errante culpable retorciéndose entre las llamas de la aparición. Hasta tal punto puede llegar el poder de una imaginación atemorizada, que es capaz de convertir así uno de los más vulgares fenómenos químicos, en la más necia invención de su bárbaro fanatismo. Siempre llevan en los labios el nombre de los santos sobre cuyos milagros e intercesión creen los llaneros las cosas más curiosas, teniendo un patrón para todos los sucesos de la vida. San Pablo como San Patricio, es el abogado contra las culebras y animales ponzoñosos; San Antonio para que los objetos perdidos o robados vuelvan a sus dueños y San Cualquiera proteje los salteadores de camino de la Justicia y de la muerte violenta. En apoyo de esto contaré un suceso de que fui testigo durante una de tantas endémicas revoluciones tan típicas de las Repúblicas Suramericanas, y que nunca dejan de engendrar partidas de bandoleros que cometen toda clase de delitos entre los indefensos habitantes bajo el disfraz de reformas políticas.

JOSE URBANO. —EL GUERRILLERO

Una digresión en busca de variedad.

A poco de nuestro regreso de Apure, estalló una revolución entre la gente de color, una clase que hasta entonces había vivido pacífica y sumisa, pero pervertida ya a tal grado, que fue necesario emplear todos los recursos y la energía de la raza blanca para salvarse ésta de la más completa ruina y degradación.

Un ambicioso demagogo, editor de un periódico de la Capital, afectado de la presente manía suramericana de hacerse Presidente (pro tempore) de la República, no economizaba medio alguno para recomendarse ante el público desde las columnas de su periódico, achacando al mismo tiempo toda clase de abusos y felonías contra los que le estorbaban el camino. No habiendo encontrado, sin embargo, mucha cooperación entre las mejores clases del país, no tuvo escrúpulo en solicitar el favor de la clase de color, persuadiéndola del derecho que tenía "de compartir los beneficios y las propiedades de sus aristocráticos señores". El Gobierno fue impotente para contener el espíritu de rebeldía, que constantemente se predicaba a las masas, porque la constitución aseguraba la absoluta libertad de la prensa, y los buenos ciudadanos no se cuidaron de tomar cartas en el asunto. De ahí resultó un peligroso movimiento entre las clases bajas, respaldado por los tramposos del país, proclamadores de la comunidad de la propiedad y de la candidatura a la Presidencia de la República del ya citado editor que no tenía ni un centavo que perder. Pronto se extendió la revuelta entre los terribles llaneros, y aunque reprimida rápidamente por los esfuerzos del General Páez, no dejó de sembrar los gérmenes del descontento que siempre ha acarreado para el país, abundante cosecha de venganzas, violencias y rapiñas. Fue durante esta campaña, que ocurrió en las sabanas de San Pablo el suceso que voy a relatar.

Acabábamos de acampar durante la noche en la hermosa sabana de Morrocoyes, cuando llegó un mensajero a partici-

par al General, que el famoso José Urbano, capitán de una cuadrilla de ladrones, acababa de cometer varios asesinatos en aquellos vecindarios, y se dirigía sobre San Pablo protegido por la noche. Despachó el General una docena de sus hombres en persecución del bandido, con orden de seguirle la pista hasta el fin del mundo si era necesario, y de no presentarse ante él sin el facineroso vivo o muerto. Para hombres menos habituados a esas persecuciones en los Llanos, hubiérales sido de todo punto imposible llevarla a efecto en una región como la de San Pablo, cruzada en todos sentidos por las innumerables veredas que hace el ganado, pero, el instinto de aquellas gentes para perseguir delincuentes o animales extraviados, es simplemente maravilloso. Aunque la sabana estaba cubierta por las huellas de 20.000 animales que la recorrían libremente, ellos siguieron de cerca el rastro del bandolero, hasta que desgraciadamente, a causa de la oscuridad de la noche cayeron en otro dejado por unos vaqueros. Estos infortunados se divertían jugando monte en un rancho, cuando los hombres se lanzaron ciegamente contra la casa, y sin reparar quienes eran los jugadores, los atacaron matando a dos o tres inocentes individuos, y dispersando el resto como una manada de carneros salvajes. Los agresores no se dieron cuenta de su equivocación, hasta tanto que uno de los fugitivos reconoció la voz del que mandaba y le rogó suspender la carnicería. Después de este lamentable encuentro, fácil es reconocer que la tropa no perdió tiempo en enmendar su error, examinando entonces con más prudencia y cuidado los rastros hasta dar con el verdadero. Guiados por él llegaron a otro rancho donde Urbano pasaba la noche en compañía de una de sus innumerables queridas, desmontándose sigilosamente, y dejando las bestias al cuidado de dos compañeros, cayeron sobre el rancho lanza en ristre lanzando salvajes gritos. El ataque fue tan brusco, que los bandidos fueron muertos o dispersados antes de poder echar mano a sus armas. Unicamente su valiente jefe sostuvo un desigual combate defendiéndose valerosamente durante mucho tiempo asistido por su valiente compañera que se defendía como una pantera. Dominado al fin por el número, y desvanecido por la pérdida de sangre que manaba de numerosas heridas, cayó a los pies de su brava amazona. Al levantarlo, vieron entre sus dientes un amuleto, que con

tanta fuerza mordía, que sólo los esfuerzos de dos hombres lograron arrancárselo. Al ser examinado se encontró contener una oración escrita en signos cabalísticos que hubiera desafiado la sagacidad de un brujo para ser descifrada. Era, como se me informó, la famosa Oración del Justo Juez, nombre bien impropio para un talismán destinado a proteger esa gente *non sancta* en sus expediciones de salteadores.

Felizmente para los asaltantes, Urbano recibió una gran herida en el brazo derecho al comenzar la refriega, y la sangre que brotó en abundancia mojó la cazoleta del trabuco, evitando la ignición de la pólvora cuando trató de descargarlo contra el grupo. El cadáver del delincuente fue conducido amarrado sobre un caballo a presencia del General, como atenuación del error que le había privado de los servicios de dos o tres hombres valiosos.

Las noticias de esta aventura, corrieron como por arte de magia por las comarcas vecinas, y atrajeron un gran número de curiosos, y entre ellos, seguramente, a muchos partidarios de Urbano que no daban crédito al suceso. El General aprovechó la oportunidad para hacerles una expresiva arenga, ordenando, además, que el cuerpo del célebre bandido fuera expuesto en el camino público durante veinte y cuatro horas en señal de advertencia para los otros.

La muerte de este hombre, considerado invulnerable por los supersticiosos hijos de los Llanos, produjo en ellos más efecto, que si se hubiera ganado una gran batalla. Al día siguiente, centenares de facciosos se acogieron a una amnistía general ofrecida por el Comandante en Jefe a los revolucionarios. Así terminó prontamente una de las más peligrosas rebeliones que haya ocurrido en la República dada la naturaleza de su propaganda. En cuanto a su causante, a poco fue eclipsado por un audaz aspirante político, el siempre recordado José Tadeo Monagas, de quien habremos de hacer mención especial más adelante, y que en mala hora para esta tierra fue llamado a ocupar la Presidencia, aprovechándose de la anarquía en que el otro había sumergido a la nación; fusilando más tarde a los representantes del Pueblo reunidos en Congreso y decla-

rándose de este modo dictador, mientras el resto de los ambiciosos pretendientes exclamaban con el poeta:

"Hos ego versiculos feci, tulluit alter honoris".

—Yo hago los versos y otros recogen los honores.

(Véase apéndice)

CAPITULO V

LANCES DE PESCA

Estuvimos cuatro días haciendo los preparativos para la expedición al Apure, en San Pablo, pero como los caballos habían sido llevados a una gran distancia, nos fuimos a la Yegüera, un pequeño hato de la propiedad, destinado exclusivamente a la cría de estos animales. También había allí un considerable número de mulas, las que junto con los caballos sumaban cerca de tres mil bestias de todas edades. Allí, sin vallas de ninguna clase, vagaban a su querer por las hermosas praderas en estado semi salvaje, bajo la única guarda de un mestizo que ocupaba con su familia el rancho que nos debía albergar. Era este muy pequeño para poder acomodar a toda la comitiva, por lo que la mayor parte plantó su vivac en una arboleda de cisalpinas y algarrobos, de cuyas ramas colgaron los chinchorros protegidos del sol y del rocío de la noche por el denso follaje que los cubría.

Nuestro Jefe, el Doctor, y yo, ocupamos el rancho, pero, teniendo a nuestro alcance los bosquecillos vecinos, no hacíamos uso de nuestro único apartamento durante el día, en parte ocupado por las cosas de la cocina y de la familia. Pero por la noche, cuando nos retirábamos a nuestras hamacas, la escena que se nos presentaba era harto cómica. Revueltos con nosotros dormían en la misma pieza, el mayordomo, su mujer y su numerosa familia, junto con todos los perros y gallinas de la casa, confundidos de la manera más familiar. Cerca de mí, dormían dos de las muchachas más lindas que haya encontrado por aquellos lugares, y de ojos tan brillantes que eran capaces de eclipsar hasta el mismo sol. No tenía, pues, que quejarme de mi suerte, si no hubiera sido porque precisamente debajo de mi hamaca estaba amarrado el gallo de pelea favorito del mayordomo, cuyos cantos y aleteos perturbaban prematuramente mi reposo con su oficio de reloj,

y nocturno vigilante de la casa. Agapito, nuestro anfitrión, llevaba una suave vida como intendente del feudo, siendo su única ocupación, la de recorrer de tiempo en tiempo las sabanas en busca de los recentales que pudieran estar atacados por el gusano, larva de una especie de mosca que les pone en el ombligo a los recién nacidos, y que hay que destruir prontamente, porque si se dejara les roería hasta las entrañas. Felizmente, es fácil de atacar usando el polvo de cebadilla (semilla de la liliácea Veratrina cebadilla). El Mayordomo lleva siempre consigo un cacho lleno del venenoso polvo, y limpiando de gusanos la herida con una espátula de madera, la cubre con la droga evitándose así una nueva infección. Masas de árboles y sabanas, sin par por su belleza y lujuriosa vegetación, nos rodeaban por todas partes, mientras numerosos arroyos y quebradas, nacidas al pie de las Mesas, corrían por los declives del terreno engrosando el caudal del hermoso Guárico, a cuyas orillas estaba situado el primitivo albergue de nuestro campechano huésped. Este río es justamente célebre por la abundancia y la calidad de sus peces, por lo que proveyéndome de anzuelos y cordeles, allá me fui anhelando encontrar algunos especímenes para mi albúm de dibujos, y también como sustitutos a nuestra diaria ración de carne. Pero, cosa rara para ser contada, cada vez que tiraba al agua el anzuelo, desaparecía misteriosamente sin que se agitara o moviera en lo más mínimo el flotador. El aparejo que había traído de Inglaterra, aunque para peces pequeños, era capaz, sin embargo, de levantar un peso de muchas libras.

Pronto se me acabó cuanto había llevado para pescar mis modelos, y disgustado, regresé al rancho para que me aclararan el misterio. Al verme con las manos vacías, Agapito, haciendo maliciosos visajes, observó que mis artes de pesca sólo eran buenos para que jugaran los pescados, porque el causante del fracaso era el caribe, un pez no más grande que una perca, que se llevaba todas las carnadas. Imposible —le dije— mis cañas son tan fuertes que hasta a ti mismo te podría sacar del agua con ellas. A lo que me respondió sosegadamente mostrándome un dedo mutilado de su mano derecha: —"¿Ve usted? Bueno, no hace mucho me lavaba las manos en el río después de haber descuartizado a un becerro, cuando un

caribe vino como una flecha y me llevó el dedo sin que tuviera tiempo de verlo". Se presentaba pues, un serio obstáculo para mi distracción favorita, y para que Mr. Thomas gozara de los dibujos que le había prometido de los peces propios de la región. Pero, afortunadamente había a poca distancia y río abajo, un campamento de pescadores con todo lo necesario para las grandes pesquerías. Resolvimos aprovecharlos, pero, como casi toda la comitiva estaba interesada en la pesca, nuestro Jefe mandó un recado a los pescadores invitándoles a remontar el río con sus redes para que pescaran en nuestra presencia, a lo que accedieron en el acto, apareciéndose a poco remando en cuatro grandes canoas, cargadas entre otras cosas, con sus chinchorros de pescar, los que prontamente tendieron a través de la corriente rodeando un charco que se sabía contener pescado en abundancia. Aunque las aguas eran escasas en esta estación de verano, quedaban muchos pozos profundos separados a intervalos, donde en gran número se refugiaban los peces huyendo del calor veraniego y de los pescadores, lo que ellos expresaban con este canto mientras echaban las redes:

Guabina le dijo a bagre
Vámonos al caramero,
Porque ya viene el verano
Y nos coge el chinchorrero.

Al juntar los dos extremos del chinchorro, pudieron verse millares de pescados que se amontonaban en el espacio dejado libre, y cuyo peso era tan grande, que hubo que botar a muchos para poder sacarlo. Armados de ganchos, arpones y bicheros (varas de madera con afilados garfios en un extremo), pinchaban los pescados más grandes lanzándolos a la orilla con un movimiento especial. Uno de ellos, sacó un enorme bagre rayado como un tigre de Bengala, teniendo como éste, espesas barbas; clase muy estimada entre el pueblo como sustituto de la carne. Previamente salados se los exporta en gran cantidad hacia la Capital y demás poblaciones con el nombre de pescado llanero donde es muy apreciado. Este pez alcanza a veces un gran tamaño midiendo en ocasiones de cinco a siete pies de largo, y de tal peso que uno hace la carga de dos

hombres. De esta especie, hay otras variedades pequeñas, igualmente de rico gusto, como el llamado *engorda mayordomo*, que como lo indica su nombre agrada mucho a estos. Para pescar con bichero hay que tener mucho cuidado para no enganchar a un compañero. Existen varias causas de serios peligros para los hombres que buscan el pescado: en el pez llamado raya cuya cola está armada con un dardo óseo, largo de más de tres pulgadas cuya herida es muy dolorosa; en las anguilas eléctricas o tembladoras cuya fuerte descarga paraliza al hombre más robusto; y en el Payara, parecido a un sable, cuya mandíbula superior está armada con dos formidables colmillos, parecidos a los de las serpientes de cascabel que producen una herida como la de navaja de afeitar. También el caribe es peligroso por su voracidad y sed de sangre, siendo estas cualidades las que le han valido el nombre de los caníbales indios caribes, que fueron anteriormente el terror de estas regiones, y viven al presente diseminados por las márgenes del Orinoco.

Siempre que los chinchorros eran traídos a tierra, se podía ver a una media docena o más de esta *peste*, saltando dentro del montón de pescados, abiertas las fauces, en acecho de cualquier cosa, destrozando las mallas de las redes, hasta dejarlas inservibles. Sus afilados dientes triangulares dispuestos como los del tiburón, son tan poderosos y cortantes, que ni el cobre, ni el acero retorcido los pueden resistir. Su sanguinario apetito se despierta por la vista de algo rojo, sangre principalmente, y como viven generalmente formando cardúmenes, son extremadamente peligrosos para los hombres y las bestias que tengan hasta el más pequeño rasguño en sus cuerpos, y los caballos heridos por las espuelas son particularmente expuestos a sus ataques. Su obra de destrucción es tan rápida, que de no socorrerlos pronto, el pez en un instante penetraría en el vientre del animal y lo reduciría velozmente al esqueleto, de donde proviene seguramente que los llamen *mondongueros*. Existen de ellos otras variedades en los ríos de los Llanos, pero no tan activos ni sanguinarios como este glotón de las aguas, abundantísimo en algunos ríos del Apure, donde como dicen los llaneros "hay más caribes que aguas".

Los rasgos todos de este caníbal en miniatura, revelan la ferocidad sanguinaria de sus hábitos. Tienen los ojos penetrantes, rodeados de un anillo rojizo, reveladores de la crueldad de su sanguinaria naturaleza. La mandíbula inferior, sobresale a la superior, y está reforzada por una espesa membrana cartilaginosa que aumenta su fuerza, dando al animal la expresión de ferocidad que semejante formación de la mandíbula inferior, comunica a todos los animales que la poseen. Cubren su cuerpo grandes manchas de color anaranjado brillante, principalmente en el vientre, aletas y cola. El lomo es de un color azul ceniciento con un ligero matiz verde aceituna, siendo el resto del cuerpo, de un color blanco perla, y las agallas de tinte rojo. Los llaneros cuando tienen que atravesar a nado las corrientes infestadas de caribe, le temen mucho más que al monstruo universalmente renombrado: el caimán. Aun cuando éste es un formidable adversario dentro del agua, puede ser fácilmente herido o vencido en singular combate por hombres diestros, en tanto que el caribe, por su pequeñez y gran número, es capaz de hacer más daño en poco tiempo que toda una legión de caimanes.

Las otras clases de caribes, aunque de mayor tamaño, son menos peligrosas, y hasta muchas son inofensivas, existiendo uno llamado caribe negro en los ríos Apure y Orinoco muy bueno de comer. También el llamado caribito, es un inocente y lindo pececillo, con el lomo de un bello color verde, y el vientre blanco con salpicaduras de color de ladrillo.

No obstante todas estas horribes criaturas, y de la profundidad del pozo, los pescadores dieron fin a su trabajo de un modo tal que, hubiera dado fama a los intrépidos pescadores de perlas del océano, y muy principalmente los buceadores, constantemente en peligro al perseguir los peces cuando nadan entre dos aguas. Los de las canoas estaban en relativa seguridad de no ser atacados, a menos que una Payara singularmente adaptada para saltar dentro del agua, viniera a brincar fuera de los chinchorros y cayera dentro de los remeros sembrando en ellos la confusión. Mi atención fue particularmente atraída por el hombre que con gran destreza manejaba su chinchorro de mano; boca abajo a veces

sobre la superficie del pozo, y otras completamente de pie con el agua a la cintura, y sin ningún punto de apoyo. Así mismo, los encargados de espantar los animales arreándolos hacia los chinchorros, manejaban sus fuertes varas con la mayor tranquilidad. De pronto, se vieron interrumpidos sus trabajos, por el serio obstáculo de la presencia de un caimán, luchando desesperadamente por abrirse paso a través de los chinchorros, poniendo a prueba la habilidad de los hombres, porque de dejarse el monstruo no solamente acabaría con las redes, sino que estorbaría la tarea de los pescadores con el riesgo de ser cogidos a cada instante por sus poderosas mandíbulas. Decidióse al punto acabar con el temible enemigo echando mano del lazo, con gran asombro de los blancos presentes, quienes vieron a un hombre sumergirse hasta el fondo en busca del caimán con el deliberado propósito de enlazarlo. Después de unos momentos de angustia para nosotros, pero, que para los demás era un simple juego de niños, su compañero subió a flote para respirar no habiendo podido localizar todavía a su presunta víctima. Habiendo inspirado aire suficiente, hundióse de nuevo para reaparecer por fin anunciando alegremente la captura del enemigo, como lo probaba el extremo del lazo que llevaba en las manos, y del que todos nos pusimos a tirar, lo que no fue fácil tarea, porque debido a su conformación especial, estos reptiles desarrollan una fuerza poderosa bajo del agua, necesitándose de todos los esfuerzos aunados de cuantos estábamos en la orilla para sacarlo a tierra. Ya fuera, no lográbamos matarlo, debido a lo fuerte de su espesa coraza que desafía el arma más acerada, excepto detrás de los hombros o codillos, donde era imposible herirlo, porque se debatía furiosamente. Por fin, el Doctor, con la sagacidad de sus conocimientos anatómicos, le hundió un harpón en la nuca paralizando instantáneamente los movimientos del prisionero lo que facilitó el rematarlo.

La hazaña del valiente buzo nos fue explicada por sus compañeros, contándonos que el caimán, como el cerdo, es aficionado a que le rasquen los flancos como después lo he visto corroborado en los interesantes "Apuntes sobre la Historia Natural de Ceilán", por Sir J. Emerson Tennent, pág. 284.

Para realizar esto, el nadador se aproxima al caimán cuidadosamente por detrás y lo enlaza por el cuello, porque debido a la disposición de sus vértebras cervicales, no puede volverse con facilidad. Este animal no es tan peligroso como sus congéneres del Orinoco y sus tributarios, que rara vez remontan el Guárico más arriba de San Pablo, aunque un caso que ocurrió aquí no mucho antes de la misteriosa desaparición de un hombre, hace pensar que su pérdida fue causada por uno de ellos. Sucedió así: habiéndose enredado las redes entre las raíces de un tronco en el fondo del agua, bajó un hombre a desenredarlas; viendo que pasaba el tiempo sin aparecer, sus alarmados compañeros procedieron a buscarlo diligentemente sin lograr encontrar el menor vestigio del desgraciado camarada. A ninguno de sus amigos les ocurrió que podía haber sido devorado por un caimán, y el fatal suceso se atribuyó universalmente a la influencia sobrenatural de algún mal genio de las profundidades, llamándose desde entonces ese lugar el Pozo del Encantado.

Por fin se pudo continuar el arrastre a tierra de los chinchorros, que estaban repletos de pescado, el que fue sacado con gran satisfacción de nuestra parte, al ver las arenosas orillas cubiertas con el producto del lance. Me es imposible dar la menor idea de las singulares formas y de los brillantes colores de tantos peces, todos nuevos para mí. Es particularmente notable por su abundancia y extraño aspecto la cherna. Alcanza a veces un gran tamaño, pesando hasta un quintal, y su carne es tan delicada, que le ha valido el nombre de ternera de río. Su boca es muy pequeña, comparativamente, presentando una hilera de dientes muy fuertes, muy parecidos a los del hombre.

Como la pesca sólo había sido para nuestra diversión, y el producto obtenido excedía en mucho lo que necesitábamos, se distribuyó una parte entre la gente que por curiosidad había acudido de las cercanías, y el resto fue entregado a los pescadores, junto con una buena compensación por el trabajo de haber venido desde su lejano campamento.

Mientras se hacía la distribución del pescado, sucedió un incidente que pone de relieve la vitalidad de que están dotados

los reptiles, y la potencia eléctrica del extraño temblador o gimnoto. Había descubierto un muchacho uno de estos entre un montón de pescado en la playa, y lo iba empujando con un bichero para librarse de sus descargas eléctricas, hasta que, por casualidad, su cuerpo se puso en contacto con el del caimán muerto después del tratamiento que le aplicó nuestro sabio Doctor, cuando con gran sorpresa de todos abrió sus poderosas fauces y las cerró con un poderoso estallido. El Doctor, que por sus conocimientos profesionales lo había declarado fuera de combate, hubo de asombrarse más que ninguno con el suceso, que no era otra cosa que un movimiento convulsivo ocasionado por el temblador, igual al que produce una corriente galvánica en las patas de la rana, porque después no dio más señales de vida. La ciencia debiera sacar partido del gimnoto.

Bien pudiera entretener a mis lectores con el relato de la naturaleza y hábitos de esta "máquina eléctrica animal", si no hubiera tratado ya este asunto de la manera más clara y brillante, el gran Humboldt, cuyas admirables obras recomiendo al lector para la más gráfica y completa descripción de uno de los peces más curiosos. Fue en uno de los numerosos afluentes de este río donde el distinguido viajero halló al temblador para sus experimentos, y quien sabe si fue alguno de los progenitores del que acabábamos de mencionar. Conocedores de su extremada agilidad y de lo fuerte de sus descargas eléctricas, los guías reunieron en la sabana un grupo de caballos cerriles a los que obligaron a meterse dentro de un pozo lleno de tembladores. "El ruido extraordinario causado por las patas de los caballos hizo salir del fango a las anguilas, excitándolas al ataque. Los amarillentos tembladores, semejantes a serpientes acuáticas, nadaban en la superficie del agua agrupándose bajo los vientres de mulas y caballos, ofreciéndose el raro espectáculo de un combate entre animales de organización tan diversa. Los indios, provistos con harpones y largas varas, rodearon estrechamente el charco, y muchos subieron sobre las ramas de los árboles, extendidas horizontalmente sobre la superficie del agua. Con sus gritos salvajes, y con las varas, impedían que los caballos ganaran las orillas; los tembladores, irritados por el estrépito, se defendían descargando

repetidas veces sus baterías eléctricas, y durante mucho tiempo pareció que iban a ser los vencedores. Se hundieron varios caballos desapareciendo bajo las aguas, aturdidos por la frecuencia y fuerza de los invisibles choques que recibían en los costados". "Hubiera deseado (añade el viajero), que un hábil artista hubiera pintado el período más animado del ataque: el grupo de indios rodeando el pozo; los caballos con las crines erizadas, y en los salvajes ojos el pavor y el espanto, tratando de escapar de la desencadenada tormenta eléctrica, y rechazados por los gritos y los largos látigos de los indios: los lívidos tembladores nadando sobre la superficie como grandes culebras de agua en persecución del enemigo, todas esas cosas presentaban el conjunto más emocionante y pintoresco. En menos de cinco minutos perecieron dos caballos. El temblador tiene una longitud de cinco pies, y deslizándose bajo el cuerpo del animal, le descarga íntegramente su órgano eléctrico, afectando de ese modo y al mismo tiempo, el corazón, las vísceras digestivas y el tronco celíaco de los nervios abdominales. Pensaba en una terminación más trágica de la escena, temiendo que muriera un número mayor de cuadrúpedos, pero, los indios me aseguraron, que los peces se agotaban muy pronto, y que sólo el primer ataque del gimnoto era el formidable. Así fue en efecto, y cuando hubo transcurrido un cuarto de hora de combate, las mulas y caballos mostraron menos alarma: ya sus crines no se erizaban, y sus ojos expresaban menos dolor y espanto. Veíaselos poco después golpear el agua, y los tembladores en lugar de atacarlos, se apartaban de sus asaltantes y se aproximaban a la orilla. Empezaron entonces los indios a manejar sus lazos, y mediante una larga cuerda atada al harpón sacaban a las anguilas fuera del agua sin recibir ningún choque mientras no se les humedecía la soga". Esta anguila aunque muy temida de los hombres, es un alimento muy estimado por los golosos, siempre que se prive al animal de su aparato eléctrico, que es esponjoso y nada agradable al paladar. Se dice que administrados sus huesos en una cocción, obran poderosamente en los casos de partos difíciles, y con este fin guardan los espinazos suspendidos del techo de sus ranchos, en una región como aquella donde los parteros son totalmente desconocidos.

Entre la confusa variedad de pescado esparcido por la playa, y listas para herir la mano que inadvertidamente las tocase, había varias rayas, especie ésta que como su prototipo la raya del mar caribe, es de forma circular, plano, y con un rabo de más de un pie de largo, grueso en la base y terminado en punta. Cerca de la mitad superior está provisto de un largo y puntiagudo hueso o dardo de bordes finamente dentados, y movible a voluntad del animal, que al ser molestado, con rápido movimiento del rabo amenaza el objeto que rara vez escapa de ser alcanzado. La herida que produce es tan grave, que todos los nervios entran en convulsiones, y la persona queda como envarada a los pocos momentos. Los efectos de las heridas subsisten durante mucho tiempo, ulcerándose de manera tan rebelde, que muchas veces desafía la competencia de los médicos. Muchos caños y pozos de agua estancada están algunas veces tan infestadas de rayas, que irá al desastre quien se aventure en ellos. Frecuentan los charcos fangosos de poco fondo, donde se las ve acechando su presa, y conscientes de su poder, casi ni se dignan huir ante el hombre que se aproxima. Se las considera como un buen alimento, lo que las hace presa frecuente de hambrientos muchachos y aves de rapiña, que les hacen constante guerra con harpones y garras.

Muy ocupados estuvimos Mr. Thomas y yo dibujando cuanto se nos ofrecía, pero, la aproximación de la noche, nos obligó a suspender tan agradable entretenimiento, dando lugar a que muchos curiosos peces que hubiésemos deseado conservar para nuestros esbozos, fueran antes a caer en la sartén.

Entre tanto, nuestro hábil cocinero, Mónico, ayudado por media docena de llaneros, (los que todos son más o menos entendidos en el arte de su cocina característica), trabajaban afanados en la preparación de las presas del lance para la comida. Un gordo ternero fue también sacrificado en honor de aquella ocasión, el que asaron ante un vivo fuego bajo los árboles. Ellos son muy hábiles en el asado de un novillo o becerro, dividiéndolos en secciones de acuerdo con el sabor de cada parte en particular, atravesándolos en largas varas de madera que hacen girar ante el fuego hasta que quedan bien

cocidos. El bocado más favorito son los costillares que preparan enteros, pero yo recomiendo a los futuros viajeros en estas tierras, el entreverado hecho con las entrañas del animal, como el hígado, corazón, pulmones y riñones cortados en pedazos de tamaño conveniente, ensartados en un palo que se envuelven con la grasosa membrana mesentérica del animal, y se cocinan en su propio jugo. Además de este abundante suplemento de carne asada, tuvimos pescados de muchas maneras: ahumado, cocido, en sancocho, etc., con abundante pan preparado por la mujer e hijas de nuestro *caballerizo mayor.* Habíamos justamente acabado de comer, y como era de esperarse, a cabal satisfacción de cada cual; cuando se apareció uno de nuestros asistentes doblado bajo el peso de un caldero, conteniendo un rico hervido de cabeza de cherna, invitándonos a compartir su humilde obsequio. Aunque ese plato venía a alterar el orden de la comida, nos decidimos a probar la sopa que con tanto esmero nos había preparado, y pronto el rico sabor de su caldo, hizo que la devorásemos literalmente con gran apetito, pero, el gusto de tan apetitoso plato, me fue amargado por haber tropezado mis ojos con una hilera de dientes, que tanto me hicieron acordar de una calavera humana, que me vi obligado a no seguir comiendo, aunque deba confesar que nunca había saboreado una sopa mejor que ésta.

CAPITULO VI

CABALLOS SALVAJES

Después de la pesca nos ocupamos del motivo principal de nuestra expedición a la Yegüera, que era agregar a nuestra madrina un número suplementario de caballos provenientes de las reservas de dicho potrero. Pasamos todo un día cabalgando por bosques y sabanas encantadoras, inspeccionando los numerosos hatajos de yeguas guardadas por sus valientes padrotes. Cada manada está bajo el dominio de uno de estos, que no solamente impide que se mezclen con otras, sino que se esfuerza por apoderarse de todas las yeguas que pueda robarle a sus vecinos. La conquista, sin embargo, no se obtiene sino a costa de una viva resistencia por parte de sus legítimos poseedores, lo que da lugar a feroces combates entre los rivales. Cuando algún extraño se aproxima, la manada entera avanza impetuosamente hacia el objeto de su alarma, dando relinchos, resoplidos y arrojando espumas por las bocas en las más elegantes actitudes. Páranse a cien pasos de distancia, destacándose cinco o seis que se adelantan a hacer el reconocimiento; estirando sus pescuezos y orejas con mirar bravío, y con cautelosos movimientos, para inquirir del extraño el propósito de su intrusión, en tanto que el padrote mantiene a su tropa lista para la retirada en caso de ataque. Al ocurrir éste, lo señalan los exploradores elevándose bruscamente sobre las patas traseras, mientras el padrote ordena la retirada con destreza igual a la que en estos casos empleara un buen general, parándose a intervalos para vigilar los movimientos del enemigo, sin abandonar la retaguardia hasta que todo peligro haya pasado. Nada hay que pueda superar la magnífica contemplación de ver correr por las llanuras grupos de cien o doscientos caballos salvajes capitaneados por sus respectivos padrotes, embriagados por la inmensidad de sus vastas sabanas, respirando por sus narices el aire de la libertad.

Un día llevamos al rancho una gran manada de caballos de la que escogimos los animales que deseábamos y en estas maniobras se ocuparon los hombres durante un par de días, descubriendo que la mayor parte de ellos estaban infectados de garrapatas, destructor insecto propio de aquellos sitios, parecido a los chinches, pero de mayor tamaño, y muy molesto para los animales en cuya piel se adhiere con tanta tenacidad, que se requiere arrancarlos con las manos para quitárselos. Si no se los molesta, siguen chupando la sangre del animal hinchándose enormemente su cuerpo. Ataca toda clase de animales, pero, más especialmente los caballos, a los que produce úlceras malignas en las orejas, y sólo se caen cuando están llenas. Tan cerriles eran los caballos, que hubo necesidad de domarlos, antes que pudieran dar algún servicio. Esta operación, que bien se puede llamar rompe-caballos, porque un gran número quedan inútiles por su causa, ofrece a los llaneros la mejor oportunidad para demostrar sus habilidades con el más fogoso de todos los animales de la creación. Esta operación es sin disputa, la más difícil de cuantas se verifican en los hatos, requiriendo gran fortaleza y habilidad de parte del jinete para soportar los saltos y corcovos del animal sin caerse de la silla. El método que se practica en los Llanos, difiere en algo del usado en las Pampas Argentinas, tan hábilmente descrito por Sir Francis Head, Darwin, y otros eminentes escritores, y tomaré del primero algunos pasajes respecto de este ejercicio entre los gauchos, cuyo sistema es particularmente recomendable a los numerosos discípulos del renombrado Rarey, quien ha asombrado al Viejo y al Nuevo Mundo por su maravilloso arte de amansar caballos.

"El corral estuvo pronto lleno de caballos, muchos de los cuales, potros aún, contaban tres o cuatro años de edad. El capataz montado en un fuerte y firme caballo, corrió dentro del corral y tiró su lazo al cuello de un potro que arrastró hacia la puerta aunque se resistía a abandonar sus compañeros, pero, una vez fuera, su primera intención fue la de escaparse, pero el nudo del lazo se lo impedía del modo más efectivo. Los peones a pie corrieron hacia él, y le enlazaron las cuatro patas encima precisamente de las cernejas, y tiraron de la soga tan bruscamente, juntándole las piernas con tal violencia,

que cayó como si hubiera muerto de un balazo. Saltó entonces con presteza un gaucho, y sentándosele sobre la cabeza, con un cuchillo le cortó las crines en pocos segundos, mientras otro le cortaba la punta de la cola, diciéndome que esa era la señal de que el animal ya se había montado. Pasaron en seguida una tira de cuero dentro de la boca a modo de bocado, y un fuerte cabestro por la cabeza. El gaucho que debía montarlo, alistó sus espuelas, y en tanto que dos hombres sujetaban el animal por las orejas, le puso la silla, que apretó con demasía, y agarrándose a las orejas, se acomodó en ella cogiendo en ese momento la punta del cabestro que le presentaba el hombre que sostenía el potro por el cabezal, y desde ese instante nadie más pareció ocuparse de él. Saltó entonces el caballo en forma tal, que aunque algo diferente a los saltos y corcovos de un caballo inglés, parecía imposible que no fuera derribado el jinete de la silla; y cuando no quería galopar, el gaucho lo excitaba con las espuelas en tanto que el animal hacía todo cuanto podía para quitárselo de encima. Sacaron otro y otro caballo del corral, y tan rápida fue la operación, que doce estuvieron montados en el corto espacio de algo más de una hora". "Era muy singular ver las diferentes maneras como se comportaban los caballos. Unos se quedaban inmóviles mientras el gaucho les ajustaba la silla; otros se revolcaban por el suelo; en tanto que otros permanecían de pie sin hacer daño, clavadas las patas en la tierra en las más extrañas direcciones, arqueados los pescuezos hacia las colas, demostrando ser tan mañosos y rebeldes, que por nada en el mundo me hubiera atrevido a montarlos. Invariablemente éstos siempre costaron más trabajo para domarlos".

Repitiendo este tratamiento un cierto número de veces, acompañado con los golpes del chaparro siempre que se resisten, los jinetes acaban por dominar la indomable fogosidad de sus corceles, aunque guardan por mucho tiempo la viciosa propensión de practicar ocasionalmente una de sus viejas mañoserías, la de pararse bruscamente de manos, o de meter violentamente la cabeza entre las patas. Otra maña peligrosa es la de girar rápidamente cuando menos se lo espera, en opuesta dirección a la pensada por el jinete, quien si no es muy diestro, es lanzado de la silla y corre el riesgo de des-

nucarse. Cuando con el tiempo están ya domados, pocos caballos existen en el mundo capaces de servir mejor para los trabajos que los amaestrados en los Llanos de Venezuela.

Cuando anteriormente mencioné a Rarey, vino a mi memoria el nombre de Santos Nieves, un célebre picador de San Pablo, cuyo ingenioso método de atrapar caballos cerriles, parece fundarse en los mismos principios que los que caracterizan el método de Mr. Rarey. En lugar de correr tras de los caballos, lazo en mano, y lanzando gritos estentóreos, como es de uso corriente cuando se trata de coger uno o más animales, Santos Nieves emplea todas las precauciones posibles para evitar la menor alarma de tan recelosas criaturas, y con tanto éxito realizaba sus expediciones, que logró para sí la famosa reputación de ser un brujo para los caballos. Su plan era, no obstante, de lo más sencillo posible. Si se proponía capturar un solo animal, (cosa extremadamente difícil de ejecutar donde haya bosques), se preparaba como para una larga jornada, habiendo antes estudiado las querencias o lugares frecuentados por su presunto cautivo. Habiendo vivido en San Pablo durante más de cincuenta años, conocía perfectamente todos los lugares apropiados. El primer impulso del animal al encontrarse seguido era el de escapar, pero el paciente picador en vez de lanzarse en su persecución, se quedaba inmóvil en el sitio, vigilando y esperando la nueva actitud del animal. Cuando el caballo se daba cuenta de que no era perseguido, acababa por devolverse a reconocer el objeto de su alarma. Satisfecho por la aparente quietud del hombre y de que nada había que temer, el caballo se ponía a pastar de nuevo. Avanzaba entonces aquél lenta y cautelosamente, hasta que percibido de nuevo por el animal, este batía en rápida retirada como anteriormente, volviendo a repetirse la misma escena varias veces hasta durante un día entero, hacia el fin del cual, el picador, si el caballo no estaba muy arisco, se le acercaba con precaución, y con suaves palabras lograba pasarle la soga al pescuezo. La extremada esquivez de algunos caballos, obligó frecuentemente a Santos Nieves a pasar la noche a campo raso, y recomenzar su tarea, no solamente el siguiente día, sino los que fueran necesarios, tres o cuatro consecutivos, al

final de los cuales siempre regresaba triunfador llevando su caballo al hato.

El valor relativo de los caballos, depende de su forma, color y de su *paso,* siendo los llaneros muy hábiles en enseñarles gran variedad de ellos así como de evoluciones, tan esenciales para sus azarosas ocupaciones, como el timón para los marinos. En la guerra son invalorables como se demostró en la larga lucha contra los españoles, quienes no siendo igualmente diestros en el manejo de sus bridones, estuvieron a menudo a la merced de sus adversarios. Un buen caballo de batalla debe ser dócil y de blanda boca, fácil respiración, y de rápidos movimientos laterales, para que, cuando es perseguido el jinete por un enemigo, pueda girar bruscamente y atacarlo si fuera posible. La misma regla es aplicable a la caza de animales salvajes, principalmente la de los toros, que cuando se ven acosados, se vuelven y atacan a sus perseguidores. En tan cálidos países es así mismo indispensable para el viajero, que el caballo tenga un paso convenientemente cómodo, y con este fin son amaestrados para comodidad y bienestar del jinete. Prefieren algunos un suave trote para las largas jornadas, por ser el paso menos fatigante para las bestias, pero, para la ciudad o marchas cortas, el pasitrote es el usado generalmente. Se prueba la calidad de un buen pisador si "el jinete puede llevar un vaso lleno de agua en la mano sin que se derrame ni una sola gota", mientras que para un caballo de guerra, la prueba consiste en que lanzado a la mayor velocidad de carga, debe pararse instantáneamente al menor y más suave requerimiento de las bridas. Mucho se estima, además el color de los caballos, prefiriéndose generalmente los café con leche, y los diferentes tipos del blanco, pero cuando se requiere la mayor resistencia, los conocedores eligen preferentemente los de color oscuro. El valor de estos animales se ha elevado considerablemente en estos tiempos a causa de la devastadora enfermedad que ha hecho estragos en ellos durante estos últimos años. Antes de esto, existían en tan crecido número, que se exportaban los cueros en gran cantidad. Entonces costaba un buen caballo cinco dólares, siendo ahora su precio de ochenta a cien, y aún más, según el capricho de los negociantes. Este azote diezmó también los demás animales de

las tierras, propagándose por todo el país como el cólera, y ni los peces de los ríos lograron escaparse. La terrorífica epidemia, que los llaneros llaman "Peste", se cree tuvo su origen en la gran selva primitiva de San Camilo, en las cabeceras del Apure, debido a la descomposición de los detritus vegetales acumulados durante siglos. De allí, y siguiendo el curso del río hacia el Este, el azote continuó sus destrozos entre los habitantes de los pueblos y caseríos de la margen derecha, atacando una y otra población sucesivamente, escapando por poco, la Provincia entera de una destrucción total. Hoy, a pesar de haberse extinguido la mortalidad, el país, que hasta ese entonces había poseído el clima más sano, no ha vuelto a recobrar su anterior salubridad, y fiebres de carácter más o menos peligroso reinan desde esa época, especialmente al final de la estación lluviosa, lo que ha traído como consecuencia el abandono total de la cría de caballos. Los primeros síntomas de la epidemia aparecieron en los caimanes, cuyas repugnantes carroñas podían verse flotando aguas abajo y en tan prodigioso número, que tanto el aire como las aguas de tan bella región, estaban envenenadas con sus emanaciones. Se observó, que eran atacados primeramente de su violento acceso de tos, seguido por un vómito negro que los forzaba a abandonar sus acuáticas viviendas y salir a buscar su tumba entre las malezas de las orillas. Cebóse en seguida el mal entre los peces y otros habitantes de las aguas, con tal violencia, que se llegó a temer no fueran a quedar totalmente despobladas. La terrible mortandad entre ellos podrá apreciarse mejor por el hecho, de que durante más de un mes las rizadas ondas del noble río Apure arrastraron sin cesar enormes masas putrefactas que durante varias semanas ocultaron la vista de su plácida superficie. Las nuevas víctimas fueron los paquidermos de las lagunas, y daba dolor ver a los indolentes chigüires (Cavia capyvara), y los venados salvajes, arrastrando sus patas traseras paralizadas, de donde vino el nombre aplicado a esta enfermedad: derrengadera.

Ni siquiera los monos escaparon del contagio, a pesar de sus aéreas viviendas, y se oían resonar dentro de los bosques sus melancólicos gritos como los lamentos de los condenados.

Es muy singular el caso, de que mientras el flagelo no perdonaba a ninguna de las incontables manadas de caballos que pacían en las sabanas de Apure y sus adyacentes, ni los burros ni el ganado vacuno fue atacado, lo que salvó a los dueños de los hatos de la total dispersión de sus rebaños. Se cuenta corrientemente en los Llanos un curioso incidente relacionado con el origen de la enfermedad entre los caballos. Eugenio Torralva, hombre de nada común inteligencia, aunque de humilde orígen, había acumulado una gran fortuna con la cría de ganado en las orillas del Portuguesa, pero, su principal riqueza consistía en caballos de los que hacía grande aprecio, y tenía tantos, que en una ocasión, en la que un personaje atravesaba sus propiedades, Torralva le llamó la atención sobre las numerosas manadas que corrían por las llanuras, y dirigiéndose entonces a su huésped, maravillado con lo que veía, le dijo: "¿Cree usted, general, que a mí se me pueden acabar los caballos? ¡Ni que Dios quiera! —añadió blasfemando. Dos años más tarde, el testigo de tan impío alarde, se encontraba de nuevo en viaje por los Llanos. Cerca de San Juan se encontró con un viejo de triste apariencia montado en un burro a quien saludó al pasar como es la costumbre, y sin conocer al viajero, y cuando se había alejado sin más, he aquí que el viejo agitando su mano le gritó: "Hola, General, ¿tan pronto ha olvidado usted a su amigo Torralva?" Aquel que da y quita lo había privado de todos sus caballos, y el que antes fuera rico hacendado, se veía ahora obligado a viajar en un burro. Se asegura por los llaneros, que tan pronto como Torralva lanzó su blasfemia, estalló la "Peste" entre sus numerosas yeguadas, de donde se extendió el contagio a los otros hatos.

No deja de ser extraño el hecho, de que aunque el caballo era desconocido entre los aborígenes de la América cuando su descubrimiento, los estudios de Darwin y de otros geólogos eminentes, hacen ver que existían en este continente como contemporáneos del Mastodonte, Megaterio, Milodonte y otros animales extinguidos. "Ciertamente constituye un hecho maravilloso en la historia de los Mamíferos, (observa aquel estudioso explorador), que en Suramérica haya existido un caballo nativo que hubiera vivido y desaparecido, para ser sucedido a través de las edades por los incontables rebaños que des-

cienden de los pocos caballos introducidos por los colonos españoles".

En general, el tamaño de estos animales es mediano, y como su progenitor el caballo andaluz, dotados de fiera fogosidad (siempre que no sea maltratado por falta de cuido o se abuse de él), y sorprendente resistencia para dar caza al ganado bravío, en la que hay que estar en continuo movimiento durante muchos días consecutivos.

El corcel llanero, como su dueño, está acostumbrado a la inclemencia de las estaciones, pasando sus años al aire libre aunque siempre al alcance del hombre, y de ahí el conocido adagio: El ojo del amo engorda el caballo, lo que significa cuán grande debe ser el cuido de estos animales.

(Véase apéndice)

CAPITULO VII

A TRAVES DE LAS SABANAS

Antes del alba del quinto día dejamos el rancho de La Yegüera para seguir nuestra marcha hacia el sur, acompañados por nuestro largo séquito de mulas, víveres y caballos de relevo; mientras nuestro huésped y mayordomo Agapito, nos seguía a corta distancia en su doble carácter de baquiano y de compañero. Sin su ayuda, difícil nos hubiera sido de continuar nuestro camino a través de una accidentada pradera, cubierta en muchos sitios de magníficos bosques de elevados árboles de construcción, y de una multitud de delgadas palmeras que bajo el fulgor de las estrellas, lucían como una inmensa flota de navíos que guardaran la entrada de algún puerto gigantesco. Aunque reinaba la oscuridad todavía, y propiamente hablando, no existía un camino, sino únicamente un traficado rastro que se dividía en multitud de otros en diversas direcciones, nuestro guía, conocedor de la menor pulgada del terreno, sin la menor vacilación nos llevaba torciendo a derecha o izquierda cantando alegremente baladas evocadoras de la vida de los Llanos. A veces era acompañado por los cantos de otros bardos famosos por sus voces y versificación, lo que daba origen a animados coros de bárbaro carácter. Al salir el sol llegamos a otra gran planicie: la Mesa del Rastro, de muchas millas de extensión, y sin un solo árbol ni matorrales, pero llena por numerosos rebaños. Grandes bandadas de aves de variado plumaje, todas desconocidas para mí, volaban asustadas por nuestra proximidad llenando el ambiente con sus chillidos salvajes. Entre ellas llamó más mi atención, el Tarotaro, enorme pájaro de la familia de los Ibis, que deriva su nombre de sus acampanadas notas, y el Carretero, bellísima especie de ganso de variado plumaje y pico carmesí. Debe su nombre al ruido retumbante que produce al volar, semejante al sordo y continuado traqueteo de las ruedas de una carreta en mal camino.

Continuando nuestra marcha sobre el interminable mar de la llanura, divisamos por fin en el horizonte el pueblo de El Rastro, donde teníamos pensado desayunarnos y pasar las horas más calurosas del día. Fuimos cordialmente recibidos por el señor Llovera, un rico vecino nuestro cuyas tierras se extendían desde el lindero sur de San Pablo hasta ese Pueblo.

El Rastro tiene fama por la belleza y frescura de la tez de sus mujeres, no obstante su clima tan ardiente, y por la extraña inclinación de los hombres, a robar las crines y colas de los caballos que pasan por allí. Esto lo realizan bajo los mismos ojos de los propietarios, con el fin de hacer cabestros para sus propios caballos. Sucede así, que más de un hermoso animal que se creía seguramente guardado durante la noche, es encontrado tan feamente desfigurado a la mañana siguiente, que difícilmente puede reconocerlo su propio dueño, quien jura por todos los santos del almanaque vengarse del primer rastrero que encuentre en su camino. Afortunadamente no tuvimos motivo de queja, por la continuada vigilancia de una docena de nuestros guardadores, perfectamente conocedores de las mañas de aquella gente.

La hermosura de la tez de las mujeres de El Rastro, es tanto más extraordinaria, cuanto que el pueblo está situado en el declive sur de la planicie, completamente expuesto a la reverberación del sol tropical. No he visto durante el viaje mejillas tan rosadas ni ojos tan brillantes como los que encontré en tan miserable villorrio. Hubiera podido imaginarme que me encontraba entre las hadas de la selva dispuestas a encantar los ingenuos viajeros, mientras sus pérfidos cómplices se entregaban a sus truhanerías.

Estas altas terrazas tienen la ventaja de estar exentas de las pestilentas emanaciones que hacen tan insalubres las bajas llanuras en ciertas estaciones. Debido a la naturaleza del suelo, compuesto de conglomerados sueltos, no se forman depósitos permanentes de agua estancada, peligrosos para la salud de los habitantes, quienes gozan de una *verde vejez,* con la completa posesión de sus facultades mentales y corporales. Son muchos los casos en que hombres de setenta y ochenta años comparten todavía los rudos trabajos del país junto con sus jóvenes

compañeros. Entre nuestra caravana había varios de ellos, quienes después de haber soportado todas las vicisitudes de una mortífera guerra, aguantando el horno de los cálidos veranos y acampando bajo los torrenciales aguaceros de los inviernos, no presentaban huella alguna de alteración física. Uno de estos era Santos Nieves, el domador de caballos, cuyo único alimento consistía en carne salada, queso y papelón, con lo que había alcanzado los setenta. Crisóstomo, el negro mayordomo de San Pablo, que había perdido todo recuerdo de su infancia, y Conrado, el conductor de los caballos, cuya edad y experiencia en la guía de nuestra arisca madrina, lo había hecho acreedor a la venerable apelación de Taita, también eran de allí. Pero, el ejemplo más extraordinario de longevidad que haya llegado a mis oídos, se encuentra en la familia Monagas, también procedente de estas regiones. La edad y el número de sus miembros causó alarma en una época de la República, por la multitud de sus rapaces exigencias. Del patriarca de la familia se cuenta haber alcanzado la edad de ciento veinte años, y hasta su muerte recorría a caballo las sabanas tras del ganado. El memorable José Tadeo, el último Dictador y Tirano de la República, se encuentra aún en su juventud a la edad de setenta y cinco, mientras sus hermanos Gregorio y José Francisco, cuya vandálica carrera de robos y asesinatos fue (felizmente para el país que los vio nacer), cortada por la última revolución, no mostraban cuando murieron la menor decadencia de su vigor, a pesar de ser uno de ellos mucho más viejo que José Tadeo. Por último, aunque no el último, el famoso zambo, el General Sotillo, el mimado perro de presa de la familia, con la que sin embargo no tenía otra relación que la que existe entre tunantes de la misma calaña, aunque cuenta hoy sus ochenta años, es capaz de encabezar una triunfante guerrilla contra el actual Gobierno. Sin un techo que lo proteja, y sin otro equipo de guerra que su lanza y su caballo, este bárbaro capataz (que no es otra cosa por su nacimiento y educación), ha desafiado todas las fuerzas enviadas en su persecución, y ha llevado el país al límite de la barbarie en sus esfuerzos por sostener las inicuas aspiraciones de aquella rapaz familia. De tono amenazador y de feroz mirada, con una cabeza de oso polar o de salvaje sur americano, ha sido durante largo tiempo el terror de las

provincias orientales, las que viven en constante temor de sus bruscos ataques. Ha despedazado pequeños destacamentos de tropas o de indefensos individuos, retirándose a su guarida en medio de las vastas sabanas del Alto Llano al aproximarse fuerzas superiores; habiendo llegado hasta derrotar a éstas en dos o tres ocasiones, por sus astutas maniobras y por la rapidez de sus movimientos. Durante medio siglo sus ocupaciones favoritas han sido cazar ganado salvaje, y sostener una guerra de guerrillas contra la sociedad, obligada a ceder ante las salvajes demandas de este Beduino de los Llanos.

Después de haber compartido un sólido desayuno, dijimos adiós a nuestro simpático huésped, y volvimos a emprender nuestro largo y fatigoso viaje a través de las sabanas. Bajando a las llanuras que se extienden un millar de millas hasta el pie de los Andes Bolivianos, llegamos por fin a una comarca completamente distinta que revela inequívocas pruebas de un origen diluviano. El suelo, más que todo una mezcla de arcilla y de arena, ya no molestaba las patas de nuestros caballos con las capas de piedra suelta, tan malas para las pobres bestias. La vegetación donde quiera que era favorecida por algún accidente del terreno, ofrecía una notable diferencia de carácter. Las espinosas mimosas que sólo crecen en los terrenos cascajosos habían desaparecido todas, y eran reemplazadas por densos bosquecillos de laureles y otros árboles balsámicos. La palma Copernicia tan empleada generalmente para techar y otros propósitos económicos, reaparecía primero en dispersos grupos y más luego en incontables multitudes, quitando literalmente toda perspectiva con sus altos y delgados troncos. Según los diferentes usos que hacen de sus partes, esta bella palmera se conoce en el país bajo diversos nombres. Estos empleos son tan numerosos como las hojas de sus densos y simétricos follajes. Así: por el arquitecto rural es llamada palma de cobija; palma de sombrero, cuando sus hojas son tejidas para fabricar sombreros que nunca se deterioran, y cuando las mismas son usadas para espantar las miriadas de moscas que infestan las casas, o para refrescar al acalorado habitante de estas regiones, se la llama palma de abanico, y así sigue el largo catálogo.

Una casa techada con esta palma es segura contra los grandes aguaceros de los trópicos, y lo es también contra el fuego

por ser casi incombustible, y así, una brasa que cayera sobre ellas, sólo quemaría lentamente la parte sin extenderse ni producir llama alguna, siendo además muy durable y fresca durante los meses más cálidos. Todas las cercas y los corrales de la región donde ella abunda, son enteramente construidos con los troncos de la palma, bajo cuya sombra encuentra el ganado grato refugio. La lentitud de su crecimiento, que dura siglos, es otra curiosa particularidad de esta palmera. Cuando penetraron los primeros españoles en esta inculta región, encontraron extensos sitios cubiertos con bajas y en apariencia desmedradas plantas elevándose a pocas pulgadas del suelo. Según los recuerdos de los habitantes más antiguos, de los que existen muchos por allí, como lo pude comprobar, estos bosques de palmas enanas no habían cambiado perceptiblemente durante sus vidas. Eso revela que para haber alcanzado su máximo crecimiento, deben haber empleado miles de años siendo su altura de veinte pies por término medio.

Saliendo de los grandes palmares, nos encontramos de nuevo en medio de las ilimitadas sabanas que aquí presentan desolador aspecto, como si el fuego las hubiera arrasado, dejando sólo una infinidad de pantanos que el quemante sol endurece. Grandes espacios de estas *terroneras,* como las llaman, estaban ante nosotros con su aspecto de panales de abejas, sobre las que tropezaban a cada rato las jadeantes bestias, aumentando nuestra fatiga hasta un grado vecino de la desesperación. La acción de las lluvias arrastra la tierra alrededor de las macollas de yerba, que luego tuesta el sol, dejando la superficie del suelo cubierta por innumerables y pequeños montículos de endurecida arcilla, y de tal modo unidos, que no queda espacio para las patas de los caballos. Hasta el mismo ganado parece haber abandonado esta inhospitalaria región, porque a excepción de algunos extraviados, no había por allí ningún signo de vida.

Durante esta estación los ganados son llevados a las fértiles riberas del Apure y del Portuguesa, o abandonan por su propio instinto estas funestas inmensidades, y van hacia los caños bien conocidos por ellos para apagar su sed. La nuestra en aquella ocasión era intensa, mientras el tantálico espejismo, fenómeno atmosférico singular, tan característico de los desiertos, nos

obsesionaba incesantemente con su rizada y vaporosa visión; engaño del que parecían participar nuestras pobres bestias, que alargaban los pescuezos y estiraban las orejas, olfateando el lejano horizonte en busca del vivificante elemento. Por un imperdonable olvido, nuestros hombres habían dejado de llenar las taparas con agua, y ahora experimentábamos su falta. Estas escenas han sido descritas tan gráficamente por la elocuente pluma de Humboldt en sus "Tableaux de la Nature", que no trataré de añadir nada más:

"Cuando bajo los rayos verticales de un sol siempre brillante, se tuestan los pastos hasta convertirse en polvo, y se resquebraja el suelo endurecido como por la acción de un terremoto; si en ese momento se ponen en contacto con la tierra dos corrientes opuestas de aire, cuyo conflicto produce un movimiento giratorio, la llanura ofrece un singular aspecto. Como cónicos nubarrones cuya punta mira hacia el suelo, asciende la arena a través del aire rarificado cuya carga eléctrica es el centro de la corriente giratoria, semejante en todo a las destructoras trombas tan temidas por los marinos. El cielo oscurecido y bajo, cubre la desolada llanura amarillenta, el horizonte se aproxima rápidamente, la llanura parece encogerse, y con ella el corazón del viajero. Las ardorosas partículas de polvo que llenan el aire, aumentan el calor sofocante; y el viento del Este al soplar por sobre el recalentado suelo, en vez de refrescar, agrega sus ardientes bocanadas. Se secan gradualmente los pozos que las marchitas hojas de las plantas habían protegido, y como en las heladas regiones del Norte el frío entumece a los animales, aquí, bajo la influencia del achicharramiento, el caimán y la boa se inmovilizan, y se sepultan bajo el fango endurecido en profunda letargia. En todas partes prevalece la sequedad, y debido a la acción de los rayos luminosos productores del espejismo, el sediento viajero es perseguido por la engañosa imagen de un fresco y ondulado espejo de agua. Los distantes grupos de palmeras vistas a través de capas de aire de desigual temperatura, parecen elevarse inmensamente y lucen como partidas, separadas las copas de los troncos".

Verdaderamente, tan perfecta era la ilusión del espejismo, que en una ocasión Mr. Thomas y yo, fuimos completa-

mente engañados por la aparición de un hermoso lago, hacia el que corrimos, desapareciendo como por arte de encantamiento, cuando para gozar más y mejor del espectáculo, subimos a un árbol! Esto ocurre siempre que el espectador se encuentra por encima de la línea del horizonte natural.

Tras mucho caminar llegamos por fin a un pozo de agua fangosa aislado en medio de la sabana que fue saludado con alegría por hombres y bestias, pero a cuya primera vista los sedientos viajeros sufrieron gran disgusto y desilusión al ver cadáveres de animales y cuerpos de otros moribundos, atascados en el pantano. Estos tremedales forman extensas barreras en algunos sitios, especialmente en los caños secos donde perecen centenares de animales todos los años, incapaces de librarse de la pegajosa arcilla. Cuando nos acercamos, dos repugnantes caimanes corrieron hacia el charco y alborotaron la parte que no contenía animales atollados, y como no había otra alternativa, seguimos el ejemplo de los estoicos llaneros, que con indiferencia llenaron sus taparas con aquella sopa de pantano, que luego chuparon a través de sus pañuelos.

Cerca de medio día, divisamos a lo lejos una mancha que se parecía a la vela de un barco en el mar, la que fue aumentando de tamaño hasta convertirse en un montículo o promontorio presentando toda la lujuriosa vegetación tropical: era la Mata de San Pedro; una verdadera isla de árboles espléndidos, tal como un oasis en medio de las desiertas sabanas, prometedora de un gran alivio para los que cruzan por aquellos calcinados parajes.

Los nativos llaman "Mata" a estas encantadoras joyas de la Sabana, no menos amadas por ellos que aquellas del famoso desierto africano por las caravanas. Como los oasis, sus nombres evocan una causa trivial: Mata Gorda, Mata Redonda, etc., etc., pero, cualquiera que sea el nombre, todos saludan con alegría estos verdes refugios de fresco abrigo para todas las especies de animales en el verano, y segura protección en tiempos de las inundaciones, porque siendo un poco más elevados que el resto de las tierras circundantes, muy rara vez son cubiertos por las periódicas inundaciones. Había cerrado completamente la noche cuando llegamos a la Mata, y

tan cansados estábamos, que no pensamos para nada en la comida, estando además muy necesitados de agua. Aunque el suelo estaba reseco por el largo verano, la Providencia habia colocado a pocos pies de la superficie una ilimitada provisión de agua purísima. Se la obtiene con facilidad en todo tiempo, hollando hacia ella con un palo aguzado. No tuvimos que tomarnos esta molestia, porque nuestra gente, muy conocedora del lugar, sabía donde estaba uno de estos antiguos pozos, y así fue como nuestro primer trabajo consistió en ir a buscar el jagüey, sin cuidarnos de las mortíferas cascabeles que debían abundar mucho allí. Así fue obtenida el agua suficiente para nosotros y para las bestias de silla; porque a las demás se las dejó libres, aunque siempre muy vigiladas por los centinelas escogidos para la noche. Incumbía a estos hombres una dura tarea: sin contar la fatiga de velar a caballo la noche entera, tenían que temer a cada instante una súbita escapada de los caballos, lo que ocurre con frecuencia, contratiempo que evitan amarrando entre sí las patas delanteras de los animales, que así no pueden alejarse mucho del campamento. Estuvimos en pie muy temprano, a juzgar por la altura del Lucero, que en estas soledades reemplaza los relojes de las torres de las ciudades, y brilla con casi igual fulgor que el de la luna llena. Siempre recordaré con placer la contemplación de este espléndido luminar de la mañana derramando sus radiantes chorros de luz en el límpido cielo de los Llanos durante los meses del verano. Del mismo modo, todos los otros cuerpos celestes rivalizan entre sí aumentando el esplendor del glorioso firmamento, alegrando el corazón de los errantes viajeros que como los marinos de alta mar, bajo la inmensa bóveda de los cielos, se guían sin pérdida por aquellos brillantes fanales que nos marcaban el sur sin necesidad de brújula, u otros rumbos para dirigirnos en nuestro derrotero.

Ya cerca del amanecer desviamos un poco nuestro rumbo para llegar a un hato donde pasaríamos la noche, pero el cansancio de nuestros caballos, exhaustos por la rudeza del suelo, nos obligó a detenernos en las riberas sin árboles de un caño lleno de caimanes cuyo fuerte olor de almizcle apestaba el aire. No obstante semejantes vecinos, que más de una vez poblaron mis sueños, dormimos sobre el duro suelo

envueltos en nuestras cobijas, porque no había donde colgar los chinchorros. La falta de leña nos obligó a quedarnos sin cenar aquella noche, y sin desayuno el día siguiente, en que después de una larga pesquisa por las orillas del caño, logramos recoger un puñado de astillas con las que Mónico nos preparó una estimulante taza de café con qué *mitigar nuestras penas.* Llegamos al medio día al hato hacia el cual nos dirigíamos, donde inmediatamente se procedió a hacer los necesarios preparativos para una supina comida que pudiera compensar las pasadas privaciones. Nos informó el mayordomo que no lejos de la casa había un rebaño de reses marcado con nuestro hierro, y hacia allá despachamos dos hombres en busca del animal que estuviera más gordo entre ellos, volviendo a poco con una hermosa vaca, que al punto fue descuartizada con rapidez, y puesta entre flameante fuego encendido bajo tres estupendas mimosas cargadas con varias frutas arriñonadas de seis pulgadas de circunferencia. Satisfechos nuestros apetitos tendimos nuestras cobijas bajo la sombra de estos gigantes del reino vegetal, y dormimos hasta tarde, hora en que de nuevo a caballo, proseguimos nuestro camino a través de un monótono paisaje. La llanura aunque conservando aún el mismo rudo aspecto, se vestía con grupos de otras leguminosas (cañafístolas), de vainas de cerca de tres pies de largo llenas de una pulpa negra de mucho valor como purgante.

Cercana ya la noche, fuimos obsequiados por vez primera por el espléndido espectáculo de una sabana incendiada. La yerba tostada por el sol, es quemada deliberadamente por los nativos con el propósito de estimular la aparición de los nuevos brotes, que pronto, gracias al fuerte rocío, salen mucho antes de que empiecen las lluvias. La conflagración se extendió por más de tres millas, avivada por la fuerte brisa de la tarde que la empujaba en rugientes remolinos. Montañas de humo con encendidas briznas de yerba se elevaban a grande altura, aumentando la grandiosa belleza de la escena, con sus varios matices rojos y purpúreos difundidos a través de la atmósfera. Favorecidos por la iluminación acertamos a descubrir un rancho solitario donde pasamos el resto de la noche, aunque sin encontrar nada que comer. Afortunadamente, uno de la comitiva había matado varios patos en la laguna, y otro

previsivo individuo había conservado algunos exquisitos trozos de la vaca. Tuvimos alguna dificultad en encontrar con qué hacer fuego, pero, un par de vigas del viejo rancho, nos ofrecieron el combustible necesario, y así nos salvamos felizmente de pasar una noche sin comida y sin comodidades.

Mucho antes de rayar el día, estábamos ya en pie ensillando y cargando los animales, lo que debido a la oscuridad resultaba la parte más enfadosa del viaje, y alegremente dijimos adiós al viejo rancho habitado únicamente por millares de murciélagos.

CAPITULO VIII

EL PORTUGUESA

Otra vez en marcha, y de nuevo nuestros ojos encontraban la plana monotonía de las sabanas, llenando todos los horizontes, cuya única variedad consistía en ser más árida, más fragosa, y por lo tanto, más fatigante para nuestros caballos que lo que había sido anteriormente. Muchos de los jinetes se desmontaron para aliviar lo más posible a los pobres brutos, e hicieron el resto del camino a pie. Todo esto ocasionaba una sed ardorosa, que el escaso contenido de nuestras taparas no bastaba a calmar, y no fue sino hasta muy avanzada la tarde, cuando nuestros guías señalando la cresta azul de un bosque distante, nos informaron que aquello marcaba el curso del río Portuguesa: nuestro lugar de parada, y en cuyas orillas íbamos a permanecer durante varios días. La cabalgata animada por esta vista, avanzó tan rápidamente como su fatigada condición lo permitía, y por suerte llegó al paso antes de que cayera la noche.

Nace este hermoso río en las montañas de Trujillo: une las fértiles provincias de Barinas con el mar, por el intermedio del Apure y del Orinoco, y es uno de los principales tributarios del primero. Sus ventajas comerciales, como era de esperarse, son de grande importancia para el interior del país, tan distante del océano, y cuyos productos principales consisten mayormente en la cosecha bruta de sus plantaciones. Es navegable durante gran tiempo del año especialmente para buques de vapor, y me siento feliz por saber que el gran civilizador del Mundo: el Vapor, ha sido por fin introducido aquí por la infatigable energía de varios Yankees emprendedores.

Las orillas del río por lo altas y abruptas, no ofrecen para su paso, sino ciertos puntos donde la mano del hombre y el tráfico de los animales las ha cortado en profundas trincheras, que formando veredas llegan hasta el borde del agua. En esta

ocasión me acordaba del paso de San Jaime, donde un barquero espera para pasar a quien lo desee. Los caballos, como son buenos nadadores, se los deja pasar solos. Lo primero que hicimos al llegar al vado, fue descargar las bestias y desensillar los caballos con el fin de que se refrescaran antes de entrar en el agua, precaución ésta que no puede olvidarse sin correr el riesgo de ser fatal para hombres y animales. Hecho esto, procedimos a llamar al canoero cuyo rancho estaba suspendido sobre la barraca sur del río. La seguridad de recibir *un real* por cada hombre o bestia que pasara, junto con el ofrecimiento de regalías por parte de los pasajeros, en caso de suministrarles provisiones durante su estada en su rancho, le hizo moverse con tal rapidez que al minuto su frágil embarcación recibía su primera carga llevando cada cual sus propios efectos. Remaba un muchacho de quince años, desnudo, y curtido por el sol, mientras el hombre guiaba la canoa con su canalete. Era necesario el mayor cuidado para impedir que se volcara el frágil esquife, que se bamboleaba a cada golpe de remo amenazando botar su contenido por encima de la borda. Pronto desembarcamos en la orilla opuesta, regresando el bote en busca de su segunda carga, y así repetidas veces hasta pasar toda la gente. Quedaban entonces únicamente los caballos, los que muy tímidos en aguas profundas, necesitaron que se les obligara a pasar a nado, operación ésta que requiere gran habilidad de parte de los conductores. El medio más eficaz consistía en darles el ejemplo, y para ello, dos buenos nadadores quitándose las ropas saltaron sobre sus caballos en pelo y en el acto se lanzaron a la corriente. Ya en ella se dejaron caer hacia un lado para dejar que los caballos nadaran sin estorbo agarrándose a las crines con una mano, mientras con la otra guiaban al animal mediante un cabestro. Entre tanto aquellos que quedaban en la orilla gritaban estrepitosamente y sacudiendo al mismo tiempo con violencia las cobijas, espantaban el resto de la manada hasta el pie de la barranca, donde animados por la vista de los dos delanteros, entraron todos en la corriente y siguieron a sus conductores sin otra dificultad. Varios enormes caimanes que todo lo habían vigilado desde el medio del río, espantados por la confusión, desaparecieron de la vista, y entonces, sólo las cabezas

de los hombres, y las de los caballos dando resoplidos y arrojando espuma por las bocas emergían sobre las aguas. A pesar de tanto ruido uno de los guías fue atacado por los caribes y escapó por milagro de quedar gravemente herido. Parado en el extremo opuesto del río contemplaba tan raro sistema de transporte, cuando vi que el hombre abandonó su caballo y se apresuró a ganar la orilla con grandes brazadas pasándose por el cuerpo un lazo con la soga que llevaba en la mano. Ocurrióseme inmediatamente que era atacado por los caimanes, y más lo creí, cuando vi al pobre hombre ganar la playa con los costados chorreando sangre. Me desengañó de mi primera suposición la vista de una herida circular sobre un hombro del tamaño de una peseta, y de varios semejantes en otras partes del cuerpo, causadas por los caribes. Si el hombre ho hubiera sido un nadador tan esforzado, o el agua no hubiera estado tan agitada, el accidente hubiera sido mucho más serio. Mientras tanto nos angustiaba la suerte del otro guía, que afortunadamente escapó ileso.

La sorprendente osadía de tan diminuto pez, aumentó en mí la natural curiosidad por estudiar más a fondo sus maravillosas características, ya que tenía allí la oportunidad de hacerlo, y me determiné a procurarme algunos ejemplares vivos, si esto era posible. En una anterior ocasión había perdido todos mis anzuelos menores, pero, todavía conservaba algunos más grandes montados en alambre de cobre, y destinados para emplearlos en el Apure, los que creía estar a prueba contra los dientes de cualquier pescado; y tan pronto estuve instalado en el rancho del canoero, tomé los cordeles y fuime al río acompañado por mi colaborador inglés, el artista.

Cebados los anzuelos con carne fresca, y echados con gran precaución cerca de la orilla, apenas la carnada hubo tocado el agua cuando la cogieron los caribes, y sin darles tiempo, creía yo, para cortar con los dientes, tiré de los cordeles, pero, ¡ay, ni anzuelos ni carnadas! Al examinarlos, observé que un propio anzuelo había sido cortado, mientras otro lo había sido por el alambre. Repetí la operación varias veces y siempre con el mismo mal resultado. Muy incomodado, reparé en un

llanero que estaba parado por allí, riéndose al considerar mi simplicidad. Otro, tocándome suavemente en el hombro: —"¡Niño —me dijo usando una expresión favorita entre ellos— más fácil es coger una cascabel por el rabo que pescar a uno de esos tercios con anzuelo!" —¿Qué es lo que hay que hacer entonces, porque necesito un par por lo menos de estos bribones? —le dije.

—¿Quién ha visto un señorito como usted con ese gusto por bichos tan repugnantes? —replicó, creyendo que los quería para comer. Al explicarle que los deseaba para dibujarlos y conservarlos en alcohol, me aconsejó que buscara un trozo de cuero fresco de la cabeza de un novillo que acababa de ser sacrificado dejándolo pendiente de una tira de lo mismo. Seguí inmediatamente sus instrucciones, y a poco estaba de nuevo en el río. Sentándome en la popa de una canoa que estaba varada atravesada contra la corriente, eché dentro del agua la nueva carnada, y esperé con gran interés el resultado. Al momento un cardumen de caribes se reunió alrededor y empezaron a atacarla con gran voracidad. Como hallaban el grueso cartílago muy duro hasta para sus afilados dientes, lo roían como minúsculas hienas. Cuando calculé que ya estaban bien *pegados* dentro del cuero, tiré del todo violentamente dentro de la canoa en cuyo fondo vi con satisfacción que saltaron cerca de una docena de los pescaditos, y hallando este nuevo método de pesca muy fácil y entretenido, lo continué hasta sentirme mordido el talón de mi pie izquierdo por un caribe, con tal violencia, que dejé caer al agua la carnada junto con los bichos que colgaban de ella. Pensaba únicamente en ver cómo me escapaba teniendo que pasar a todo lo largo de la canoa cuyo fondo estaba lleno de estas voraces y despreciables criaturas. Mi primer impulso fue saltar sobre la borda, pero un momento de reflexión me convenció que eso hubiera sido saltar *de la sartén a la candela.* Como me encontraba entre Scila y Caribdis, apelé de nuevo a la bondad de mi anterior consejero para librarme del trance, lo que él prontamente realizó, tirando una cartuchera sobre los boquiabiertos pescados, la que al instante fue atacada por su afilados dientes que mordían las recias fibras con la tenacidad de un bulldog, facilitándonos con ese expediente volverlos a pes-

car de nuevo. Mi dolorosa experiencia sobre estas odiosas bestiezuelas, me excitó a acabar con ellas, y nunca despreciaba la oportunidad de provocarles un sangriento conflicto, dedicándome diariamente a tirarles pedazos de carne dentro del río que nunca dejaron de atraer gran número de caribes. Llenaban la carne de agujeros después de lo cual se enardecían y se devoraban entre sí hasta quedar muy pocos con vida. Así tomé la revancha contra esta infinita tribu de caribes. Los sollos y los caribes, según creo, son los únicos peces que devoran los heridos de su propia especie. Como observa Humboldt en sus viajes: "No hay quien se arriesgue a bañarse donde ellos se encuentran, y pueden ser considerados como la peor plaga de estos climas, en que la picada de los mosquitos, y la general irritación de la piel, hace tan necesario el uso del baño". Afortunadamente para la humanidad, estos peces son víctimas de una gran mortandad anual durante los calores del verano, cuando el agua carece de una parte del aire que contiene en solución. Se ven entonces sus cadáveres flotando a millares, en tanto que la orilla se llena con sus esqueletos, especialmente con sus afiladas mandíbulas por lo que es peligroso caminar descalzo por las orillas de los pozos. A juzgar por el incesante alboroto que partía del río durante la noche, y consideradas sus depredaciones del día, calculábamos la gran carnicería que causaban. Ni los acorazados caimanes están exentos de sus ataques cuando salen heridos en sus combates, como les sucede con frecuencia durante la época de sus amores, ya que hasta los mismos caimanes, *los monstruos de ojos verdes,* son víctimas de los celos.

En la época de la inundación anual de las sabanas, cuando los cuadrúpedos perecen a millares en el diluvio vernáculo, los caribes encuentran amplio campo para su voracidad, pero también atacan los animales vivos, haciendo presa con igual ferocidad de los becerros atascados entre los lodazales, y sobre las madres cuyas ubres mutilan, lo que hace que perezca la cría por falta de alimento. Lleva el pobre ganado una triste vida durante esta estación: los que escapan de los dientes del caribe, del anillo de la anaconda o de las fauces del terrible caimán; están en continuo riesgo de ser la presa del

puma o del jaguar, cuando se reunen en los bancos y otros lugares que quedan en seco en medio de las crecientes aguas.

Tampoco escapan de la atormentadora punzada de las miriadas de insectos que hasta que no cesen las aguas, llenan el aire que se respira. Ni aún durante la noche, cuando todos los seres creados desean descansar en paz, enormes vampiros escapándose de los oscuros escondites de los bosques, se adhieren sobre el lomo de sus víctimas, y junto con la sangre les chupan la vida, mientras las adormecen con el aleteo de sus alas espúreas. De hecho parece como si en estas regiones todo conspirara contra aquellas útiles criaturas, porque luego que todos estos males han cesado con la llegada de la estación seca, la mano del hombre se alza entonces de continuo contra ellas en carreras fatigantes, o dando fuego a los maduros pastos que destruye su furia avasalladora, lanzándolos enloquecidos de los campos de su predilección.

Los caimanes de este río son renombrados como los más salvajes y atrevidos de los Llanos. Aunque los llaman generalmente caimanes amarillos, para distinguirlos del cocodrilo común, que es negruzco, en realidad todos son de la especie de hocico alargado, y semejantes a los que viven en el Nilo y otros célebres ríos de Africa.

Cuando se pasea a lo largo de las riberas del Portuguesa, se puede ver a estos grandes lagartos reunidos en grupos de seis o más, calentándose al sol cerca del agua, con la boca muy abierta hasta que el pegajoso paladar se llene de moscas y de otros insectos que se posan dentro de ella. Traté en vano de tirarles con fusil, porque eran tan ariscos que cuando los apuntaba corrían al agua. Como no podía procurarme uno para mi lápiz, busqué la ayuda de un viejo pescador de profesión que vivía en una choza cerca del río. Convino en alquilarme su canoa, y su hijo como remero, más el número necesario de arpones, y dióme el consejo de hacerme acompañar de un muchacho indio del vecindario, que era un notable tirador de flecha. ¡Cómo! —exclamé asombrado—, ¿se puede matar uno de esos monstruos con una cosa tan liviana como una flecha? —"No señorito— me respondió con calma —pero usted debe saber primero donde se en-

cuentra debajo del agua, antes que pueda tirarle el arpón. La flecha de que le hablo es de las que usamos para coger tortugas". Estas son fabricadas de tal manera, que el hierro sujeto a la varilla se desprenda tan pronto como toca con un objeto en el agua. Una cuerda delgada de algunos pies de largo, sujeta la punta a la varilla que es de una madera flexible y liviana en la que se le da varias vueltas hasta el extremo en que se fija el hierro, donde se la amarra sólidamente. La flecha por ser tan liviana, flota sobre el agua tan pronto como el hierro se desprende por las sacudidas del animal, y sirve de guía para seguir todos sus movimientos.

El viejo pescador me explicó en seguida que la operación consistía en tirar primero una de estas flechas contra el caimán para indicar su posición en el agua, para después, si esto era practicable, arponearlo en la única parte vulnerable: la raíz del pescuezo, sin tener ya otra cosa que hacer que arrastrarlo afuera con la ayuda de fuertes sogas amarradas al arpón.

Me puse a buscar al joven indio que encontré en cuclillas, ocupado en desollar un puerco espín que acababa de matar. Al acercarme, levantó la cabeza, y fijó en mí su mirada sin expresión. Cuando le hablé, solo respondió a mis preguntas con los monosílabos, si, no. Luego de rogarle un poco y prometerle algunos anzuelos, me acompañó hasta la canoa sin pronunciar una sola palabra. No tuve que aguardar mucho para comprobar la habilidad de mi nuevo acompañante. Al aproximarnos a las riberas del río, se dejó ver un caimán flotando bajo la superficie como un tronco de árbol. Nuestra posición era de las más favorables para tirarle un flechazo entre las escamas, y mi joven Nemrod no perdió tiempo en aprovechar la ocasión; dio algunos pasos hacia delante inclinándose con elegancia sobre el barranco, y lanzó a la cabeza del reptil su delgada y roja saeta por elevación, es decir, disparando la flecha en un ángulo de cuarenta y cinco grados, lo que la hizo descender con gran fuerza sobre el objeto apuntado, describiendo un arco de círculo como hacen las granadas, y aunque la distancia era de cerca de trescientos pasos, la flecha dio en el blanco con la precisión de una bala de rifle. Una violenta zambullida del gigantesco saurio, me advirtió que la prueba había tenido éxito, y un momento después

apareció la roja varilla adherida a su cuerpo mientras nadaba velozmente sobre la superficie del río. Saltamos a la canoa y emprendimos rápida persecución río arriba por ser ésta la dirección que llevaba el caimán. Ya nos acercábamos velozmente, cuando asustado por el golpe de los remos, se zambulló en aguas profundas como lo indicaba el palo de la flecha, circunstancia que nos impidió usar el arpón. Tratamos vanamente de hacerlo salir, quedándose en el fangoso fondo de donde no lo movían los tirones que le dábamos. Teníamos la esperanza de que saliera con el tiempo a respirar para entonces arponearlo, pero también en esto fracasamos, y cuando hubieron transcurrido dos horas lo tuvimos que dejar, con la punta de la flecha en la cabeza. Hice varias tentativas para procurarme otro caimán, pero sin resultado, porque las aguas estaban muy altas para buscarlos. Durante mi estada, se me contaron varias historias relacionadas con la astucia y el instinto de estos saurios, una de las cuales me pareció muy extraordinaria para un animal de la tribu de los reptiles. Una vez tenía el canoero muchos chivos, y un día, se apercibió que habían desaparecido algunos, y sin pensar en otra cosa, le echó la culpa a los malditos caimanes, aunque estos rara vez atacan fuera de su elemento, y acabó por ver cuán fundadas eran sus sospechas, al asistir como testigo, a la destrucción de uno de los chivos de la manera más singular. Un caimán había descubierto por algún medio misterioso, que los chivos se complacen en saltar de sitio en sitio, pero más especialmente sobre los peñascos. Siendo estos muy raros en la comarca, el traidor enemigo, acometió la empresa de complacerles el gusto de tan inocente pasatiempo, y de darse él mismo el placer de comérselos. Acercándose a pocos pies de distancia del borde del agua, hinchaba su lomo de manera de darle la forma de una isla o un promontorio. Los estúpidos chivos lo apercibían, y dejando de hacer sus cabriolas sobre los resguardados lugares de las riberas, venían a divertirse en saltar sobre la falsa isla, a la que nunca llegaban, porque el caimán sacaba la cabeza en el preciso instante, y los recibía dentro de su abierta boca tragándoselos así sin la menor dificultad.

Tienen también una inclinación particular por los perros, y nunca desprecian la ocasión que se les presenta para obsequiarse con ellos, pero, aquí sin embargo, son burlados por la superior astucia de los canes. Observaba un día una pareja de perros tigreros que se daban tranquilamente un baño frío en el río. Intrigado por su aparente descuido, supe que estos animales nunca se acercan al agua, sea para beber o para bañarse, sin antes atraer a los caimanes con sus ladridos a puntos distintos a los que van a utilizar. Este instinto del perro con respecto a los saurios parece datar de muy atrás, porque lo he encontrado señalado en los escritos de los antiguos y modernos viajeros del mundo.

Nadie puede aventurarse a los ríos sin correr peligro de ser atacado por los caimanes que acercándose traidoramente a sus víctimas, las golpean con sus poderosas colas sin que puedan ser vistos. El ruido que produce una tapara al llenarse por algún imprudente, los atrae con especialidad, y para evitar esto, los naturales se sirven de una tapara amarrada a un palo largo, que con frecuencia es arrancada de manos del aguador. Cuando por accidente la presa de este tirano del río es una persona, lo llaman caimán cebado; significa esta apelación en general todo lo que es atrevido, feroz y traidor en cualquiera especie de animal; y desde ese momento, no solamente acecha a los hombres en tierra, sino que los sigue tras las canoas en espera de su bocado favorito. Existen, sin embargo, hombres tan atrevidos que se les enfrentan dentro de su propio elemento, y quien lo hace, no ignora que en este mortal encuentro uno de los dos debe perecer. El canoero nos contó un rasgo de audacia y de valor, digno de mejor causa, realizado allí por un llanero contra uno de estos monstruos. El hombre venía apuradamente hacia San Jaime, y como deseara llegar el mismo día, no esperó que la canoa lo pasara, sino que se dispuso para cruzarlo a nado con su caballo. Ya tenía la silla y las ropas sobre la cabeza, como se acostumbra en tales ocasiones, cuando el canoero le gritó que tuviera cuidado de un caimán cebado que estaba en acecho en el paso, en tanto que le rogaba que esperase la canoa. Desatendiendo el aviso, el llanero exclamó con característica arrogancia. —"¡Déjelo que venga; a mí no me asustan ni hombres

ni animales!"—. Dejó entonces en la orilla parte de su pesado equipaje, cogió con los dientes su daga de dos filos, y se metió valientemente dentro del río. No había avanzado mucho, cuando salió el caimán, y se le fue encima rápidamente. El canoero se santiguó devotamente y murmuró la sagrada invocación de: ¡Jesús, María y José! —temiendo por su vida más que todo y por el imprudente dicho del viajero. El nadador seguía deslizándose en el agua hacia el cada vez más cercano caimán, y sabedor de la imposibilidad de asestar a su adversario un golpe mortal, a menos de alcanzarlo en el codillo, esperó que el reptil lo atacara para arrojarle su silla. Hizo ésto tan bien, y con tanto éxito, que el caimán, creyendo que se trataba de un buen bocado, saltó un poco fuera del agua para cogerla. Instantáneamente el llanero le hundió su daga hasta el pomo en el sitio fatal. Un ronco rugido, y un tremendo coletazo probaron que el golpe había sido mortal, sepultándose el feroz monstruo bajo las aguas para no reaparecer jamás. Envanecido por su hazaña, rechazó la tardía ayuda del canoero, quien lo instaba a subir a su canoa, y agitó la ensangretada daga en el aire exclamando: —"¿No hay otro por ahí?, y alegremente regresó nadando a recoger su caballo. El canoero que contó esta aventura, añadió: "Tan contento me puse en esta ocasión, que maté mi gallina más gorda para brindar al hombre con un buen sancocho, porque el caimán me había comido todos mis chivos". Pero ésta es tan sólo una de tantas hazañas que a diario realiza en estas regiones la valiente raza de los hombres que las habitan. Aún vive en San Fernando, una ciudad en la confluencia del Apure y del Portuguesa, otro individuo igualmente intrépido para atacar los caimanes, que no emplea para estos lances sino un garrote o tolete de madera. Es sin disputa uno de los mejores nadadores de allí, y de cualquier país, y ha recorrido repetidas veces la distancia que hay entre San Fernando y el Diamante, una hacienda de su propiedad, tres millas más abajo de la ciudad y sin detenerse en el trayecto. Armado con el pesado garrote en una mano, y una botella de ron en la otra, para mantenerse en buena disposición, este moderno Hércules, sin otro motivo que el de su propio placer, va a provocar a un caimán cebado, y tan efectivos han sido todos sus lances, que ha logrado espantarlos del paso,

anteriormente tan infestado por ellos, que no transcurría un año sin que numerosas personas fueran sus víctimas, sobre todo, las indefensas lavanderas.

Observé también en el Portuguesa numerosas toninas de agua dulce, como aquí las llaman, que remontaban velozmente la corriente, encorvando graciosamente sus lomos como sus congéneres de los mares. Los caimanes parecen temerlas, y no dejan de apartarse de su camino hundiéndose bajo el agua. Es probable que de este hecho haya nacido la creencia general de que las toninas se lanzan a proteger las personas que caen en el agua, contra los ataques de los caimanes. Se afirma también que ellas impiden que se ahoguen las personas, empujándolas con sus hocicos hacia la orilla. En agradecimiento hacia este filantrópico animal, la mano del hombre no se alza jamás contra estas inofensivas criaturas, y tanto se dan ellas cuenta de esto, que parecen encantadas de vivir en su vecindad, jugando alrededor de las canoas que remontan el río, mientras lanzan chorros de agua y aire comprimido como pequeñas ballenas.

CAPITULO IX

EL RIO APURE

Pasamos varios días en El Portuguesa, dando tiempo a que nuestros caballos se repusieran de las fatigas de las rudas marchas precedentes, contando además con sumarnos otra manada que se había dejado todo el verano en las siempre verdes sabanas del río, y que se encontraba en muy buenas condiciones. Entre tanto, nos ocupábamos en cazar, pescar y bailar, bastando las gentes de aquellas cercanías para nuestras diversiones. Todas las mañanas montábamos a caballo para ir a coger un novillo para las comidas, y el resto del día era empleado en recorrer los bosques y las sabanas vecinas en busca de nuestros caballos, que parecían adivinar la vida que les aguardaba más allá del Portuguesa, siendo necesaria toda la inteligencia y sagacidad de los llaneros para descubrir sus escondrijos y llevarlos de nuevo a los corrales. Dedicábamos las noches al baile y al canto, a la luz de media docena de candiles o lámparas de tierra quemada, llenas con manteca de caimán. Como las casas quedaban muy diseminadas a lo largo de las orillas del río, enviábamos numerosos mensajeros con el propósito de invitar los compañeros para el fandango, que es como se llaman estas fiestas nocturnas, los que venían en canoas o a través de los lodazales según la ocasión.

Y ahora, refinado y cortés lector, figuráos vos mismo un bizarro conjunto sin distinción alguna de color, edad o posición, bajo un caney abierto o barracón escasamente alumbrado, y tendréis una idea de nuestras *soirées dansantes*, cuya alegría y gentileza bien hubieran podido ser envidiadas por las más elegantes *reuniones*.

La orquesta se componía de una guitarra casi tan grande como la mano que la rasgueaba; un arpa de enormes proporciones; y de un par de ruidosas maracas, formadas por la corteza del fruto de la calabaza, y llenas con las semillas

de una Maranta o *plomo indio*. Ninguna música se considera completa sin su acompañamiento, que, por lo que pude juzgar, ocupa el lugar de las castañetas o de los menos románticos *huesos* de los negros trovadores. Se las adapta a un mango de madera para que el artista las pueda sacudir con facilidad, acompañándose con gestos y contorsiones expresadores de sus diversas emociones. Un correspondiente coro de cantadores, sacados de nuestra comitiva, se añadió a los músicos. Todos los llaneros aman apasionadamente la música, y despliegan en ella un gran talento, y componen muchas lindas canciones de carácter nacional, que llaman *tonos o trovas llaneras*. Son pocos los que no están dotados del poder de la versificación, y hay entre ellos muchos improvisadores famosos. Siempre que dos de estos se encuentran, se traban en competencia por la corona de laurel. Durante horas enteras se prolonga la amistosa lucha, y solamente se termina cuando uno de los bardos es gentilmente silenciado por el otro. El vencedor entonces es declarado *león* de la fiesta, y recibe por ello, no sólo las felicitaciones de sus admiradores, sino también las sonrisas y miradas de los ojos más centelleantes de la reunión. Causa asombro, verdaderamente, mirar cómo hombres que no conocen ni una letra del alfabeto, componen e improvisan poesías, que aunque de rudo carácter, siempre están llenas de interés y de intención. Muchos de sus cantos y baladas narran las hazañas y actos de valor de sus propios héroes, mientras otras cuentan sus aventuras amorosas. La bandola no tiene ningún parecido con la que usan comúnmente los negros de los Estados Unidos. De hecho es una guitarra de grandes dimensiones en algo parecida al antiguo laúd. La guitarra de los Llanos, es la inversa de su parienta la bandola, por ser extremadamente pequeña, y con sólo cinco cuerdas, por lo que la llaman *Cinco*. A pesar de eso, es un instrumento muy ruidoso, y está dispuesto su cordaje para sonar simultáneamente al correr de los dedos de la mano derecha, movidos continuamente de arriba abajo, mientras los de la izquierda las comprimen en el momento requerido. Los bailadores no se enlazan, como es costumbre entre gente más culta, sino que bailan solos dándose ocasionalmente las manos durante breves momentos, para separarse y dar vueltas alrededor de sí mismos. Una mujer recorre primero la sala con doble y rápido paso en

busca de pareja, y al encontrar el que desea, agita sobre él su pañuelo con mucha gracia, invitándolo a aceptar, y da comienzo en el acto a sus evoluciones hasta que la mujer se retira. El hombre entonces, inclina el cuerpo cortésmente e invita a otra mujer, y así hasta el final de la próxima danza: es lo que se llama el galerón. En él sólo los más hábiles toman parte, porque requiere una gran flexibilidad en las articulaciones de los miembros para ejecutar perfectamente todas las complicadas y graciosas actitudes de los cuerpos, que constituyen el encanto principal del baile.

Tienen gran variedad de otras danzas, como La Maricela, El Raspón, La Zapa, etc., casi todas del mismo carácter, y diferenciándose principalmente en el *contrapunteo* de las estrofas cantadas con acompañamiento de música. La Maricela, es, entre todas, la danza más excitante, a causa de las palabras satíricas que el trovador de la velada dirige a cada pareja que pasa. La facilidad con que improvisa los versos es muy divertida, y sería capaz de aturdir al mejor *improvisatori* napolitano. Algunos enderezan sus satíricos tiros contra la apariencia, etc., de los bailadores, y nadie deja de entender la parte crítica.

Entre gente tan alegre, vivimos tres o cuatro días, y de nuevo nos pusimos en camino hacia el teatro de nuestras futuras aventuras, pasando la noche en San Jaime, villa antiguamente floreciente, pero, casi desierta hoy a causa de las desoladoras guerras civiles que han afligido al país durante varios años. En camino hacia ella, atravesamos una sucesión de hermosas sabanas, rodeadas por cinturones de bosques magníficos, y cubiertas de caños y lagunas llenas de aves acuáticas. En contraste con las áridas sabanas que acabábamos de recorrer, y que "como el océano llenan la imaginación con la idea del infinito", las que se desarrollan entre el Portuguesa y el Apure se caracterizan por su fertilidad y lujuriosa vegetación. Gracias a las inundaciones periódicas, el paisaje ofrece por doquiera el verde manto de la primavera aún durante los más tórridos veranos. Esta inundación es uno de los más curiosos fenómenos de la región. Al venir la estación de las lluvias, estos dos grandiosos hijos de la Sierra Nevada: el Apure y el Portuguesa, como si estuvieran fatigados de un largo reposo, se

levantan bruscamente sobre sus lechos cálidos y fangosos, saltan sobre sus riberas con graciosas cabriolas, para luego, con rápido y terrible correr, convertir en lagos las extensas llanuras. A los raros sitios que escapan de la general sumersión, se retiran los habitantes con sus efectos y rebaños, en canoas siempre listas para este fin.

Así es como la tierra se mantiene en constante irrigación y fertilidad no igualada por ningún otro país, aunque a costa del reposo y comodidad de los habitantes, forzados a abandonar sus casas a los caimanes y anacondas de los caños. Cuando bajan las aguas, los intrusos son expulsados por los legítimos propietarios de las moradas; de nuevo son colocados los escasos muebles de su pertenencia en los enlodados cuartos; y se entregan una vez más a sus labores hasta que la próxima inundación los obliga a plantar su hogar en otra parte. A nuestro paso pudimos observar las huellas dejadas en las paredes de las chozas por las aguas, que alcanzan muchas veces una altura de doce pies.

Mucha admiración me causó el tamaño y frondosidad de los árboles a lo largo del curso de estos ríos, y entre ellos particularmente el samán, una especie de mimosa de flores delicadas y plumiformes de tinte color de ladrillo, y gigantesca copa en forma de sombrero. En los Valles de Aragua, existe uno de ellos desde tiempo inmemorial que ha excitado la admiración de los viajeros, y recibido la protección de las leyes desde el descubrimiento y conquista del país, por sus grandiosas proporciones, y la gran edad que ha alcanzado. Grandes extensiones de tierras están ocupadas por esta clase de árboles y es imposible imaginar nada más grandioso en la naturaleza que un bosque de samanes. Podría decirse en verdad, que cada árbol es un bosque, y si se extendieran por los suelos los hermosos parásitos que cuelgan de sus ramas, bastarían para cubrir varios acres. A lo largo de los cauces de los grandes ríos Guárico, Apure y Portuguesa, se encuentran los samanes en número tan incontable, que todas las flotas del mundo podrían reconstruirse con la reserva de sus maderas. El hacha del hombre del Norte podría fácilmente convertir estos vastos bosques en vehículos del comercio y de la civilización, si no fuera por las fiebres endémicas de la región. Sólo sirven ahora

de protectores asilos de pandillas de ladrones y asesinos dejados sin castigo por políticos sin principios.

De igual modo, tan fértiles y abundantes son los pastos de estas tierras aluviales, que nos vimos obligados echar por delante de nosotros los caballos de remuda y las bestias de carga, para que nos abrieran paso y se salvaran nuestros desnudos pies de ser terriblemente destrozados por el gamelote, una alta y cortante yerba sin valor, de hojas tan afiladas como una espada de Toledo. Crece de tal modo unido, y tan rápidamente, que cierra en pocos días el sendero abierto por los viajeros, porque ahoga en su avance toda clase de plantas. Desgraciadamente no sirve para nada como forraje, excepto para los chigüires o cerdos de agua, que a falta de otra cosa lo comen, comunicándole a su carne un mal sabor. Se le da fuego en cuanto está bastante seco, ardiendo con furia igual a la que despliega contra los pies y las piernas de los jinetes cuando está verde.

Plantamos nuestro campamento la segunda noche de nuestro viaje, en la proximidad de varias lagunas llenas literalmente de caimanes, peces y aves acuáticas de todas las variedades, lo que nos obligaba a una continua lucha con gran menoscabo de nuestra comodidad. Nos vimos forzados a cavar pozos en las cercanías de las lagunas a fin de procurarnos agua para nuestras necesidades, pero, ningún artificio hubiera sido capaz de fabricarnos un escudo de protección contra los mosquitos, principalmente contra los de la clase llamada *puyones* a causa de su larga y fuerte trompa. En vano tratábamos de librarnos de sus dolorosas picadas, cubriéndonos de pies a cabeza con nuestras cobijas y chinchorros hasta sofocarnos; la trompa de aguja de los insectos penetraba a través de los pliegues de nuestras defensas hasta chuparnos la sangre, y no bastaba ni el humo alrededor del campamento para alejarlos, como se nos había hecho creer. Afortunadamente fue temprano su visita, y no duró mucho, retirándose todos antes de la media noche, dejándonos a merced de sus parientes, los bulliciosos zancudos o mosquitos. Estos, aunque no atormentan tanto con sus picadas, no lo hacen menos con su música, y no podíamos dejar descubierta parte alguna de nuestros cuerpos, sin ser

instantáneamente atacada por enjambres de estos *aulladores insectos-lobos*. Fue ésta, sin embargo, la única vez que los mosquitos nos molestaron durante el viaje, porque no aparecen sino durante la estación lluviosa. Aquí fue donde por vez primera vi una hilera de bajos montículos o médanos; simple acumulación de arenas que el viento arrastra de sitio en sitio por las sabanas y, que hoy se elevan sobre las praderas, para verse mañana nivelados con el polvo de las llanuras, digno emblema de las repúblicas del Sur. Cuando estos médanos han sido cubiertos por el gamelote, logran el carácter permanente de montículos de los que toma nombre el lugar: Médanos de San Martín. Huelga decir que no estuvimos tentados de prolongar allí nuestra estada más de lo que convenía a los caballos, que toda la noche se la pasaban en retozos por los bellos prados alrededor de las lagunas. Puestos en orden una vez más nuestros bagajes, nos despedimos de tan inhospitalario paraje mucho tiempo antes de lucir el alba, y en lucha durante millas contra el gamelote, llegamos al Hato de Corocito hacia el medio día. Don Luciano Samuel, su propietario, nos dio hospitalidad con la franqueza y finura del pueblo de estas regiones. De aquí hasta el Paso de Apurito en el Apure, había pocas horas a caballo, y por ser la mañana el mejor momento para vadear el río con los animales, desde muy temprano estuvimos en pie con el fin de llegar antes que la brisa comenzara a soplar. A causa de la densa vegetación de las márgenes, no vimos el río hasta no estar sobre él, y entonces, ¡con qué placer volví a contemplar la ancha superficie de esta magnífica corriente!

Aunque había nacido en sus riberas, apenas recordaba su inmensa anchura. Quizás sus turbulentas ondas habían mecido mi cuna de cuero sin curtir durante alguna de sus periódicas inundaciones, pues desde mi infancia llevo las señales de los dientes del caribe.

¡Qué de gloriosos recuerdos de los feroces combates por la libertad traían sus aguas a mi memoria! Ni el Támesis altanero cubierto por las *ondulantes alas* de sus bajeles llenos de los productos de la Tierra; ni el encantador Delaware rodeado por románticas quintas y granjas opulentas; ni aún el Hudson espléndido con sus palacios flotantes y leyendas en cuyas

riberas anidó el hogar de Irving, despertaron en mi pecho tantas emociones y sentimientos, como este silencioso mensajero de la Sierra Nevada. Allí, en medio de los truenos del cielo y del estrépito de las avalanchas, tiene su nacimiento, precipitándose rápido hacia las bajas llanuras a través de espantosos saltos sucesivos, que hacen temblar los fundamentos de los bosques primitivos. Así corre luego, arrastrando la abrumadora carga de multitud de árboles caídos en las variadas zonas de vegetación que atraviesa su curso. De ese modo los delicados helechos y otras plantas alpinas se juntan con las de los ardientes climas de las bajuras hasta ser depositados en el amplio estuario del delta del Orinoco.

Cuando las futuras generaciones los desentierren petrificados, los geólogos no vacilarán en atribuir esta singular aglomeración, a cambios maravillosos de la temperatura del globo.

El río Apure, propiamente hablando, está formado por la confluencia de otros dos: el Sarare y el Uribante. Nace el primero en las faldas de las montañas de la Nueva Granada, aunque gran parte de sus aguas corren hoy hacia el Arauca a causa de los grandes depósitos de arena y de balseros acumulados en su desembocadura. El Uribante, o Apure superior, puede ser considerado como el cauce principal del Apure con una longitud total de 640 millas, de las que son navegables 564 para los grandes navíos. El Apure toma ese nombre después de su unión con el Sarare, pero, en seguida se divide en varias ramificaciones llamadas caños, cada uno de los cuales tiene su nombre particular, siendo los de La Ebilla y Apure Seco los más importantes, reuniéndose más adelante con el cauce principal, en el que forma islas de sorprendente fertilidad. Son éstas invalorables como potreros para el ganado, cuando las otras regiones de las tierras están tostadas por el verano. Los altos bancos y los anchurosos canales de los ríos, sirven de eficaces barreras contra sus hábitos vagabundos. La situación geográfica de este río, unida a la de ser el mayor tributario del vasto océano (el Orinoco), en un punto cerca de 500 millas de su confluencia con el mar, lo señala como una de las más importantes líneas de navegación interior del mundo, y hará de la inculta región de los Llanos un fértil emporio de civilización. Hacia él irán todos los productos,

y demás fuentes naturales de riqueza de las vecinas provincias, a buscar su salida para ser exportados a los mercados extranjeros; porque además de la vasta área de tierra plana que atraviesa este río, recibe el tributo de cien cursos navegables que bajan de las faldas orientales de los Andes de Nueva Granada y de Venezuela.

El ancho del Apure varía considerablemente según las lluvias y los vientos, extendiéndose en veces durante millas más allá de su cauce, pero, generalmente es de no menos de mil yardas. Humboldt, que lo midió en San Fernando, en mayo, cuando ya ha bajado a su nivel inferior, lo encontró de 236 toesas. Más arriba es mucho más ancho, estrechándose gradualmente a medida que se aproxima a su gran confluente.

Aludiendo a este fenómeno singular producido por la evaporación y las filtraciones a través de sus arenosas riberas, el mismo eminente viajero aclara ciertos puntos curiosos dignos de mencionarse. Dice él : "Puede tenerse una idea de la magnitud de estos efectos, por el hecho bien comprobado, que el calor de las secas arenas en diferentes horas del día, era de 36 a 52 grados centígrados; y el de las cubiertas por tres o cuatro pulgadas de agua, de 32. El lecho de los ríos es calentado, según la profundidad a que los rayos solares pueden penetrar sin sufrir una gran pérdida a través de las capas intermediarias de agua. Además la filtración se verifica lateralmente hasta muy lejos del lecho del río, y la orilla que nos parece seca, está embebida de agua al mismo nivel que la superficie. Hemos visto aparecer el agua a una distancia de 50 toesas de la playa cada vez que los indios clavaban sus remos en la tierra. Ahora bien: estas arenas húmedas abajo, pero secas arriba y expuestas a los rayos solares, funcionan como esponjas con pérdida del agua infiltrada. El vapor que es emitido atraviesa el estrato superior de arena caliente, y se hace visible a la vista cuando sopla el aire frío de la tarde. Al secarse la orilla, extrae del río nuevas cantidades de agua, y fácil es de comprender que estas continuas alternativas de evaporación y de absorción lateral, ocasione una inmensa pérdida de agua, difícil de calcular. El aumento de estas pérdidas sería en proporción de la longitud del curso de los ríos, si desde su nacimiento hasta su desembocadura, fueran

por igual limitados por bajas riberas planas, pero, formadas éstas por depósitos llevados por el agua, que tiene menos velocidad a medida que se aleja de su nacimiento, arrastra más sedimento en la parte inferior de su curso que en la superior, y así muchos ríos en los climas cálidos sufren una disminución en la masa de sus aguas al aproximarse a sus desembocaduras. Mr. Barrow, observó estos curiosos efectos de las arenas en la parte sur del Africa, a orillas del río Orange, y sobre esto han surgido importantes discusiones con motivo de las varias hipótesis que se han inventado sobre el curso del Niger. Cuando esguazamos el Apure, estaba mucho más seco que de costumbre, ya que nos encontrábamos a mediados de la estación seca, y a pesar de eso nos ofreció un obstáculo formidable en nuestro camino. Como no había sino una sola canoa en el vado, gastamos toda la mañana en transportar todos nuestros arreos y bagajes, y habiéndose levantado la brisa poco después de nuestra llegada, el paso de los caballos se pospuso para la tarde a causa de la gran agitación de las aguas. Hubiera sido algo más que un peligroso azar, exponer nuestros inestimables corceles al *picado mar,* que al batir las narices de los animales, les impide respirar con libertad, y al hacerles perder la firmeza en el nado hace que se ahoguen. Fuimos recibidos en la otra orilla del río por una comisión de caballeros, en mangas de camisas como nosotros, enviados por los habitantes de Apurito para ofrecer a nuestro Jefe la hospitalidad de sus pueblos. El principal entre ellos, era el intendente general del Distrito, Comandante Rávago, un rudo, tieso y curtido individuo, a quien la naturaleza había dotado de una desmesurada nariz, y de un modo de hablar muy particular, siendo necesario estar muy versado en el patois de los Llanos para entender sus disertaciones sobre todas las materias y asuntos en general, porque con excepción de los idiomas, creía saber de todo: El inglés, especialmente, era detestable para sus oídos, y cuando nos escuchaba hablar en esa lengua, declaraba que le parecía un montón de caballos relinchando. No obstante sus toscas maneras y apariencia, nuestro intendente era un tipo sagaz y muy competente en todo lo relacionado con los hatos.

En cuanto al pueblo o puesto de Apurito, era un simple conjunto de ranchos de tierra techados con hojas de palma, como lo son todas las casas de la región. Algunos de ellos tenían puertas y ventanas de madera cepillada, pero, la mayor parte hubiera permitido a cualquiera entrar y salir por todas partes. No tenía Iglesia, escuela, ni edificio destinado a reuniones públicas de ninguna clase. El Alcalde, el funcionario más importante de todas las pequeñas comunidades españolas, celebraba sus audiencias en el estrecho corredor de su rancho, mientras la *sala* era destinada al absorbente juego del *monte*. Una vez al año el que seguía en importancia a su Honor el Alcalde, el Padre, visitaba el villorrio, y entonces todos los niños y niñas que estaban sin bautizar, éranle llevados a su alojamiento donde se celebraba la ceremonia de manera algo informal, y sin preocuparse mucho de los estrictos preceptos de la Iglesia.

También había allí varios almacenes a lo largo de las orillas del río donde se hacía toda clase de negocios. Consistían estos, principalmente en el comercio de cueros, que se cambiaban por artículos de uso doméstico traídos del Orinoco. Los cueros, en efecto, son los billetes de Banco de los Llanos, y aunque mucho más grandes y menos limpios, pasan de mano en mano tan ligero como cualquier *cupón* que hubiera en la Bolsa. Se los transporte a Ciudad Bolívar —antes Angostura—, en bongos y barcos de un solo palo llamados lanchas, que regresan cargados de sal, cuchillos, zarazas y calicot; artículos de primera necesidad entre los habitantes. También otros puertos de Apure, como Nutrias y San Fernando, hacen gran comercio de estas materias. El primero de los nombrados aumenta grandemente el volumen de sus exportaciones, con los productos agrícolas de la vecina Provincia de Barinas. Consisten estos en café, cacao, añil y tabaco, este último vendido a elevados precios en Alemania para las pipas de ámbar, y siempre de fácil venta en Ciudad Bolívar.

Como el curso del Apure es casi una línea recta de este a oeste, los alisios que soplan sobre las llanuras en el verano, desempeñan un papel importante en el transporte contra la corriente de los navíos más pesados.

Durante las lluvias los vientos del Oeste suman sus esfuerzos a los de la corriente para acelerar la marcha descendente de los buques. Desde hace poco, varios vapores han aumentado el número de los que hasta ahora hacían el tráfico, y realizan, me han dicho, muy buenos negocios. ¡Que Dios los ayude!

"Durante la época de las grandes crecientes —escribió Humboldt—, los habitantes de estas regiones, para eludir las fuerzas de las corrientes, y el peligro de los troncos de árboles que arrastran, en lugar de remontar por el cauce de los ríos, lo hacen por las sabanas. Para ir de San Fernando a los Pueblos de San Juan de Payara, San Rafael de Atamaica o San Francisco de Capanaparo, trazan su ruta rumbo al sur como si tratasen de atravesar un río de veinte leguas de ancho. Las confluencias del Guárico, del Apure, del Cabullare, y del Arauca con el Orinoco, forman a 160 leguas de la costa de Guayana una especie de delta interior, de los que la Hidrografía presenta pocos ejemplos en el Viejo Mundo. Según la altura del barómetro, las aguas del Apure tienen sólo una caída de treinta y cuatro toesas de San Fernando al mar. El declive entre las bocas del Osage y del Missouri, y la barra del Mississippi, no es más considerable. Las sabanas de la Baja Lusiana recuerdan en su conjunto las del Bajo Orinoco". *Viaje a las Regiones Equinocciales.*

CAPITULO X

SABANAS DE APURE

Después de una cuidadosa inspección de animales y bagajes para ver si todo estaba bien preparado, dejamos el poco interesante villorrio de Apurito en pos de nuestro dominio de San Pablo de Apure, distante unas pocas millas más al sur. Al pasar frente a la última casa que miraba al río, Mr. Thomas descubrió un cuero de tigre que su dueño había puesto a secar sobre la palizada. Deseoso de examinarlo más de cerca, metió espuelas a su mula para adelantarse, y en el momento de coger el cuero, la mula que no lo había visto todavía, porque las otras bestias se lo ocultaban, tan pronto lo percibió de cerca, llena de terror, retrocedió dando resoplidos, corcovos y bajando la cabeza tan violentamente que logró lanzar al artista sobre la arena. El horror que las mulas tienen al tigre de Sur América, es uno de los fenómenos más curiosos del instinto animal que yo haya visto. No sólo lo manifiestan a la vista del felino, sino también por el olor, aunque el enemigo se encuentre lejos, y esto aunque nunca hayan visto un tigre como sucedía en este caso, en que la mula había sido criada en los potreros de San Juan de Payara, donde rara vez o nunca, se encuentran tigres. Después de una marcha de pocas horas, a través de bosques de samanes gigantescos y de verdes sabanas, llegamos a San Pablo antes que la noche hubiera cubierto con su manto aquellas imponentes soledades. La casa era hermosa y bien situada, y dominaba un extenso panorama de la comarca, y la vista de innumerables rebaños que pacían a lo lejos.

El nombre de San Pablo dado también a este hato (no obstante que el dueño tuviera otro del mismo nombre), me hizo sospechar que las culebras no debían escasear por allí, lo que comprobé en la primera salida que hice lejos de la casa. En una tierra donde se cree que los Santos poseen una

ilimitada influencia sobre todos los negocios humanos; es corriente dar a las casas y localidades amenazadas de cualquier calamidad, el nombre del Santo considerado como el patrón o defensor contra cada mal en particular, así, los lugares donde son frecuentes las tempestades eléctricas, se llaman Santa Bárbara; los infestados por culebras, San Pablo, etc. Aunque este hato formaba parte de la propiedad que veníamos a inspeccionar, no estuvimos allí sino el tiempo necesario para una mirada en general.

Cuando se dio la orden de salir para El Frío, otro hato más hacia el oeste, ensillamos alegremente los caballos, y con rápido paso atravesamos aquellas verdes y hermosas sabanas que con su perpetua verdura nos daban la impresión de haber llegado a una tierra de promisión, y de alegría, en vez de una de penalidades. En verdad, todo ahora denotaba que estábamos muy lejos de las escenas que habíamos dejado del lado allá del río. Aquello parecía un paraíso terrestre donde una benéfica Providencia hubiera reunido cuanto animal pueda el hombre necesitar. Aquí las esbeltas siluetas de los venados escapándose veloces entre la verdura, allá los cerdos salvajes y capivaras en rápida fuga hacia los pantanos para evitar la vehemente caza de nuestros hombres. En ocasiones nos tropezábamos con un terrible toro salvaje que lentamente se alejaba bramando a la cabeza de su hirsuta tropa, como si pensase disputarnos el derecho de penetrar en sus dominios. La vegetación parecía menos lozana aquí que en otras partes que habíamos visitado, y excepto unas cuantas palmas de una nueva variedad y de algunas dispersas matas (las que debido al espejismo que siempre estaba ante nosotros, lucían como lindos boscajes reflejándose en el agua), nada, sino la bella y plana llanura aperciben los ojos en muchas millas.

Al contrario de las sabanas altas, donde sólo predomina una yerba ordinaria, las del Apure se caracterizan por el frondoso crecimiento de varios pastos, que como los del Portuguesa mantienen su verdor todo el año. Estos forrajes, algunos de los cuales son tan suaves y flexibles como la seda, constituyen la parte principal para cría del ganado en las frescas sabanas del Apure y sus tributarios. La prodigiosa multiplicación de los animales en estas sabanas, es debida únicamente a la su-

perioridad de sus pastos, sobre los de las altas regiones de los Llanos, allí donde los criadores se ven obligados a emigrar con sus rebaños todos los veranos. Observé en Apure tres variedades de yerba, las que por su sabor y riqueza nutritiva con dificultad pueden ser superadas por cualquier forraje de la Zona templada. Al empezar las lluvias, la granadilla, yerba de casi cuatro pies de alto, de blandas y suculentas hojas y espigas con semillas parecidas al millo, nace cuando caen los primeros aguaceros de primavera, y crece con gran rapidez; es muy solicitada por todos los rumiantes y desaparece prontamente sin dejar el menor vestigio de su presencia: es una planta anual. En las tierras bajas de aluvión sujetas a las inundaciones periódicas, otras dos yerbas no menos estimadas crecen perennemente, sin que la estación cálida acabe con ellas. Son estas, la *carretera,* nombre que recuerda el hermoso ganso de sabana que la come, y la *lambedora,* así llamada por ser su blandura tal, que los animales parecen mejor lamerla que mascarla. El ganado vacuno y los caballos la comen con preferencia, y hasta los becerros de dos semanas pueden soltarse entre estos nutritivos pastos.

Se llaman *esteros* aquellas hermosas sabanas que tienen además la ventaja de retener bastante agua todo el año, por lo que son el punto de reunión de toda clase de cuadrúpedos y de aves a las que *naturaleza ha enseñado a mojar sus alas en el agua.* Allí los primeros, apagan su hambre y su sed, y las otras crían sus hijuelos por gozar la vecindad de abundantes charcos llenos de infinita variedad de peces.

Ninguna descripción puede bastar para dar la menor idea del aspecto que presenta una de estas lagunas pobladas con casi la completa variedad de todos los animales. Las aves principalmente (muchas de ellas de la gran familia de las grullas), parecen haber emigrado aquí de todos los rincones del globo. Estos revoltosos bandos de aves acuáticas son conocidos en el país bajo el apropiado nombre de *garceros,* por predominar sobre todas, las garzas. Observé también cierta especie de grulla llamada *garzones,* uno de los cuales, el llamado soldado por su erecta actitud y aire marcial, mide más de cinco pies de alto, y tiene un pico de un pie de largo. Aunque grullas y garzas son especies vecinas, comprueban el viejo adagio de

"dime con quien andas y te diré quien eres", porque cada colonia acampa por separado. Se posan generalmente sobre la extendida copa de un arbusto pequeño, el caujaro, que crece profusamente cerca del agua y donde hacen sus nidos de palos secos ingeniosamente entrelazados con las ramas. Bajo los matorrales, se observan senderos muy traficados producidos por las sospechosas huellas de los felinos, que bucan en estas aladas colonias su bocado favorito, y aprovechan todas las oportunidades de comerse los pichones de los nidos.

Paseando por varias lagunas cubiertas por una especie de nenúfar de flores color rojo oscuro, miriadas de patos de la pequeña especie llamados güiriríes, se remontaron por los aires oscureciendo el sol y lanzando una nota aguda que claramente repetía el nombre que se les ha dado, y por cuyo grito son fácilmente descubiertos por los cazadores. Había también un número muy grande de una especie gigante de patos: el real, así llamado por el airoso copete de plumas que corona su cabeza. Por todas partes bandadas de *carreteros* revoloteaban encima de mi cabeza emitiendo sus retumbantes notas características. El ronco grito del macho acompañado por el estridente de la hembra, patentiza la ya antes mencionada semejanza con el tumbo de las carretas.

Durante el período de la muda, la gente de las cercanías de las lagunas acuden de tiempo en tiempo a sus márgenes y los arrean sin dificultad hacia la casa en el número que quieren. Se me contó por varias personas dignas de crédito, que no lejos de San Pablo hay una laguna en cuyos bordes acampó una vez un regimiento de caballería que vivió durante quince días exclusivamente de los patos, sin que su número se viese disminuir.

La prodigiosa exuberancia de la vida animal, ha dado al Apure la merecida reputación de ser una tierra de abundancia, pero, también ¡ay, es una tierra de muerte!, porque del fondo de estos pantanos se elevan constantemente miasmas de naturaleza pestilente durante ciertas estaciones del año, que hacen casi inhabitable para el hombre esta hermosa comarca. Es también la morada de las enormes serpientes de agua o anacondas, conocidas en el país con el nombre de culebra

de agua, para distinguirlas de boa constrictor o traga-venado, por la facilidad con que se engulle a uno de estos cervideos. Ambas serpientes son notables por la fuerza con que trituran sus víctimas entre los anillos de sus macizos y musculosos cuerpos, pero, la anaconda, es con mucho la más voraz y temida de las dos, pues ataca no sólo los animales inferiores como venados, chigüires o becerros, sino hasta el orgullo del rebaño: el padrote que no siempre logra escapar del mortal abrazo. ¡Ay del inocente potro o de la novilla que ardidos por la sed y el calor se zambullan en una de estas modernas Estigias! Los anillos del monstruo al instante los enlazarán y al mortal abrazo seguirá el terrible crugido de sus huesos. Hecho esto, la culebra comienza a cubrir el magullado cuerpo con una especie de secreción de su boca que la ayuda en el proceso de la deglución. Si se trata de un venado, cuya cabeza presenta el formidable obstáculo de sus rameados cuernos, la serpiente empieza a tragarlo por los cuartos traseros esperando que el tiempo y la descomposición natural haga caer la cabeza. En este aprieto, se las encuentra semejantes a un grueso tronco extendido sobre el blanduzco fango de las lagunas, de donde fácilmente se las saca por medio de un lazo sujeto a la cola de un caballo.

Cuando se estudia la boca de una de estas culebras, se encuentra que las mandíbulas están armadas por una hilera de afilados y corvos dientes doblados hacia dentro como unos ganchos, con los que agarra la presa, y la mantiene hasta que agotada la víctima cae exhausta. Lo que es aún más extraordinario en una lucha tan desigual, es la tenacidad con la cual la serpiente se adhiere al barro de la charca donde no existen rocas ni troncos para asegurarse. Ni aún los esfuerzos del toro más poderoso bastan para sacarla ni una sola pulgada fuera de su elemento, si no se la parte primero. Al lanzarse sobre un animal, la anaconda lo agarra invariablemente por el hocico, en cuya carne se entierran sus dientes antes que el animal intente escaparse. No es cosa rara, sin embargo, para un toro reventar una de estas culebras con un violento esfuerzo, y entonces se puede ver al hirsuto vencedor, marchar orgulloso a la cabeza de su tropa con este nunca visto trofeo colgante de las narices. La resistencia del

cuero de la anaconda, lo hace ser muy solicitado por los habitantes para correas, y otros varios objetos susceptibles de desgastarse por el roce, pues ella más bien desgasta todas las cosas hechas de otros materiales. Arde muy bien su grasa y la buscan mucho por esto, y también como ungüento para los huesos y tendones de las personas afligidas de reumatismo o de rigidez de los miembros. Su aceite es perfectamente claro y transparente, sin ningún olor desagradable, y es absorbido prontamente por el organismo mediante una simple fricción de la piel. A poco de habernos alejado de San Pablo tuvimos una animada cacería de cerdos salvajes. Pasaban de veinte y estaban comiendo en las orillas de una laguna. En un instante la llanura, en calma momentos antes, resonó con los gritos y alborotos de los hombres que perseguían alegremente esta deliciosa pieza de los Llanos. Mucha de la gente llevaba lanzas y despachaban con facilidad aquellos cuyo destino atravesaba en el camino de los rudos jinetes, pero, un viejo verraco que parecía ser el sultán de aquella oscura república, perseguido por los combinados ataques de varios cazadores, giró bruscamente sobre sí mismo y dio el frente con valiente resolución de no dejarse matar sin resistencia. Primero se creyó que dos o tres hombres bastarían para acabar con él, y como el lance se prolongaba demasiado, varios otros entre los que me encontraba, corrimos a ayudarles. Llegados al lugar del combate, un espantoso espectáculo se ofreció a nuestra vista: el enfurecido animal, con los ojos lanzando llamas y rechinando sus colmillos con fiereza, se mantenía en alerta a cierta distancia de sus agresores, cubiertas las fauces con una baba sanguinolenta, mientras uno de los hombres yacía por tierra sangrando profusamente de una herida del muslo causada por los colmillos del animal. Supimos que Cipriano, que así se llamaba el cazador, viendo que las lanzas de sus compañeros no hacían sino irritar al verraco, saltó alocadamente de su caballo, y tirando de la espada se le fue encima deliberadamente sin tomar siquiera la precaución de protegerse con el pellón de la silla, como se practica cuando se lucha contra los toros. El hombre se alababa, con razón, de ser el mejor matador de Apure, pero en este caso se olvidó de la dureza del cuero de su adversario, y así, a la primera embestida del verraco, y a pesar de la firmeza del golpe del bien templado

acero, la espada se dobló como un chaparro al caer sobre el lomo del animal, y quedó Cipriano a merced del rabioso bruto, que le ocasionó, como acabo de decirlo, enorme desgarrón que puso al descubierto el hueso femoral del desgraciado torero. Los colmillos del verraco, especialmente los inferiores, son tan largos y afilados, que el animal los emplea como el toro los cuernos. Los superiores descansan sobre los inferiores, y su constante rechinar, especialmente cuando están rabiosos, desgastan sus extremos formando un borde ancho y cortante. Juntos los colmillos forman un círculo perfecto de cinco o seis pulgadas de diámetro. Los servicios de nuestro cirujano doctor Gallegos fueron inmediatamente requeridos para la cura del herido, mientras sus compañeros trataban de vengarlo. Arrojaron una lluvia de lanzas contra el cuerpo del enfurecido animal, pero sin efecto aparente porque la bestia con un golpe de sus poderosos colmillos, partía en dos el asta de unas, y de otras arrancaba el hierro. Sin duda alguna hubiéramos acabado por matarlo, pero como el grave estado de nuestro compañero necesitaba de cuidados especiales, montándolo en su silla por falta de algo mejor en qué transportarlo, y dejando al verraco vencedor, seguimos nuestro camino. Como habíamos matado más animales de los que buenamente podíamos cargar, escogimos dos gordas marranas para nuestro almuerzo, y dejamos el resto a las bandadas de zamuros que en hambrienta tropa seguían nuestra marcha por las sabanas.

Debo observar aquí, que el cochino alzado de los Llanos, es el cerdo doméstico, que los escasos o ningunos cuidados de los hatos para su comida, obligan a alzarse, y como encuentran en los lodazales los elementos requeridos para su desarrollo: raíces, yerbas, anguilas, culebras y todo *ad libitum*, se propagan prodigiosamente. El número de cerdos de estas sabanas es casi increíble; en las tierras del Frío solamente hay cuarenta mil y de ello dan una idea exacta, los destrozos que a la vista se observan en estas sabanas completamente removidas en varias millas a la redonda, lo que hace el terreno muy peligroso para los caballos, y casi perdido para la cría, porque destruyendo los pastos finos, estos luego son reemplazados por malas yerbas.

Los cerdos cimarrones hacen, sin embargo, un buen servicio, destruyendo las culebras (por las que sienten un gusto particular), especialmente ese pequeño azote de las sabanas del Apure: la *mata-caballo.* El rabo de los cochinos alzados es especialmente largo y retorcido, y lo agitan continuamente de un lado para otro cuando corren, particularidad que no se escapó a un hijo de Africa, que estaba aprendiendo en un hato los negocios de los Llanos, y a quien ocurrió una ridícula escena en una de aquellas cacerías. Era ya un experto en el manejo del lazo, y estaba un día en las sabanas con el mayordomo, con el objeto de enlazar un novillo para sacrificarlo, cuando se tropezaron con un hermoso verraco que en el acto trastornó todos los planes, pues todos se lanzaron inmediatamente en su persecución. Con excepción del negro, ninguno de los demás tenía soga, y por esto fue mandado a correr tras la pieza para cazarla, pero, aunque montaba un veloz caballo y se ponía muchas veces a tiro de lazo, se observó que cada vez que esto pasaba refrenaba la carrera sin causa aparente. —"Ahora, vamos... hijo de... tu madre!, vociferaba el mayordomo, "suelta el lazo o te voy a asar vivo en su lugar!" —y le endilgaba muchas otras expresiones no menos características. Pero, el zambo, dándole vueltas al lazo sobre su cabeza para mantener el nudo abierto, se volvía a parar cuando se acercaba de nuevo al animal, hasta que convencido entonces el cochino para qué se lo quería, apretó la carrera a fin de llegar a un punto metiéndose dentro de una arboleda de plátanos salvajes que bordeaba el estero. Hacia allá fue el mayordomo, y perdida la poca paciencia que le quedaba, corrió sobre el negro y le cayó a chaparrazos gritándole con voz de trueno. —¿Dime ahora *mi amito,* por qué dejaste ir al cochino sin hacer nada para cogerlo? ¿Acaso no te he enseñado a manejar bien el lazo, negro del diablo? —"¡Oh! sí, mi amo —dijo el negrito—, pero mire usted mi amo, cuando querer enlazar cochino, él también querer enlazar a mí! e imitaba al mismo tiempo con su brazo el meneo del rabo del cochino.

Lucían muy hermosos los rebaños con el padrote a la cabeza, y se dispersaban en todas direcciones al acercarnos. Los toros son generalmente de una grave y tranquila disposición

cuando están en manadas, y más bien evitan aproximarse al hombre, a menos de ser provocados a la defensa, en cuyo caso son feroces. Cada manada está bajo el gobierno del toro más fuerte, cargo que éste gana por la fuerza y el valor, pues le toca defender sus tropas de los enemigos ordinarios, y luchar para sostener su supremacía contra sus camaradas rivales. Debido a esto, es que el padrote tiene el cuerpo lleno de cicatrices a causa de las heridas recibidas en estos terribles encuentros. Si siente durante la noche que se aproxima un puma o un jaguar, inmediatamente toma sus medidas para defender la plaza. Su primer cuidado es el de reunir la manada en un compacto grupo, para luego avanzar obligando al enemigo a un combate singular, del que rara vez no sale vencedor. Mientras tanto la manada agrupada en el estrecho espacio en que se encuentra reunida, alza la cabeza hacia el enemigo y se prepara a rechazar al intruso, y defender las crías con el formidable empuje de sus cuernos. El hombre es el único adversario cuya superioridad reconoce el padrote, y aún así no siempre lo demuestra, pues le opone una obstinada resistencia, siempre que encuentra ocasión. El no correrá espantado de sus perseguidores, les dará el frente de tiempo en tiempo y logrará hacerles cambiar de parecer, asegurándose una honrosa retirada.

Cuando el sol está alto sobre el horizonte, míranse avanzar lentamente a rebaños enteros de estos nobles animales hacia la vecina mata, en busca de sombra para defenderse del calor del día, y dormir la siesta bajo fresco abrigo. Allí ellos se divierten un rato mirando su serrallo, haciendo su toilette, afilándose los cuernos contra el tronco de una palmera u otro objeto apropiado, hasta que quedan como agujas. Desgraciado entonces, del imprudente viajero, que abrumado por el calor busque refugio en esas arboledas, y penetre en el santuario del serrallo de Su Majestad el Toro! Aunque pueda escapar sano y salvo, su caballo será castigado duramente y pagará la indiscrección de su dueño.

Un aventurero britano que una vez penetró en estos recintos consagrados al dios Tauro, estuvo a punto de perder la vida. Escapó afortunadamente con sólo unos rasguños y contusiones, pero dejó las ropas entre los cuernos y patas del

toro. He aquí lo que le pasó: la intensidad de los rayos del sol obligaron al viajero y a su compañero, un malicioso llanero viejo que le servía de baquiano, a buscar el abrigo de una solitaria arboleda. Ya cerca, se dieron cuenta de ser aquella el retiro de un toro bravío, por las profundas señales de la corteza de los árboles, evidentemente producidas por un animal con cuernos. No se equivocaban, y pronto vieron a poca distancia, pastando plácidamente, al probable dueño de aquel ideal retiro. Como sabía por experiencia que aquel no era un sitio seguro para echar la siesta, el llanero opinó inmediatamente por retirarse en vez de ser retirados, como lo serían probablemente si pretendieran quedarse. Pero John Bull (Juan Toro), con arrogancia característica y confiado enteramente en su fino par de pistolas, rióse ante la idea de dejar un sitio tan agradable, sin luchar un poco por lo menos, por su posesión. Ordenando al hombre colgar los chinchorros, examinó cuidadosamente las pistolas y se metió luego a su aérea cama. Movió el llanero con malicia la cabeza, y prudente, dejó los caballos ensillados contentándose con aflojar las cinchas. Al momento el toro inició el avance hacia la mata, lo que visto por el flemático inglés, dejó la hamaca y con las armas en las manos se le fue al encuentro. El llanero se santiguó, y sacando los caballos les apretó las sillas y amarró al suyo el lazo en la cola. Entre tanto, el toro avanzaba poco a poco sin aparentar haber visto a los intrusos huéspedes, bramando de vez en cuando sordamente como expresión de su disgusto. ¡Pum! ¡Pum! Se oyeron dos tiros de pistola, pero, antes de que se disipara el humo, el llanero percibió el cuerpo de su compañero caído por tierra, y ferozmente comprimido por las patas del enfurecido animal. Rápido como el pensamiento, saltó el hombre a caballo, zafó el lazo, lo hizo girar dos o tres veces sobre su cabeza, y lo lanzó contra los cuernos del toro en el preciso instante en que iban a clavarse en el postrado viajero, evitando providencialmente un daño mayor. El animal fue entonces fácilmente dominado y muerto por sus captores. Que el inglés escapó de una muerte instantánea, será fácilmente comprendido por el que sepa que en su furiosa y ciega embestida los toros a menudo hierran el blanco.

CAPITULO XI

EL FRIO

Al llegar al Frío, nos sorprendió agradablemente encontrar alojamientos más espaciosos que los hallados con anterioridad. La casa, aunque del usual techo de palma, era espaciosa y bien construida de bahareque, es decir: de fuerte armazón de postes de madera cubiertos con barro mezclado con pajas. Además de la gran sala, tenía tres o cuatro dormitorios, pero estos, tan llenos de murciélagos, que era imposible dormir en ellos a causa del olor desagradable que despiden esas molestas criaturas acompañado del ruido incesante de sus chillidos sobre nuestras cabezas, lo que nos hizo pasar en vela la primera noche. En vano tratamos de espantarlos con el humo de la boñiga del ganado. Durante el día se esconden, pero vuelven con el crepúsculo trayendo una abundante ración de frutas silvestres para su comida, las que constantemente caían sobre nuestras hamacas, obligándonos a refugiarnos en los abiertos corredores del patio.

Alejada de la casa, había una hilera de ranchos que hacían las veces de cocina y almacenes, que no eran utilizables para nada, y siguieron en posesión de los murciélagos y zamuros. Nuestra cocina, como siempre, fue perfectamente desempeñada por nuestro hábil *Jefe* Mónico y sus ayudantes, quienes prefirieron el estilo *sans façon* del aire libre del campo, al estrecho espacio de una cocina.

Lo que más llamó mi atención en este hato, fue la poderosa construcción del cercado que rodea las casas, capaz de resistir, no solamente el empuje de todo un rebaño de reses, que tal era su objeto, sino también, en caso necesario, un fuerte cañoneo. Lo formaban enormes trozas de árboles, casi impenetrables al hierro y al fuego, enterradas en el suelo tan juntas unas de otras, que se podía caminar por encima como sobre

cualquier camino plano. No acertaba a comprender cómo habían transportado aquellas monstruosas piezas del bosque. Esto, como lo supe después, se había hecho durante la inundación de las sabanas, siendo entonces fácilmente conducidas en balsas de madera liviana. Los árboles que producen esas maderas indestructibles, son de dos clases distintas de acacias, conocidas en el país por los eufónicos nombres de *Angelino* y *Acapro,* y las dos son capaces de mellar el acero mejor templado si no se tiene el mayor cuidado. Se veían allí los dos postes de la puerta principal de la majada, o gran cercado para el ganado, que tenían más de un siglo, y estaban intactos a pesar de estar clavados en un suelo sujeto a las alternativas de los calores calcinantes y las inundaciones.

La majada, formada asimismo por fuertes postes, tenía espacio suficiente para contener tres mil animales; y estaba dividida en los compartimientos necesarios para el acomodo del ganado durante las distintas operaciones del hato. Aunque aquí había abundante materia vegetal para la comodidad y seguridad de los habitantes, observé que allí, como en todas partes, faltaban absolutamente los árboles alrededor de las casas. Los llaneros, aunque muy adictos a las *dulzuras de la vida salvaje,* son enemigos decididos de los árboles en la inmediata vecindad de sus moradas. Los árboles, dicen, atraen los rayos y las fieras de los campos, y son además el refugio natural de las serpientes y mosquitos durante las avenidas. Esta falta de sombra era lo que más sentíamos en la mitad del solsticio, cuando el sol derrama sus rayos verticales sobre el seco suelo, y todos los días entre las diez o las once, se levanta una fuerte brisa que sopla sobre las limpias sabanas arrastrando nubes de arena que se nos metían por la boca, ojos y narices, y mezclándose a los alimentos, acababa hasta con nuestros apetitos de carnívoros. Y sin embargo, a poca distancia de la casa había una sombría arboleda, de dos o tres millas de circunferencia, que un hombre de gusto podía fácilmente convertir en una quinta deliciosa, especialmente durante la inundación de las sabanas vecinas, cuando es posible la llegada de los barcos del Orinoco, por los que el propietario pudiera suplirse son todas las comodidades de la vida civilizada. Aquel encantador paraje estaba además embellecido por un pequeño

lago, donde diariamente dábamos de beber a los caballos, no sin riesgo de la vida o de algún miembro, a causa de las babas y caimanes de sus partes profundas. Aún las superficies estaban tan llenas de rayas, caribes y otras plagas acuáticas, que bastaban para llenar de peligros el baño. Así, nuestras ocasionales abluciones se limitaban a friccionar los cuerpos llenos de polvo y de calor, con toallas humedecidas. Las babas, aunque mucho más repulsivas de aspecto que sus horribles parientes, los caimanes, son considerados como un buen bocado, especialmente su cola, cuya carne, dicen, rivaliza en sabor con la de la gallina. En esta poca halagadora *fuente del desierto,* teníamos que llenar todas las tardes nuestras taparas, para dar tiempo a que la tierra y la arena de que estaba llena se fueran al fondo durante la noche.

Las brisas del verano, desagradables por más de un respecto, son muy útiles para arrastrar las perjudiciales exhalaciones que nacen de los depósitos de pantano que quedan en las tierras bajas, mucho tiempo después que las aguas se han retirado, de otro modo serían estas regiones inhabitables. El Apure es particularmente saludable durante la estación seca, y si no fuera por las imprudencias de sus habitantes, gozarían de la más cabal salud durante siete meses, por lo menos, del año. Pero, esta gente, sin ningún cuidado por las consecuencias, y confiados en sus férreas constituciones, no se detienen en los momentos de excitación de una larga cacería ante ninguno de aquellos pestilentes pantanos, metiéndose en ellos tras de la perseguida pieza. De esto les proviene una grave excitación del sistema, acompañada por violentos espasmos, fiebres, o la más horrible de las enfermedades: la elefantiasis o Mal de San Lázaro, tan común en las ardientes regiones de la América tropical. A estas intemperancias, agrégase la falta absoluta de recursos médicos del país, y ya se podrá imaginar los sufrimientos y la miseria que esto produce. Sin embargo, los habitantes no parecen prestar atención alguna hacia estas endémicas calamidades, y uno mismo llega a acostumbrarse a ver las cosas con el mismo espíritu de fatalismo con que ellos contemplan todas las cosas de su vida.

Nunca me pude saciar de admirar la belleza del cielo, y la transparencia de la atmósfera en esta estación. Los objetos situados tres o cuatro millas de distancia, lucen como si estuvieran a pocos pasos, circunstancia ésta que me hizo extraviar varias veces en las cacerías a pie por las sabanas, ocasionándome muchos disgustos.

La radiación del calor por la tierra durante la noche, producida por la perfecta claridad del cielo, era tan grande en veces, que producía una sensible baja de la temperatura y permitía un aceptable uso de las cobijas, de ahí el nombre de El Frío de esta propiedad. Las tardes sobre todo eran tan frías, que para calentarnos pasábamos gran parte de la noche bailando a la luz de la luna, por más que ninguna crinolina embelleciera nuestra fiesta. Teníamos grandes bailadores del *zapateo,* una especie de *dislocación* en la que muchos de nuestros hombres hacían gala de tal flexibilidad de pies y caderas, que hubieran hecho célebre a la más diestra comparsa de la Etiopía.

Nuestro huésped, Ño Juan Manuel, como familiarmente llamaban al mayordomo, había alquilado los servicios de un célebre tocador de bandola de Banco Largo, y como no andábamos escasos de improvisadores entre nosotros, estas veladas tuvieron todo el éxito que permitían las circunstancias. Entre los poetas que más se distinguieron, fue uno el negro Quintana, viejo sargento de la Guardia, que por haber servido constantemente muchos años a su querido Jefe y Amo, como él llamaba al General, le profesaba un gran cariño. El otro se llamaba Sarmiento y desempeñaba las funciones de *Caporal* del Hato de San Pablo. Los dos se hicieron famosos por la maravillosa facilidad con que improvisaban sobre cualquier tema, y variaban algunas veces sus distracciones cantando y acompañándose con la guitarra, canciones cuya trama era siempre alguna aventura propia de la accidentada vida de las Sabanas. El más popular de estos motivos era el *Mambrun,* imitación de la vieja canción francesa: —"Malbrook s'en fut en guerre...", —y *Marcelino.* El héroe de ésta, había sido un célebre bandido, que por mucho tiempo se burló de todos los esfuerzos que se hicieron para capturarlo, pero que final-

mente pagó sus culpas a manos de un traidor, que le acompañó en sus correrías para poderlo entregar a sus enemigos.

Era Marcelino, un peón común de uno de los hatos situados en las riberas del río Matiyure, pero como fuera de inquieta y valiente disposición, prefirió la azarosa vida del salteador, a las cansonas ocupaciones del hato. Hallándose perseguido por la mano de la justicia, vióse obligado a refugiarse entre los indios del sur del gran río Meta, quienes eran entonces los únicos dueños de sus selvas inconmensurables. Sus cualidades superiores, y su audacia, pronto le ganaron la confianza y respeto de los salvajes que acabaron por hacerlo su jefe, acompañándolo en sus merodeos contra los indefensos habitantes de los hatos del lado acá del Arauca. Envalentonado con sus éxitos, atacó el pueblo del mismo nombre, y robó una hermosa y bella mujer, esposa de un respetable propietario del lugar, que empleó cuanto medio estuvo a sus alcances para recuperarla. Durante largo tiempo, sus esfuerzos fueron infructuosos, debido a la inculta naturaleza de la comarca, y a la astucia del raptor, hasta que éste acabó por caer en una de sus incursiones. Túvose la intención de llevarlo a Achaguas, y con este objeto fue amarrado fuertemente, y se lo puso al cuidado de una fuerte escolta, pero, siendo como era tan querido de los llaneros, admiradores del valor en cualesquiera forma que sea, fue confiado a la custodia del famoso Manuel Blanco, un rico terrateniente del Apure, quien lo había pedido prometiendo entregarlo a las autoridades. En el camino, sin embargo, halló modo de escaparse librándose de sus ataduras, y volvió a sus antiguas guaridas. Por mucho tiempo fracasaron todas las tentativas de apresarlo de nuevo, hasta que un zambo atrevido de las tierras altas, se prestó voluntariamente a penetrar en aquellos desconocidos parajes, con la idea de atraerlo junto con su cuadrilla, hasta cierto hato donde se escondería a esperarlo un fuerte piquete de caballería. Le contó a Marcelino que los dueños de este hato guardaban inmensas riquezas en joyas y dinero. El bandido se dejó convencer ansioso de recobrar su antigua fama por un atrevido golpe de mano contra el hato del Herradero. Al llegar al sitio, donde las cosas estaban arregladas según lo convenido, entre Maldonado (apropiado nombre del traidor), y los servidores

de la Justicia, sorprendieron a Marcelino y su pandilla. Trató de escaparse, pero, Maldonado, espoleando su caballo hacia el descuidado bandido, que nada sospechaba de él, lo atravesó con su espada, y sin detenerse, corrió seguido por los *hateros* hasta el sitio donde la infortunada mujer estaba cautiva. La encontraron rodeada por una especie de Corte de Damas de Honor de roja piel, las que después fueron distribuidas como sirvientas entre las familias de sus conquistadores.

En esta ocasión fueron destruidos todos los indios salvajes, salvándose muy pocos entre los gigantes bosques donde lloraron entre monos y jaguares la pérdida de su amado capitán. La balada que recuerda la aventura dice así:

"A Marcelino lo mataron
En el hato de Herradero,
Y los indios lo lloraron
A su capitán vaquero."

Maldonado, que en el fondo era un malvado de la misma calaña que Marcelino, al saborear la vida independiente y errabunda del bandido, la encontró tan de su gusto, que concluyó por imitar el ilustre ejemplo de su anterior jefe y camarada, pero, falto de los rasgos principales que habían elevado aquel a su alta posición, pronto rindió la vida, y casi de la misma manera inventada por él para acabar con el célebre bandolero Marcelino. Antes de este suceso, Maldonado, para imitar en todo a su primer jefe, trató un día de atacar a la por él conocida indefensa ciudad de Guasdualito, con la esperanza de robarse la Villafañe, una dama muy célebre por su belleza. Con este fin se presentó ante la puerta de la casa, con un caballo ensillado para ella, y le ordenó que montara y le siguiera. Llena de indignación, la dama rechazó la oferta, y viendo que no le valían ni súplicas ni resistencias, sacó de una gaveta un veneno y con la valerosa resistencia de una matrona romana, llevándoselo a la boca exclamó que lo tragaría al instante si no se quitaba de su presencia. La amenaza tuvo un buen resultado, porque el bandolero, dominado por su heroísmo, la dejó.

Los trabajos de la sabana nos obligaban a estar en pie al despuntar el día. Una taza de café con leche mezclada con harina de maíz tostado (lo que recomiendo a todos los viajeros que realicen largas jornadas), nos bastaba hasta la hora del almuerzo. Durante el día me entretenía dibujando en compañía de Mr. Thomas, en tanto que los hombres hacían sus preparativos para un gran *rodeo* de ganado de la propiedad. El más importante entre ellos, consistía en la manufactura de lazos suficientes para la tarea.

Existe una marcada diferencia entre el cuero de las reses criadas en las regiones con sombra de los Llanos, y las que pastan en los desiertos del Apure. Aunque el de las primeras sea muy grueso, los lazos fabricados con el de las segundas, expuestas continuamente a los rayos solares, son infinitamente más fuertes. He aquí el procedimiento de fabricación: un cuero fresco extendido sobre el suelo con el pelo hacia abajo, es cortado con limpieza en una larga tira de dos pulgadas de ancho, que luego es torcida como una apretada correa, y tendida entre dos postes se la deja secar y después se la frota con grasa. Cuando está bien seco el lazo, se le hace una lazada en un extremo, y a través de ella se le pasa la soga cuando se desea, y se forma el lazo propiamente dicho, mientras el otro extremo es fuertemente anudado a la cola del caballo aprovechando sus largas cerdas. En otras partes de Sur América amarran el lazo a un anillo de la silla, pero, esta disposición ocasiona un fuerte empuje sobre el lomo del caballo, junto con gran peligro para el jinete en caso de reventarse la soga. El perfecto adiestramiento que reciben los caballos en los Llanos, es de gran valor en estos casos, y no solamente el éxito de la faena depende de la rapidez con que obedece a su montador, aún después que el ganado está cogido por el lazo, sino que es necesario que el caballo sepa colocarse instantáneamente en línea con la víctima que forcejea, porque si no se hace esto antes que el tirón temple el lazo, caballo y jinete serían irremisiblemente derribados. El hombre, en el momento de usar el lazo, hace varias vueltas con la soga que sostiene con la mano izquierda, y con el resto forma el nudo corredizo, que hace girar repetidas veces sobre su cabeza para mantenerlo abierto. Cuando llega cerca del animal, apunta

el lazo y lo lanza a la cabeza de modo que se suelten las vueltas de la soga de su mano izquierda. Algunos llaneros son tan diestros en coger al mismo tiempo la cabeza y las patas del animal que éste rueda fulminado por tierra.

En El Frío, se nos reunió otra partida de vaqueros bajo el mando de un antiguo conocido: el Coronel Castejón, muy afamado en los Llanos por su gran valor y habilidad en los trabajos del país. Vino para ayudarnos en la cogida del ganado montaraz y para coger para sí mismo los animales que pudiera llevarse a sus tierras con su gente. Tuvimos también el honor de recibir la visita del Gobernador de la Provincia, Señor Arciniegas, un jovial, locuaz y bien informado funcionario, y el mejor tirador del Apure. Se le propuso una partida de caza en campo abierto, y con tal propósito salimos todos una mañana hacia un caño llamado Macanillal, distante unas tres millas, pensando usar los caimanes como blanco por ser el animal más difícil de matar. Al entrar entre los bosques de las orillas del caño, fuimos agradablemente sorprendidos al descubrir sobre el húmedo barro, evidentes huellas de estar en buen camino, no sólo para nuestro premeditado intento, sino también porque íbamos a tener un encuentro con un adversario más formidable: el tigre. Eran tan numerosas las huellas de este hermoso animal, que en el acto nos olvidamos de los caimanes, y nos pusimos en diligente busca de esta valiosa pieza. No tuvimos buen éxito debido a la falta de perros que nos guiaran dentro de los matorrales, porque a menos de verse con ventaja sobre sus enemigos, el tigre nunca se deja ver de día.

Al llegar a vista del agua, nos quedamos atónitos viendo toda su superficie burbujeando como si estuviera hirviendo; y luego de inspeccionarla más de cerca, vimos que el hervor era producido por millones de *Coporos* que soplaban sobre la superficie. También abundaban otras variedades de pescados, y tanto, que tiramos muchos cerca de la orilla, entre ellos un hermoso bagre. El estampido de los fusiles atrajo hacia la superficie numerosos caimanes, los que nos preparamos a atacar desde la alta orilla del caño. A nuestro honorable Gobernador fue concedido el privilegio de tirar primero, lo que hizo con gran puntería enviando una bala directamente entre

los ojos del bicho. El tiro no lo mató en el acto, como hubiera sucedido con cualquier otro animal, y se zambulló bajo el caño golpeando furiosamente el agua con su poderosa cola, y causando la mayor conmoción entre la multitud de los peces. Los otros caimanes, en lugar de asustarse con el estrépito, se tornaron más curiosos, avanzaron con los ojos encendidos, y enseñando los dientes, fascinaron al artista inglés, y lo pusieron en grave peligro a causa de su apuro en hacer un dibujo de los reptiles. Olvidando la proximidad del barranco, se acercó tanto, que se le fue el pie, y hubiera sin duda alguna rodado hasta una de las abiertas mandíbulas que estaban debajo, si no hubiera sido por la pronta ayuda de un compañero, que lo agarró en el mismo momento de la caída.

Desde el mismo sitio donde se hizo el primer disparo, logramos matar o herir no menos de veinte caimanes, pero, por ser altas las orillas y cortadas a pico, no pudimos recoger los cadáveres. Uno de estos, que quedó tendido sobre un banco de arena a través del caño, se caracterizaba por una singular joroba en su lomo que aumentaba su monstruoso tamaño, lo que nos provocó examinarlo más de cerca. Para esto fuimos obligados a seguir caño abajo, hasta que estuvimos seguros de que el agua era lo suficientemente llana para permitirnos caminar por ella. La empresa, no obstante, no dejaba de ser peligrosa debido al considerable número de rayas y caribes. Pero, mi gran interés por todo lo que pertenezca a la Naturaleza, me ayudó a pasar al otro lado acompañado de Roseliano; un joven ligado a mi familia, y famoso por su temeridad. Con su ayuda, arrastré parte del caimán fuera del agua, y cuando examinaba la joroba que la naturaleza le había puesto sobre el espinazo, notó Roseliano que movía uno de los ojos, porque el otro había sido destrozado por la bala, creyendo todos que había muerto instantáneamente. Mi compañero, que ya había manifestado sus sospechas de que el caimán se estaba haciendo el muerto, al convencerse de la verdad, me propuso hundirle la daga en el codillo. Antes de consentir, insistí en sujetarle la boca mediante una larga estaca de la que aguzé un extremo, y se la hundí en las narices empujándola con todo

el peso de mi cuerpo. Esta precaución salvó a mi camarada, aunque, por poco me es fatal, porque en el instante mismo que el caimán sintió el frío del acero entre sus costillas, levantó la cabeza lanzándome a más de un pie sobre el suelo, pero la estaca evitó que me hiciera daño, pues la cogió entre sus poderosos dientes volviéndola astillas, y se metió al medio del caño. Su triunfo, después de todo, duró poco: la sangre le salía a torrentes de sus heridas, y pronto fue la presa de millares de hambrientos caribes.

Sir Robert Schomburgh, narra un incidente ocurrido mientras remontaba el río Berbice, revelador de la vida tenaz del caimán. "Uno fue tirado estando a flote y recibió la herida en el extremo del hocico. Otro tiro le hirió en la parte posterior del cráneo y se creyó había hecho su efecto. A pesar de eso, los indios no dejaban de asestarle sus golpes, y sólo cuando creyeron que ya no tenía la más mínima chispa de vida, lo subieron a la proa de la curiara. Mientras ésta pasaba los rápidos, dos de los Arawakos cogieron ánimo, y lo cambiaron a un sitio más conveniente, y, no bien lo habían hecho, cuando de un salto el caimán cayó en el agua y desapareció. Los indios se quedaron estupefactos, y nunca más se les pudo hacer tirar un caimán".

El caño de Macanillal es también famoso por sus *perros de agua* (Myopotamus coypus) y nutrias. Estas son de una especie muy grande y de lustrosa y hermosa piel. Los primeros se parecen mucho a los castores, pero su redondo rabo, es igual al del rabo-pelado. Ambos viven en el agua, y salen afuera en ocasiones para calentarse sobre las orillas. En una choza vecina del lugar de nuestra última aventura con los caimanes, vi una piel de perro de agua que medía cinco pies de largo sin contar el rabo. Nunca tuve la suerte de ver vivo uno de estos curiosos anfibios, por más empeño que puse en ello, porque como la nutria, es muy arisco, y sólo la ejercitada vista de un indio puede distinguirlo bajo la superficie del agua cuando sube a respirar. En vano también busqué al *manatí* (Trichetus manatus), otro animal anfibio muy abundante en

el Apure durante las crecidas, que es cuando abandona los grandes ríos para comer la yerba de las sabanas; llega a tener diez o quince pies de largo y pesa de 500 a 800 libras. Por su forma se parece a la foca, aunque es mucho mayor; tiene la piel lisa y los ojos redondos y pequeños. Su carne es muy gustosa, por lo que unido a la gran cantidad de grasa que tiene, los indios le hacen encarnizada guerra.

CAPITULO XII

PAJAROS DE MAL AGÜERO Y VOLTURIDOS

Los lejanos bramidos de los toros que reunían sus manadas, signo seguro de que el tigre se aproximaba, arrullaban agradablemente nuestro sueño en las hamacas después de las fatigas y trabajos del día. Con frecuencia éramos obsequiados con una serenata de araguatos o monos aulladores, o con el rugir del titirijí de las sabanas, cuyo grito tan particular puede ser fácilmente confundido por un oído no avezado, con el del manchado bandolero de los bosques: el jaguar. Los montes vecinos servían también de guaridas a varias especies de lechuzas y vampiros, cuyos lúgubres cantos despiertan tristes ecos en la noche, y pueblan las imaginaciones supersticiosas con siniestros presagios.

El titirijí o lechuza-tigre, del que se puede decir que ocupa entre las aves el mismo puesto que el jaguar de América entre las bestias, es del tamaño del pavo doméstico. Como su formidable prototipo, está manchado de negro, y rara vez se deja ver, excepto de noche, cuando llama a su compañera, o durante sus nocturnas expediciones alrededor de los hatos. Allí no sólo es el terror de las inocentes polladas, sino también de los niños de las casas quienes lo escuchan con espanto supersticioso por lo que logra escaparse sin castigo.

Menos importante en tamaño que el precedente, aunque más terroríficos a su modo, son el *ya acabó* y la *pavita,* otras dos especies de buho consideradas como anunciadoras de muerte y calamidades cuando se las oye revolotear sobre las casas. La primera anuncia la muerte inminente entre los moradores, y por esto es escuchada con pavor hasta por hombres capaces de no vacilar en habérselas con el toro o jaguar más formidables. Ciertamente que este espantoso grito: ¡ya acabó! ¡ya acabó! ¡ya acabó! parece lleno de tan cruel misterio que pocos serán los corazones que no se conmuevan. El único ex-

pediente posible para librarse en caso semejante, consiste en hacer una cruz con ceniza en el frente de la casa, por cuyo poder, según se cree, será espantado el nefasto mensajero. La *pavita,* aunque no mayor que una tórtola, es también considerada como *pájaro de mal agüero,* pues es nada menos, según dicen, que el espíritu de algún buen pariente que viene a avisar una próxima calamidad. En ese caso, creen que nada es tan aceptable para la pobre alma, como unos pocos Padres Nuestros y Ave Marías, con lo que generalmente tratan de desembarazarse del desagradable visitante, recitando en alta voz esas oraciones, después de santiguarse dos veces con mucha devoción. Dondequiera que se escucha tan temido buho, se puede asegurar que se produce en el acto una escena de confusión y consternación: los niños corren a esconderse entre las faldas de las mujeres; éstas buscan la protección de los hombres; mientras estos se contentan con murmurar la sagrada invocación: ¡Ave María Purísima! la cual es siempre para todos el talismán favorito contra los peligros.

Una gran variedad de mochuelos, algo semejantes a las grandes mariposas que revolotean a la hora del crepúsculo, y durante la noche, lanzan sus extrañas y ásperas notas parecidas singularmente a la voz humana.

"El indefenso y nada perjudicial chotacabras, desde Aristóteles hasta hoy —escribe Waterton en sus "Viajes"— ha caído en desgracia con el hombre. De padres a hijos y de autor en autor se ha enseñado que este nocturno ladrón se alimenta con la leche de los rebaños. ¡Pobre y triste pajarito de la noche! ¡Cuántos males no has sufrido, cuántas calumnias ha lanzado la falta de observación sobre tu modo de ser! ¡Tú no has robado al hombre la cosa más pequeña que sea suya, ni has quitado a los cabritos una gota de leche!"

"Cuando la brillante luna resplandece, se puede lograr una magnífica oportunidad para examinar al chotacabras. Lo podéis ver junto a las vacas, cabras y carneros saltando de aquí para allá bajo sus vientres. Acercáos un poco más, él no es arisco: *no teme nada porque está sin pecado.* Fijáos cómo las moscas nocturnas atormentan el rebaño, y con qué habilidad él salta y las coge, por ligero que se posen en las barrigas, piernas y ubres de los animales. Mirad las pobres bestias tan

quietas como se están, y cuán agradecidas de sus servicios, porque ni lo maltratan ni lo espantan con sus colas; no lo temen, y no tratan de ahuyentarlo como un grosero intruso. Disecadlo si queréis y mirad su estómago, no encontraréis leche: está lleno con las moscas que asesinaban al rebaño".

"El bello y moteado plumaje del chotacabras, como el del buho, no tiene el lustre que el de las aves diurnas, y lo designa al instante como un enamorado de los pálidos rayos de la luna. Existen aquí (en Demerara) diez especies. La mayor parte tiene el tamaño de la lechuza de montaña de Inglaterra. Su grito es tan notable, que basta oírlo una vez para no olvidarlo nunca. Cuando reina la noche sobre estas inmensas soledades, y uno se descansa en su hamaca, podeis oír a este mochuelo lamentándose como una persona que sufre. Un extranjero no creería nunca que tal fuese el grito de un ave. Se diría que era la voz moribunda de una víctima asesinada en medio de la noche, o la última queja de Niobé por sus hijos antes de ser convertida en piedra. Imagináos vos mismo con un dolor sin esperanza, comenzad con una nota alta pronunciando ha, ha, ha, ha, ha, ha, ha, cada una de estas notas más bajo, más bajo hasta que apenas se oiga la última, haciendo pausa uno o dos minutos entre cada nota, y os daréis alguna idea del gemir del mochuelo de Demerara".

"Otras cuatro especies del búho articulan algunas palabras tan claramente, que sus nombres evocan las frases que ellos lanzan, y confunden al viajero a su llegada a esos parajes. El más conocido de ellos se posa junto a vuestra puerta, y vuela y salta ante vuestros pasos, tres o cuatro yardas, cuando recorréis los caminos, gritando: Who are you?, who, who are you? Otro os advierte: Work away, work, work, work away! Un tercero grita tristemente: Willy, come go, Willy, Willy, Willy come go! Y un cuarto desde lo alto os dice: Whip poor Will, whip, whip, whip poor Will!"

Existe un ave, no obstante, entre estos nocturnos trovadores que os impresiona con sentimientos distintos a los producidos por las especies de lechuzas: es la *gallineta de monte*, una de las más bellas criaturas, tanto por su color y forma, que es bastante parecida a la de una gallina de agua, como

por su aspecto general. Sus ojos son particularmente hermosos, de brillante color rubí, como el fuego. Estos pájaros cantan en concierto, y su canto, una animada charla, tiene una mística fascinación que me encuentro impotente para describir. Pasan por ser un bocado exquisito, pero, desgraciadamente no se dejan coger con facilidad, ni aún después de heridas, a menos que lo hayan sido en una pata, no pudiendo entonces escapar de los perros, porque sus alas son tan pequeñas, que de poco le sirven; corren en cambio más velozmente que el mejor perro, pues las ha dotado para este fin la naturaleza con largas patas amarillas.

Los charcos y las lagunas de la sabana, estaban literalmente llenos por otros individuos de la alada tribu; cuyos animados chillidos e incesante alboroto, contribuían a la animación de la noche. Los más típicos entre ellos con los *guiriries*, los *yaguasos*, y un piernilargo alcaraván. Este tiene la particularidad de emitir un largo y agudo chillido de hora en hora, y marca así, como un despertador, las horas de la noche. Se domestica con facilidad en las casas donde rinde varios servicios, no sólo marcando el tiempo, sino también avisando la llegada de visitantes. El *Aruro* es otro pájaro de gran tamaño, cuyas notas parecidas a las de un tambor, se oyen en el sosiego de la noche. Su tamaño y plumaje se parecen mucho a los del pavo, pero, su carne es tan esponjosa, que al levantar del suelo uno de estos tan ordinarios pájaros, parece un simple mazo de plumas. Las alas del macho tienen un par de agudos espolones con los que se baten entre sí, y se hieren seriamente.

Otro rasgo característico de los hatos es el gran número de voltúridos, y otras aves de rapiña que revolotean constantemente alrededor de las casas, y corrales, atraídos por los cadáveres de los animales. El más conspicuo entre todos, es el zamuro o gallinazo (Cathartes atratus), inseparable compañero de la ruda civilización tropical. Aunque indolente, voraz y repugnante, y porque en veces sirve, como los piratas, para algo, se lo tolera generalmente entre los animales del corral. Es un ave gregaria, reunida en grandes bandadas sobre techos y palizadas, desde donde con vigilantes miradas parece escrutar todas las acciones de los moradores. A menudo me distraía amenazándolos con proyectiles de toda clase, pero,

parecía que no se daban cuenta de nada, hasta el momento preciso en que me veían dispuesto a tirarles de verdad; entonces, con las alas medio desplegadas e inclinadas hacia delante, se escapaban volando, o esquivaban la cabeza. Construyen sus nidos en agujeros cavados en el suelo, y sus pichones son blancos, aunque se tornan gradualmente negros a medida que van creciendo, y sólo sacan dos por año. Aunque comedores de carroñas principalmente, su olfato no es suficientemente sensible —como algunos creen—, para percibir el olor de un animal muerto, pero en cambio su vista, sí es buena. Vuelan a grandes alturas y examinan el suelo por todas partes, permaneciendo a menudo inmóviles sin mover las alas, o trazando infinitos círculos en grandes evoluciones.

Con el zamuro está asociado otro voltúrido, el oripopo (Vultur aura), de su mismo tamaño e iguales costumbres. Difiere de él en cuanto su color, que es menos oscuro, y por tener menos plumas en el cuello. Su forma es más elegante, lo mismo que sus grandes evoluciones de vuelo. Ocupa el zamuro un extenso espacio geográfico, y ha sido encontrado por Audubon al norte de Pensilvania, y por Darwin en las áridas planicies de Patagonia y Tierra del Fuego. Al remontarse hacia las altas regiones del aire, fácil es reconocerlo al instante por su largo y rápido vuelo acompañado por un zumbido semejante al de un remolino de aire, y perceptible a grandes distancias.

El Rey de los Zamuros (Vultur papa), mayor que los anteriores, es el más hermoso de su clase. Su plumaje, un verdadero plumón en suavidad y finura, es de color blanco perla con excepción de las alas que son salpicadas de negro. El pecho y el cuello, aunque sin ninguna pluma, están teñidos con los más brillantes matices de azul, anaranjado y rojo. Una especie de excrecencia membranosa corona su cabeza y le da una cierta apariencia real.

Este Rey de los Zamuros tiene hábitos aristocráticos, y nunca se reune con los de su propia tribu. Muy notable es el hecho de que cuando él se posa sobre una carroña en medio de un bando de otros voltúridos, estos se retiran inmediatamente, o se quedan formando un círculo alrededor

del festín. Cuando ha comido Su Majestad, se va volando y lanza un fuerte graznido, y sólo entonces se aventuran sus súbditos a acercarse al banquete.

Existe en las regiones más elevadas de la vecina Provincia de Barinas, otro pájaro de la misma clase (Vultur barbatus), mitad águila mitad zamuro, y por esto se lo llama *gavilucho*, que de cuando en cuando se ha visto bajar a las llanuras. Sus alas y piernas son largas y poderosas, y aunque muy arisco, se dice que es muy bello. Su plumaje es azuloso, rojo, blanco y amarillo. Esta ave reune la crueldad y la audacia del águila, junto con la asquerosa voracidad del zamuro. Se alimenta con preferencia de carne viva, especialmente la de los pequeños cuadrúpedos, y son generalmente sus presas, conejos, chivos, carneros y becerros. Sólo saca un pichón en la primavera, y construye su nido entre las más inaccesibles hendiduras de las Cordilleras.

Cerraré la lista de los voltúridos de Venezuela, enumerando otros dos parientes cercanos del Halcón, pero, que participan también de las características de las águilas. Son estos el *caricari* y el *chiriguare* (Polyborus Brasilensis y P. chinango), correspondientes a los caracaros y carranchas del Brasil y Buenos Aires, de los cuales Darwin ha dado el siguiente gráfico relato:

"Los caracaros, por su estructura, figuran entre las águilas, y pronto veremos lo poco dignos que son de ocupar tan elevado rango. Por sus hábitos, ocupan el lugar de nuestros cuervos y cornejas, una tribu de aves muy esparcida sobre el resto del mundo, pero enteramente ausente en América".

"Los *carranchas* junto con los *chinangos*, acuden en gran número a las estancias y mataderos. Cuando un animal muere en las llanuras, comienza el festín el gallinazo, y luego las dos especies de polyboros acaban de limpiar los huesos. Estas aves, aunque generalmente comen reunidas, distan mucho de ser amigas. Cuando la carrancha está tranquilamente posada en la rama de un árbol, o en el suelo, el chinango pasa un gran rato volando hacia adelante y atrás, arriba y abajo, y trata siempre, al final de la curva, de herir a su cercano pariente. Aunque las carranchas se reunen en gran número,

no son gregarias, y se las puede ver solitarias en los desiertos o más comúnmente en parejas".

"Se dice que las carranchas son muy astutas, y que roban muchos huevos. También se aplican junto con los chinangos a quitar las costras de las llagas de los lomos de mulas y caballos. El pobre animal, por una parte, con las orejas caídas y el lomo encorvado; y por otra, el ave cernida a una yarda de distancia espiando el horrendo bocado, forma un cuadro que ha sido descrito por el Capitán Head con particular exactitud y viveza. Estas falsas águilas nunca matan ningún pájaro o animal y sus hábitos de voltúrido y de necrófago son muy evidentes para quien haya tenido que dormir en las desoladas llanuras de Patagonia, porque al despertar puede ver en cada montículo circundante uno de estos pájaros atisbando pacientemente con malignos ojos. El es uno de los rasgos del paisaje en estos países que reconocerá, quien haya viajado por ellos. Cuando salen de caza los hombres, con perros y caballos, van indefectiblemente acompañándolos todo el día muchos de estos asistentes".

"Cuando están hartos, se les descuelga el descubierto pecho y en este estado las carranchas se vuelven inactivas, mansas y cobardes. Su vuelo es lento y pesado como el de una corneja inglesa; se remonta rara vez, pero sin embargo, dos veces pude ver una a gran altura deslizándose por el espacio con facilidad. Contra lo que era de esperarse, corre con ligereza, aunque no tanto como sus congéneres. Casi siempre la carrancha es silenciosa, su graznido es fuerte y ronco parecido al sonido gutural español de la g, seguido de una áspera r. Al lanzar este grito, levanta más y más la cabeza con el pico abierto y doblando de tal modo el cuello, que la coronilla casi toca la parte inferior de la cabeza. Esto, aun cuando ha sido puesto en duda, es muy cierto".

Estos pájaros, son a pesar de todo, una gran bendición para los habitantes de los Llanos, que les deben, no solamente la destrucción de innumerables serpientes y otros reptiles, sino los servicios que hacen junto con los zamuros de limpiar de detritus los alrededores de las casas. Buscan su alimento, lo mismo sobre las secas tierras que entre las fangosas riberas de los ríos; allá encuentran culebras y lagartos en abundan-

cia, acá tortugas, sapos y pequeños caimanes. Matan su presa de un modo particular antes de devorarla. Cuando el caricari tropieza con una culebra, o un caimán lo suficientemente grande como para oponerle una larga resistencia, se le acerca de lado, y escudándose con una de sus alas extendida golpea su víctima en la cabeza con el pico, salta a un lado y espera el resultado. Un segundo picotazo siempre es fatal: toma entonces su presa entre las garras y la destroza con el pico. Los perezosos galápagos y tortugas, son fácil presa del caricari: los voltea sobre el lomo y les saca las entrañas con su poderoso pico.

Los pájaros cantores existen en gran número y variedad en los Llanos, y son en su mayor parte de la especie oropéndola, todos los cuales parecen gustar de la proximidad del hombre. Escogen por lo regular un árbol cercano a la casa, y de sus delgadas y altas ramas, cuelgan sus oscilantes nidos fuera del alcance de malvados muchachos y monos. Uno de estos cantores, el gonzal, tenía su nido pegado a los mecates de mi hamaca, y todas las mañanas al nacer el sol, me despertaba con sus notas dulces y quejumbrosas, fascinándome de tal manera tan encantador vecino, que desde entonces siempre que me despierto me parece oír su deliciosa música.

Hay otra especie muy cercana a ésta, muy superior a ella en canto, y a toda otra clase de pájaro conocido por mí. Es esta el turpial, cuyas notas poderosas sólo pueden imitar las cuerdas del violín. Se domestica con facilidad en las casas, y aprende con prontitud cualquier aire que oiga silbar. Tengo uno de ellos en mi casa de Nueva York que canta la Cachucha, el Yankee Doodle, y varios otros tonos, y silba claramente el nombre de una persona.

Sus colores predominantes son un espléndido amarillo y reluciente negro, con manchas blancas en las alas y en el pico, de un bello contraste. Cuando se lo mima mucho, al fin se hace peligroso atacando a los extraños con furia, buscando siempre los ojos.

El *arrendajo* es quizás el más extraordinario de su especie a causa de sus facultades imitativas, que remedan todos los

sonidos con tal exactitud, que mereció el nombre de pájaro-burlón por los colonos de Demerara, y según Waterton, "su propio canto es dulce, pero muy corto. Si un tucán se encuentra por los alrededores, calla y lo imita. Divierte su protector con los gritos de las diferentes especies de animales domésticos, y cuando bala un carnero, le responde exactamente. Torna luego a su canto propio, y si un perrito o un gallo de Guinea le interrumpe, los remeda a todos admirablemente, y mientras hace esto, por sus movimientos acabaréis por creer que goza en ello".

Además de esto, es el arrendajo un pájaro bellísimo y considerado por los ornitologistas como un modelo de simetría. Predomina en él, el color negro brillante, con excepción del vientre, rabadilla y mitad de la cola que son de un color amarillo. Tiene también en cada ala una mancha de este color. Su pico está teñido de un delicado tinte color limón, en tanto que sus ojos son azul de cielo con la pupila de un tono más oscuro.

CAPITULO XIII

EL RODEO

Con gran impaciencia habíase aguardado que se diera la orden para un gran torneo y caza entre las legiones de ganado salvaje que pacían en los lejanos horizontes, y cuando al fin se señaló el día para un *rodeo,* el regocijo universal no tuvo límites.

Es la costumbre en todos los grandes hatos, reunir de tiempo en tiempo los ganados en ciertos sitios, con el propósito de separar los que deban herrarse y marcarse y también con el de facilitar a los dueños vecinos, el apartar entre los rebaños, muchos extraviados animales de su pertenencia, los que por la abierta naturaleza de las sabanas, se hace imposible mantener dentro de los límites de sus propios pastos. Esta operación no se puede verificar sin un gran número de hábiles y experimentados jinetes, quienes en un día dado, rodean una gran área de terreno, y empujan hacia un centro todo el ganado que se encuentre dentro del espacio señalado.

Se forma así un dilatado círculo o anillo, que encierra una horda inmensa de animales salvajes, que se mantienen en jaque por las bien concertadas evoluciones de los vaqueros, hasta que se llega al lugar convenido de la cita, donde después de dejar que se refresque el ganado, se preparan los diferentes hierros. De ahí el nombre de rodeo, de rodear. Se deseaba en esta ocasión, no solamente apartar todos los becerros que se necesitaba herrar, sino también reunir una gran manada de novillos para abastecer nuestros vastos potreros de San Pablo de Paya con ganado de venta. Nuestro primer avance contra los astados dueños de las sabanas, asumía para todos una importancia rara vez presenciada por este apartado rincón de la República, porque además de nuestra propia gente, contábamos con la ayuda de los vaqueros de los hatos vecinos de Caucagua, La Yagua, y otros que lindaban con aquellas sa-

banas. Fueron debidamente avisados sus respectivos dueños para que reunieran cierto día todas sus fuerzas en el campo.

El área escogida para el rodeo, abrazaba cuando menos unas quince millas a la redonda. Los vaqueros en grupos de seis u ocho, desde la tarde anterior fueron a ocupar varios puntos de la sabana, llevando instrucciones para dirigirse al romper el día hacia el nombrado centro. Los del Estado Mayor, salimos simultáneamente de la casa, arreando ante nosotros sin ninguna distinción cuantos animales nos salían al paso. El ganado, al ser tan inesperadamente arrojado de sus dominios, trataba naturalmente de atacar a sus perseguidores. Pronto, sin embargo, se encontraba con los otros en opuestas direcciones, se devolvía con loca desesperación, y trataba en vano de romper la extendida fila de jinetes que constantemente galopaban contra la arremolinada masa con gritos y pinchazos de sus aceradas *garrochas*. Al principio, fue verdaderamente interesante ver los varios grupos de reses, venados, cochinos alzados, perros, zorros y otros cuadrúpedos salvajes, que llegaban de todas partes como si fuesen impulsados por un instinto común, pero tan pronto como el viviente círculo comenzó a estrecharlos, espantados por la confusión y el estrépito de la escena, su terror al punto trocóse en frenesí, bramando y aullando mientras corrían. Pensando tan solo en escapar del peligro que los amenazaba, la madre olvidaba su cría, y no escuchaba más sus dolientes reclamos; el amante abandonaba a su amada buscando tan solo su propia salvación en vergonzosa fuga, y hasta los feroces toros, olvidaban por un momento que ellos eran los soberanos de aquellas tierras, perdían su natural instinto de valiente desafío, y se lanzaban ciegamente contra la masa de la atemorizada multitud. Como para aumentar la grandiosidad del espectáculo, un garcero que se había establecido sobre los bordes de un caño, se alarmó, y, al acercarnos, las aves volaron por los aires con ruidoso batir de alas y picos, y dejando sus pequeñuelos abandonados a sus propios cuidados, y con sus discordantes y agudos chillidos, ayudaban al ruido y algazara de la escena. Es imposible formarse una idea de este vasto tropel de asustadas garzas, patos de toda clase, que revoloteaban, por encima de nosotros en aquellos momentos. Tan grande

era su número que cubrían una extensión de varias millas y proyectaban una espesa sombra sobre el paisaje.

No menos de ocho o diez mil cabezas de ganado fueron encerradas dentro del círculo formado por más de cien jinetes, quienes para impedir la fuga de los animales veíanse obligados a exponer sus vidas y sus nobles caballos a la furia de los toros que incesantemente embestían contra la línea, tratando de volver a la libre sabana. Cada vez que alguno lo intentaba, corría lleno de audacia un vaquero, y se le atravesaba interponiéndose entre la sabana y el animal, forzándolo a retroceder al rodeo. Con maravillosa destreza los vaqueros esquivaban las repetidas embestidas que les hacían los toros, aun cuando parecía imposible que escaparan de ser cogidos entre los cuernos de las bestias. La garrocha desempeñaba en esto de rechazar el ataque un papel muy importante. Este instrumento, segundo en importancia después del lazo cuando está en manos de un jinete, se fabrica de la liviana y resistente madera de la palma *alvarico* (Aeneocarpus cubarro), aguzando simplemente un extremo, o fijándole una punta de hierro rodeada por aros sueltos del mismo metal, que cuando se sacuden cerca de las orejas de los animales, los espanta con el ruido que producen. El asta de la garrocha tiene sus diez pies de largo, y aunque no más gruesa que un bastón ordinario, es capaz de resistir sin quebrarse una gran presión.

Como arma ofensiva, este delgado tallo de palmera, alcanzó merecida celebridad en el país, por el hecho de haber servido de improvisadas lanzas a los valientes patriotas que primero se opusieron en las llanuras al yugo tiránico de España.

El modo de emplearla los llaneros es bien extraordinario. Cuando se persigue un toro que trata de salirse del rodeo y que es más veloz que el caballo, el jinete lucha por alcanzarlo con la punta de su dardo, clavándoselo precisamente en la paleta, y al empujar la garrocha con todo el peso de su cuerpo, destruye con ayuda de su inteligente corcel, el equilibrio del toro, y lo hace caer de cabeza sobre el suelo. Estos derribos son suficientes para prevenir ulteriores tentativas de fuga, y parecen obligar al toro a seguir en el rodeo. Esta

hazaña es, sin embargo, una de las más peligrosas de cuantas ejecutan los llaneros, y sólo la realizan los más hábiles y experimentados jinetes, porque si en el empuje se rompe la punta, o si el toro cae frente al caballo, en ambos casos resultará una terrible caída, y en el último chocará además contra la derribada fiera.

Del medio, y por encima de todas las cabezas de aquel tropel de animales, surgió la hirsuta testa de un toro negro cuya apariencia belicosa y reposada, parecía proclamarlo como el patriarca del rebaño. Un conocedor llanero vigilaba desde lejos todos sus movimientos, e hizo observar a todos los que estaban junto con él, que pronto tendrían una nueva diversión, y que "si alguno apreciaba en algo el pellejo de su caballo, era tiempo todavía de apelar a las espuelas", porque el toro negro tenía malas intenciones. Mr. Thomas que estaba muy ocupado en dibujar una escena tan nueva para él, y no acostumbrado a la jerga llanera, no comprendió la observación, y continuó tranquilamente en sus ocupaciones. Al instante, el toro se nos vino encima y embistió primero al Capitán Valor, uno de los mejores jinetes que estaban sobre el terreno, quien a pesar de su nombre, metió espuelas a su caballo para ponerse fuera de su alcance, pero el toro lo persiguió atacándolo una y otra vez, y sin duda alguna la última embestida hubiera sido fatal para el jinete y el caballo, si por casualidad el toro no hubiera metido una de sus patas dentro de la cueva de un cachicamo, dando así tiempo al Capitán para alejarse de su perseguidor. El animal, entonces, pensó en descargar su rabia sobre el incauto artista, quien con una pierna cruzada sobre el pescuezo de su montura, en ella apoyaba su albúm, absorbido en la contemplación del valiente y poderoso bruto de cuya feroz condición no tenía la menor noticia. Como no había asistido nunca a ejercicios de aquella especie, mi amigo se fijaba poco en la amenazadora actitud del animal que se lanzó contra él dando un terrible bramido que nos hizo temblar por su suerte, pero, por una causa inexplicable, el toro, después de dos o tres infructuosos derrotes para herir a su supuesta víctima, giró sobre sí mismo y desapareció entre los intrincados matorrales que bordeaban el caño, indignado al parecer de la indiferencia con la que

John Bull (Juan Toro), recibió los asaltos de su tocayo. Por evitar la repetición de otros ataques que pudieran acabar menos afortunadamente, decidióse librarnos todos de tan peligroso vecino. Con tal fin, se envió a cogerlo el requerido número de peones provistos de lazos para dominarlo. En lugar de buscar su salvación en una precipitada fuga, como generalmente lo hacen los toros salvajes, este se quedó parado impávidamente, y ni los gritos ni las amenazas lo hacían dejar la imponente actitud que había tomado. Era realmente un espectáculo grandioso contemplar aquel orgulloso monarca de la astada tribu lanzando su desafío contra todos, alta la hirsuta y poderosa cabeza armada por un par de afilados y robustos cuernos, con una apariencia casi diabólica. Su salvaje belfo superior se crispaba retando sus adversarios, y sus ojos llameaban de rabia a la plena luz del sol de la mañana. A veces con sus patas delanteras escarbaba la tierra, que a chorros le caía por los lomos, y dejaba escapar entonces un sordo bramido que retumbaba como un trueno lejano.

Al fin nos atacó furiosamente con la cabeza baja forzándonos a correr para salvar la vida, pues, nada podía retener aquella impetuosa carrera. Cegado por la cólera no respetaba ni a los de su propia especie, matando a dos terneras e hiriendo tan gravemente a un toro, que murió poco después. Cada vez que los vaqueros hacían girar sus lazos para tirárselos a la cabeza, se precipitaba hacia delante con tal rapidez, que los dejaba sin efecto, hasta que por fin un zambo intrépido llamado Sarmiento, que desempeñaba las funciones de mayordomo, y de quien tendremos mucho que contar en lo sucesivo, se tiró del caballo y cogió la roja cobija de su silla, y se preparó a hacerle frente sin el estorbo del lazo. Era su intención *torearlo* por una sucesión de actos de agilidad iguales a los empleados por los toreros, y tan bien lo hizo, que en una de las furiosas embestidas del animal, logró agarrarle el rabo, y a pesar de todos los esfuerzos que hacía para cogerlo con sus cuernos, Sarmiento seguía todos sus movimientos pegado a él hasta que por una habilísima torcida del rabo logró tumbar al toro sobre un costado, le metió la cola entre las patas de atrás, quitándole así todas las fuerzas para levantarse, y lo aguantó hasta que llegaron los otros en su ayuda.

Entonces, para evitar todo daño en lo sucesivo, le aserraron las puntas de los cachos y le practicaron las otras operaciones de costumbre. Todo esto, como se vio, resultó innecesario, porque el toro exhausto por la rabia y pérdida de sangre, poco después rodó por tierra y expiró.

A pesar de la vigilancia y los esfuerzos constantes de los hombres para mantener los animales dentro del rodeo, varios otros toros lograron escaparse rompiendo a través de las filas. No había otro remedio para meterlos de nuevo que emplear el todopoderoso lazo, y dos hombres, uno de los cuales llevaba uno, fueron despachados tras de cada fugitivo, el que después de enlazado, era tumbado de costado mediante la peligrosa suerte del rabo, en cuyo ejercicio son famosos los llaneros venezolanos. Hecho esto le perforaban con un cuchillo el espeso cartílago que divide sus narices, y le pasaban entonces una punta de la soga a través de la herida, mientras el otro extremo permanecía amarrado a la cola del caballo. El llanero, de nuevo a caballo, tiraba de la punta sujeta al toro y obligaba a la postrada bestia a levantarse instantáneamente, y desde ese momento caminaba a su destino sin más tropiezos, literalmente dominada por la nariz.

Otro sistema para parar un toro en su fuga, estriba en una atrevida maniobra que se llama colear, que consiste como acaba de verse, en tirar de la cola del animal para tumbarlo en lo más veloz de su carrera, pero que no es tan fácil de ejecutar por estar el toro en completa libertad de sus movimientos. El caballo, además, debe estar perfectamente adiestrado para la peligrosa faena, y debe obedecer instantáneamente al menor requerimiento de la brida, porque si el toro se revuelve bruscamente contra su perseguidor, las probabilidades de que resulte herido el caballo son de diez contra uno. El jinete al principio galopa muy pegado a las ancas del toro, y coge la cola con una mano, se la arrolla en la muñeca para que no se zafe y cuando ya todo está listo, apura su caballo hacia delante hasta que las cabezas de los dos animales estén casi juntas, y en ese momento, lanza brusca y oblicuamente su caballo, tira con todas sus fuerzas del toro hacia sí, y no lo suelta hasta que mira que el animal se

bambolea, y es entonces cuando fácilmente lo derriba debido al gran ímpetu de este recurso. Algunos hombres son tan hábiles, que pueden colear con ambas manos a la vez, lo que naturalmente da un gran poder sobre el toro, y permite mejor al jinete tumbarlo más rápidamente. Dejado el caballo en este caso a su propia y bien adiestrada conducta, se lanza hacia delante en el instante de percibir que su dueño está preparado para el empuje y sesga también en el momento oportuno. ¡Cuán maravilloso el instinto de estas nobles criaturas! El les enseña exactamente la importancia del menor movimiento, del que siempre depende, no solamente el éxito de la empresa, sino también su vida y la de sus dueños. Si al principio el toro opone una gran resistencia, como tantas veces sucede, no por eso el jinete suelta el rabo, sino que lanzándose del caballo a toda velocidad, el impulso combinado de su peso y de su fuerza, nunca dejan de tumbar al toro como un gigante caído por tierra, donde el hombre retuerce la cola entre las patas traseras y aguarda sus compañeros para asegurar su víctima.

Constituyó otro motivo de sorpresa para mí, el modo como los llaneros se dan maña para alcanzar los toros, cuando a pesar de lo ejercitados de sus caballos, el toro les lleva la delantera. En una ocasión, me lamentaba de que mi potro fuera tan pequeño que no podía seguir a los vaqueros, cuando uno de estos que montaba un verdadero Rocinante (con el que no obstante hacía prodigios de resistencia), se volvió hacia mí y me dijo: —"¡Vaya niño, déjeme enseñarle que la culpa no la tiene el caballo sino el montador!" Cambiamos de bestias en el momento que se escapaba un toro, y pocos minutos habían pasado, cuando se perdía de vista el caballo y el jinete a través de una nube de polvo levantada por el toro en su caída.

Transcurrieron varias horas sin que la tremenda confusión de la emocionante refriega que acabamos de describir, se calmara lo bastante para que se pudieran distinguir las siluetas de los hombres y del ganado a través de las nubes de polvo y cenizas levantadas por el pisotear de tantos animales. Los pastos estaban tostados por el sol, y reducidos a cenizas en

muchos puntos por las acostumbradas quemas, se mezclaban al polvo, y se remontaban a lo alto en densas columnas que de lejos bien hubieran sido tomadas por el temible simoon.

Entretanto las extraviadas madres corrían de aquí para allá mugiendo dolorosamente en pos de sus perdidos becerros. Más allá se desarrollaban feroces duelos entre toros rivales por la posesión de alguna bella del sexo débil; chocaban juntas sus poderosas frentes, amenazándose recíprocamente con las agudas puntas de sus cuernos, luchaban con el valor y la destreza de consumados gladiadores; escarbaban la tierra con furia, y llenaban los aires con sus sordos y salvajes bramidos.

Entre el rebaño, un grupo de admiradores formaba círculo alrededor de los combatientes, y si alguno mostraba la menor intención de intervenir, al instante los otros le rechazaban para que el juego fuera limpio mientras durara el combate. Con frecuencia estos encuentros resultaban fatales para uno de los dos luchadores, pero ninguno rindió la bandera sin una desesperada resistencia. El mugir de miles de animales junto con los juramentos y ensordecedores gritos de los hombres que galopaban por la sabana sacudiendo sus cobijas y haciendo vibrar sus garrochas, se combinaban para dar a la escena la apariencia de un endemoniado melodrama, mejor que un concurso pastoril de hombres y ganados. Cuando se hubo a la larga calmado la confusión, cuatro de los jinetes más hábiles penetraron entre aquella masa viviente, que mientras avanzaban, se arremolineaba a los lados como las olas del mar, y dieron comienzo a la difícil tarea de *apartar* los animales destinados al herraje, y los pertenecientes a los vecinos, lo que dio lugar a una serie de evoluciones que sólo hombres muy ejercitados en semejantes faenas son capaces de llevar a cabo con éxito.

Es costumbre en todos los hatos dar un tajo o dos en las orejas del animal al tiempo de herrarlo, con el propósito de reconocerlo con facilidad desde lejos; precaución ésta de mucho servicio en ocasiones como la que estamos describiendo, en que es imposible ver el hierro cuando el ganado está apiñado en manadas. Cuando alguno de los becerros no tiene la señal, pertenece al dueño de la madre aunque se encuentre

en tierra de otro. De todo esto se valen los vaqueros entre sí en las sucesivas separaciones de los diferentes lotes de ganado, y lo ejecutan de la manera más expeditiva o rápida corriendo audazmente hacia los animales apresurando o retardando su avance a través de remolineante masa, según las circunstancias. Así, por repetidas evoluciones de esa clase llevaron por fin los animales hasta el borde del círculo, donde intencionadamente se había dejado abierto un boquete para que se escaparan, y entonces los vaqueros los arreaban hacia un grupo de reses mansas parado a corta distancia del rodeo. Estas violentas maniobras no se realizaban, sin embargo, sin correr grave peligro, a cada paso, la seguridad del rebaño entero. Cada vez que los peones sacaban fuera un animal, la masa entera se llenaba de confusión, y era necesaria la más consumada destreza por parte de los vaqueros para evitar la completa dispersión del ganado. La impavidez con la cual los llaneros penetraban en aquel laberinto de salvajes y jadeantes brutos, avanzaban pegados a la muralla de erizados cuernos que les cerraban el paso, y empujaban atrevidamente las enfurecidas bestias como si fueran una manada de ovejas, era verdaderamente digna de admiración.

La rápida exactitud con que descubrían a lo lejos la marca de las orejas, no era menos maravillosa; apenas les bastaba un vistazo e inmediatamente empujaban la res hacia los grupos respectivos. Cuando estuvieron apartados todos los señalados, cada dueño procedió a arrearlos hacia su propia manada.

Encontramos en este caso, como sucede siempre, de gran servicio los madrineros para conducir una gran masa de ganado a través de las sabanas. Bastaba una docena de estos bueyes para encaminar una gran *punta* parándose y avanzando a una señal del ojeador, mientras los vaqueros vigilaban estrechamente los flancos y la retaguardia, para evitar que se escaparan y arrear al ganado, especialmente las manadas de becerros extraviados (algunos de pocas horas de nacidos), los que como una procesión de niños perdidos bramaban sin cesar llamando sus madres, perdida la última esperanza de encontrarlas. Aunque su busca fuera verdaderamente muy molesta, y la tarea de arrearlos sobre el accidentado terreno lo fuera

mucho o más, no queríamos dejarlos rezagados contando con que pudieran encontrar sus madres entre el avanzado tropel. A poca distancia de la casa, hicimos alto para hacer los preparativos del encierro de los rebaños. Pero, faltaba todavía la parte más peligrosa: la de obligar al ganado a entrar a los corrales.

La entrada de la majada, parecida a un gran embudo, era, como el resto de la cerca, construida con grandes postes clavados en el suelo, con los intervalos entre poste y poste cerrados por gruesos trocos de bambú. A través de ese embudo o *manga* eran arreados a toda velocidad, pequeños lotes de reses con los madrineros a la cabeza —traidores guías enseñados a engañar los de su propia casta—, mientras tapaban la boca del embudo los jinetes con los pechos de los pobres caballos. Todo marchaba bien hasta llegar al final de la manga, donde los madrineros, con toda la astucia de los semi-civilizados brutos, redoblaban el paso en el momento de entrar en el cercado. Allí se daban cuenta sus salvajes hermanos de su traición, y revolviéndose contra sus conductores, daban comienzo a los más terribles combates. Los toros, no obstante los aturdidores gritos de los hombres y los formidables golpes de garrocha tirados a sus cabezas, trataron de abrirse paso hacia la abierta sabana, y muchos lograron entonces romper la valla de los caballos. Así, muchos nobles corceles que hasta ese momento habían salido ilesos, hallaron una muerte sin gloria. La mayor parte de los hombres escaparon sin daño alguno, lo que era poco menos que milagroso, ya que a cada instante exponían sus vidas ante los rencorosos ataques de los toros. Pero, sí sucedió muchas vececes que varios perdieron el caballo, corriendo inminente riesgo de ser pisoteados por el enemigo en retirada. La superior habilidad y la intrepidez del hombre, triunfó a la larga sobre la simple resistencia bruta, y el rebaño entero quedó en poco tiempo acuartelado en la majada.

CAPITULO XIV

LA HIERRA

"Entretanto en ancha hoguera
Como encendido tizón,
Ya la marca centellea
Con chispas de azul punzó".

Ventura de la Vega.

Era muy avanzada la tarde cuando compartimos la única comida del día, retirándonos en seguida a descansar, ya que no a dormir, debido al incesante alboroto del ganado en los corrales, que durante toda la noche se la pasó corriendo de un lado para otro como perseguido por los demonios. Temíamos en veces que cedieran las cercas ante su loco empuje, mientras el polvo ascendía en sofocantes nubes, llenaba la atmósfera y se mezclaba a nuestros alimentos de tal manera, que casi no se podían comer.

El bramar, mugir, y quejarse del ganado sólo se puede comparar a la confusión y estrépito de un campo de batalla. Muchos de los toros salvajes, en su furia clavaban las afiladas bayonetas de sus cachos contra sus vecinos, y el orgulloso padrote, su morena compañera y la tierna vaquilla tomaban parte en la matanza. Al siguiente día muchos yacían expirantes sobre el polvo de los corrales, y otros tantos presentaban espantosas heridas. A poco los muertos entraron en descomposición, lo que sumado al polvo que flotaba en el aire que respirábamos hacía intolerable la atmósfera. Muchas reses murieron sofocadas, y muchas también de enfermedades ocasionadas por el hacinamiento de los animales y la pestilencia de los cadáveres. Todo esto hacía no perder tiempo para marcarlos y dejarlos en libertad, porque de lo contrario la infección se hubiera extendido a todo el ganado. Los animales afectados de esa peste, no presentaban síntoma alguno de enfermedad hasta momentos antes de su muerte, cuando se observaba que daban unos cuantos pasos vacilantes y caían bruscamente como heridos por una bala. Los zamuros tienen conocimiento intuitivo de su próximo fin, en prueba de lo cual pueden verse a numerosos de estos satélites de la muerte revoloteando alrededor de un animal que la lucha ha aman-

sado, aunque esté aparentemente en perfecta salud. La infección, afortunadamente, está circunscrita a los animales de cuernos, y no se observa ningún caso de transmisión a las otras bestias, excepto en los casos en que los hombres se arriesguen a desollar los cadáveres, asumiendo entonces la enfermedad una forma diferente. Las personas que se han expuesto a ello, son afectadas por una horrible hinchazón del cuello, que comienza por un botoncillo no mayor que la cabeza de un alfiler, que crece gradualmente en tamaño hasta que se extiende al cerebro. La muerte ocurre inevitablemente a menos de ser atendido el paciente por un buen médico. Entre nuestra gente ocurrieron dos o tres casos de este género, pero, gracias al cuidadoso tratamiento que se les impuso, tuvimos la suerte de salvarlos. Todos los años ocurren varios casos entre estos pobres hijos de tan fieras regiones, los que por no tener las mismas oportunidades de tratarse, perecen irremisiblemente de la enfermedad.

La marca del ganado cuando se efectúa en los grandes establecimientos, constituye una verdadera fiesta para el aficionado pueblo de los Llanos; todos demuestran el mismo gran interés que cuando asisten a una gran corrida de toros, la antigua diversión de los descendientes de Pelayo, el Cid y otros héroes de igual celebridad. Por eso la primera, la *hierra*, como este salvaje espectáculo es llamado, con todos sus incidentes y peligros, todo su ruido y faenas, es quizás la mayor fiesta de esta naturaleza que ha podido ser inventada para el entretenimiento y ejercicio de raza tan caballeresca. Es indudablemente una de las escenas más bravas que puede haber en las llanuras, y una de las que más placer me produjo por la variedad de incidentes que la acompañaron.

La majada es, después de todo, la escuela en la que desde la infancia, aprende el llanero a vencer o a morir en las constantes luchas contra esta fiera de la creación. Ella es el verdadero Circo Olímpico donde la agilidad y la fuerza por la que son tan afamados, son desplegadas durante las emocionantes operaciones llevadas a cabo sobre los indómitos ciudadanos de las sabanas: herrando y señalando los becerros, aserrando los cuernos de los toros furiosos y convirtién-

dolos en bueyes para mejorar su carne y su temperamento. El día fijado, se llevaron todos los animales encerrados en la majada, a las corralejas o pequeños corrales al lado del vasto cercado, donde fueron apiñados lo más posible, para evitar que los toros, siempre dispuestos a herir, no hicieran mucho daño entre los animales.

Entre tanto los hombres preparaban sus lazos, y se colocaban según su fuerza y habilidad, mientras los muchachos encendían un vivo fuego en un seguro rincón de la majada, donde calentaban al rojo los varios hierros que debían usarse. Estas marcas representan generalmente las iniciales del dueño, o algún jeroglífico, y están fijadas al extremo de un largo mango de madera. Se guarda un registro de ellas en los juzgados de cada distrito, y se considera como un gran crimen alterarlas en cualquier forma no autorizada, o borrar su impresión de la piel de los animales. Se hierra el ganado de preferencia en las ancas, pero cuando un caballo, mula o yegua son vendidos, se marca de nuevo sobre el hombrillo con el hierro invertido seguido de la marca del comprador, repitiéndose la operación siempre que pasa a otras manos, por lo que al fin terminan por quedar desfiguradas por tantas cicatrices las pobres bestias.

Cuando todo está listo para la refriega, salta el mayordomo sobre el poste más alto del cercado, desde donde dirige las operaciones, y da la señal. Desde allí lleva la nota de los becerros marcados haciendo cortes con su cuchillo en una larga tira de cuero. Un número de estas correas llamadas *tarjas* se guarda cuidadosamente en las casas y sirve como de registro cuando durante el año llega el día de arreglar cuentas con el dueño, desempeñando el papel de registro de balance.

Como el negocio principal de aquel día, era el de marcar los becerros recogidos en el rodeo, dos o tres hombres con sus lazos penetraron sin miedo al corral con gran peligro de sus vidas, o por lo menos de sus cuerpos, porque las madres siempre están dispuestas a defender sus crías; y procedieron a sacar fuera los recentales por medio del lazo, aunque no sin que se resistiesen obstinadamente, en tanto que las vacas se oponían formidablemente hasta el punto de tener que recha-

zarlas a fuerza de garrocha por peones encaramados en las cercas. La lucha no duraba mucho: el becerro dominado por el lazo, y estimulado por la cruel torcedura de la cola, brincaba hacia adelante hasta el lugar de la hierra. Al pasar la línea, uno o dos pilletes le agarraban el rabo y le daban de tirones y vueltas hasta tumbarlo; se le quitaba el lazo y el peón corría de nuevo al corral en busca de otro. Cuando ya había asegurado un cierto número, un hombre daba la vuelta con el hierro, y en poco tiempo el lote entero quedaba marcado con el ardiente sello de la propiedad, en medio de los lamentables mugidos y el inútil pataleo de los indefensos animales.

Estas operaciones, aunque ejecutadas sobre animales jóvenes, no son tan fáciles como pudiera creerse, y no es raro que alguno bien crecido salte la palizada o se abra paso a través de la angosta puerta del corral, en cuyo caso los que están fuera corren el riesgo de ser atacados por los fugitivos, si no fueran prontamente atajados por los peones parados en las puertas de las corralejas. La cosa se hace mucho más grave cuando se enlaza un toro grande, éste no solamente resiste a que lo saquen fuera como los becerros, sino que se requiere la fuerza combinada a la habilidad de todos los hombres para sacarlo del corral, con cuyo objeto se deja bien abierta la puerta. En semejante caso un picador encaramado sobre la cerca, trata de arrear el animal a repetidos golpes de garrocha, en tanto que otro peón le tuerce el rabo violentamente, lo que rara vez deja de hacer salir al rebelde animal entre los gritos y la chacota de sus crueles atormentadores. Se trataba entonces de aplicarle un segundo procedimiento para quitarle el lazo, y hacerle la operación arriba mencionada. Esto, sin embargo, no era muy fácil a causa de las furiosas embestidas del toro que disponía de toda la longitud de la soga. El único medio eficaz era el pegarlo a un poste llamado *botalón*, clavado en el suelo, donde su derribo se realizaba gracias a los esfuerzos de varios vaqueros: unos agarrados a su cola, otros a las patas de atrás, mientras templaban la soga hasta que agotado el animal caía pesadamente por tierra.

Para poder apreciar exactamente escenas como esas, debe uno mismo contemplar uno de esos atletas luchando cuerpo

a cuerpo con un toro escapado del corral. Cogiéndolo por un cuerno con una mano, espera la oportunidad de agarrarle el rabo con la otra, y lo deja correr a todo su querer porque mientras la velocidad sea mayor, su caída es más fácil. Si no corre lo suficiente, bastan unos cuantos gritos para excitarlo a aumentar su velocidad, pero a veces devuelve los cumplimientos, volteándose contra su coleador, quien si no es muy ligero, corre el riesgo de perecer. Pero, su diestro adversario no solamente esquiva el ataque, sino que rápidamente lo aprovecha para tumbarlo. Tan pronto ocurre esto, el vencido es rodeado por una nube de alegres rapazuelos: uno, blandiendo un gran cuchillo, lo afila en sus cachos antes de ejecutar la operación que transforma el animal en buey, y si no estuviere antes señalado, le corta la oreja con la señal del hato de que es propiedad; otro, trae el encendido hierro y en el acto se lo aplica sobre el anca temblorosa, mientras un tercero con una sierra pequeña le corta las afiladas puntas de los cuernos. Todo eso se hace en tres minutos, pero a pesar de esto el peligro es muy grande si el toro logra pararse antes de que todo esté terminado, porque en lugar de estar amansado, tan pronto está libre, se lanza contra los asaltantes con furia renovada, y mírase entonces a aquellos valientes héroes regarse por la arena como una bandada de perdices. Con las narices dilatadas, humeante la boca, el toro se detiene un instante lleno de rabia y de terror y trata de descubrir los objetos de su venganza. Ninguno ha sido presuntuoso como para esperar la embestida que lo hubiera vuelto polvo en un segundo, y por eso sus conquistadores adoptan la sabia política de una rápida retirada a lo más alto de la cerca, desde donde le lanzan una andanada de insultos sobre su hirsuta cabeza. A veces mientras los peones estaban lidiando un toro, otros se fugaban a despecho de los que estaban allí para impedirlo. La situación de los demás peones se hacía crítica en extremo, pues estaban expuestos a los ataques de los fugitivos por una parte, y a los de sus prisioneros por la otra, viéndose obligados a dejar a estos últimos a mitad de sus trabajos, en tanto que los que cuidaban de los becerros, formaban con sus cuerpos una especie de barrera con la que aguantaban al agresor cuando no había otro recurso mejor.

Parecía entonces casi imposible escapar de la impetuosa embestida de los toros, principalmente cuando los hombres quedaban lejos de las cercas, y el único medio de salvarse consistía en tirarse boca abajo al suelo en el momento preciso en que el toro les tiraba, brincando invariablemente el animal por encima de ellos. Se asegura que los toros atacan siempre con los ojos cerrados, y su ciega y equivocada precipitación les hace perder la excelente oportunidad de vengar los ultrajes perpetrados contra su raza. No así las vacas, las que dicen que los mantienen bien abiertos cuando van a hacer daño, y siempre dejan a sus víctimas una marca de sus cuernos o patas en recuerdo de su descontento.

En una ocasión, nuestro mismo Jefe escapó por casualidad de una de estas enfurecidas hembras, no obstante su gran habilidad para lidiar el ganado, y de su destreza en esquivar sus ataques. Acabábamos de entrar precisamente a la majada, y nos estábamos preparando para la fiesta que iba a comenzar, parados bajo la sombra de un espléndido matapalo o higo silvestre que crecía cerca del gran cercado; cuando, una vaca, que había dejado por detrás su becerro durante el trabajo de la sabana, resentida por lo tanto con la separación, saltó la palizada del corral donde se encontraba, y al instante se nos vino encima. Todos corrimos en retirada hacia la cerca, excepto nuestro Jefe, quien siempre fue muy sensible a eso de dar la espalda al enemigo, y se quedó en el terreno algo protegido por el grueso tronco del árbol. La vaca, al principio, no pareció ocuparse mucho de él, y corrió en derechura de la puerta de la majada, que desgraciadamente encontró cerrada y opuesta a su fuga. Retrocedió sobre sus pasos con la intención evidente de vengarse en el hombre vestido de blanco que se acordaba haber dejado parado al pie del viejo matapalo. Allí todavía estaba el intrépido soldado despreciando los urgentes avisos de sus hombres que le aconsejaban huir, porque juzgaba indigno de él saltar la talanquera, o con otras palabras, brincar precipitadamente la cerca, resuelto más bien a esquivar al enemigo, dando vueltas alrededor del árbol; pero la vaca era muy astuta para dejarse engañar con tal manejo. Después de haberlo perseguido inútilmente unos cuantos minutos giró bruscamente sobre ella misma y se le enfrentó cara

a cara. Desgraciadamente, el General, quien había posado toda la mañana para su retrato, vestía el traje completo de gala de los Llaneros, y se encontraba embarazado por los grandes pliegues o dobleces de la manta. Esto le había impedido sacar la espada que había conservado consigo, que fue su primer impulso, para lo cual retiróse algunos pasos a fin de tener más espacio donde torearla, hasta que los otros vinieran a ayudarlo. Con la sutileza propia de su sexo, la vaca comprendió al punto sus intenciones, y seguía con rapidez sus movimientos, espiando el momento de herirlo por un costado, pero, él, en el preciso instante de tirarle el golpe, con gran presencia de ánimo, se tiró al suelo. En lugar, sin embargo, de saltarle por encima como hacen los toros en esos casos, la vaca intentó embestirle, él le agarró una de sus patas delanteras, con tanta fuerza, que impidió todos sus ataques hasta que llegaron los demás en su ayuda, resultando tan sólo con un rasguño en el costado y hecha tiras la manta.

Creo innecesario repetir, que después de tan impetuoso asalto contra la venerable persona de nuestro Jefe, la vaca no fue bien tratada por los indignados vaqueros; unos la querían matar para la comida, otros para amarrar su cuero a la cola de un caballo y botarlo por la sabana, mientras unos pocos, compadecidos de su ignorancia, entre los que estaba su agraviado propietario, opinaron por quitarle únicamente los medios de hacer más daño en lo sucesivo, aserrándole los cachos. Prevaleció sobre todas, esta opinión, y la ruda mano del ejecutor al instante le aplicó la sierra al orgullo de su testa, y luego la dejaron irse en paz.

Así terminó un breve, aunque glorioso encuentro, que por la astucia y la habilidad desplegada por ambos antagonistas, bien hubiera podido acabar fatalmente para cualquiera de los dos.

Luego que las corralejas estuvieron libres de sus ocupantes, quedaron aún en la majada varios toros aislados que se habían olvidado durante la confusión, y como algunos de ellos no habían sufrido ninguna operación, otra faena, más emocionante aún, se ofreció a los infatigables y atléticos vaqueros.

La estrechez del terreno impedía naturalmente el empleo de los caballos, y el hecho de que cada toro debía cogerse con el lazo, ocasionó muchos obstáculos y peligro a los hombres que tomaron parte en esto. Todos se ofrecieron voluntariamente, y entre ellos, un robusto zambo de pelo rojo, que debía a esta extravagancia de la naturaleza el sobrenombre de Colorado.

Gozaba este individuo de gran fama por sus hazañas, tanto en las sabanas como en los corrales, y en esta ocasión demostró él mismo lo muy merecido de su renombre. Fue el primero en correr al ataque. Echando mano de un lazo muy largo contrariamente a la práctica usual, empezó por arrollárselo en la mano derecha cogiendo la punta con la izquierda; acercóse cautelosamente a un formidable toro negro que estaba parado en el centro de la majada y le lanzó el lazo con nudo y todo el cual se estiró en el aire como una culebra hasta alcanzar la cabeza del animal. Aunque la distancia podía ser de unos treinta pasos, tuvimos la satisfacción de ver caer el lazo alrededor del cuello como si hubiera sido colocado por la experta mano de un verdugo. Desde ese momento, el Colorado fue proclamado unánimemente maestro en el lazo, un honor que recibió al terminar su hazaña, porque todo lo que faltaba que hacer por los otros, era tirar simplemente de la soga hasta llevar al toro al botalón que sirve para el doble objeto de dominar los toros, y de ejercicio para los muchachos. Para este último propósito, se traen al fin de la fiesta uno o más toretes y se obliga que los monten los muchachos en la forma descrita en capítulos anteriores. Se sueltan entonces los animales entre el grupo de los demás cuadrúpedos, que visiblemente demuestran su asombro ante tan extraño espectáculo.

Siempre que presenciamos la hierra de las reses nos tocó contemplar sendas exhibiciones de ese género, pero nunca recuerdo que hubiera habido ningún accidente entre los pequeños jinetes. Es de este modo como los llaneros educan sus hijos desde la infancia para el recio ejercicio de su profesión, y a su turno ellos harán lo mismo con los suyos.

No siempre, sin embargo, el triunfo del llanero sobre las bestias es obtenido tan fácilmente, porque son muchas las

veces en que las últimas llevan las ventajas en esos combates de manos contra cuernos lamentándose grandes males. Queda en veces el hombre horriblemente destrozado, sea por los cachos, sea por las patas de sus adversarios, y pierde entonces la vida por falta de adecuado tratamiento médico en el momento de recibir las heridas. La forma más común de enfermedad en este caso, es el tétanos, que en veces resulta de un simple arañazo de la piel sobre los tendones del pie. Debido a la falta de cirujano y a la apropiada cura de estas heridas, úlceras, aneurismas, abscesos malignos, y otras varias dolencias son los resultados de estos peligrosos, aunque por otra parte divertidos ejercicios. A pesar de todas nuestras precauciones, y el cuidado del doctor Gallegos, perdimos a tres de nuestros mejores hombres y varios otros murieron luego a consecuencia de las heridas recibidas durante la expedición.

CAPITULO XV

PLANTAS Y SERPIENTES

La vasta extensión de las sabanas que pertenecen a este hato, y la dispersión de los rebaños, nos obligó a mudar nuestro campamento a un punto más céntrico, desde el que pudiéramos salir con facilidad a perseguirlos. Diéronse las órdenes correspondientes para que los peones estuvieran listos, y al siguiente día por la mañana, dejamos con pesar nuestros confortables abrigos de la casa del mayordomo, y salimos para Mata Gorda, uno de tantos bosques primitivos que esmaltan las praderas en varios lugares.

Para darse una idea de la extensión de este hato, basta decir que se podría galopar todo un día sin llegarlo a recorrer completamente en una sola dirección. Su área mide por lo menos unas ochenta leguas cuadradas, o sea cerca de 150.000 acres de riquísimas tierras, pero, que con los actuales desórdenes y estado de revolución del país, no tienen comparativamente ningún valor para su dueño. El número de ganados dispersos a todo lo ancho y largo de esta inmensidad de tierras llanas, se calculaba antes en cerca de 100.000 cabezas, y en diez mil los caballos, los que debido a la peste, las exacciones revolucionarias y los cazadores de cueros, muy pocos de los primeros, y casi ninguno de los segundos han quedado, relativamente.

Nuestra primera ocupación al llegar a la Mata, fue la de construir un rancho para la protección de nuestros efectos y bagajes, cosa que requiere poco trabajo y ningún gasto, ya que las elegantes palmeras brindan el mejor material para el techo, y los vecinos bosques los postes y vigas para la armazón. Se dejó un apartamento conveniente para la hamaca del Jefe, y el invalorable Cirujano; mientras el resto de nosotros viose obligado a buscar su acomodo entre los troncos y ramas de los árboles.

Terminados estos arreglos, cortóse la madera necesaria para los corrales que debían de levantarse a fin de encerrar los esparcidos rebaños, trabajo éste al que los vaqueros se dedicaron ellos mismos, en tanto que yo encontré grandes atractivos en mis diarias exploraciones a través del intrincado bosque. Cautivaron más particularmente mi atención, las hermosas palmeras. Aparte del esplendor de su desarrollo, y otras peculiaridades que ya he mencionado en capítulo anterior, ellas en sí bastan para ofrecerlo todo a las necesidades domésticas o económicas del hombre en su más primitivo estado.

Observé allí muchas especies comunes de la extensa familia de las plantas leguminosas, tales como la Cañafístola (Catharto Carpus), de la que había muchas variedades, todas ellas árboles magníficos de construcción, cuyas vainas de dos pies de longitud, están llenas de una substancia negra y gomosa, dotada de muchas propiedades medicinales, y que al natural, es uno de los más suaves y agradables purgantes catárticos. Pertenecen a la misma familia el *Caro, Masaguaro* y el *Samán,* difícilmente superados en durabilidad por cualquiera otra producción del reino vegetal. Sus vainas contienen también una gran cantidad de otra sustancia gomosa, que el ganado devora con delicia pues lo hace engordar más que todo otro forraje.

La pimienta malagueta (Uvaria febrífuga), un excelente febrífugo y antiespasmódico, también crece allí abundantemente. Sus aromáticas semillas son cuidadosamente guardadas por el llanero en la vejiga del tabaco, junto con los bulbos de la raíz de serpiente (Aristolochia bulbosa), otra planta dotada de las mismas virtudes, junto con la de ser el mejor antídoto contra la mordedura de las culebras.

Muchas otras plantas medicinales, como la llamada mora; la guanábana cimarrona; y el mapurite, se encuentran allí; la última debe su nombre a su olor peculiar, parecido al del animal del mismo nombre (mofeta), que tiene toda la planta, y que la hace poco aceptable en las cercanías de los campamentos.

De frutas silvestres también existía un variado surtido y entre ellas la más deliciosa, según mi opinión, es el manirito (Anona muricata), una planta casi desconocida de la horticul-

tura, y más aún de los ignorantes moradores del país, donde crece con selvática abundancia, pues no ha habido allí quien la cultive todavía. Esta planta, que pertenece a la misma familia de donde provienen varios de los famosos árboles frutales del trópico; las variadas especies de guayabas, y la deliciosa chirimoya, alcanza una altura de diez pies, y en la época de su madurez dobla sus ramas hacia el suelo bajo el peso de su dulce carga. Desgraciadamente, todas maduran al mismo tiempo, y así, a los pocos días ni una se encuentra. Su fruto como el de la guanábana, está cubierto por blandas espinas. Su pulpa es dulce, muy perfumada, y está llena de pequeñas semillas, que cuando se come la fruta en grandes cantidades, son capaces de producir obstrucciones peligrosas. La planta toda es excesivamente fragante, y al frotar las hojas entre las manos, emiten un aroma delicioso parecido al del heno recién cortado.

Otra fruta agradable que encontré aquí por primera vez, era la silvestre *madroña,* del tamaño de un limón, al que se parece por la forma y el color. Contiene una pulpa muy agradable y agridulce que envuelve tres o cuatro nueces grandes parecidas a las del cacao, y de mejor gusto que las fresas. Tiene el árbol que la produce una altura de ocho a veinte pies. Su follaje es muy denso, con hojas coriáceas de diez pulgadas de largo, y de color verde brillante. Una amarilla y espesa resina, parecida a la gomaguta, se escapa de cualquier parte de la planta que se hiera, y no puedo asegurar si se la ha empleado para algún uso particular.

Algo semejante a esta última, aunque se produce sobre una planta enteramente diferente en naturaleza, es el *cacaíto,* cacao de mono, una especie de fruto blando e insípido, producido por una enredadera que los monos comen vorazmente. Con mucho, la mayor proporción de los árboles, era una especie de guamos (Inga lúcida), y otras plantas leguminosas de vainas de ocho a diez pies de largo, llenas de una hilera de semillas negras, envueltas en una nevada y dulcísima pulpa, muy agradable al paladar. La época de madurez de esta suave y saludable fruta empezaba precisamente, y todos los días las buscaba y comía grandes cantidades.

Otro árbol leguminoso de gran utilidad, propio de esta región es el algarrobo (Hymenea curbaril), que carga unas vainas gruesas y leñosas, que contienen varias semillas duras y redondas color marrón, rodeadas por una substancia dulce y harinosa y dotadas de grandes propiedades alimenticias. Una fragante resina exuda de los pericarpos de las vainas, que al ser quemada, exhala un perfume semejante al del bálsamo de Tolú.

Me había casi olvidado de mencionar entre las frutas agradables de estas comarcas, varias clases de guayabas silvestres; desde el menudo arrayán, difícilmente perceptible entre los tufos de yerbas que lo rodean, hasta el bello arbusto paujil, cargado con gran profusión de frutas ácidas, muy perfumadas y de color escarlata brillante. La fruta del primero se parece exactamente al pimiento de Jamaica por su forma; es dulce, y posee en alto grado el exquisito sabor y aroma de la tribu de las mirtáceas, a las que seguramente pertenecen todas estas plantas.

Era necesario el mayor cuidado al tratarse de elegir madera para ensartar las carnes a fin de asarlas, debido a un arbusto muy venenoso: el mortífero *guachamacá* tan abundante aquí. Pertenece a la larga familia de las Apocíneas, cuyas venenosas propiedades son conocidas en el mundo entero. Tan violento es este veneno, que la carne asada en varas de guachamacá, absorbe suficiente tóxico como para matar a todos los que la coman.

Los perezosos indios hacen uso de ella para matar sin ruido los patos y las garzas en las orillas de las lagunas. Para esto cogen algunas sardinas, las frotan con el jugo de esta planta, y las colocan en los sitios frecuentados por aquellos pájaros. Tan pronto como uno de ellos coge el pescado, y antes de que pueda tragárselo, cae muerto; entonces el indolente cazador, sale de su escondite, separa todas las partes afectadas por el veneno, generalmente la cabeza y el pescuezo, y no tiene escrúpulos en comerse el resto.

Un terrible caso de envenamiento por medio de esta planta, que ocurrió en Nutrias poco después de nuestra llegada a

Apure, dio motivo a una grande excitación entre aquella dispersa población. Había una mujer que vivía con un hombre en las cercanías de aquella ciudad, y celosa por las atenciones que él hacía a una encantadora vecinita de ambos, determinó vengarse, pero de modo tal, que no diera lugar a sospechas. En estas remotas regiones donde jueces y químicos son desconocidos, es imposible descubrir un crimen, excepto cuando hay señales exteriores de violencia. Así pues, ella preparó para su amante un tazón de *masato,* bebida familiar del país, hecha de maíz cocido mezclado con agua que se deja fermentar, en el que remojó raspaduras de la venenosa planta, y se la ofreció con una graciosa sonrisa. Encantado a la vista de la tentadora vasija, el confiado amador invitó a varios de sus vecinos, y entre ellos, la odiada rival, a beber con él. La mujer que no quería sino la destrucción de su pérfido compañero, durante su ausencia preparó otra vasija sin veneno. La cortesía llanera, sin embargo, obliga al huésped a mezclar su ración con la de los demás, y habiéndolo hecho así, invitó a la reunión a llenar las copas de totuma en la vasija. De más de once personas que allí estaban reunidas entre las que se contaban varios niños, ninguna escapó, excepto la malvada autora de este enorme asesinato, y hasta los burros y las gallinas de la casa, a los que su cuidadoso dueño había arrojado los sobrados de la mortal bebida, perecieron.

Tal es el terror que los llaneros tienen a esta planta, que ni me permitieron guardar las frutas y las flores que había recolectado con el objeto de fijar a mi regreso a los Valles, los caracteres botánicos de la planta.

Casi amenazaron con su deserción si yo insistía en llevarlas en mi equipaje.

La propagación de esta planta en el Apure, parece ser de origen reciente, porque ninguno de los viejos habitantes, recordaba haberla encontrado como no fuera dentro de un corto período, relativamente.

Los hombres no dejaron de tener serias dificultades para limpiar nuestro campamento de muchos reptiles nocivos, y nuestro trabajo de la tarde, consistía regularmente en cazar culebras. Logramos matar un número considerable en la pro-

ximidad del rancho, algunas muy venenosas, en tanto que otras eran inofensivas. Entre estas últimas, encontré dos especies de serpientes de coral, contra las que existe el injusto prejuicio de que son las más venenosas. Entre las primeras, la más temida es la *matacaballo*. Aunque poco mayor que una lombriz de tierra, su mordedura es, sin embargo, casi instantáneamente mortal para hombres y bestias. Al contrario de sus otros indolentes y tórpidos congéneres, esta culebrita es muy peligrosa porque siempre está alerta. El paso de un caballo no deja nunca de hacerla salir, pues guarda a este noble animal un inveterado rencor. Estaba una vez ocupado dibujando una de estas serpientes, que había dejado viva con ese objeto y pude observar que, cada vez que se acercaba un caballo, la culebra volvía rápidamente la cabeza en la dirección del ruido, ansiosa de clavarle sus colmillos, pero, como afortunadamente había tenido la precaución de inhabilitarla, rompiéndola parcialmente el espinazo, no podía avanzar sino muy poco a poco hacia el objeto de su rencor.

Es la parte tendinosa entre el casco y el tobillo del caballo, por estar muy próxima al suelo, la que está más expuesta a la picada de la matacaballo, y aunque la distancia entre el tobillo y el corazón es muy grande, sucede con frecuencia que el animal cae como herido por el rayo; de lo que infiero que el veneno obra tanto sobre el sistema nervioso, como sobre la sangre.

El ganado de cuerno y los cerdos están afortunadamente protegidos por el espesor de su piel contra los colmillos de este destructor, que no pueden penetrarla. Por eso es que esta culebra ha sido llamada por *excelencia*: matacaballo.

Hubo una época, en que era extremadamente peligroso conducir los caballos por los bancos de sabana donde las culebras son siempre muy abundantes. Su número, sin embargo, ha disminuido considerablemente después de la multiplicación del cerdo en estas regiones.

Los caballos cuentan allí con otro peligroso enemigo: una gran araña peluda de la especie de las tarántulas, que clava su emponzoñado y doloroso dardo, justamente por encima del casco, que en cierto tiempo se cae sin ocasionar nunca la

muerte. Entre estos bichos malignos, no hay ninguno más repugnante, ni más peligroso que la cascabel. La violencia de su veneno, y el gran tamaño alcanzado por algunas, siembran el espanto entre los hombres y los animales en aquellos lugares donde abundan. Afortunadamente para la humanidad, están provistas, por la siempre vigilante Providencia, con el llamado cascabel. Este está formado por un cierto número de anillos córneos situados al extremo de la cola, que al ser sacudidos producen un sonido particular y sirven así de aviso. Dícese que la naturaleza agrega todos los años uno de estos anillos, que de ese modo señalan la edad de ese reptil. De su asqueroso cuerpo, se exhala un fuerte olor que se parece al del almizcle, que es capaz por sí mismo de alertar al más desprevenido, porque es perceptible a más de cien pies de distancia. La cabeza es particularmente plana y ancha, y los ojos brillan en la oscuridad como chispas de candela. La boca es una horrible abertura de donde sale una lengua negra y bífida, que el reptil agita incesantemente cuando se irrita. Los largos colmillos, curvos hacia adentro, se proyectan en la parte anterior de la mandíbula superior, y a través de ellos se descarga el veneno. Este es segregado por dos glándulas de forma de pequeñas bolsas, situadas en la base de los colmillos, admirablemente dispuestos por su objeto, pues son huecos en su interior en toda su extensión, y cuya presión sobre las glándulas en el acto de morder, hace salir el líquido que es así inyectado en la herida. Por fortuna, esta serpiente es la más lenta en sus movimientos, y la más perezosa entre las de su clase; y de no haber sido así, el daño causado por ellas hubiera sido mucho mayor, debido a que abundan mucho en los Llanos. Su refugio favorito son los troncos huecos de los viejos árboles, y las profundas grietas de la tierra. Se las encuentra ocasionalmente entre las espesas macollas de las yerbas, que las protegen contra el resplandor del sol, pero, como siempre, dispuestas a herir a los intrusos. Durante la noche es cuando salen principalmente a cazar, y vuelven a sus guaridas antes del día.

Además de las citadas, existen en Apure varias otras clases de serpientes. Entre las inofensivas, la *sabanera* abunda mucho en los lugares de donde toma su nombre y mide en veces

hasta diez pies de longitud. Se desliza sobre el suelo con una rapidez asombrosa, hace toda suerte de contorsiones con su cuerpo, y mantiene levantada verticalmente la parte anterior del mismo. Son muy útiles, porque destruyen toda clase de animales venenosos que encuentran. La hermosa serpiente de coral, con sus alternados anillos rojos, negros y blancos, se encuentra alrededor de los hormigueros, por lo que muchas personas atribuyen a éstas sus venenosas propiedades, pero, habiendo examinado su boca con mucha atención, no le encontré colmillos, ni ninguna de las características de las serpientes venenosas.

En la misma categoría se encuentra otro inofensivo reptil, una cecilia, llamada enfáticamente *culebra de dos cabezas,* cuyo nombre proviene de tener los dos extremos de su cuerpo de igual grosor, y sus ojos casi invisibles. Parece ser como el eslabón entre las culebras y los gusanos de tierra, y comparte la naturaleza de ambos. Mide cerca de un pie de largo, y su cuerpo está cubierto por pequeñas escamas. Como dicha culebra posee la facultad de avanzar o retroceder con igual facilidad, las gentes han creído que tiene dos cabezas. Se alimenta mucho de hormigas, cuyos nidos visita; come también gusanos de tierra y larvas de insectos, que persigue con incansable perseverancia. El doble movimiento de este reptil, junto con su fuerza muscular y flexibilidad, le permite penetrar en los profundos rincones de una colonia de hormigas, y perforar la tierra con rapidez maravillosa en busca de sus presas.

Otra extraña falsedad reinante en los Llanos, es la general creencia, de que tanto el pelo de la gente, como el de los animales, se transforma en culebra si se les deja dentro del agua por algún tiempo. Las serpientes que resultan de tan rara metamorfosis, dicen que poseen el veneno más violento de cuantos existen, y que una persona mordida por una de ellas, no tiene más que resignarse a su fatal destino, pues no hay remedio para ella. Recuerdo haber visto a menudo en las orillas de los charcos y pozos de agua estancada, unos curiosos animalitos del grueso de un caballo moviéndose como serpientes, con algo que se parecía apenas a una cabeza, y mucho menos a una boca con dientes. Son singularmente resistentes, de vida tenaz, y se los puede golpear con una piedra

sin producir aparentemente ninguna impresión sobre ellos. De este hecho y de su apariencia principal, es que ha nacido, indudablemente el error a que nos referimos.

ANTIDOTOS

Muchos antídotos han sido recomendados contra la mordedura de serpientes venenosas, y algunos gozan de reales virtudes farmacéuticas, como la raíz de mato, a la que acabo de referirme bajo el nombre de Aristolochia bulbosa, y el guaco (Mikani guaco), una planta compuesta a la que el Doctor Mutis ha hecho tan célebre gracias a Humboldt. Los otros no son otra cosa que imaginaciones supersticiosas, como el colmillo de caimán cazado en Viernes Santo, o alguna incomprensible oración murmurada al oído del paciente, en la que confían más que en todos los recursos de la ciencia médica.

Tan grande es la tendencia hacia lo sobrenatural entre los ignorantes hijos de la naturaleza de estas regiones, que siempre están prontos a preferir todo aquello que les parezca maravilloso. Algunas de estas cosas han nacido, sin duda alguna, de la creencia de que todas las culebras son venenosas. Por eso es que habiendo sido rezada la encantación sobre una persona que cura, porque había sido mordida por una culebra inofensiva, se atribuye esa salvación a la magia, y se le proclama como el remedio soberano en todos los casos semejantes.

San Pablo, como ya lo he referido, posee, no sólo el poder de impedir la acción del veneno de una culebra, cuando a tiempo es invocado; sino que también lo neutraliza cuando ya se encuentra circulando dentro de las venas. A pesar de mi falta de fe en la intervención del referido Santo, confieso que en una ocasión me quedé perplejo ante una de estas reverenciadas supersticiones: la famosa Oración de San Pablo, y que todavía no he podido explicarme bien de acuerdo con mi criterio.

Nos encontrábamos un medio día persiguiendo una manada de ganados, cuando el caballo del mayordomo fue mordido por una matacaballo a poca distancia del rancho. El jinete diose cuenta de la brusca batida del animal, y al instante dijo la

causa. El suelo cubierto por los pastos, fue diligentemente registrado y descubierta la culebra en el punto exacto señalado por el mayordomo, que entre tanto había corrido hacia el rancho con su caballo, sintiendo que las fuerzas abandonaban al pobre animal. No hay que decir, que la culebra fue muerta. Al desmontarse del caballo, éste cayó bañado en un sudor frío. Un curandero se presentó en el acto, sin ser llamado, y comenzó una serie de encantamientos sobre el postrado animal, con los que se creía podría contrarrestar prontamente los efectos del veneno. Yo quería por mi parte administrarle espíritu de cuerno de ciervo, bien conocido remedio para semejantes casos, pero, el llanero se opuso a ello resueltamente, con el pretexto de que eso iba a estorbar lo otro. Así, pues, fuele rezada la oración en la oreja al caballo, y se condujo al paciente a un pasto adecuado donde encontrase abundante alimento en caso de salvarse. Allí se le dejó revolcándose por tierra y quejándose lamentablemente, en tanto que el hombre me aseguró positivamente que dentro de dos horas a más tardar, estaría completamente salvo, y dejaría confundida mi incredulidad. De modo extraño, el remedio actuó en este caso como por ensalmo. A la hora prevista se paró el caballo, y empezó a comer la yerba que lo rodeaba, con tanto gusto, como si nunca le hubiera pasado nada. Que el veneno de la culebra no fuera en este caso lo suficientemente fuerte para matar el caballo, o lo que es más probable, que los colmillos del reptil no hubieran penetrado profundamente, cuestiones son éstas que no se pueden decidir. Poco después, ese mismo caballo que era muy hermoso, pero cerril y vicioso como padrote joven, por poco mata de una patada al curandero que le había devuelto la salud.

En el país, no son los llaneros los únicos en creer en estas curas milagrosas. La misma, más o menos, es la opinión de personas más instruidas y de mayores luces que ellos. ¡Asegúrase de un famoso curandero de los Valles de Aragua, que en los casos extremos o cuando no podía ir en persona donde el paciente, se contentaba con enviarle su sombrero! Colocado este talismán sobre la cabeza del herido, no tan sólo lo aliviaba en el acto, sino que detenía los efectos del veneno, hasta que su propietario pudiera llegar para hacer la cura completa.

Otra singular historia entre los llaneros, es la de inocularse con el jugo de ciertas plantas, que poseen virtudes alexifarmacológicas, hecho lo cual, pueden manejar sin peligro las culebras más peligrosas. Se afirma además que los *cerrados* (así se llaman los inoculados) están no tan sólo a prueba de picaduras de culebras, sino que también pueden atraerlas al dar palmadas con las manos, o al silbar en las sabanas donde abundan. Como nunca he presenciado una de estas experiencias, no trataré ni de sostener la veracidad de la cuestión, ni negarla, pero, hay en el país centenares de personas dignas de crédito, que serían capaces de jurar la verdad del hecho. Citaré entre muchas, el testimonio del doctor Benítez, honrado profesional que ha publicado los resultados de su experiencia en un libro sobre las plantas medicinales del país.

Con el propósito de comprobar las pretendidas propiedades del guaco, consagró una gran parte de su tiempo, en la Victoria, en hacer experimentos con varias especies de serpientes. Citaré de él el siguiente pasaje: "El Guaco posee en grado eminente la facultad de preservar al hombre y a los animales de los terribles y funestos efectos de las mordeduras de las culebras. Este precioso secreto descubierto en Bogotá por el célebre naturalista Don Celestino Mutis el año de 1788 continúa aún en clase de tal entre varios curanderos de nuestro país, quienes bajo ciertas fórmulas misteriosas, y valiéndose de los colmillos de las culebras, hacen varias incisiones superficiales en ciertas partes del cuerpo, sobre las que depositan el polvo de las hojas secas del guaco, y administran interiormente los mismos polvos disueltos en aguardiente de caña, con el fin de preservar a sus iniciados del veneno de las culebras.

"Es tan incontestable esta propiedad del guaco; está tan generalmente establecida su inoculación con el zumo como lo practicaba Mutis, y tan justificados los hechos que no cabe duda sobre este particular. Yo quise convencerme por mí mismo, y en mil ensayos de inoculación practicados de diversas maneras, en los que siempre hacía picar por culebras de diferentes especies a mis iniciados, he quedado enteramente convencido.

Basta decir que el entretenimiento más frecuente de los niños en este lugar, es el de coger, cargar y jugar con las culebras, y que las niñas las guardan en su seno o la arrollan al pescuezo".

Parece, sin embargo, que es necesario renovar varias veces durante la vida las inoculaciones, como sucede con la vacuna, que pierde su eficacia después de cierto tiempo. Sin duda alguna por haberse descuidado en esto, un caballero de la ciudad de Ocumare, perdió la vida hace pocos años, debido a su ciega confianza en esta clase de inoculación. Don N. Ugarte había guardado una cascabel durante cuatro años en una gaveta, con la que a ratos se entretenía como si jugara con un gatico: ni más ni menos. Un día, de regreso de sus plantaciones, entró en su casa con ganas de jugar un poco con su vieja mimada, y, sacándola de su prisión, la puso delante de sí sobre su escritorio. Ocurrió que también estaba por allí uno de sus hijos, igualmente inoculado, a quien él invitó a abrazar la serpiente, lo que el muchacho rechazó con obstinación. El imprudente padre seguía insistiendo a pesar de eso, hasta que la madre intervino y le suplicó que no obligase a su hijo a tocar el asqueroso animal; a lo que exclamó el padre: —"¡Qué necios son ustedes! Les voy a enseñar cómo ella sabe besarme: ¡Vamos querida! dame un beso". Y diciendo ésto se inclinó sobre la culebra, que obedeciendo a su instinto se lanzó a sus labios, y clavó los dientes con un beso tal, que su dueño nunca más se curó. Los dos colmillos quedáronse clavados en su labio, sintiéndose de allí a poco mortalmente herido. Sin tardar, se buscó un médico, pero expiró antes de que se le pudiera socorrer.

El guaco se emplea también con éxito, en varios casos de desórdenes del sistema. En el reumatismo crónico, es un remedio de gran valor; tanto bajo la forma de cataplasmas hechas con las hojas frescas, como por la simple fricción de la parte afectada con una decocción alcohólica de la planta, y tomando al interior una o dos onzas del expresado jugo, mañana y tarde. Del mismo modo, es asimismo eficaz contra la hidrofobia si se administra inmediatamente después que la persona ha sido mordida por un perro rabioso. El General Páez, fue así salvado en su juventud, de este mortífero azote de las

regiones tropicales, y guardó después algunos malos efectos del virus en su sistema, que se manifiestan por cierta tendencia a graves afecciones espasmódicas, especialmente ante la vista de una culebra, lo que invariablemente le produce violentas convulsiones.

Después del guaco, sigue en importancia como alexifármaco *la raíz del mato,* nombre que incluye varias especies de Aristoloquias, de raíces muy amargas. Como se adivina por su nombre, dícese que ofrece al mato (especie de gran lagarto verde), un antídoto poderoso contra la picada de su viejo adversario: la culebra. Parece que entre los dos reptiles existiera una antigua enemistad, y afirman muchas personas, que siempre que se encuentran, se atacan mortalmente, y acaba siempre el mato por salir triunfante del combate, gracias a sus mayores conocimientos botánicos. Esto, o su instinto, lo hace recurrir a la planta, y tragándose rápidamente algunas hojas, vuelve restablecido a la pelea. El doctor Lindley, hablando de las propiedades de las Aristoloquias en general, y más especialmente, de la serpentaria, una especie de Norte América, dice: "Como lo implica su nombre se usa como antídoto contra la mordedura de las serpientes, cualidad de que participan muchas otras especies entre las que podemos mencionar la A. trilobata, planta de Jamaica también empleada como sudorífico activo; la A. ungucida, de Cartagena, relacionada con lo que escribe Jacquin, que el jugo de su raíz mascado e introducido en la boca de una culebra, le produce un estado de profundo estupor durante el cual se la puede manejar mucho tiempo sin peligro. Cuando se obliga al reptil a tragar algunas gotas, entra en convulsiones y muere. También su raíz es reputada contra las mordeduras de serpientes. Esta planta es probablemente el famoso guaco de Colombia, sobre cuya reputada eficacia como alexifármaco, tanto han escrito Humboldt y otros más, y por lo menos, una hoja de alguna de las dos especies, o de una muy cercana, me ha sido dada por el doctor Hancock como del genuino guaco. No tiene nada de extraño que el poder de adormecer las culebras atribuido en Cartagena a la *A. anguicida,* puede también atribuirse a la *A. pallida, longa, boetica, sempervirens* y *rotunda,* que dicen son las plantas con que los juglares

egipcios adormecen las serpientes de que se valen en sus juegos. En medicina, estas plantas son ligeramente aromáticas, tónicos estimulantes, y muy usados durante el último período de las fiebres. Su sabor es amargo y acre, el olor fuerte y desagradable. Dícese que son sudoríficas, y se han empleado como emenagogos en la amenorrea". Lindley, Reino Vegetal.

No hay duda que de estas circunstancias se obtuvo el primer conocimiento con respecto a las valiosas propiedades de las plantas, y no es menos notable, que las gentes de diferentes partes del mundo, ignorantes de la estructura botánica de las Aristoloquias, pueda haber descubierto iguales méritos, y las haya podido clasificar bajo los mismos nombres vernáculos.

CAPITULO XVI

CUENTOS DE TIGRES

A la segunda noche de nuestra llegada a la Mata, en el momento en que la mayor parte de nuestra comitiva cogía el sueño meciéndose en sus hamacas, el siniestro rugido del tigre dejóse oír en dirección de las hogueras del campamento, donde algunos individuos trajinaban todavía. Como levantados por un soplo del Pampero, todos los hombres saltaron de sus hamacas, y en un instante, todo el vivac estuvo en plena confusión. Ardían los fuegos en todas direcciones, y a su incierto resplandor, a veces distinguíamos al tigre, que no era otro el intruso, acercándose como un enorme gato. Los caballos relinchaban espantados, vociferaban los hombres, mientras nuestro valiente Mónico, comenzaba a repicar el tambor con calderos y cacerolas, como si fueran los gongs con que su autoridad de cocinero nos llamara a comer, y con tal estrépito, que apagaba los gritos de los hombres y el relincho de las bestias, y era lo suficiente para espantar toda una legión de jaguares. El olor de nuestros asadores, siempre frente al fuego, había indudablemente ejercido su magnetismo atrayendo a su Manchada Majestad, que seguramente disgustada por el estilo de aquella recepción, retiróse precipitadamente a sus refugios del bosque, gruñendo indignada de nuestra falta de hospitalidad. Aunque comúnmente llamado tigre por los habitantes; este animal es el jaguar o el Félix Onza de los naturalistas, ya que en América no existen propiamente los tigres. El ejerce, no obstante sobre los otros animales, la misma tiranía impuesta por el tigre o el leopardo en las cálidas regiones del Viejo Mundo; diferenciándose entre sí, principalmente, en la forma de las manchas de las pieles; que en el jaguar de América son redondas, o como anillos, y en largas listas en el tigre de Bengala. En otras especies propias de los bosques de la Guayana, cuya piel es casi negra, son invisibles las manchas fuera de la plena luz del sol, y se los considera como los

más sanguinarios y feroces. Algunos jaguares alcanzan un gran tamaño, y llegan a medir hasta siete pies de la nariz a la cola. Tienen fuerza bastante para matar un buey o un caballo, y pasarlos por encima de las más altas palizadas.

Cuando se hubo apaciguado la emoción producida por la intrusión del nocturno ladrón, pocos de nosotros teníamos ganas de dormir, y varios de nuestros peones, por lo tanto, quienes en varias épocas habían participado activamente en aventuras semejantes, nos entretuvieron voluntariamente durante todo el resto de la noche con algunas interesantes historias concernientes a ese Señor de los bosques de Sur América. De esos relatos recogí muchos hechos referentes a sus hábitos y cualidades, que trataré de contar aquí tanto como sea posible, tal cual los oí narrar.

Aunque no hay duda de que es la más poderosa entre las fieras del Nuevo Continente, el jaguar no es en absoluto tan terrible como parece hacerlo creer la fama de sus proezas. Sólo a veces, obligado por el hambre, aventúrase a invadir los dominios del hombre, para robar en los corrales de los hatos sus indefensos ocupantes. Se cuentan también algunos hechos de haber atacado a algún solitario viajero, arrastrándolo a sus guaridas entre los bosques, pero, generalmente, demuestra un gran respeto por el hombre, a menos de sentirse acosado; en este caso acepta el desafío de los esfuerzos combinados del hombre con sus perros. Se le da el nombre de *cebado* cuando perdiendo aquel respeto, dedícase al merodeo y realiza ataques contra los hombres y sus rebaños, al igual de lo que hace el caimán. Cuando están así, se cuenta que el animal desarrolla un instinto y una audacia maravillosas; que lo tornan como el más peligroso entre los de su clase, porque ataca, no sólo los animales domésticos en los corrales, sino también a las personas a quienes asalta y devora. Cuéntase además que, cuando ha probado la sangre del hombre, tórnase insaciable y feroz para procurarse esa golosina, y se hace entonces tan peligroso, que los dueños de los hatos reunen a todos los habitantes de los alrededores capaces de manejar el lazo (úsase muy rara vez las armas de fuego en este género de caza), y con la ayuda de una traílla de perros de raza especial, y bien adiestrados, llamados tigreros, rodean el monte que se

supone abriga al tigre, y dando una cuidadosa batida entre los matorrales, lo hacen salir a la abierta sabana donde los jinetes lo esperan para tirarle los lazos. Para lograr el éxito, se necesita únicamente que los caballos no se espanten, y estén bien enseñados para ese ejercicio; y como el tigre, al adivinar el peligro, resístese a salir del bosque, requiérese además que algunos atrevidos matadores lo hostilicen o lo ataquen en su guarida ayudados por los perros, y lo acosen por todas partes, hasta que se vea forzado a huir de sus asaltantes.

Fueron tan numerosos los tigres en una época en los Llanos, que sus destrozos entre becerros y potros causaban espanto. Esta circunstancia, unida al valor de sus pieles en otros países, ha contribuido mucho a reducir considerablemente su número, pues se los persigue con encarnisamiento donde quiera que se presentan.

En su estado salvaje, el jaguar es un hermoso animal, de ágiles y graciosos movimientos, dotado de una maravillosa habilidad para trepar a los árboles, y para saltar por encima de los altos pastos de las sabanas. Cuando el tigre acecha su presa, arrástrase generalmente sobre la tierra, con las patas delanteras estiradas a los lados de su cabeza, tal como hace el gato doméstico cuando caza un ratón; y como sube a los árboles con casi igual facilidad que los monos, es el terror de estos últimos.

Los sitios de caza que generalmente prefiere el jaguar, son los bordes pantanosos de los estanques y lagunas de densa vegetación de juncos y plantas salvajes, donde está seguro de encontrar abundantes presas. Los chigüires y capyvaras son para él fáciles víctimas porque no pueden avanzar en tierra sino dando pequeños saltos. Afírmase que donde allos abundan no es peligroso el tigre, porque siempre prefiere la carne de los animales montaraces, y sólo se torna una amenaza para el hombre cuando escasean sus presas habituales.

Mis primeros recuerdos sobre el jaguar se remontan a la época en que la célebre ciudad de Achaguas era el Cuartel General del Ejército Patriota mandado por mi padre. Era entonces un niño de tres años, cuando una partida de hombres que buscaban forraje para las bestias, se tropezaron con

un tigre y su cría, y se apoderaron del cachorro, que trajeron a Achaguas después de una terrible lucha con la madre. La gran belleza del cautivo cachorrillo le conquistó al punto las simpatías y favor de una multitud de admiradores, especialmente entre el bello sexo de la casa del Coronel Mujica, que lo compró y confió a sus cuidados. Bajo esta especial protección y buen trato, creció lo bastante como para tomar parte en los retozos de los perros y gatos de la familia, animales éstos que siempre constituyen uno de los rasgos característicos de una bien montada casa de llanero. Al principio el nuevo favorito tuvo el permiso de andar por toda la casa, pues recibía amigablemente a todos los extraños y visitantes, sin demostrar en nada los instintos peculiares de su raza. Yo jugaba con él como lo hiciera con un gato grande, y llegué a ser su preferido, hasta que un día llevó muy lejos sus retozos; derribóme por el suelo, y me destrozó los vestidos con sus garras. Desde ese momento, juzgóse prudente encadenar a mi compañero de juegos, y atarlo a un pilar del corredor de la casa. Cuéntase de este mimado que un día rompió su cadena, y como encontrara expedito el camino del corral donde el coronel tenía sus gallos de pelea, no dejó ninguno para las futuras batallas. Por esta falta de disciplina recibió un castigo tan severo, que quedó estropeado para toda su vida.

Son innumerables las tretas que se cuentan del tigre cojo del Coronel Mujica; las que durante un tiempo constituían la principal diversión de aquellos del ejército que tenían la costumbre de frecuentar la casa del Coronel para disipar los malos ratos en el favorito juego de monte. ¿Cuál fue el fin de mi rebelde compañero de juegos? No lo sabría decir, pero, es probable que, como la mayoría de los valientes campeones de aquella memorable época, debe haber muerto y estar sepultado... bajo el polvo del pasado.

En un solitario rancho, no lejos de San Jaime, vivía una vez una pobre viuda, quien llena de compasión por un cachorro de tigre que habían cazado algunos vaqueros, se dedicó a criarlo con la leche de sus propios chivos, protegiéndolo de la humedad de la noche bajo el abrigo de su cama; cubriéndolo y tratándolo con el mismo cariño como si fuera un hijo. En pago de esto, el animalito se encariñó tanto con su madre adoptiva,

que no podía resistir separarse de ella ni un momento. Echábase por el suelo de la cocina mientras ella se ocupaba en preparar su comida, como un gato al lado del fuego familiar. A medida que crecía y se hacía fuerte, la manada de cabras de la pobre mujer disminuía rápidamente bajo sus repetidos ataques, y entonces se estimó como prudente dejarlo en libertad para cazar fuera de la pequeña propiedad de la viuda, buscándose su alimento en los montes vecinos. Siempre que en sus excursiones cazaba algo, traía una parte a la casa y la ponía a los pies de su benefactora. En una ocasión, habían ido a pasarse el día con ella algunos de sus vecinos, y por creer la viuda, que como abundaba tanto la caza, y era tan fácil obtenerla, bien podría economizar los chivos que habían escapado de los dientes de su favorito, recurrió a éste para suplir lo necesario con qué obsequiar a sus huéspedes. Así, pues, dejó a éstos el cuidado de su rancho, y salió al monte acompañada de su eficaz cazador, proponiéndose regresar a tiempo de preparar la comida, pero, con gran asombro de los convidados, llegó la hora de comer, más tarde llegó la noche, pero no llegaban los cazadores, y así pasó el tiempo, y creo que nunca más se supo nada de los antiguos habitantes del rancho solitario, aunque no es difícil de imaginarse la suerte de la pobre viuda.

Teníamos una vez a nuestro servicio un alto y robusto zambo, que a causa de su nombre: Bolívar, y de su poderoso desarrollo muscular, era conocido con el sobrenombre de Bolivote. Muy grande era su orgullo por tener, no solamente el mismo patronímico del célebre General de este nombre, sino también por ostentar unas profundas cicatrices en su brazo derecho producidas por las garras de un jaguar, las que no desperdiciaba ocasión de enseñar.

Había Bolivote pasado todo un día andando a caballo, cuando al sentirse fatigado, buscó reposo bajo la sombra de un grupo de palmeras y dejó a su caballo en libertad de comer cerca de él. Apenas se había recostado al pie de una palma, y casi se había dormido, cuando hízolo incorporar el crujido de unas hojas sobre su cabeza y al mirar cuál podía ser la causa, vio con espanto a un enorme jaguar preparándose para saltar

sobre él. Púsose en pie, pero no tan pronto como para evitar el abrazo del tigre, y poder sacar su espada.

Sin perder un momento, le hundió un dedo dentro de uno de los relampagueantes ojos y se lo pudo arrancar. El dolor del animal fue tan agudo, que el tigre se retiró lanzando terribles rugidos, pero no sin haber marcado las huellas de sus dientes y garras en el recio brazo que lo había castigado tan severamente.

Durante nuestro viaje por la llanura, llegamos a un sitio donde hacía poco tiempo un jaguar había atacado a una mujer. Debió también su salvación, a su presencia de ánimo, y a estar armada con un machete con el que iba a cortar leña para la casa, según costumbre, atravesando la sabana sin ningún temor. Un día fue al monte, como se dice por aquí, con la intención de recoger la consabida leña, y tan pronto había comenzado a partir la madera, oyó el retumbar de un rugido que parecía sacudir la tierra bajo sus plantas y paralizó sus movimientos. Aunque estaba acostumbrada a ese ruido, nunca lo había escuchado tan cerca, dándose cuenta en el acto de su peligrosa situación; sabía que una fuga precipitada, sólo hubiera contribuido a aumentar la rabia del tigre, y decidió quedarse quieta detrás de un árbol. ¡Vano empeño! A los pocos momentos un enorme jaguar se deslizó entre las matas y se paró ante la espantada mujer, echando fuego por los ojos y con la boca sedienta de sangre. Ante tan terrible visión, dióse por perdida, y se puso a rezar en alta voz una oración a su santo patrón; a lo que respondió el tigre con otro horroroso rujido, y empezó a arrancar las raíces del árbol más cercano, como cuando los gatos se afilan las uñas. Luego se aproximó lentamente a la mujer unas cuantas yardas, y dando un salto, salvó el espacio que había entre los dos y fue a caer al pie del árbol detrás del cual ella se había guarecido. Sin perder un instante, la mujer le tiró un machetazo, que le cortó una de las patas que tenía clavadas en el árbol, y lo forzó a retroceder unos cuantos pasos al sentirse herido, pero pronto volvió al ataque en el que recibió un segundo tajo, esta vez en la cabeza, y con tan buen efecto que cayó aturdido por el suelo. No hay que decir que nuestra heroína no perdió tiem-

po en esperar el resultado de este golpe, sino que saltando de su refugio, le dio tantos tajos con su machete que le dejó el cuero echado a perder para la venta.

Entre la banda de ociosos aventureros que seguía constantemente nuestro campamento, fuimos favorecidos en Mata Gorda con la compañía de un contador de cuentos de Apure, que por sus maravillosos encuentros con las fieras, casi hubiera podido rivalizar con el famoso Barón de Münchhausen, y hasta con el celebérrimo marino de las Mil y Una Noches. Su verdadero nombre era B., pero, dada su diminuta estatura y gran astucia, había sido honrado con el familiar apelativo de Tío Conejo (Tío Tigre y Tío Conejo son los héroes de interminables aventuras, fuente única de distracción con que las madres entretienen a sus hijos, y que suponen haber sucedido en los montes de Venezuela).

Realmente era tan pequeño, que a creer lo que contaba, a menudo se lo confundía con su propio hijito de cuna aún, en la que se metía y le quitaba el puesto con el objeto de gozar de los besuqueos y otras caricias que las madres generalmente prodigan a esos tiernos inocentes. Entre los muchos incidentes de su accidentada vida, había, bien se comprende, algunos relacionados con los tigres.

—"Una vez —dijo nuestro humorista compañero— estaba yo en las orillas del río Uribante, y tuve la oportunidad de burlarme de Tío Tigre cuando pensaba hacer una escasa cena con mi humilde comida. Había vuelto un día de una gran pesca, y estaba gozando de mi siesta acostumbrada, cuando se le ocurrió al Tío, creo yo, hacerme una inesperada visita, con la intención, indudablemente, de robarme algunos pescados producto de mi industria, que hacía poco había preparado y salado. Afortunadamente, por razones que no diré, tenía la costumbre de dormir con un ojo abierto y otro cerrado, alternativamente, siempre que acampaba fuera y solo, como sucedía en este caso, porque si por casualidad se me acercaba algún individuo mal intencionado, siempre estaba listo para evitar el peligro debido a la vigilancia del ojo que estaba de centinela". "Bueno, señores, como estaba diciendo, uno de mis centinelas observó que el tigre se me venía encima;

entonces yo salté de mi chinchorro con intención de hacerle un buen recibimiento, pero, por suerte para el moteado bandolero, mi cuchillo, que siempre llevo al costado, se me había quedado bajo el montón de pescado que había estado preparando. Entonces, privado de mi único medio de defensa, vi cerca de mí una tapara de un tamaño como pocas veces se ve por estos lugares, y me metí dentro de ella cuando ya el tigre me iba a coger". Aquí el narrador fue interrumpido por un incrédulo individuo del corro, quien insistía en ser ilustrado exactamente sobre el tamaño de la tapara, por lo que entonces dijo: —"Guá, señores, aquí no hay nada de extraordinario. Yo he visto aullamas al pie de la Cordillera, que cada una cargaba tanto como un bongo. Una vez perdí un arreo de mulas, era de noche, y después de buscarlas mucho alrededor de la falda de lo que creía que era un cerrito, encontré los astutos animales metidos dentro de una de esas aullamas (que eso era el cerrito que yo me había figurado), comiéndose con gusto la pulpa y haciendo un túnel dentro de la aullama. Pero volvamos a mi cuento. El Tigre, lleno de rabia por mi brusca desaparición, empezó a atacar con los dientes y las uñas la tiesa y lisa tapara, sin otro resultado que echarla a rodar conmigo dentro y lejos de él, y mucho me divertía mirando la táctica de mi enemigo. Cuando la había hecho rodar un poco, se echaba sobre el suelo a poca distancia y se quedaba mirando el misterioso objeto, como el gato mira al ratón. Brincaba entonces de repente sobre la tapara y la echaba a rodar como una bola. Mi único miedo era, que el tigre, en uno de sus brincos no me fuera a tirar río abajo. Pero, yo no sabía entonces, que el agua de los ríos hondos no llega más allá del pie de sus barrancas, las que hacen el papel de aguantar todas las aguas de encima, dejando así un espacio vacío y seco en el fondo del río; una cosa muy curiosa que descubrí en el Orinoco cuando estaba buceando para encontrar un tesoro perdido que había sido de los frailes.

"Como lo temía me sucedió. La tapara empujada por el tigre, cayó dando vueltas dentro del agua, y me encontré navegando río abajo seguido por una banda de caimanes hambrientos que me miraban con ojos llenos de rabia y abiertas las bocas, hasta que mi santo patrón, bajo la forma de una tonina

vino a socorrerme espantando a los hambrientos demonios, y recibiéndome sobre su lomo, me soltó en una playa desierta, donde, amigos, ustedes no me dejarán solo por el momento, porque ya casi está amaneciendo y debemos dormir una o dos horas antes de salir para el rodeo".

EL PUMA O LEON AMERICANO

Aunque habita principalmente las partes elevadas del país, a veces se ve bajar el puma a las llanuras, en busca del abundante *pásalo bien* de las sabanas. Se parece al jaguar en muchos respectos, y así se lo llama también tigre de serranía. Se distingue, sin embargo, fácilmente del primero, por la forma de su cabeza, que en el puma es más aguzada hacia el hocico, y porque tiene las manchas del pelaje más pequeñas y juntas. El es, con mucho, el más atrevido y sanguinario de los dos. Frecuenta las faldas de las montañas en asecho de los animales extraviados y los viajeros solitarios, y se cuentan muchos casos en los que su sedienta inclinación hacia la sangre, lo ha hecho atreverse a buscar su alimento hasta dentro de las casas.

Ciertos distritos montañosos de Venezuela, están tan infestados por ellos, que casi nadie se aventura a viajar solo por esos lugares. Así, por ejemplo, la montaña de Capaya cerca de Caracas, y el Cerro de Aroa, en Occidente, son célebres por el número de estos audaces. Viven en asecho protegidos por los espesos bosques que cubren hasta la cumbre esas montañas. No hace mucho un viajero del pueblo de Aroa, al ver que la distancia que recorría era mayor que lo que había creído, vióse obligado a pasar la noche en el monte. Por temor a los leones, colgó su chinchorro lo más alto posible entre las palmas, en la creencia que con esto escaparía de sus ataques. Pero de nada le valieron sus precauciones: el pobre viajero fue víctima de estas sanguinarias fieras. Pocos días después, un grupo de arrieros al pasar por el camino, encontró en el sitio de la lamentable tragedia las huellas de sangre del sangriento asalto. Profundos hoyos en la tierra entre las dos palmas demostraroban que el puma había dado muchos saltos pa-

ra alcanzar al infortunado caminante, pero, con excepción del destrozado chinchorro, ningún otro vestigio quedaba de la víctima.

Mi primer viaje de vacaciones lejos de los terrores de una escuela de Sur América, y de la rabiosa cara de un rudo profesor, está aún fresco en mi memoria, tan grande fue el miedo que pasé durante el camino a causa de un imaginario puma, mientras tratábamos de llegar antes del día a lo más escabroso del trayecto.

El camino de la Capital a los Valles de Aragua, nuestro paradero, pasa la mayor parte por sobre altas cumbres de montañas con muchos precipicios a los lados, y está interrumpido en varios sitios por profundos barrancos y casi impenetrables bosques; lugares magníficos para las fieras y los bandidos. La extrema escabrosidad del camino, hace necesario el uso de mulas, o caballos de raza muy especial, por lo que nuestros baquianos se habían provisto bien de ellos antes de salir de Caracas.

La comitiva se componía principalmente de un joven señor de Caracas con sus sirvientes, y que como yo, tenía parientes en las fértiles regiones de Aragua, donde nos proponíamos pasar los días santos con nuestras familias; y de un montón de groseros tunantes como difícilmente se pueden encontrar. A cada momento nos jugaban una mala pasada, haciéndoles cosquillas a las mulas bajo el rabo con los látigos, hasta que llenas de frenesí corrían espantadas por el camino poniéndonos en peligro de ir a parar a la eternidad, al pasar por los horribles abismos que se veían en el fondo. Otras veces coleaban la mula de un compañero hasta casi hacerle perder el equilibrio, y se veía a algunos de ellos trepar por los riscos de la montaña en persecución de algún brillante insecto o de las fresas silvestres. Al fin, como lo escabroso de la cuesta no permitía la continuación de semejantes diversiones por parte de nuestros pícaros acompañantes, los baquianos nos entretuvieron con las terribles historias de los tigres que abundaban en aquellos montes, pero, principalmente con los relatos de horribles asesinatos perpetrados en varios sitios del camino, los que, a juzgar por el número de cruces y los montoncillos de pie-

dra, levantados por la piedad de los trajinantes a las víctimas, debían haber sido en horrible número. En estos países es costumbre marcar el lugar donde se ha cometido un crimen de esa clase con una cruz de madera, a cuyo pie cada pasajero lanza una piedra y reza al mismo tiempo una oración por el reposo del que murió sin confesión. Uno de estos túmulos estaba erigido a un pobre sujeto a quien habían degollado y hecho pedazos el cuerpo, sólo por una cobija nueva y unos pocos *reales*. En otro, un tigre había atacado a un fatigado traficante de gallinas, dormido imprudentemente al lado de su jaula, y lo había devorado junto con sus animales. En otro caso el tigre se presentó de repente en medio de un grupo de arrieros que cenaban tranquilamente al suave murmullo de las aguas de una quebrada, y después de dispersar al atemorizado grupo, se trató bien con la comida de los otros.

Estas historias, contadas con gran vivacidad y muchos adornos, excitaron en tan alto grado las imaginaciones de la joven cabalgata, que a medida que la noche se aproximaba, se iban juntando los unos con los otros. A mí, sin embargo, no me impidieron (porque siempre, me he sentido atraído por la belleza de la naturaleza), quedarme un poco atrás de mis compañeros para contemplar con atónita admiración la grandeza y selvática frondosidad de la escena doquiera volvía los ojos. Absorto en mi contemplación, cabalgaba con lentitud, cuando de repente, con el horror y la consternación más grande me encontré en presencia del terrible tigre de montaña.

Mi imaginación, exaltada por los emocionantes relatos de los arrieros, hízome ver a la manchada fiera sentada sobre sus patas traseras mirándome al soslayo con ojos de fuego. No obstante su actitud pacífica, un escalofrío de terror me helaba las venas, mientras a pesar del frío dominante en esas montañas, gruesas gotas de sudor me corrían por el tembloroso cuerpo. El tigre parecía asombrado por mi súbita aparición, traté de gritar en demanda de socorro, pero el miedo me había vuelto mudo. Pensé entonces en desmontarme para poner la mula entre el tigre y yo, pero la vista del espantoso precipicio que había a mi lado me lo impidió instantáneamente. No me quedaba otra alternativa que la deshonrosa de echarme a tierra por la grupa, cosa que hice rápidamente sin

la menor dificultad por parte del paciente animal, que a todo esto se había quedado inmóvil esperando mis decisiones. En ese momento, la luna, hasta entonces oscurecida por la densa neblina, iluminó radiante la escena, y con gran verguenza y alivio de mi parte, descubrí que el feroz tigre de mi fantasía, era simplemente la rama caída de un árbol cubierta de hojas que mi fértil imaginación había tomado por la manchada piel del tigre montañero.

CAPITULO XVII

AVENTURAS DE CAZA

Nos encontrábamos ahora en el mismo centro del más espléndido terreno de caza de la República, y todos los días mis excursiones tras de los alados habitantes de aquellos hermosos montes, eran premiadas por abundante suplemento de *pavas, guacharacas,* y con la más noble y hermosa de todas las aves de caza: el paují de Sur América (Crax alector). Esta fina especie se encuentra en todo el país, especialmente en los bosques de *tierra caliente,* donde se la descubre con facilidad por el estridente y prolongado grito con que llama a su hembra, perceptible a grandes distancias. Parece no darse cuenta de la presencia del cazador, y se deja tirar sin hacer el menor esfuerzo por evitar el peligro. Esta ave, casi del tamaño de un pavo, se domestica fácilmente, y bien pudiera suplir el lugar de aquél, pues es su carne jugosa y de exquisito sabor. Su plumaje es típicamente vivo y hermoso, blanco el cuello y la cabeza, y el resto del cuerpo de color aceituno oscuro, exceptuando los extremos de las alas que son negros. Un elegante penacho de rizadas y lustrosas plumas, adorna la parte superior de la cabeza y realza grandemente el esplendor de su figura. En las regiones elevadas del país, existe otra especie: el paují *copete de piedra,* así llamado por la singular excrecencia que tiene sobre la cabeza, de un color gris azulado y algo parecido a una pulida esfera de pizarra. Este pájaro sólo habita en los bosques de más de cuatro mil pies de elevación, y casi supera en belleza al precedente. Su plumaje es profundamente negro con matices verdes aceituna, y contrasta de manera exquisita con el del pico y patas, que son respectivamente rojo y amarillo oscuro. Se domestica más fácilmente que los paujíes y abunda en muchos corrales de las casas de la Cordillera, de los que constituyen el principal adorno.

La guacharaca, o el faisán de Sur América, también merece calificarse entre las mejores aves de caza de Venezuela, y por todas partes abunda extraordinariamente. Cuando cabalga a lo largo de los solitarios caminos de las sabanas y fértiles valles de la tierra caliente, el viajero podrá oír a todas las horas del día y aún de la noche, y más especialmente cuando amenaza llover, la más estridente algarabía de roncas y discordantes notas: es el canto de las guacharacas, ave del tamaño de la gallina doméstica, un poco parecida a la hembra del faisán y semejante a ésta por su color achocolatado. Es de naturaleza sociable y se reúne en bandadas de veinte a treinta. Al cantar una, el resto le hace coro y lanza claramente la ronca repetición: guacharaca, guacharaca, de donde le viene el nombre al pájaro. Estos gritos son invariablemente contestados por todos los bandos de los alrededores, de manera que al poco tiempo el valle entero resuena de uno a otro extremo con sus cantos discordantes.

Como todas las gallináceas domestícanse fácilmente, como los paujíes, pavas, gallinetas (pintadas), y varias otras aves montaraces con las que gustan los campesinos llenar sus corrales. Además de los nombrados, existen en los Llanos, toda clase de palomas salvajes, tórtolas, perdices, codornices, estas últimas tan abundantes, que se pueden matar por centenares con un bastón. Realmente, es tan grande la casi interminable variedad de aves finas en estas soledades, que sería imposible entrar a describirlas detalladamente entre los estrechos límites de estas páginas.

Eran muy abundantes los venados, lo mismo en la Mata, donde eran atraídos por la frescura de su sombra, como en las sabanas vecinas, pero, como no teníamos perros, y no era posible fatigar a nuestros caballos con tan poco provechoso entretenimiento, contuvimos nuestro deseo de perseguirlos.

Un medio día, sin embargo, con gran sorpresa de mi parte, un alegre muchacho llamado Casimiro, que nos había acompañado desde los Valles, volvió al campamento doblado bajo el peso de una hermosa venada que acababa de matar, junto con un macho que llevaba un muchacho indio. Al ser felicitado por nosotros por su habilidad, por haber matado a una

pareja de venados en tan corto tiempo, nos contestó que podría traer todos los que quisiera, y volvióse al instante en busca de otros más. Pronto demostró que no era un fanfarrón, porque de allí a poco regresó de los montes, con una carga semejante, y preparando el fuego púsose a desollarlos. Pregunté a Casimiro la razón de su éxito, y me respondió enseñándome un tubo de bambú del grueso de un pulgar con un extremo cubierto por una fina membrana. Al soplar por el otro extremo se dejó oír un sonido extrañamente parecido o igual al balido de un cervatillo, y era de esta manera como el aleve cazador atraía la ansiosa madre, cuyos movimientos acechaba desde su escondite, generalmente detrás de las ramas de un árbol que casi siempre era el de algarrobo, de cuyas vainas gusta tanto el venado. Este detestable expediente, es, tengo placer en declararlo, rara vez practicado por los cazadores, excepto cuando están hambrientos; y como estábamos en la tierra de la abundancia, y de los venados no gustan mucho los carnívoros habitantes de las llanuras, no tuvimos necesidad de echar mano a ese recurso en ninguna de nuestras sucesivas cacerías. Otro expediente muy usado por los indios en estos casos, consiste en disfrazarse de garzón-soldado, cuya vecindad parece serle grata a los venados que rumian en las sabanas. Esta grulla, a la que me he referido anteriormente, como tiene cinco pies de alto, por lo menos, y está encaramada sobre un par de delgadas piernas, simula como si anduviera montada en zancos. Su plumaje es blanco brillante, y tiene una bolsa bajo la garganta de color rojo escarlata. El pico es de una forma muy rara, largo de un pie, y muy ancho en su base, lo cual le permite tragarse de un bocado un pescado grande, como también sapos, ranas y culebras, gustando de estas últimas con especial predilección. Todo cuanto tiene que hacer el cazador cuando quiere engañar a los venados bajo este plumoso disfraz, es taparse la cara con una máscara que tenga un largo pico parecido al del garzón adherido a ella. Bien sujeta la máscara, termina su tocado cubriéndose el cuerpo hasta las rodillas con una camisa blanca.

Con este sencillo disfraz, el cazador lleva su escopeta o su arco y flechas a un costado, y avanza en derechura de la pieza teniendo cuidado de acercársele contra el viento, por-

que el venado tiene muy fino el olfato. Una vez tuve oportunidad de matar a tres de estos ariscos animales entre una pequeña manada, antes de que el resto se asustase.

Nuestro joven attaché, Roseliano, que había presenciado el éxito invariable de esta treta, envidioso de las hazañas de sus superiores, determinó hacer por su cuenta lo que mejor pudiera en semejante caso. Así, pues, eligió una linda sabana como campo de acción, para su supuesta víctima, y se apresuró a poner en práctica su experimento. Como no tenía a la mano máscara de garzón, ni tampoco una camisa blanca con la que personificar al plumífero elegante de las sabanas, estuvo mucho tiempo pensando en el modo de acercarse a la caza sin espantarla, hasta que un malicioso compañero le convenció de que podría engañar a los venados con igual facilidad, si se les presentaba *in puris naturalibus* asegurándole que sin duda alguna, el animal lo tomaría por una nueva especie de garzón soldado. Creyó por fin Roseliano estas especiosas representaciones, y desnudándose, escopeta en mano, y con las mayores precauciones con respecto del viento, que entonces soplaba muy fresco, salió inmediatamente a cazar venados. Ellos, al principio, aparentaron no fijarse mucho en el extraño objeto, y lo dejaron acercarse casi a tiro de escopeta, pero, en el momento de levantarla, le dieron la espalda, y poco a poco se alejaron meneando el corto rabo con desconfianza. A veces se paraban un momento como para examinar de pies a cabeza a aquel bípedo sin plumas, para recomenzar luego a rumiar la yerba con perfecta indiferencia. Roseliano entonces, con las debidas precauciones, se les volvía a acercar lentamente, hasta que los venados, de nuevo a tiro volvían a emprender su acompasado trotecillo sin darle a su perseguidor la menor oportunidad de alcanzarlos. De nuevo volvían a detenerse fijando sus finos cascos sobre el duro suelo, para alejarse otra vez meneando la colita como si le dijeran: —"¡Lo que eres tú no me cogerás!" Así iban ellos: siempre huyendo; siempre perseguidos durante una gran distancia, sin que ninguna de las dos partes lograra acercarse, hasta que el ardiente sol comenzó a trabajar sobre la desnuda piel del novel cazador, que debido a ello, conservó dolorosos recuerdos hasta en las duras y poco sensibles plantas de los pies. Lleno por fin de

desesperación, lanzóse contra los venados y les envió una andanada de tiros, pero las balas dieron en el suelo muy lejos del blanco. Parece que los venados pensaron entonces que los alertaba para que se fueran, porque con el mayor dolor de Roseliano, al instante saltaron sobre los altos pastos y desaparecieron de su vista.

A un tiro de piedra de nuestro vivac había muchas lagunas llenas de tortugas y galápagos, cuyas orillas contenían muchos deliciosos cuadrúpedos, que a causa de su afición por el agua, han sido declarados como animales de sangre fría por la Iglesia, y que por lo tanto se pueden comer como pescado. Como era tiempo de Semana Santa, se organizó una cacería con el propósito de proveer al campamento con un alimento igualmente bueno para el cuerpo y para el alma. Con tal fin, muy temprano en la mañana del Viernes Santo, reunióse toda la fuerza disponible junto al rancho, y medio organizados, salimos a pie en distintas direcciones: unos en busca de cachicamos (armadillos); otros de galápagos y tortugas; en tanto que los menos melindrosos no desdeñaron la oportunidad de ejercitar sus habilidades contra los chigüires.

El resultado de esta cacería excedió con mucho a lo que se esperaba, porque en menos de cuatro horas, cerca de trescientos cachicamos, y casi tantas tortugas fueron llevados al rancho. La carne del chigüire no es muy gustada de los llaneros, aunque es excelente para jamones cuando se los prepara convenientemente curados y ahumados, y por esto, después de separados los perniles, se dejó el resto a los zamuros. La carne del cachicamo es muy sabrosa y se parece mucho a la del cerdo tierno, y siempre se los asa en su propio carapacho (gruesa coraza formada por sucesivas placas córneas) que conserva de ese modo todo su jugo. Es sin embargo un alimento muy fuerte debido al exceso de grasa, y capaz por lo tanto de producir indigestiones si no es acompañado de una buena ración de aguardiente, o de una fuerte salsa de ají. Dícese también que ocasiona muy malos efectos en las personas predispuestas a trastornos sifilíticos del sistema, y da lugar a úlceras incurables y a varias otras afecciones cutáneas.

Es el cachicamo un indefenso y curioso animal, del tamaño de un erizo común. Vive bajo la tierra donde permanece durante la mayor parte del día, y sale con el crepúsculo o muy de mañana en busca de alimento. Consiste éste principalmente en gusanos, larvas de insectos, o por casualidad en pequeñas culebras, de alguna nidada que busque refugio en las celdas de su escondrijo subterráneo, sea con permiso o como intrusos, cosa ésta que necesita de comprobación. El hecho es, no obstante, que muchos de esos agujeros están llenos de culebras, cosa que hay que tener en cuenta cuando se pasa cerca de las cuevas de los cachicamos. Dos especies de pequeñas lechuzas, llamadas *aguaita-caminos,* con frecuencia montan guardia como centinelas a la entrada de las cuevas, y al revolotear alrededor del cazador, o con extraños movimientos, logran siempre dar la alerta al cachicamo. No obstante eso, si el cazador se les acerca de frente, siempre los puede coger porque en ese sentido su vista está dificultada por las placas que tienen en la cabeza. Al ser atacados por los lados o por detrás, corren rápidamente hacia su cueva, pero si el cazador, es hábil, puede a la larga sacarlos agarrándolos por el largo rabo córneo antes de que desaparezcan completamente. Aún entonces, como estos animales tienen la propiedad de inflar sus cuerpos cuando se sienten atacados, es casi imposible sacarlos fuera si no se agranda el tamaño de la guarida: córrese entonces el riesgo de ser herido por las afiladas garras del cachicamo, o de ser mordido por alguna culebra venenosa de las que comparten su domicilio.

¿Qué afinidad puede existir entre este cuadrúpedo y los pescados como para clasificarlos entre los anfibios? No soy capaz de explicarlo, porque si bien es verdad que el chigüire y varios otros animales colocados por la Iglesia en esta categoría, poseen, es cierto, un gran poder de resistencia bajo el agua, pasa lo contrario seguramente con el cachicamo que siempre se ve buscando los lugares altos para escapar de las inundaciones, habiéndolo encontrado con mucha frecuencia en medio de las grandes sabanas donde no existe otra humedad que la del rocío en varias leguas a la redonda.

Cuando todos los diferentes grupos que participaron en la excursión de caza, estuvieron de nuevo sentados alrededor de

las hogueras del vivac, era muy divertido oírles contar los variados incidentes relacionados con la batida: uno había agarrado una cascabel por el rabo creyendo que era un cachicamo; otro se había tropezado con un caimán buscando tortugas; un tercero había sido mordido en los pies por los caribes, mientras varios otros habían recibido choques, más o menos fuertes de los tembladores.

Frente a muchas hogueras, a poco llameantes bajo los árboles, se veían los cuerpos enteros de cachicamos atravesados por una larga vara, abiertos por los vientres, con sus carapachos, que unas cuantas ramas verdes mantenían entreabiertos. Amontonando las tizonas en el centro de los fuegos, se echaban allí apenas descabezados y todavía vivos los morrocoyes. Tienen estos quelónidos, como los demás anfibios, una vida excesivamente dura, y sus sufrimientos, sin duda alguna, deben ser muy grandes con esta prolongada muerte, como lo manifestaban sus largos y continuados debates entre el brasero.

De acuerdo con los más exquisitos gastrónomos, creen los llaneros que estas tortugas no deben comerse sino cuando es de noche, y afirman que es entonces cuando están más ricas y jugosas, pero la mejor explicación de eso, como después lo supe con gran disgusto para mí, es que muchos de los bocados más escogidos son precisamente de aquellos que deben comerse, pero no verse, porque no habría quien no vacilara en botarlos.

Existen en el Apure muchas variedades de tortugas de agua dulce, que sirven de abundante y completo alimento para los naturales. La más común es el *galápago*, el *terecay* y el *arrau* o gran tortuga del Orinoco a propósito de la que escribió el célebre Padre Gumilla en su Orinoco Ilustrada, "Que sería igualmente difícil contar los granos de arena de las orillas del Orinoco, como contar el inmenso número de tortugas que viven en sus márgenes y aguas. Allí, si no fuera por el enorme consumo de las tortugas y de sus huevos, el río Orinoco, no obstante su gran magnitud, no podría ser navegable por las embarcaciones, porque se verían impedidas de hacerlo por la enorme multitud de las tortugas".

Sin discutir la enfática aserción de este reverendo Padre de larga barba y capucha, por no haber nunca visitado las playas del Orinoco, me atreveré a afirmar que los galápagos por sí solos bastarían a suministrar a los hombres de las llanuras de Apure, una inextinguible provisión de alimento durante siglos enteros, aunque faltaran todos los demás. Para dar una idea de la prodigiosa abundancia de estas especies, basta decir, que arreando simplemente una manada de ganados cerriles a todo correr dentro de una charca de las sabanas, la primera oleada que se produce con la súbita sacudida del agua, será bastante para lanzar a miles de tortugas sobre la playa. Otro sistema empleado en los Llanos para proveerse de ellas, es pasar un rastrillo por el fango en que habitualmente se sepultan estos quelonios cuando se espantan. Cuando se seca mucho este lodo a causa del calor del verano, permanecen bajo la costra endurecida sumidos en el sueño, hasta que principia la estación lluviosa. Aún así, las pobres criaturas no están del todo seguras, y son con frecuencia despertadas de su modorra, por el fuego que el cazador enciende a las secas plantas acuáticas que son el adorno de estos estanques, y entonces rompen la terrosa costra que las rodea, pero en vano tratan de escapar de sus verdugos que de este modo las cogen fácilmente.

Además de lo dicho, existen otras dos variedades de tortugas que se encuentran entre los pantanos y matorrales de los Lanos: el morrocoy o tortuga de tierra, y la *jicotea*, un animal que parece ser el eslabón entre las tortugas y los galápagos. Los dos tienen un excelente sabor, especialmente la primera, cuyo hígado preparado frito en su propia hiel, es indudablemente superior a ese tan apreciable bocado de los epicúreos: el *foie gras*. Dicho órgano es muy grande comparado con el tamaño del animal, y disminuye sensiblemente con el ayuno de su dueño, porque este reptil, como todos los de su clase, puede y debe vivir a menudo largo tiempo sin comer, y es esto lo que ha dado origen al error popular de creer que él se alimenta con su propio hígado, cuando no tiene otra cosa para alimentarse.

Durante la estación de las grandes sequías, el morrocoy busca el abrigo de los troncos huecos, donde vive inmóvil durante largos meses hasta que, al sentir la humedad producida por los

primeros aguaceros de primavera, que penetran hasta sus subterráneos abrigos, se mueve con lentitud hacia el exterior en busca de los tiernos renuevos de las plantas acuáticas y de los lirios de la sabana. Es tan duro el carapacho de estas tortugas, que ni con fuertes hachazos se pueden separar las gruesas placas de que está formado, y una locomotora puede pasarles por encima sin producir el menor efecto sobre su impasible dueño. Mucho después de haber sido divididos los cuerpos para hervirlos en agua, los trozos continúan moviéndose, y siguen así hasta haber hervido muchas horas, cuando ya la carne está en condiciones de comerse.

El morrocoy no deposita sus huevos en la arena como lo acostumbran sus acuáticos congéneres, sino que los pone indistintamente en cualquier agujero y deja al calor de la tierra el cuidado de incubarlos. El huevo es un poco mayor que el de la gallina, de extrema blancura, esférico y muy duro. El macho se distingue fácilmente de la hembra, por una profunda depresión de su placa pectoral que en aquella es perfectamente plana. Algunas personas dignas de crédito, me han asegurado que la sangre de morrocoy es un específico contra la neuralgia, cuando todavía caliente se la frota sobre la parte enferma.

CAPITULO XVIII

MATA TOTUMO

Muy poco fue lo que cazamos durante las dos semanas que estuvimos en Mata Gorda, ocupados como fuimos en la fabricación de un rancho para el establecimiento del caporal y su familia, con corrales anexos lo suficientemente espaciosos para acomodar una gran manada. Como otras partes de la propiedad requerían nuestra inmediata atención, salimos de Mata Gorda para Mata Totumo que queda en un distante rincón de las sabanas, cuya proximidad a otros hatos la exponía a los robos de los merodeadores. Por esta causa perdíamos anualmente un gran número de ganados, de manera que era necesario el establecer allí otra Fundación, o hato pequeño, con su caporal que vigilara estrictamente, y cuidara de un pequeño rebaño de reses mansas como núcleo de un establecimiento permanente en aquel expuesto lindero.

Apenas nos habíamos instalado en el nuevo campamento, cuando una partida de nuestros peones tropezó en trabajo por las sabanas, con una cuadrilla de ladrones de ganados que ya habían reunido un rebaño muy suficiente como para vivir cómodamente todo el resto del año, los que huían llevándose su botín. Nuestra gente les dio caza inmediatamente y logró capturar sólo dos ladrones. Azotados con la mayor crueldad, como es costumbre en los Llanos en casos semejantes, y prometiéndoles un castigo más severo en caso de volveros a encontrar dentro de los límites de la propiedad, se les dejó ir sin más castigo.

Como es costumbre en los campamentos de las sabanas, estuvimos mucho tiempo ocupados en destruir las matas y reptiles dañinos o ponzoñosos. Eran tan numerosas las culebras que cada paso era un peligro para nuestro descalzo séquito. Que la costumbre es una segunda naturaleza, tuvimos de ello un gran ejemplo en el caso presente: porque a los

pocos días prestábamos tanta atención a las culebras como si fueran las más inofensivas lombrices de tierra, así desaparecieron nuestros temores, si no su causa. Construimos luego un abrigo contra las inclemencias del tiempo para nuestras abundantes provisiones, que nos causaban no poca ansiedad situados como estábamos tan distantes de toda fuente de aprovisionamiento; hecho lo cual, empezamos a levantar los corrales para los rebaños que se irían a multiplicar. Por suerte los materiales abundaban, y el bambú, ese elegante representante de las altas yerbas, nos fue de gran utilidad. Sus elevados y flexibles tallos ofrecían cuanto era menester para los tranqueros y postes de las cercas, y para varios otros usos. Para apreciar verdaderamente el tamaño de esta yerba gigante de los trópicos, es necesario saber que algunos tallos alcanzan la asombrosa altura de treinta y cuarenta pies, con un grosor correspondiente de seis a siete pulgadas en la base, y como ellos se elevan formando grupos, al crecer son realmente bellos. Infinitas y delgadas hojas de un color verde brillante visten con sus masas las copas de aquellos altos tallos encorvándolos bajo su peso y dándoles la apariencia, cuando juguetean con las suaves brisas de las llanuras, de agitados plumajes de grandiosas proporciones que se elevan, se doblan, y acarician con largos y graciosos balanceos las copas de los árboles vecinos. Un elegante escritor, al describir esta majestuosa Reina de las Yerbas, ha dicho con insuperable belleza: "Gracia, delicadeza, riqueza de forma y de color, combínanse en este frondoso morador de los ríos tropicales. Nada hay más agradable a la vista del sofocado y sediento viajero que los pedregosos pozos formados por las quebradas y sombreados por los árboles de bambú. A menudo se juntan formando arco sobre la corriente e interceptando todo rayo de sol sobre el fresco retiro. Sus brillantes y delicadas hojas son agitadas por el invisible céfiro, y se doblegan bajo el peso de la mariposa y la abeja. A veces las cepas de bambú están a lo largo de los caminos y forman pasajes como bóvedas o góticas arquerías de donde cuelgan por doquiera lindas flores y ramos como colgantes guirnaldas. Cuando sopla el huracán, las arboledas de bambú cambian su belleza por una grandiosa apariencia. Retorcidos y convulsos como las olas del mar, vuela en todas

direcciones su rico follaje como el verde salpique de las ondas contra las rocas".

Tan pronto estuvo lista la majada, nos entregamos al sin duda alguna, laborioso, pero emocionante trabajo de llenarla, para cuyo propósito solicitamos la ayuda de los vecinos hatos de *La Yagua* y *Caucagua*. Tan buen resultado tuvieron nuestros esfuerzos, que a los pocos días tuvimos reunidos dos mil animales para la hierra, muchos de los cuales por haber pasado de la edad en que se practica esta operación, nos dieron mucho que hacer. Algunas veces como recurso para descansar un poco en medio de nuestros trabajos, nos ocupábamos en ejercitar los muchachos en el viril arte del toreo, o en el casi tan peligroso de amansar caballos cerreros, en el que son muy orgullosos los llaneros por encima de todo. Durante nuestra permanencia en Mata Totumo, su propietario tomó parte en un suceso altamente ilustrativo de ese orgullo particular que constituye un sello universal entre estos hijos de la Naturaleza y del sol; y no menos revelador de la casi completa ausencia de toda restricción convencional que existe entre dueños y servidores en los Llanos. Nuestro Jefe se había enamorado grandemente de un hermoso caballo blanco, el que, aunque medio acostumbrado a la silla, no perdía oportunidad de practicar algunas de sus viejas mañas, siendo su favorita la de sacar de la silla en cuanto podía a su jinete. Se había divertido ya muchas veces en esto a costa de su dueño, y siempre, por casualidad, ante la misma presencia de su mimado caporal, Sarmiento, quien invariablemente daba rienda suelta a sus burlas cada vez que esto sucedía. A todas estas, su bien humorado dueño respondió un día desafiándolo a correr el caballo alrededor del campamento sin que fuera sacado de la silla, apostando un dollar si no lo tumbaba, con la condición, en caso contrario, de descontárselo de su salario. "Aceptado" —exclamó Sarmiento mientras estrechaba familiarmente la mano de su señor—, y sin decir nada más, púsole los tapa-ojos al caballo, le apretó su propia silla, y al punto estuvo firmemente montado sobre su lomo. Quitóle la venda de los ojos y comenzó a dar de chaparrazos al rebelde padrote, lloviéndole tan fuertes golpes sobre las ancas, que el aterrorizado animal partió a todo correr por la sabana, dando saltos,

corcovos y lanzándose al galope por la llanura con terribles sacudidas. Vanos fueron los esfuerzos que hizo el caballo para lanzar de la silla al implacable centauro; nada podía el pobre animal contra quien lo dominaba hasta traerlo vencido, tan sumiso y domado, como antes había sido cerril y resistido.

Poco después de nuestra llegada a tan apartado lugar, llegó la Corporación del Mantecal, bajo cuya jurisdicción estábamos, acompañada de muchos de los habitantes a ofrecer sus respetos y personales saludos a su antiguo Capitán de los Llanos, y último Presidente de la República; y también, para ofrecerle, además, la hospitalidad del pueblo (unas cuantas cabañas ruinosas). Aquello fue para nosotros una verdadera sorpresa, pero, no por eso dejamos de ofrecerles una conveniente hospitalidad. En el acto se mataron dos gordos becerros que junto con los cachicamos, galápagos, y una hermosa cochina salvaje de los pantanos vecinos, formaron un suntuoso banquete digno de un Consejo de Regidores de Londres. Una mesa construida de ocasión con troncos de bambú amarrados con bejucos a cuatro postes clavados en tierra, bien pronto estuvo levantada bajo los árboles. Anchas hojas de plátanos hacían de mantel, en tanto que los carapachos de los galápagos servían doblemente de platos y fuentes, enteramente en armonía con aquel rústico ambiente.

Allí, lo mismo que en Mata Gorda, la caza era muy abundante, y en todo tiempo se podía contar con ella para variar un poco nuestros substanciosos platos. Había muchos venados en los montes cercanos, pero, después de haberlos gustado y matado a muchos, resultaron demasiado flacos por la estación como para tomarse el trabajo de matarlos, y mucho más estando llena la sabana de hermosos ganados y cerdos alzados. Este último siempre está en buenas condiciones, y todos los días nuestra gente llevaba al campamento los despojos de uno o más *capones* colgando de las silas.

El oso hormiguero, un tosco y poderoso animal que mide seis pies de largo del hocico al extremo de la cola, encuéntrase también en las sabanas, pero, aunque su carne tiene buen sabor, y se les atrapa fácilmente, nunca se come debido

a su repugnante apariencia. "Habita principalmente en lo más oculto de los bosques, y parece gustar de las partes bajas cercanas a los caños donde camina de arriba abajo en busca de hormigas que siempre abundan para él, y de las que con prontitud obtiene una buena cantidad para su alimento con muy poco trabajo. Su marcha es lenta, y el hombre le es superior en velocidad. Sin la rapidez necesaria para escapar de sus enemigos; sin dientes que le sirvan de defensa; y sin el poder de cavar el suelo para escapar de sus perseguidores, es, sin embargo, capaz de vivir en perfecta seguridad en aquellos lugares salvajes, sin temer el lazo fatal del boa, ni los colmillos del hambriento jaguar.

La naturaleza lo ha dotado con las patas delanteras maravillosamente gruesas, fuertes y musculosas, y las ha armado con tres terribles uñas afiladas y curvas. Cuando agarra un animal con estas armas formidables, lo mantiene pegado a su cuerpo bajo la tremenda presión de sus brazos, hasta que lo hace perecer por presión o por falta de alimento. Mientras dura ese mortal abrazo, el oso hormiguero poco sufre por no comer, y es bien sabido el hecho, con la sola excepción del morrocoy, que ningún otro animal es capaz de vivir mayor tiempo sin alimentarse. Su piel, debido a sus fibras, resiste perfectamente la mordedura de los perros, y tiene los costados protegidos por unas cerdas rizadas y espesas, mientras su ancha cola basta para cubrir todo el cuerpo". Waterton, Viajes por Sur América.

Las huellas de tigre eran numerosas aunque nunca tuve la suerte, en mis frecuentes correrías por los bosques, de tropezar con este déspota rugidor de la selva, y hasta un día tomé por su bramido lo que era el remedo de un titirijí o lechuza cornuda de los Llanos. La encontré posada entre las ramas de un guamo, inclinando hacia mí su cabezota con la típica y escrutadora mirada propia de estos animales, como si tratase de tomar nota de mi aspecto. Como me quedé perfectamente inmóvil, comenzó a lanzar sus ensordecedores gritos, despertando los ecos del bosque con su pavoroso sonido. El titirijí parece dotado de un poder de ventriloquismo, porque su canto, alto y fuerte como es, parece como si naciera a lo lejos. El natural efecto de esta particularidad es el de engañar

al no acostumbrado cazador, que por esta causa se ve obligado a vagar inútilmente en su busca. Después de haber contemplado a mi placer tan extraño pájaro, le disparé la carga de perdigones que tenía para un venado, con lo que vino a tierra. Era un bello ejemplar con las alas tan grandes como las de un pavo, tenía dos penachos de plumas a los lados de la cabeza, los que junto con los grandes y chispeantes ojos le daban en realidad feroz aspecto. Consiste su alimento en toda clase de aves montaraces, y por no ser muy escrupuloso, devora con igual placer ratas, ratones, culebras y pequeños monos. Este búho habita los lugares más solitarios de los bosques, pero, a veces, se lo ve al acecho de los habitantes de los corrales posado sobre la copa de algún árbol.

Estaban los guamos en plena cosecha de sus lustrosas vainas, que son de gran refresco para el sofocado y sediento explorador de las selvas. Monos y guacamayos son muy golosos de esta fruta, y en la copa de los más elevados pueden verse las reuniones familiares de estas parlanchinas criaturas comentando aparentemente los méritos de la cosecha.

De los monos existen dos especies en las llanuras: el araguato o mono aullador (Simia Ursina), característico de los bosques por el extraordinario volumen de su voz, y el machango (Simia Sajous), pequeño mono gris muy común en todo el país. Con respecto a la maravillosa agilidad y vivacidad de ambos, el último es el favorito de los habitantes, y muchos de éstos siempre tienen una o dos amarrados a un palo del corral, donde ellos en alguna manera desempeñan el papel de bufones de la familia. Son, sin embargo, malvados bichos, en las casas hacen todo el daño posible si llegan a soltarse, y son especialmente destructores en las plantaciones de cacao y maíz. Cuando deciden emprender sus depredaciones, reúnense en gran número y adoptan muchas precauciones. Primero que nada, colocan a varios de centinelas sobre los árboles más elevados o en cualquier punto alto que domine las entradas que llevan a la plantación, desde donde avisan a los demás la aproximación del peligro. El segundo procedimiento consiste en colocar las hembras, que a causa de las crías no toman parte en el ataque, en algún sitio seguro. Hecho esto invaden el mai-

zal, tumban las matas, arrancan las mazorcas con asombrosa rapidez; charlan entre muecas y visajes, y acaban con todo como un bandada de muchachos malvados a espaldas del dómine. Cuando tienen amontonadas suficientes mazorcas, las deshojan, y torciéndolas a pares mediante un ingenioso nudo, muy particular, llamado por eso *nudo de mono,* se las llevan sobre las espaldas, y así cargados se apresuran a ocultar su botín en algún sitio muy difícil de encontrar por el indolente mayordomo, que no pocas veces oculta sus propios robos en los campos de la plantación, achacando la culpa a los monos ladrones. A veces sucede que, mientras roban los sorprende el dueño, que burlando la vigilancia de los centinelas, de súbito se aparece en medio de la banda y les descarga una lluvia de plomo, al que responden con agudos chillidos de alarma, en tanto corren a o saltan de un lado para otro en busca de dónde refugiarse, pero sin soltar ni un grano de su botín. La creencia reinante en los Llanos, quiere que, cuando por fin se encuentran seguros en sus escondites, sean llevados ante un consejo formado por los viejos, los descuidados centinelas, a los que luego de profundas deliberaciones condenan a ser amarrados a un árbol y a ser azotados fuertemente.

No menos notable es su ingenioso método para cruzar un río u otros cursos menores de agua, como tan a menudo encuentran en sus incesantes peregrinaciones por las selvas. Ocúrreles lo que a los hombres, que no todos saben nadar con igual facilidad, y por esto los jefes de la banda, que son generalmente los más fuertes, suben sobre las ramas de algún árbol que estén extendidas sobre la corriente; entonces uno de ellos pasa el rabo alrededor de una rama conveniente, y deja colgar el cuerpo mientras sujeta por el rabo al más próximo camarada, y así sucesivamente, hasta formar una cadena o péndulo viviente, que, dócil a las leyes del equilibrio, oscila cada vez con mayor rapidez y amplitud, debido a sus combinados esfuerzos para alcanzar la opuesta orilla. Logrado esto, el último mono se asegura al árbol más conveniente, y el resto de la cadena se descuelga del primer árbol del sitio opuesto y al caer al agua ayúdanse entre sí, y al favor de la corriente, pasan al otro lado. Se ahogan algunos, generalmente el último de la cadena lo que ha dado origen al dicho popular:

"el último mono siempre se ahoga". Sagaces como sin duda alguna son estos animales, se dejan, sin embargo, coger fácilmente en trampas. Uno de los medios más sencillos para ello, consiste en hacer un cierto número de agujeros a una calabaza, bastante grandes para dejar pasar la mano de los monos, y así preparada, se la llena de maíz amarrándola al tronco de un árbol y sacudiéndola con fuerza durante un rato se dejan algunos granos sueltos por el suelo alrededor de la trampa. Tan pronto oyen el tan conocido ruido (que los llama como si fuera la campana de comer), bajan en gran número de sus aéreas mansiones y meten sus manos dentro de la calabaza cogiendo un puñado de maíz. Pero en vano forcejean para sacarlas sin abandonar su presa, y en ese crítico momento el oculto autor de su desventura aparece de repente, los amarra y se los lleva.

Más taciturno y retraído en sus hábitos es el araguato, gran mono rojizo de enroscada cola que no exhibe ninguna de las malvadas jugarretas que caracterizan al primero, que nunca se aproxima a las posesiones del hombre, ni destroza los campos del industrioso labrador. Consiste su alimento en frutas silvestres atrapadas con rapidez asombrosa mientras salta de rama en rama. Todos los miembros de este enorme mono están admirablemente adaptados a sus hábitos errantes, para los que cuentan de manera efectiva con su larga cola prehensil que en ellos hace el papel de quinta mano.

Es tan extraordinario el grito del araguato, que todo el que lo oye por primera vez se imagina que es un tigre. Creo que puedo asegurar sin temor de equivocarme, que se puede oír a más de tres millas de distancia, principalmente durante los días húmedos y nublados. "Pretenden los indios (observa Humboldt), que siempre que los araguatos llenan el bosque con sus aullidos, uno de ellos dirige el coro. La observación es cierta: durante un largo intervalo, una aislada y fuerte voz déjase distinguir generalmente, hasta que su lugar es ocupado por otra de tono diferente. Nosotros pudimos observar de tiempo en tiempo entre los sapos y casi todos los animales que viven en colonias, el mismo espíritu de imitación cuando ejercitan sus voces en común. Aseguraban los

Misioneros, que cuando una hembra estaba a punto de parir, el coro suspendía sus cantos hasta el momento de nacer el pequeño. No pude juzgar por mí mismo de esta aserción, pero no la creo completamente infundada. He notado que cuando ocurre algún incidente extraordinario, los lamentos, por ejemplo, de un araguato herido, llaman la atención de la banda y se suspenden los aullidos durante algunos minutos. Nos aseguraban nuestros baquianos con mucha seriedad, que "para curar el asma basta con beber en el óseo tambor del hueso hyoides de un araguato". Como este animal está dotado de un extraordinario volumen de voz, se supone que también su laringe debe necesariamente comunicar al agua con que se llena, la virtud de curar las afecciones de los pulmones. Así es como la ciencia en el vulgo se parece a la de los Antiguos".

Mide el araguato dos y medio pies de largo sin contar la cola, que mide tanto como su cuerpo, y los rasgos de su rostro son más parecidos a los del hombre que los de cualquiera otra especie que yo haya visto. La cara de este extraño mono está oculta por una barba amarillenta e hirsuta, que se prolonga hacia abajo comunicándole un aspecto de dignidad. Es tan notable su parecido a la especie humana, que al matar uno sentí como si hubiera cometido un crimen. Cuando levanté del suelo la pobre criatura, tenía los grandes ojos grises bañados en lágrimas y todos sus rasgos demostraban la más triste agonía. Lanzándome una elocuente mirada de reproche, trató de cogerme por un costado, pero su herida lo había debilitado mucho; echóse de lado, y con resignada calma se dejó examinar por mis curiosos compañeros ingleses, que discutían y disputaban sobre las partes de su cuerpo, palpitante aún. Uno, deseaba la piel para un gorro de fumar, y la membrana de su garganta para el hornillo de su pipa, mientras el otro se contentaba nada menos que con todo el cuerpo. Por mi parte, sólo deseaba apartarme de la vista del moribundo animal, y echándome la escopeta al hombro me alejé con tal pesar, que me prometí no volver a levantar mi mano contra estos inocentes hombres salvajes de los bosques.

MANTECAL

Atendiendo a una invitación hecha al General y sus acompañantes por los buenos vecinos del Mantecal, nos dirigimos a la población, que no estaba muy distante de nuestro campamento. Como a tres millas del lugar, fuimos saludados por un gran concurso de los habitantes venidos para escoltarnos. La población entera salió a recibirnos, y saludaban nuestra llegada al pueblo con disparos de trabucos y otras armas, y también con el discordante estrépito de raquíticas arpas, violines y bandolas capaces de volver loco al mismo "Músico rabioso de Hogarth".

El Mantecal fue en un tiempo una ciudad floreciente, no obstante las guerras que la azotaron durante muchos años seguidos, pero, desde la gran epidemia de 1832, y las siguientes, ha quedado totalmente despoblada, porque los escasos habitantes que escaparon del azote, abandonaron sus casas, y de ese modo lo que antes fuera una laboriosa comunidad, se convirtió en una triste soledad.

"Donde a cada paso el visitante teme despertar el terrible horror de la vengativa cascabel".

Cuando nuestra visita a Mantecal, pocas casas estaban en pie; lamentables monumentos de la pasada prosperidad. Pasamos allí tres días, y los vecinos, hospitalarios a despecho de su miseria, hicieron lo increíble para divertirnos. No solamente nos facilitaron las pocas comodidades que podía ofrecer el villorrio, sino que de noche nos obsequiaban con un fandango, en el que sin distinción alguna tomaban parte todas las clases y condiciones. Terminadas las fiestas, regresamos con placer a nuestro vivac, tanto más cuanto que entre muchos importantes deberes por cumplir, era seguramente el principal preparar nuestro regreso a Maracay, aunque las otras ocupaciones nos tomarían varias largas semanas más. También se aproximaban las lluvias, porque había señales todos los días de la próxima llegada de la tormenta que se venía formando hacia el Sur. Nuestros trabajos en la sabana continuaron mientras hubo ganado por marcar con el hierro, y nuestra reserva de bueyes, aumentó grandemente hasta tener ya reunidos para la venta en las tierras altas un considerable rebaño.

Hicimos además varias excursiones a los vecinos hatos con el objeto de separar de sus rebaños todos los orejanos cuyas madres llevaban el hierro nuestro, y a juzgar por el número de becerros recolectado en ellos, y sin tomar en consideración los que anualmente son abandonados por las madres, era fácil de apercibirse que los beneficios de esas propiedades eran grandemente aumentados a nuestra propia costa, aunque fueran sus reservas originales sumamente inferiores a las nuestras. De ese modo muchos de los propietarios de pequeños hatos se enriquecen a expensas de sus ricos vecinos.

CAPITULO XIX

MATIYURE

Habíamos por fin terminado la organización de Mata Totumo, por lo que dejamos nuestro campamento el 15 de marzo, y salimos para los Laureles, antiguo sitio de otro hato, hoy desierto, sobre los bancos del río Matiyure.

Encontramos la casa en ruinas, y sólo algunos postes marcaban los límites de los antiguos corrales. Así, pues, lo primero que hicimos fue reparar los cercados, operación ésta que requirió varios días de rudo trabajar.

Mientras tanto, me divertía mucho explorando los montañosos bordes del río cuyo selvático aspecto tenía para mí un encanto particular. Aquel fue mi diario retiro, donde acompañado por la majestuosa soledad, ensayé de pintar para los demás las queridas escenas cuyo recuerdo vivía en mi memoria con toda su original frescura. Para quien ame "el fresco regazo de la naturaleza", no puede existir lugar más encantador. Nada más inspirador que reclinarse bajo la sombra venerable de algún frondoso guamo; contemplar las nubes de variados colores que pasan bajo el manto azul de los cielos; y parecen confundirse con las lejanas copas de los árboles, cuya altura gigantesca y corpulencia forman muro a la magnífica vegetación que crece a ambos lados del río, y se mira en el espejo de su tranquila superficie. El ronco graznido de las garzas o el odioso rugido del titirijí despiertan únicamente los ecos donde

> *"Todas las cosas están en calma, y hermosa y tranquila, la Tierra parece como arrullada bajo el ala de un angel en un sueño lleno de rocío".*

No obstante, este hermoso río es célebre por el tamaño de sus caimanes y mientras dibujaba sentado en sus orillas, los veía deslizarse lentamente bajo las quietas aguas, a flote sólo

la parte superior de la cabeza y mirándome con sus malignos ojos. Llena estaba la orilla con los cascarones de sus huevos, lo que demostraba que aquel era el lugar favorito para la época del desove. La hembra pone cerca de ochenta huevos en un hoyo cavado por ella en la arena, y deja la incubación al cuidado del sol. Estos huevos, dos veces más grandes que los de una pava, son la delicia de los indios y de los tigres, que a menudo los comen antes de estar empollados. El caricari es otro gran enemigo de la cría de los caimanes: los ataca al salir del cascarón, aunque también los persigue en el agua cuando más crecidos; impulsado, no hay duda, por motivos de orgullo de familia, a cazarlos dentro de su propia gente, trágaselos para evitar futuras complicaciones. A pesar de esta admirable disposición de la sabiduría Divina, y de la incesante guerra que le hacen hombres y fieras, abundan tanto en algunos pozos, que de quedarse inmóviles, sus cuerpos formarían un puente de orilla a orilla.

No obstante su gran voracidad, la madre demuestra una cierta ternura por sus vástagos. Impulsada por un instinto casi infalible, cuando ha terminado el período de incubación, regresa a su nidada y ayuda su cría a dejar el cascarón. A la inversa de los huevos de las aves, los del caimán son blandos y plegadizos como los de la tortuga, lo que dificulta que se rompan; conservan la presión de los dedos, y tienen la apariencia de un pergamino. En el preciso instante de salir, el caimancito despliega en asombroso grado toda su salvaje naturaleza al morder todo lo que está a su alcance aún sin haber acabado de salir. Una vez me divertí con una lucha entre dos caricari y uno de estos recién nacidos no más grande que un lagartijo de buen tamaño. Cada vez que las aves se le tiraban encima, el pequeño saurio gruñía salvajemente, y saltaba hacia adelante bien abiertas sus quijadas, con miradas de dragón. El combate se prolongó durante diez minutos, sin decidirse la ventaja, por ninguno de los dos lados, y entonces uno de los asaltantes, cambió de táctica, pues de repente cogió al caimán por el cuello con sus afiladas garras, lo elevó triunfalmente por los aires, y lo dejó caer en tanto que el ave seguía su descenso con vertiginosa rapidez, dispuesta

para repetir su golpe cuando tocara el suelo, pero, medio aturdida, la víctima se rindió a la astucia superior.

Cuando se inundan las sabanas por la creciente de los ríos, estos carnívoros y maliciosos reptiles, se esparcen por toda la superficie del país, y ocasionan grandes destrozos entre los animales pequeños. Se habían mostrado tan destructores de los becerros y potros de esta propiedad, que su dueño, en una ocasión ofreció un premio de medio dollar por la cabeza de cada caimán que fuera muerto en sus tierras; y bastaba para que el reclamante demostrara su éxito, que presentara los dos colmillos de la mandíbula superior. El resultado de este *ukase* fue, que no había aún transcurrido un mes, cuando se habían destruido más de cuatrocientos caimanes, sin que por eso pudiera observarse una sensible disminución de su número, a pesar de la perseverante persecución encendida contra ellos. Este experimento no dio buen resultado, y quedaron sin ser molestados hasta nuestra llegada a los Laureles cuando resolvimos exterminarlos a todos, o por lo menos hasta el último de los que infestaban el paso del río donde nos bañábamos y bebían los caballos. Con tal propósito, un grupo de nosotros, bien provisto de cuanto era necesario, salimos para una curva del río donde el agua era profunda y mansa. Para este ejercicio no es menester ninguno de los implementos que se emplean para pescar con caña; simplemente usamos de una soga fuerte y de un aro de cerca de tres pies de diámetro, hecho de un delgado bejuco muy común en las riberas del río.

Alrededor de ese aro estaban bien retorcidos y sujetos los pulmones frescos de un novillo cortados en largas tiras. Se ajustaba el nudo correrizo del lazo alrededor de este cebo, mediante tiernos renuevos del mismo bejuco; y ya todo dispuesto, lanzábase este simple aparejo al medio de la corriente, sujetándolo desde la orila por a otra punta de la soga. Atraídos por el chapuzón, se presentaron dos grandes caimanes y se lanzaron con la boca abierta contra la carnada. El que llegó primero, apurado en escapar con su presa, reventó los bejuquillos que aseguraban el nudo del lazo, que le cayó detrás del hocico, sobre el que se apretó la lazada cogiéndolo firmemente por la quijada superior. Con alegres gritos me lancé

en ayuda del hombre que sujetaba la punta de la soga porque no era capaz de resistir al monstruo, que por sí sólo era un adversario para media docena de hombres. Debido a lo unido de nuestros esfuerzos, al fin logramos arrastrarlo a pocos pies de la orilla, donde, al mirar nuestras ansiosas caras que lo contemplaban desde lo alto de la barranca, alzó la cabeza con tal violencia que la soga se nos iba de las manos en tanto que se alejaba triunfalmente al medio de la corriente. El cuero retorcido de la soga aguantó el tirón, y con lo que de ella nos quedó en las manos, y aunando nuestros esfuerzos con mayor energía, lo sacamos a la orilla

"Mientras que la ola que lo trajo retrocedía espantada".

Algunos de los nuestros que nunca habían tenido ocasión de ver cerca ninguna de estas perversas criaturas, quedaron atónitos ante su fuerza y corpulencia, y entonces nuestro Esculapio haciéndose el valiente, fue de los primeros en aproximarse a contemplar al vencido enemigo, no sin demostrar el terror que le inspiraban los poderosos colmillos que tenía delante, pero, por fin, como si temiera más las burlas de sus compañeros, agarró el lazo, dándole de tirones con tan desesperante energía y como si tratara de vencer el fatal encanto, que la soga se le salió de las manos y al perder el equilibrio, se encontró de repente por el suelo casi al alcance de las siempre dispuestas mandíbulas. Pero, a pesar de su gran impedimento corporal, se escapó de un salto, y con la agilidad de un gato se subió sobre la barranca donde se estuvo quedo, quizás para demostrar el dicho del poeta "la distancia aumenta el encanto del paisaje", lo que era muy cierto en el presente caso del caimán. Al fin, el objeto de su contemplación dejó de luchar, signo cierto de que sus fuerzas se agotaban, y al ver esto, con otro tirón lo sacamos del agua sin que, sin embargo, lográramos extraerlo completamente por más esfuerzos que hacíamos, porque cada vez que llegaba al barranco, clavaba en él sus patas anteriores con tan invencible potencia que recurso que acabar con él, y dos o tres golpes con una afilada caía de espaldas al río. En este predicamento no tuvimos otro

hachuela que le propinó el travieso Roseliano, separaron de su cabeza la mandíbula superior con toda su hermosa hilera de dientes; operación quirúrgica ésta practicada bajo la inspección de nuestro eminente Esculapio. Expiró el paciente (con gran alivio sin duda, del doctor), y el *sujeto* fue abandonado a las miriadas de caribes, que como sus dientes de poco o nada les servían contra la coraza, bebían con avidez la sangre que corría de la mutilada cabeza.

De igual manera preparamos una buena provisión de carnadas, y todas fueron cogidas por los hambrientos caimanes con el mismo fatal resultado para ellos. En el corto lapso de tres horas, logramos matar seis muy grandes, y hubiéramos acabado con muchos más, si los caribes no hubieran roído la soga.

Con el mesenterio de los caimanes, nuestros peones prepararon una gran cantidad de manteca; soberano remedio contra torceduras y enfermedades de la piel de los caballos. Poniendo esta manteca al sol, dentro de cachos perforados por un pequeño agujero en su extremo un fino aceite, igual al de la ballena, es de este modo filtrado y recogido en vasijas.

De la quijada de los caimanes muertos, recogimos muchos colmillos, y los distribuimos entre nuestros amigos para yesqueros y amuletos. Se cree por todos en los Llanos, que esos colmillos en contacto con los cuerpos de hombres o animales, los protegen contra el veneno de las culebras; principalmente si son sacados en Viernes Santo. Por esta razón, los pequeñitos, montados en oro o plata, cuelgan de los rosarios que forman parte principal entre los adornos del pueblo en estas comarcas. Se cree también que las sortijas hechas con el mismo material, sirven para advertir a sus dueños de la presencia de algún veneno mezclado a las bebidas, y en ese caso una repentina efervescencia del líquido lo delata.

Entre los pocos lujos que llevamos en nuestra expedición a los Llanos, había una cesta de champagne reservada para las grandes ocasiones. Un medio día mientras casi todo el mundo gozaba de la siesta, uno de nuestros hombres cayó en la tentación de buscar aguardiente en las petacas. Su buena suerte le

descubrió nuestro tesoro de champagne, y escamoteando una botella, empezó a cortar con su daga los alambres que sujetan el corcho. Saltó éste por fin con ruidoso disparo rompiendo el silencio de muerte que reinaba en el vivac, y más de un dormilón voló sobre sus pies.

Nuestro ladrón, al ver la profusa efervescencia que con violencia se escapaba, trató en el primer momento de contenerla pegando sus manos al pico de la botella, pero acordándose de repente que tenía puesta una de aquellas misteriosas sortijas, cayó en la sospecha de que aquello era un veneno dispuesto contra su amo, y como además, el ingenuo rústico miraba que mientras más trataba de impedir la salida del líquido, hacía más espuma y burbujeaba con más fuerza, el terror lo dominó y lo hizo gritar horrorizado: —"¡Ave María Purísima! ¡Socorro, socorro, cristianos, este aguardiente está envenenado o el diablo se le ha metido!"

Al oír los gritos, todos saltamos de los chinchorros, creyendo que una pandilla de malhechores atacaba el campamento, y el aspirante a ladrón fue cogido infraganti. Debido, sin embargo, a estar fuera de sí por el terror, sólo sufrió una suave reprimenda, y no fue poco el gusto que nos dimos riéndonos a su costa. Vanos resultaron todos los esfuerzos que hicimos para convencer al espantado individuo que la champagne era una bebida muy buena, dando muestras evidentes de no creer en ninguna de nuestras afirmaciones. Alguno, entonces, se sirvió un poco y bebió pasando la botella que dio la vuelta de mano en mano, y cuando le llegó su turno, el peón se resistió a tocarla. Al preguntarle por qué se había asustado cuando vio salir el líquido de la botella, contestó: "¡Ah! no señores, yo no me espanté de mirarlo salir, sino de cómo el diablo se había metido dentro!"

Con la intención de terminar el dibujo de uno de los caimanes, al día siguiente visité el campo de batalla, y con gran sorpresa, noté que faltaba uno de los muertos; pero, a poco vi al acorazado carapacho que flotaba a cierta distancia en el agua. Tardé algún tiempo en descubrir la causa que le había hecho cambiar de posición, y conclui al fin por pensar, que quizás sus mismos camaradas le habían hecho el honor de darle

aquella sepultura. Deseoso de comprobarlo, si es que eso era posible, determiné averiguarlo mediante una estrecha vigilancia. Apenas permanecí oculto unos cuantos momentos, cuando vi a una media docena de caimanes acercándose al cadáver, no para enterrarlo, sino para tomar parte en el festín de los peces y hartarse con su cuerpo. Pude así contemplar, con gran horror de mi parte, a aquellos monstruos insaciables que despedazaban el cadáver, y lo devoraban con gruñidos de repugnante satisfacción. No me fue dable percibir en este caso ninguna de las llamadas *lágrimas de cocodrilo,* de que nos hablan los viajeros al tratar acerca de su hipócrita costumbre de bañar con ellas la cabeza de sus víctimas humanas. Cuéntase que, cuando han devorado a un hombre, como no pueden tragarse la cabeza, la llevan a un apartado lugar de las orillas, donde lloran y lanzan quejas sobre ella, en tanto que lamentan su incapacidad para tragársela, con gritos que llenan de pavor la noche.

El tamaño y el aspecto de los caimanes es algunas veces extraordinario, y si hemos de dar crédito a nuestro aventurero amigo B., que tanta gala hacía de conocer íntimamente sus hábitos, que se podía creer que semejante familiaridad la debía al hecho de haberse criado juntos. Juzga tú, ¡oh, lector! si no digo la verdad.

Nos contó, que una vez que los había estado pescando hasta el medio día, abrumado por la fatiga y el intenso calor del sol tropical, volvió los adormecidos ojos hacia la playa, en busca de algún refugio conocido; pero, al darse cuenta que entre él y la única cepa de árboles que refrescaba la calcinada escena, se extendía una estrecha faja de candente arena, no tuvo el valor de atravesarla para alcanzar la tentadora meta, y buscó un retiro más accesible. Con gran contento suyo, descubrió lo que parecía ser los restos de una vieja canoa tumbada de costado sobre el borde del agua. Había, pues, encontrado un sitio fresco en donde gozar su siesta, y se fue allá, donde con gran satisfacción la encontró bastante espaciosa como para colgar su chinchorro de las salientes cuadernas junto con sus inseparables compañeros: la guitarra y la tapara de aguardiente.

Refrescándose con un buen trago de este último y echándose en el chinchorro, a poco cayó en el profundo sueño del fatigado. Al despertar, encontróse sumido en una oscuridad que creyó ser la de la media noche, pero sin que brillara la luna ni ninguna estrella amiga. Completamente extraviado, buscaba la clave del tenebroso misterio, caminando hacia adelante con cautelosos pasos, mientras tanteaba con las manos temeroso a cada instante de tropezar con algo malo; cuando con gran sorpresa, su atención fue atraída por la naturaleza pegajosa del suelo, y por lo viscoso y caliente de las paredes que por todos lados encontraban sus extendidos dedos. El descubrimiento de todas esas cosas estaba acompañado por la desagradable convicción de haberse engañado al tomar la abierta boca de un dormido caimán por un bongo viejo; sin embargo, repuesto de su primera sorpresa, volvió al característico estoicismo de su raza, debido principalmente a encontrarse con su repleta tapara y con su querida guitarra al costado. Al tomarse un reconfortante trago de la primera, en el acto sintió un vacío en el estómago, que al punto se decidió a llenar a expensas del Señor Caimán, y sacando, pues, un cuchillo, sin la menor compasión cortó y comió de los mejores trozos que tuvo a su alcance.

Así se la pasó no supo cuantos días, pero comía, bebía y sacaba a su guitarrita los amados tonos de muchas vividas baladas de los Llanos, como un resignado peregrino entre aquellas pegajosas paredes. Por fin, y en tanto bebía tristemente la última gota de su fiel tapara, se iluminaron de repente los muros de su calabozo con un débil rayo de luz que le llenó el alma con el inmenso deseo de gozar lo que la produce, y cogiendo los queridos compañeros de su reclusión, sin perder un instante se precipitó por la abertura que dejaba pasar los reconfortantes rayos del día, y descubrió con grata sorpresa que su carcelero había dejado las aguas para dormir su siesta en la arena, como recordó que es uno de sus hábitos, y había dejado abiertas de par en par las puertas de su cárcel. No perdió tiempo en salir afuera para agarrar con firme mano en tanto huía, el chinchorro que aún colgaba de los colmillos del caimán que él fatalmente había tomado por las costillas de una vieja canoa.

La duración exacta de su cautividad, no quiso decírnosla B., lo cual fue una laudable ausencia de exageración, y exponer simplemente el hecho, añadió, que cuando se echó a dormir la siesta era luna llena, y cuando salió de su odiosa cárcel, era el turno de su Majestad de dormir la suya.

CAPITULO XX

LA CIMARRONERA

Nos habían informado que dentro de una gran curva del río Matiyure, que forma el lindero sur de nuestras sabanas, y una vasta tierra llana cubierta de espinosos matorrales, existía lo que llaman los llaneros una *cimarronera*, o gran espacio donde se oculta el ganado, el que, dada la impenetrable naturaleza de la vegetación, desde tiempo inmemorial se había burlado de los esfuerzos de todos los mayordomos que habían batido sus sabanas. Se nos aseguró, además, que allí el ganado era tan numeroso como las hormigas, pero tan salvaje y arisco, que nadie se aventuraba en sus dominios. Debíamos, pues, dirigir hacia ese punto todos nuestros esfuerzos, no sólo a causa de la cosecha almacenada allí, sino también con el propósito de acabar, si era posible, con la madriguera de bandoleros, que si no eran perseguidos, podían llegar a ser con el tiempo un serio obstáculo para reducir aquellos rebaños, o por lo menos para someterlos en parte.

Ya por fin listos los corrales que espero no haya olvidado el paciente lector, estábamos construyendo, hicimos nuestros preparativos para una incursión contra las fieras hordas de esta abandonada sección. Con tal motivo, se despacharon mensajeros al pueblo de Caucagua, hato cercano que lindaba con el nuestro, participando nuestras intenciones, y al rayar el alba del siguiente día, más de cien peones se reunieron en el lugar. Entre ellos se encontraban algunos de los mejores enlazadores que puede producir el país, todos los cuales como el valiente Pentapolín (escogido modelo del héroe de La Mancha), tenían desnudo el brazo derecho hasta el hombro, para que no les molestara la ancha manga de la camisa llanera en el manejo del lazo.

Tan pronto estuvo el sol lo bastante alto como para iluminar bien los matorrales, un destacamento de cazadores penetró en el enmarañado matorral de espinosas acacias, y logró arriar hacia las abiertas sabanas una manada de reses a la que pronto hicieron un gran rodeo. Al instante mismo de descubrir la presencia de los hombres, se apoderó de los animales tal frenesí, que como furias se precipitaban en todas direcciones, y sin cuidarse de los gritos y garrochas de los jinetes, al fin rompieron el cerco de aquellos diestros vaqueros y se dispersaron por doquiera. En vano los intrépidos jinetes se metieron hasta dentro de las cerriles manadas y de las malezas. Tan rápida y completa fue la dispersión, que la sabana, ocupada un momento por las dispersas, bramadoras y enloquecidas bestias, limpia quedó de todo ello como por arte de encantamiento, a excepción tan sólo de los desanimados vaqueros. Apenas aquí y allá una leve nube de polvo revelaba a lo lejos la dirección que habían seguido los fugitivos.

Los hombres, rabiosos por tan inesperado tropiezo, no se contuvieron, se lanzaron de nuevo dentro del intrincado laberinto, y lograron sacar afuera cierto número de los rebeldes brutos. Después de deliberar un poco, decidieron también, que varios vaqueros batieran la sabana en busca de los desperdigados, mientras los más se volvieron a meter dentro de los matorrales.

Los últimos lograron apoderarse de varios toros furiosos, que fueron tratados *secundum artem* privándoles de las oportunidades de hacer mucho daño en lo sucesivo, porque no bien fueron derribados, el cuchillo y la sierra tuvieron mucho que trabajar en sus cachos, orejas, etc., etc. Pero el negocio no terminó sin el acostumbrado promedio de averías propias de semejantes luchas, y en esta ocasión fue gravemente herido uno de nuestros mejores peones. Se trataba de subyugar a un furioso toro con las severas medidas de uso corriente, y con todas las precauciones de estilo; cuando uno de los hombres que estaban parados cerca de él, se enredó por casualidad en las vueltas del lazo, en el momento en que el enfurecido animal se escapaba de los que lo sujetaban. El pobre hombre, a pesar de haber sido violentamente derribado y aturdido, escapó milagrosamente de una herida grave por

el valiente Sarmiento, uno de los testigos del suceso, quien, lleno de rabia a la vista de su indefenso compañero, saltó de su caballo, cogió el pellón que cubría la silla, lo puso ante sí, e impávidamente avanzó hacia el toro, que no comprendiendo el desafío, se paró escarbando y temblando de rabia ante su atrevido adversario. Al ver esto el matador, se le acercó mucho, sacudió el pellón en la cara del animal, y entonces, firme como una roca se detuvo y esperó intrépidamente el ataque. No hubo más: con la cabeza pegada al suelo, y golpeándose furiosamente los flancos con la cola, el toro se lanzó contra su enemigo dando un terrible bramido que hizo temblar a todos los corazones por la vida del audaz matador. Oímos entonces una fuerte caída, un ronco mugido, en tanto que una nube de polvo ocultaba la escena aunque conocimos que había vencido el llanero. Gritos de triunfo llenaron los aires, en tanto que no sabíamos qué aplaudir más, si la elegante intrepidez con la que el hombre clavaba sus pies ante la más poderosa y feroz de las criaturas, o la fulmínea rapidez con que su mortal golpe penetrante logró encontrar el estrecho espacio entre las vértebras hasta alcanzar la médula espinal.

La escena que acabamos de admirar en aquel remoto rincón del mundo, trajo forzosamente a mi memoria las espirituales líneas en las que el autor de Childe Harold describe una igual en el centro de la refinada Europa:

> *"Frenéticos, sangrando, sin alientos; furiosos en extremo, allí están en pleno centro el toro y el caballo. En medio de heridos, de colgantes dardos, trozos de lanzas y de maltrechos adversarios en la lidia. Ya el matador gira a sus costados agitando el rojo paño y lista la espada. El toro, se lanza como un rayo, y ¡vana cólera! la muleta obedece a la mano, ciega sus ojos feroces: pasa un instante, y cae derribado en la arena".*

Aquellos que habían corrido en busca de la dispersa manada, regresaban al fin con un nuevo aumento para la reserva que arreábamos hasta el paradero, cuando el caballo de nuestro Jefe, un fiero corcel de batalla de raza Goajira (criado por una belicosa tribu de indios que habitan la península de la

Goajira, en el golfo de Maracaibo), poco acostumbrado al terreno de las sabanas, tropezó y cayó con él mientras trataba de atravesar un extenso terronero. Por fortuna, el jinete salió ileso, pero como había soltado la brida en la caída, el caballo se dio a la fuga, y se hubiera escapado, sin duda alguna, si no se hubieran hallado unos vaqueros cogiendo ganado en esa dirección, los cuales lo encontraron y capturaron después de una larga persecución. Son muy frecuentes los accidentes de esta clase en los Llanos, y muchas personas resultan así muertas o gravemente heridas.

El daño menor que le puede ocurrir al derribado jinete, es el de quedarse abandonado en plena sabana con un miembro quizás dislocado, allí donde el infortunado está expuesto a perecer de hambre o de abandono antes de poder ser auxiliado. Nuestro amigo B., quien una vez se encontró en semejante circunstancia, nos contó su aventura, jurando por todos los santos del calendario que no hacía mucho que le había ocurrido. Pero, a pesar de tan excelsos testigos, siempre alguna duda entibió nuestra creencia.

"Estaba una vez —dijo—, metido en una cogida de ganado en compañía de un grupo de vaqueros en las grandes sabanas de Merecure, que forman el gran cuerpo de sabanas entre los ríos Cunaviche y Arauca. Había salido por la mañana con un grupo de hombres, y no tuvimos ninguna dificultad en parar el rodeo, pero, lo mismo que nos acababa de pasar, todas nuestras maniobras para juntar un gran número de los montaraces animales, no dieron resultado alguno, porque al fin rompieron a través de las filas con la misma facilidad con la que una manada de cochinos alzados atraviesa un cañaveral, y se perdieron de vista. Tan grande fue la nube de polvo que levantaron, que cuando por fin aclaró, B., cuyo caballo durante la confusión había metido una pata en el hoyo de una lechuza sabanera, se encontró solo en medio de la sabana, y tan aislado y confuso por la general derrota, que no pudo descubrir la menor huella por donde pudiera guiar sus pasos a través de aquellas nunca traficadas soledades. Abrumado por la fatiga de sus inútiles pesquisas, se echó en el suelo descorazonado al notar que no tenía soga con qué procurarse algún alimento animal para su subsistencia. En busca de comida pasó dos días

enteros, cuando al tercero, la Providencia, compadecida de sus sufrimientos, lo puso en el camino de un gordo becerro al que pudo capturar después de una corta persecución. Luego de descuartizarlo, lo asó completamente, y con el apetito de un cuervo devoró al bienvenido festín. Esta provisión duró varios días, al cabo de los cuales, hallándose sin comida, determinó poner en práctica una estratagema, que allí mismo se le había ocurrido para procurarse en el futuro una infalible ración de sano alimento. Había observado que la madre del becerro, tenía traza de andar buscándolo por aquellas cercanías, mugiendo y quejándose tristemente. Preparado como estaba para la primera oportunidad que se presentara, se le acercó en cuatro patas, enteramente cubierto por el cuero del becerro, y bajo su amparo, comenzar a sacar su sustento de las fuentes maternales. Con tal naturalidad hizo esto, que la madre, luego de algunos resoplidos de incredulidad, al fin se sintió convencida de que era un perfecto becerro, y lo aceptó por el suyo obsequiándolo con un buen *apoyo*. Animado por esto, y encantado cada día más por la ilimitada libertad de su nueva vida, pasó el tiempo y transcurrió un año sin que echase de menos su casa y sus amigos; además, tan poderoso era este nuevo método de vida sobre su persona, que materialmente le había quitado todo su anterior aspecto, y como quiera que la piel del becerro parecía haberse pegado a la suya, él mismo se sintió rápidamente asimilado en gusto y hábitos a aquel interesante cuadrúpedo.

Hacia ese tiempo, el mayordomo, emprendió otra busca de ganado en aquellas sabanas, y logró recoger un gran número de reses, pero, aunque todas eran, naturalmente, muy difíciles de manejar, había entre ellas un torete con un hermoso par de cachos de doce pulgadas de largo, y mucho más rebelde y difícil que los demás, cuyos hechos (por ser B el torete), debidos probablemente a sus audaces instintos, lo capacitaban para inventar una gran variedad de expedientes con los que burlaba a sus perseguidores. No obstante eso, al fin lo venció el número, el infalible lazo lo tumbó pataleando en el suelo, y al momento uno de sus capturadores, un robusto zambo, sacó su cuchillo y comenzó a amolarlo en los cachos de este nuevo minotauro, preparándose para ejecutarle las

acostumbradas operaciones. Pero qué lengua podrá expresar jamás el asombro de todos los que le sujetaban, cuando el supuesto toro, quitándose el peludo disfraz se paró del suelo exclamando: —"Párense amigos, ustedes ¿cómo se han olvidado de su viejo compañero B., que hace un año se perdió en la Cimarronera?"

Tan peligrosa aventura le convenció de los riesgos consiguientes a una vida salvaje, y sus compañeros no tuvieron mayor dificultad para persuadirlo a volver a su casa con ellos, y desde entonces encontraron en él una inmensa ayuda en sus expediciones, porque siéndole perfectamente familiares los escondites y costumbres del ganado, bajo aquel disfraz él guiaba a los vaqueros cuando era necesario, con la sagacidad de un perro de cacería.

Esta historia, que B., contó de la manera más ingenua, le recordó un maravilloso descubrimiento que hizo mientras andaba errante, una vez, por el Arauca. Había estado cabalgando muy duro un día por las sabanas, hasta que por fin, venida la noche, vióse obligado a acampar en el sitio. Tenía a la mano para su caballo, un hermoso trotador, pasto y agua, y no tomó otra precaución para prevenir su fuga, que la de amarrarle las patas del lado derecho con una manea, o correa de nudos sueltos en sus extremos. A pesar de esto, el caballo se le escapó durante la noche, contratiempo que obligó al pobre B., a continuar a pie el resto del camino, forzado a cargar su pesada silla en la cabeza. Habiendo luego hecho un viaje al Arauca; después de una ausencia de varias semanas, regresaba a su casa por otro camino montado en un caballo alquilado; en la marcha se encontró con el suyo que estaba en muy buenas condiciones y con las patas sujetas todavía por la correa. Como el caballo que traía, de allí a poco se le cansó, le quitó la silla y se la puso al otro montándolo inmediatamente. Pero, descubrió con gran sorpresa, al continuar la jornada, que el paso de su caballo había sufrido un cambio extraordinario, pues trotaba como anteriormente del lado que no había sido maneado, pero andaba de volatería del lado que sí lo había sido. Como su mujer tenía un caballo de este paso, inmediatamente lo vendió al llegar a su casa por ser un gasto

innecesario conservarlo, ya que siempre que en el futuro él y su adorada mitad deseaban montar juntos, todo lo que tenía que hacer era ponerla del lado de la volatería, y sentándose él en el otro, paseaban a caballo con el paso preferido a cada cual, con gran regocijo de sus corazones.

CAPITULO XXI

LA CAZA DE JAGUARES

Gratamente pasábamos así las noches luego de las fatigas del día, teniendo siempre nuestra gente algún incidente o historia que contar en relación con sus experiencias personales. Una noche, Gaspar, el astuto negro que estaba con nosotros desempeñado el humilde oficio de lavandero, contó a una rueda de oyentes admiradores, una curiosa aventura que sucedió en aquel mismo lugar, en la cual tomó parte importante. Había sido esclavo del rico Manuel Blanco, dueño en ese entonces de casi todas estas sabanas, quien por lo tanto tenía un número incontable de caballos y novillos. Con tal motivo, Gaspar fue obligado muchas veces a asistir a las grandes cacerías emprendidas por su amo, contra todo tigre cebado que pudiera causar destrozos en la comarca.

Eso pasó en el mes de agosto —dijo Gaspar— cuando las sabanas están más llenas con la inundación, y las cosas que voy a contar sucedieron en el Hato de Matiyure. En esa época, los tigres, evitando las tierras bajas, demasiado llenas de pantano para sus delicadas patas, se refugian entre las matas, o muy cerca de las casas de los hatos, y salen durante la noche en busca de una buena cena, para ellos y sus cachorros, entre las manadas que se juntan en los bancos, y sucede con frecuencia que se atreven a robar hasta en las mismas puertas de la majada.

Habíamos estado oyendo durante varias noches seguidas, lo que según nuestra gente no era otra cosa que los bramidos de los padrotes dándole vueltas a sus manadas; pero los perros, más astutos, inmediatamente reconocieron por el rugido a su viejo amigo, el tigre, contestándole sin falta cada vez con un lúgubre ladrido. Era fácil de ver por las huellas dejadas en el barro, que había varios de esos animales, quizás una madre con su cría. Una hermosa mañana, el muchacho que atendía

a los becerros, avisó al mayordomo que unas fieras salvajes habían roto el chiquero, y se habían llevado la cochina vieja que acababa de parir un hijo.

Al día siguiente no se encontró el macho, y así, hasta que el chiquero estuvo vacío de sus pensionistas. Temerosos por nuestras propias vidas, y por la seguridad de nuestros caballos, el mayordomo hizo los preparativos para una gran cacería con el fin de acabar, si era posible, con todos los ladrones. Nuestro amo, que estaba entonces en el pueblo, fue avisado del plan, lo mismo que todos los que desearan aprovechar esa oportunidad para lucir sus habilidades personales.

Tuvimos la satisfacción de ver llegar al hato, al día siguiente, a nuestro amo acompañado por el padre, y una gran comitiva de asistentes, los cuales todos eran unos zambos de valor indomable y los mejores matadores.

El Padre, un señor gordo, aún joven, vino más como curioso que, como se podría creer, para hacer salir los diablos del monte. Aunque tenía la fama de ser un buen cura, no tenía inconveniente, a veces, en quitarse la sotana y acompañar sus feligreses en los viriles pasatiempos de los Llanos.

Nos habíamos reunido unos cuarenta por todos, los que junto con una docena de perros tigreros, nos considerábamos más que suficientes para nuestro propósito. Algunos de los hombres llevaban lanzas de dos varas de largo con punta de acero, para que el largo palo de las otras no estorbara sus movimientos dentro del monte; mientras otros, confiando más en su agilidad y destreza, estaban únicamente armados con sus espadas y un *saleo* para cubrirse el cuerpo. A mí, que no era un gran matador ni buen jinete, en ese entonces, me habían confiado el peligroso cargo de llevar los perros dentro del monte, y por lo tanto estaba más expuesto que nadie a la rabia del tigre. No tardamos mucho en caer sobre el rastro del *pintado* en una Mata vecina, guiados por las huellas frescas de sus patas sobre el húmedo fango, y por el montón de zamuros que revoloteaban por encima de los carapachos que estaban en el bosque.

Al llegar al sitio que creíamos era el escondite de las fieras, toda la gente que tenía lazos se paró a una distancia conve-

miente del monte, en tanto que se me mandaba soltar los perros tras del oculto enemigo. Hice esto con las debidas precauciones, conociendo, como saben ustedes, que el pintado tiene la particularidad de esconderse hasta en donde el mismísimo zorro sería descubierto. En ese momento, me dio un olor fuerte, parecido al que despide un cuero mojado, que llenaba el aire por doquiera que me llevaban los perros, y poco después, sus terribles ladridos me avisaban con quien me había metido. Junto con el latido de los perros, oí un bramido ronco parecido al de un concierto de araguatos cuando va a llover, y juzgando por el ladrar de los perros, me figuré que el enemigo se retiraba al escape, y que había llegado el momento de demostrarle mi valor. Pero, ¡ay! apenas había avanzado unos pasos, cuando ¡Ave María! Señores, el tigre lanzó un rugido tan fuerte que hizo temblar la tierra y las matas. No sé qué se hicieron los perros y el tigre en aquel momento; por mi parte, todo lo que puedo decir es que sin ocuparme en él, me encontré al lado de mis compañeros, y lo que fue peor todavía, en presencia del mayordomo, quien como para advertirme, me cayó a chaparrazos por las costillas. No tengo para qué decir, que después de eso, creí que era mejor para mí quedarme con los perros que podían tener lejos de mí a la fiera, que como se comprende era el tigre. Bajo mi palabra compañeros, y con el debido respeto para mi Comandante Rávago, aquí presente, les aseguro que de todas las fieras, ninguna es más terrible que un mayordomo bravo. Tú no encontraste esto —me dijo el curtido caporal— cuando en medio de un aguacero de balas de los españoles te saqué como un pato cojo de la plaza de La Cruz; pero, ¡avanza zamuro viejo! ¡y demuéstranos qué efecto te hace esta zurra sobre tu ahumado pellejo!

Guiados por el ladrar de los perros, entré entonces en el monte con nueva determinación, porque al fin estaba bien provisto con una lanza que algún humanitario compañero había puesto entre mis manos, junto con un saleo que también recogí en mi camino. Armado de ese modo, y preparado para el encuentro, me creí entonces otro Marcelino, capaz de matar cuanto estuviera a mi alrededor, pero de cómo yo mismo me manejé después, se los dirá lo que falta del cuento.

Pues bien, señores, encontré a Tío Tigre al pie de una gran mata de algarrobo, rodeado por mis perros cuyos movimientos vigilaba constantemente con malos ojos. Según parecía, ninguna de las dos partes había intentado ningún movimiento decisivo, por más que los perros estaban muy cerca de él. Sentado como un gato sobre sus ancas, y moviendo el rabo de un lado para otro, aguardaba el ataque de la aulladora tropa con aire de mucha confianza, sin ningún signo de alarma, y sin dignarse avanzar un paso para callarlos. A veces parecía hacerse el desentendido de su tono amenazante, y se frotaba los ojos con sus manazas, como si estuviera dudoso sobre cuál entre los perros más gordos sería el mejor bocado. En ciertas ocasiones, se lamía el labio superior con su feroz lengua como si saboreara de antemano el inesperado bocado que se le presentaba. Por fin uno de los perros que parecía el más valiente de todos, le brincó de repente sobre un costado, y creí yo entonces que había llegado el momento de clavarle mi lanza en sus entrañas, pero, antes de que pudiera medir la distancia que me separaba del enemigo, tuve el dolor de ver a mi valiente compañero tirado sin vida por el suelo. Esto, pensé, era un mal principio, pero si logro alcanzar tu sucio pellejo (le dije al sinverguenza) te lo voy a pintar de otro color.

Mis perros, sin embargo, no se acobardaron por este inesperado tropiezo; al contrario, ladrando más y más fuerte por el destino de su compañero, parecían resueltos a vengar su muerte, y a renovar sus ataques contra el enemigo. El tigre, sin embargo, sabedor sin duda de la suerte que le esperaba fuera de su guarida, resistía obstinadamente a ser sacado como un cachicamo, y se afianzaba en su trinchera al pie del árbol.

Entre mi cuerda de perros había un espléndido ejemplar que siempre había sido mi favorito, no solamente por su mucha fuerza para luchar contra los novillos mañosos, sino también por su cariño hacia mi persona, el que siempre había demostrado cuando el mayordomo se empeñaba en castigarme injustamente ante mi amo.

Notando que el tigre persistía en no cambiar de posición, dije a Fierabrás (que así se llamaba mi predilecto) —"Ahora con él, muchacho, enséñale tus dientes!", mientras yo daba dos

o tres pasos con la intención de clavarlo con la lanza contra la mata. Pero ¡ay!, tiempo perdido, con un manotazo el tigre me quitó la lanza de las manos, me tiró por el suelo largo a largo, y me dio al mismo tiempo por el pescuezo esta terrible herida que ustedes pueden ver. Pero no fue eso sólo, porque el canalla, despreciando todas las reglas de la decencia y de la cortesía, se me sentó tranquilamente sobre la cara, sofocándome con todo el peso de su cuerpo y con la hedentina que le salía. Pensé entonces que si podía coger el cuchillo que siempre llevaba a mi costado, pronto me desquitaría con él, pero en la situación en que me encontraba, hubiera sido imposible y hasta peligroso tratar de hacer semejante cosa. Por fortuna, el tigre, como su próximo pariente, el gato, rara vez acaba con su víctima con tal de que ésta se quede perfectamente inmóvil. Mientras tanto algunos de mis amigos que estaban lejos de allí, no escuchando más los gritos con que yo animaba a los perros y temiendo que hubiera pasado algo serio, se fueron sobre el lugar de donde salía el latido de los perros y trataron de salvarme de mi peligrosa situación.

El monte estaba muy enmarañado para que se pudieran usar los lazos, y entonces uno de mis compañeros —un esclavo como yo y uno de los más valientes matadores— se decidió atacar al tigre con su espada. Cogiendo el pellón de la silla de su caballo, y arrollándoselo en el brazo izquierdo, avanzó atrevidamente sobre el tigre y con una voz que nunca más podré olvidar gritó: "¡Vamos hijo de... tú no sabes quien es Paulino Blanco, porque si no, no estarías haciendo morisquetas como si fueras un mono!"

El tigre, que seguramente había oído contar algo sobre el famoso matador durante sus nocturnas visitas a la casa del hato, con mucha prudencia no hizo caso del insulto que se le hacía, cuando debía habérsele ido encima como un toro furioso. Eso desconcertó un tanto los planes del matador, que también trataba de evitar el riesgo de atacar a la fiera en su guarida, pero, perdiendo por fin la paciencia, se lanzó contra el animal, y no paró hasta no ponerle el pellón en la cara y hundirle su espada en el pescuezo. Rodaron los dos por el suelo haciendo crujir las malezas con la lucha. Entre tanto, no tardé en aprovechar la ocasión de empuñar mi perdida

lanza, que pronto encontré, y me puse en condiciones de pagar el servicio que me había hecho mi compañero. Hundir la lanza en el corazón de la fiera y tumbarla de lado fue cosa de un instante, después de lo cual el tigre fue soltando poco a poco a mi desdichado compañero, y se estiró quedándose muerto sin dar un ronquido, pero no sin antes haber hecho varias profundas heridas en el pescuezo y pecho de su contrario. Así terminó su carrera aquel azote de las sabanas y mi primera experiencia sobre cacería de tigres.

Después de esta aventura, me convencí fácilmente de que cazar al tigre en su propio terreno no era de ninguna manera una fácil tarea. Desde entonces nuestra gente aprendió a portarse con más cuidado en las siguientes cacerías contra otros.

No tardaron mucho los perros —en los que se había despertado un sentimiento de venganza y de defensa propia— en dar con el rastro de otro tigre, probablemente la mujer del difunto, como se veía por la huella de dos cachorros que seguían la suya. Temerosos por la pasada experiencia de que esta segunda cacería no fuera a resultar tan desastrosa como la primera, se convino que todos los que llevaban lanzas entraran a pie dentro del monte con el fin de atacar todos juntos a la tigra, si ella se resistía a salir a campo abierto. Yo, como se comprende, estaba muy débil por la pérdida de sangre para seguir ahora la pista, y por eso se habían entregado los perros bajo la guía de otro. Poco después tuve la satisfacción de oír el ladrido de mis muchachos que retumbaba entre los bosques, lo cual era signo cierto de que habían parado la pieza. Aguardando estaba por momentos oír los gritos de alegría por la muerte de la ladrona, cuando en lugar de los acostumbrados de triunfo, oí un terrible crujido de ramas, como si una manada de cochinos alzados tratasen de escaparse. Imagínense mi desencanto cuando vi a todo el montón de hombres y perros corriendo fuera del monte, y a la cabeza de los fugitivos nada menos que a un personaje como su Reverencia, el Padre, perseguidos de cerca por la rabiosa tigra, que al ver matar a sangre fría a uno de sus cachorros no pudo contener por más tiempo su furor y se lanzó contra el grupo. A pesar de su categoría, sin duda alguna que ella hubiera acabado con Su Señoría, si el Padre no

hubiera tenido la feliz idea de soltar su sombrero que se llevó un fuerte ventarrón, excitando a la rabiosa fiera a perseguirlo. La tigra después de divertirse con el sombrero como un pájaro con una mariposa, al darse cuenta de que aquello era una burla, lo hizo pedazos, y volvió de nuevo su atención sobre el fugitivo reverendo. Entre tanto, el Padre no había perdido tiempo en alcanzar su caballo que estaba amarrado al pie de un palo de caujaro a poca distancia del monte. Por desgracia, mientras estaba echando mano a las bridas, apareció la tigra entre las altas hierbas y lo atacó de nuevo. A la vista de la fiera, el caballo dando un tirón al mecate rompió el lazo y se escapó dejando a su dueño entregado a merced de la tigra. Más ligero que un mono y a pesar de su tremenda barriga, el Padre se subió sobre la delgada mata que se doblaba como un bejuco cada vez que trataba de alcanzar las ramas, temeroso de caer entre la abierta boca de la tigra que ya había llegado al pie del árbol. Aquí una vez más, su santo patrono —según se creyó después— lo salvó del mencionado peligro. La verdad, en mi opinión, es que el árbol no era lo suficientemente grueso para que la tigra pudiera abrazarlo bien para subirlo, de otro modo todos los buenos santos del cielo no le hubieran impedido tirarlo al suelo como si fuera un araguato asustado. Su Reverencia se hubiera quedado allí hasta el día del juicio, porque la tigra se había echado bajo la mata, y él no tenía a mano ningún medio para hacerla ir, ni siquiera excomulgándola. Pronto, sin embargo, llegaron dos enlazadores que habiendo visto correr por la sabana un caballo sin jinete, se acercaron al sitio, y zafando sus lazos los tiraron con tal precisión contra la fiera, que en el mismo instante los dos se enrollaron sobre el animal, quedando así imposibilitada para hacer ningún daño, ni a ellos ni al padre, porque cada vez que trataba de saltar sobre uno, el otro estiraba la soga para quitarle el movimiento. Llena de furia y echando espumas por la boca, la tigra trataba de morder los lazos una y otra vez, pero hallándose con que el cuero de que estaba hecha la soga era más fuerte que sus poderosos colmillos, se revolcaba sobre la yerba con espantosas sacudidas por encontrarse de modo tan inesperado para ella en poder de sus enemigos.

Era una cosa muy hermosa la vista de aquel salvaje animal forcejeando contra los delgados lazos que la fijaban al suelo. Aunque maltratado a causa de mi primer encuentro con el tigre, tuve bastante fuerza para llegar al lugar del combate y tomar también parte en la muerte de su mujer, pero cuando me preparaba a darle el primer golpe, sentí mi brazo sujeto de repente por el Padre, que alegaba que el honor de acabar con su maldita vida le pertenecía exclusivamente por haber sido en esta ocasión el ofendido. Con mucho gusto le entregué mi lanza, porque él había perdido su espada en la carrera, disponiéndose entonces a herirla con la limpieza acostumbrada de nuestra gente, como si no hubiera hecho nunca otra cosa que manejar la lanza. Sin embargo, la tigra no quería dejarse vencer tan fácilmente, y a cada lanzazo que le tiraba el Padre, cogía el asta con los dientes y las garras con tanta fuerza, que nos costaba mucho trabajo arrancársela, y no fue sino cuando materialmente estaba hecha pedazos que entregó su alma (al diablo espero yo).

Estaba muy avanzado el medio día cuando acabamos nuestra cacería, y ya a caballo nos dirigimos hacia la casa del Hato. Sin duda alguna hubiéramos logrado matar muchas más de estas feroces bestias, si no hubiera sido por el prematuro descalabro mío y del buen zambo Paulino, por cuyo motivo nos debían llevar (o mejor, nos llevamos nosotros mismos como pudimos) al pueblo, con el fin de curar bien nuestras heridas. Al llegar a la casa encontramos al ama (a quien todo se lo acababa de contar su marido), esperándonos en la puerta del cercado, y aparentemente muy emocionada con las noticias, porque tan pronto Paulino pasó por la puerta, y sin aguardar siquiera que se desmontara del caballo, recibió a mi compañero de la manera siguiente: "Bien Paulino, muchacho mío, dime ahora cómo te hirió el tigre, ¡pobrecito! ¿Cómo heriste tú al condenao cuando lo mataste?" y otras expresiones de curiosidad femenina. Paulino, quien estaba más en cuenta de lo que nosotros los pobres esclavos valíamos generalmente, con mucha prudencia, vaciló al principio en complacer el río de sus preguntas y se excusó diciendo: "¡Ay, señora! Eso verdaderamente fue una cosa muy seria, pero en verdad le digo que no sé como fue la pelea por parte de mi compañero". Sirvieron

estas palabras tan sólo para excitar más su curiosidad, por lo cual de un modo perentorio le mandó a explicarle todos los detalles del caso. Para ese entonces había ya logrado Paulino desmontarse solo de la silla, aunque con mucha dificultad, y cayendo súbitamente sobre nuestra ama, dando un fuerte alarido la tiró por el suelo, y la comenzó a morder y arañar imitando el modo como el tigre se lo había hecho a él. El grito del zambo y los chillidos de mi señora, atrajeron pronto al lugar al amo y a algunos caballeros que habían venido a felicitarlo por el resultado de la cacería. Frenético de rabia y con un tono de voz que me hizo temblar por Paulino, rugió: —"¡Qué es eso! ¿Quién se atreve aquí a tomarse esas libertades con mi mujer?" A lo que respondió tranquilamente Paulino: —"No es nada mi amo; le estaba enseñando a mi ama cómo me arañó el tigre".

CAPITULO XXII

LOS BORALES

Conocedores de la importancia de un gran abastecimiento de agua para el ganado durante la estación seca, resolvimos construir un gran depósito en el corazón de las sabanas antes de abandonarlas, y con este fin, encaminamos nuestros pasos hacia el estero de Los Borales, así llamado en honor de las especies de lirios de agua que tanto abundan en sus márgenes, el cual, aunque casi un lago durante las lluvias, pierde a menudo sus aguas por evaporación y otras causas, precisamente cuando se tiene más necesidad de ellas. Ese trabajo requería la construcción de un dique a través de uno de tantos caños como los que surcan aquellas sabanas en todo sentido. Así se lograría retener las aguas cuando empezasen las crecidas, y se trocaría en depósito artificial, lo que antes no era sino un pantanero.

Al abrigo de una aislada arboleda instalamos nuestro vivac, e inmediatamente comenzó a fabricarse un terraplén de varios pies de alto sobre el suelo, con la tierra del lecho de un caño comunicado con la laguna. Cuando habíamos cavado hasta la profundidad de doce pies, tropezamos con el tronco de un árbol, con sus ramas en perfecto estado de aparente conservación, a pesar, evidentemente, de haber estado sepultado durante siglos; bastaba, sin embargo, un soplo de aire para convertirlo en polvo. Debido a la incesante lluvia que caía desde que llegamos el agua se acumuló rápidamente en el receptáculo, que prontamente se había terminado; aunque nuestra satisfacción recibió algo así como una ducha, debido a que los fuegos se apagaban continuamente, y hasta tal punto, que nos vimos obligados a cubrirlos bajo un abrigo de mazos de yerba verde a tres pies del suelo, sobre el que extendíamos grandes pedazos de carne cubiertos con hojas de palma que rápidamente se cocían por el fuego de abajo.

En aquella remota y solitaria arboleda, sentado sobre una albarda y rodeado de sogas, bridas, y otros emblemas de nuestras pacíficas ocupaciones; bajo el dictado de mi padre escribí su enfática negativa de aceptar por tercera vez la Presidencia de la República. Muy lejos estábamos entonces de soñar que este espontáneo acto de abnegación política, iba a ser recibido con regocijo por sus enemigos, en la esperanza de trabajar, como luego lo hicieron, por su ruina y por la de la República; y que también las mismas sabanas donde se daba tan desinteresada prueba de patriotismo, serían testigo poco después de escenas de sangre y persecución contra el que no mucho antes había sido reconocido como el defensor de las libertades de su patria.

Con frecuencia ocurrían tempestades eléctricas. Una noche fuimos despertados por el terrible retumbar de la tormenta que se aproximaba. El comienzo no era muy seductor que digamos, protegidos tan solo en nuestros chinchorros por los *toldos*, y como no había otro remedio, echamos manos de un poco de filosofía, y esperamos la llegada de la tempestad. En un instante estuvo sobre nosotros con un furioso vendaval que amenazaba volcarnos y aplastarnos bajo las ramas de los árboles. Bajó entonces del cielo una incesante lluvia de fuego y agua que acabó por formar parte de la atmósfera que respirábamos. Espantada por el terrífico estrépito, nuestra Madrina de caballos de remuda, que por temor a las culebras habíamos encerrado en el fondo de una laguna seca, corría locamente por la sabana a pesar de los rudos esfuerzos de sus guardianes. Pero, tan pronto los rebeldes animales hubieron abandonado los seguros pastos por las tierras altas, cuando atacados por las culebras, tres de ellos pagaron con la vida su insubordinación, y uno de éstos fue después llevado al campamento tambaleándose y relinchando lastimosamente. Como a causa de la oscuridad no se podía descubrir la causa de sus sufrimientos, se procuró luz con rapidez encendiendo un trapo lleno de manteca, y entonces, el más repugnante espectáculo se nos presentó: la pobre bestia estaba tan cubierta de sangre que literalmente parecía como si se hubiera dado un baño con ella. Había sido mordida por una culebra, posiblemente la misma que había matado a los otros, y quizás por tal motivo

casi exhausta de su veneno, de modo, que ese resto de ponzoña no tuvo poder suficiente para producir la muerte inmediata en este caso, pero sí para ocasionar una completa trasudación de la sangre. Un curandero que por allí estaba, trató de reanimar al pobre caballo mediante la famosa oración, pero en este caso de nada le valió su habilidad, y poco tiempo después la bestia expiró con todos los signos de un gran sufrimiento. Los quejidos del moribundo animal; el estruendo de los otros en la sabana; los alaridos y carreras de sus perseguidores, que en las tinieblas se exponían al peligro de ser pisoteados bajo las patas de más de trescientas espantadas bestias; unido todo a la furia de los elementos, aparentaba como si hasta la tierra y el cielo lucharan por vencerse. Esta terrible escena, ¡oh, desgraciada patria mía! fielmente presagiaba la negra noche del despotismo; la anarquía; las luchas y las desdichas de tus hijos; tus ámbitos destrozados, allí donde la Sabiduría y la Bondad se habían derramado con abundancia sobre las sonrientes tierras y con fidelidad me pintaban aquella noche en que yo, con un puñado de valientes jóvenes de Maracaibo, fui sorprendido por los esbirros del tirano Monagas, y se nos condujo prisioneros a la capital, cuando luchábamos por salvar los restos de las libertades constitucionales de la República.

Nuestra gente, convencida que era imposible en las tinieblas seguir los rastros de los animales, entre ellos todos los de montar, vióse obligada a posponer su busca hasta el amanecer. Al fin, aunque extenuados por tan brutales esfuerzos pasó aquella noche, y el lucero de la mañana brilló anunciando la tímida aurora. La tierra hasta poco hacía sumida en la oscura noche del caos, plena ahora de flores y bellezas, parecía como la hija de los astros, brillante de líquidas gemas, y radiosa con el magnífico esplendor de la primavera tropical; mientras miriadas de albos lirios hasta donde alcanzaba la vista, esmaltaban la sabana llenando de aromas la mañana. Infinitas bandadas de aves acuáticas, desde el pequeño güirirí hasta el garzón-soldado, llenaban los diminutos lagos que la pasada tormenta había formado en cada depresión del suelo, y hacían vibrar el aire con sus estridentes y variadas notas. Notables entre todas eran las múltiples especies de garzas, esas "Doncellas de las aguas, de formas delicadas, bellos plumajes y de graciosos mo-

vimientos", cuyos delgados y arqueados cuellos doblábanse por doquiera sobre las nacientes yerbas, y recordaban a las mortíferas serpientes que infestaban la sabana. Allí también estaba el carrao, ave esta de menos vistoso aspecto aunque dotada de una sutil percepción de los cambios del tiempo, y nubes de chillonas gaviotas (Rynchops), rayaban con sus picos las aguas con vuelo irregular, hiriendo nuestros oídos con sus gritos penetrantes. Mugían los ganados por todas partes, y manadas de enflaquecidos venados corrían a saltos en busca de agua y yerba fresca, en tanto que despertando de la modorra en que los había sumido el abrasador verano, los pesados morrocoyes y las tardas tortugas arrastrábanse lentamente por el suelo en busca del vivificador elemento.

No era fácil mantener encendidos nuestros fuegos después de los diluvios de la noche precedente, viéndonos así amenazados por el hambre en medio de la abundancia, y no sólo nuestra improvisada cocina había quedado totalmente destruida, sino que también nuestra provisión de leña habíase empapado de agua, lo mismo que nuestros usados vestidos y cobijas; muchos de los cuales a las pocas horas estuvieron cubiertos por miriadas de queresas (larvas de moscas), de las que infestaban nuestro campamento. Olvidamos pronto, sin embargo, estas *pequeñas miserias* por la absorbente preocupación de reunir de nuevo nuestros caballos. Por fortuna nuestra, los llaneros, acostumbrados desde la infancia a observar los instintos de los animales que los rodean, poseen una especie de intuición de sus movimientos y tendencias, que en ellos bien podría casi llamarse ciencia.

Para seguir el rastro de animales extraviados en medio de otros miles que se entrecruzan en todos sentidos, bien se comprende que es de todo punto necesario fijar el verdadero, con el objeto de proseguir la búsqueda con algún éxito. La enorme experiencia y acierto de nuestro rudo mayordomo, cuya opinión en esos asuntos se consideraba como infalible, fueron de incalculable ventaja en esta ocasión.

Sentado tranquilamente en su chinchorro, el curtido rostro vuelto hacia el lejano horizonte, reunió a su alrededor a los fatigados vigilantes de la perdida manada, calados aún hasta

los huesos por la pasada tormenta, y dando instrucciones a cada grupo sobre el probable rumbo seguido por los dispersos pelotones de caballos, les ordenó salir por las sabanas en busca de los perdidos. Como se pudo apreciar al siguiente día por la tarde, todo fue ejecutado con la más laudable puntualidad, y quiero que se me permita consignar aquí una frase de elogio en honor de estos valientes jinetes de las desiertas llanuras, de cuyo valor y astucia dependen a menudo, no solamente el éxito de expediciones como ésta, sino a veces también la suerte de todo un ejército cuya marcha se vería peligrosamente estorbada sin un competente cuerpo de caballería para procurarse la necesaria ración de carne. Escasamente equipados; pagados pobremente; y con la sencilla comida de los Llanos por ración; siempre acuden a toda hora allí donde los llama el deber, bajo el ardiente sol del día, los truenos, rayos, y lluvia de las noches; siempre alegres y felices con tal de tener con ellos su poco armónica guitarra, y tabaco suficiente con que satisfacer sus gustos y estímulos de toda especie. Entre los numerosos deberes de su profesión, uno de los más rudos es el de mantener constante vigilancia sobre el ganado durante la noche para evitar su dispersión, lo que los fuerza a permanecer alerta a caballo durante interminables horas.

Con el fin de acostumbrar a las reses a la voz de sus guardianes nocturnos, un canto incesante de un aire triste y peculiar, con el que parece deleitarse el ganado, es sostenido durante toda la noche hasta el amanecer, que ya entonces bastan muy pocos jinetes para mantenerlo en los pastos. Si a despecho de su vigilancia, el ingobernable rebaño se espanta, como pasa a menudo, el primer cuidado de los hombres es el de juntarse formando círculo, y si esta maniobra no da resultado, se colocan entonces a la cabeza de los fugitivos para detener si fuere posible, el avance del asustado tropel, pero, ¡ay! del infortunado vaquero cuyo caballo tropiece y derribe a su jinete, porque al instante hallaría la muerte bajo las patas del rebaño.

Una tarde nos trajo la noticia un mensajero enviado de El Frío, que un inglés de elevada estatura y de rubicunda cara, había llegado del Orinoco, portador de una gran cantidad de armas de fuego, municiones y, lo que parecía aún más

extraño a nuestro informante: un sirviente negro que podía hablar inglés. Como el emisario no había traído ningún escrito, no podíamos formarnos una idea sobre quien pudiera ser ese Nemrod británico. Nos apresuramos sin embargo, a recibir bien al extranjero, y con tal fil, a la siguiente mañana dejamos nuestro campo de Los Borales. Al llegar, fuimos agradablemente sorprendidos al encontrarnos nada menos que con un personaje como Lord James Butler, hoy, según he sabido, Conde de Ormont. Recordamos entonces que durante el año anterior, cuando Su Señoría nos honró con su visita en nuestra casa de los Valles de Aragua, nos prometió acompañarnos si lográbamos realizar nuestra proyectada expedición a Los Llanos. Así, pues, para cumplir su ofrecimiento, dejó a Barbadas donde estaba estacionado con su regimiento, y se vino con su yate por el Orinoco. Dejándole allí, continuó el resto del viaje en un tosco bongo remontando el Apure hasta llegar a San Fernando, casi un mes después de salir de Ciudad Bolívar. En el primer lugar, le aconsejaron siguiera hasta Achaguas, donde podría informarse mejor sobre nuestro paradero. Luego de obtener allí la requerida información, salió inmediatamente para nuestro hato, distante unas quince leguas, pero, en vez de darle un baquiano que lo condujera a través de las sabanas privadas de camino, diéronle únicamente una mula mañosa, asegurándole que lo llevaría hasta el hato más próximo donde lo encaminarían más adelante. Apenas había avanzado un poco en su solitaria vía cuando el vicioso animal se espantó con un aguaitacamino en el preciso momento de caer la noche, y dando una súbita vuelta hizo que Milord, no obstante sus largas piernas y su perfecta maestría en el arte ecuestre inglés, perdiera el equilibrio y fuera desmontado, dejándolo abandonado en medio de la vasta sabana, porque la mula, que quizás encontraba muy pesado a su jinete, se dio a correr sin la menor cortesía. El caballero tampoco tenía consigo a su negro escudero que le ayudase, porque lo habría dejado atrás encargado del enorme equipaje de cacería que había traído consigo. Afortunadamente, un peón, por casualidad, encontró la mula que regresaba a la casa, y sabedor de las mañas del animal, la hizo retroceder, y la entregó al mal parado viajero.

Su Señoría contó su aventura con mucha gracia, y como le expresamos nuestro pesar por el *contratiempo* tan desagradable que le había ocurrido, nos replicó con flema, que no le daba importancia a lo sucedido, y que por el contrario, lamentaba que hubiera terminado tan pronto su aventura, porque se había privado de tener alguna curiosa experiencia.

Aunque el mejor cuarto de la casa le había sido preparado para su acomodo, con sorpresa observamos que, tan pronto llegó la noche, insistía en colgar su hamaca al aire libre, y esto, como lo descubrimos después, era debido a su gran horror por los murciélagos, que por racimos colgaban del techo de la casa; y también debo confesar, que el cuarto de huéspedes de nuestra mansión de los Llanos, tenía muy pocos atractivos, y nada podía ofrecer que se pareciera a los lujos del *dulce domo* de Su Señoría en su Castillo de Kilkenny. Tampoco teníamos vinos, ni finezas de ninguna clase, pero como muy bien sabíamos que los hospitalarios ingleses siempre ofrecen a sus huéspedes algún exquisito licor superior al agua, hicimos cortar una vieja palma de coroso que crecía frente a la casa, y todas las tardes le ofrecíamos una buena ración de vino de palmera. Para obtener esta bebida, se practica una excavación en forma de artesa en la parte superior del tallo entre las bases de las hojas, se tapa esta abertura con un trozo de corteza del mismo tamaño que la boca, y se deja acumular el vino o la savia durante la noche. Bastan sólo unas pocas horas para producirse una agradable fermentación vinosa de sabor azucarado, y con un gusto muy semejante al del vino de Málaga; pero, si se deja fermentar por mucho tiempo, no deja de adquirir manifiestas propiedades embriagantes.

Aunque para esta época casi habían terminado nuestros trabajos, hacíamos cuanto podíamos para entretener a nuestro distinguido visitante según lo permitían las circunstancias. Muchas veces le acompañamos por las sabanas en busca de caza, y hasta le paramos un rodeo y una hierra para su especial diversión, lo que pareció gustarle mucho. Durante las emociones del rodeo, le sucedió otra aventura muy parecida a la que ya he referido le ocurrió a Mr. Thomas con un toro salvaje, y por poco le resulta a Su Señoría mucho más desastrosa que la de la mula mañosa.

Acabábamos de encerrar una gran manada de reses, cuando lo mismo que el artista: inspirado por la excitación de la escena y sus varios incidentes, sacó Lord James su album y comenzó a dibujar. No había transcurrido mucho tiempo en eso, cuando un toro, atraído quizás por la actitud de mando del inglés, rompió el círculo de vaqueros, y se le fue encima con furiosos ojos. Ajeno al peligro, continuó sus trabajos con igual apostura como si se encontrara en una partida de caza en el West Riding de Yorkshire. No hubo tiempo de auxiliarlo, y llenos de ansiedad y sin alientos contemplábamos lo que iba a suceder, pero el toro, aparentemente atemorizado por la inconmovible actitud del jinete y su impávido talante, contentóse con hacer un terrible amago al pecho del caballo, sin tocar ni al jinete ni al animal, y agitando la cola, se perdió a lo lejos. Fue muy gracioso oír preguntar a Su Señoría, qué significaba aquel simulacro, y oír cuando un chistoso llanero que allí cerca estaba, le contestó que sin duda aquello no había sido otra cosa que el saludo que aquel tropel de fieras enviaba al honorable huésped. Espantados por el ruido y las carreras de tantos animales sobre las sabanas, los zorros, que los señores ingleses tanto gustan de perseguir a costa de muchos trabajos y fatigas —corrían desbandados por todas partes tratando de escaparse. Tan pronto como el noble hijo de Albión, descubrió que su pieza predilecta también se hallaba en las sabanas, abandonó la emocionante cogida de ganado cerril, por el primer zorro que le pasó cerca. No había corrido mucho cuando otro zorro y otro, y hasta una legión se ofecieron a su impetuosa persecución. Indeciso ante tantas enhiestas colas, dejó la caza con disgusto; y tengo el sentimiento de expresar que esta enorme abundancia de piezas, le quitó todo gusto por estos deportes en las demás salidas; excepto cuando en nuestra visita al caño de Macanillal, dimos con la horma de su zapato bajo la forma de un gigantesco caimán que al principio habíamos tomado por uno pequeño. Esta aventura, a pesar de todo, le ofreció la ocasión de divertirse mucho, con gran sorpresa de todos cuantos allí estábamos. Como sucedió que sólo el extremo de la cola estaba fuera del agua en un sitio muy llano, porque el resto del reptil se ocultaba por completo entre las raíces de un enorme tronco; llevados

por el tamaño de lo que se veía, creímos que sería muy fácil sacar el animal, porque Su Señoría había expresado el deseo de tener aquel ejemplar para embalsamarlo. Así, pues, Roseliano inmediatamente ofreció sus servicios para sacarlo él sólo, pero en vano luchó para lograr su propósito por lo que se le tiró un lazo que pedía con el que le amarró la cola, y se pudo entre todos sacar al saurio de su escondrijo, que vimos espantados porque se trataba de una enorme hembra con su pollada de caimancitos. Luchó desesperadamente el reptil en defensa de su cría, de la cual capturamos varios que ofrecimos a nuestro huésped, pero, cuando llegó el momento de disponer de la madre para recuperar la soga, nos encontramos con que la cosa era más grave, porque estando dentro del agua tenía la libertad completa de sus mandíbulas. Después de haber fracasado varias tentativas para herirla dentro del agua, pudimos por fin sacarla un poco fuera de su guarida y pasarle un lazo por el hocico; entonces, una o dos puñaladas en el codillo le produjeron un abundante flujo de sangre que al instante atrajo a los caribes para rematar la tarea, con lo que regresamos a la casa muy stisfechos de haber limpiado el caño de tan peligrosa familia.

Ocurrióme durante el regreso un grave accidente del que escapé de milagro sin heridas graves. Caminábamos por un terreno plano cubierto de yerbas bajas, cuando se le ocurrió a mi inglés la idea de probar la velocidad de nuestros caballos. Al punto nos lanzamos a escape tendido, y no habíamos corrido mucho, cuando encontramos cerrado el camino por un caño seco. El inglés, como un verdadero maestro de equitación, encantado lo salvó de un salto, pero mi potro que no era lo bastante fuerte para hacer lo mismo erró la opuesta barranca y cayó rodando conmigo hasta el fondo. Resultado: que salí aporreado fuertemente, y como la casa quedaba lejos, sufrí mucho para llegar a ella. Este accidente me privó de tomar parte en muchos entretenimientos organizados para distraer a nuestro noble huésped, quien a poco se despidió de nosotros, y regresó a la costa. En esta ocasión, prefirió el camino de Nutrias y de Barinas para librarse de la fastidiosa bajada por los ríos, y despachó un mensajero a Ciudad Bolívar para ordenar a su yate que lo fuese a encontrar en Puerto

Cabello. Maltrecho a causa de mi reciente contratiempo, no pude con gran sentimiento de mi parte, acompañar al inglés, pero un baquiano elegido por él mismo, le fue facilitado en la persona de nuestro negro trovador Quintana. Su Señoría le había demostrado una decidida predilección, llegando hasta ofrecerle hacerle visitar la vieja Inglaterra, la amiga y protectora de la inculta Africa, pero, como no podíamos privarnos de él todo el tiempo de tan largo viaje, y como por otra parte, los llaneros tienen una innata desconfianza para aventurarse sobre aguas desconocidas, aquella amistad terminó a orillas del Mar Caribe.

CAPITULO XXIII

INCIDENTES DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

Después de la partida de Lord James Butler de El Frío, empezamos también a pensar que ya era tiempo de volver a nuestras casas. Tal cosa no era muy fácil de hacer, que digamos, con tres mil novillos que cuidar, junto con otros animales que llevábamos de aquí, y todo esto frente a la próxima inundación de las sabanas.

No bien quedaron terminados nuestros preparativos, dejamos por fin El Frío, que quizás nunca más íbamos a volver a visitar, y nos detuvimos unos pocos días en San Pablo para disponernos a vadear el río con nuestro inmenso cortejo de animales y bagajes. En camino hacia ese último punto, por poco sufrimos un gran desastre; y todos nuestros trabajos se los hubiera llevado el viento, a causa de una invasión de pequeñas mooscas chupadoras de sangre llamadas *mosquillas,* que aparecen al comenzar las lluvias, y cuyo poder destructor de carne y sangre sobrepasaba cuanto había visto bajo la forma de un insecto. En un instante nos vimos envueltos por una nube de esos terribles bichos, que caían sobre nosotros y los animales, con la tenacidad de hambrientas sanguijuelas y volvían locos a todos, hombres y bestias haciendo correr a chorros la sangre de sus picadas.

El único recurso que hallamos para librarnos un poco, fue el de arrear a todo escape los animales; pero este expediente, aunque por un momento espantaba las moscas, nos ocasionaba una casi total dispersión del ganado, motivo por el cual nos resignamos a sufrir sus torturadores ataques hasta que se saciaron de sangre.

De San Pablo despachamos unos hombres sobre Apurito, donde nos proponíamos esguazar el río, para que hicieran los necesarios preparativos propios de este enervante trabajo, y nosotros seguimos para Achaguas cuyos habitantes habían en-

viado a nuestro Jefe una formal invitación para visitar su antiguo Cuartel General. Luego de una buena cabalgata de tres horas, vadeamos a caballo el brazo del río Apure, que al correr en dirección noroeste, forma con el Arauca y el cauce principal del primero, la isla de Achaguas, en la cual está situada la capital de la Provincia. Un simple grupo de chozas de barro; una tropa de caimanes calentándose al sol; y un rebaño de reses mansas refrescándose en medio de la corriente, fueron los únicos signos de vida que percibimos al acercarnos a la célebre capital del Apure. No obstante su presente ruinosa condición, Achaguas no dejó de interesarme más que cualquier otro lugar del Apure, ya que ella fue el sitio de mi nacimiento, y el baluarte durante muchos años de la independencia de mi patria.

El Gobernador de la Provincia, señor Arciniegas, acompañado de los pocos oficiales de la plaza, acudió mientras tanto a saludar a nuestro Caudillo, y también hizo lo mismo, el veterano general Cornelio Muñoz, primer Comandante de la famosa guardia de Honor, o Colorados de Páez, la que bajo el mando de ambos generales tantos prodigios realizó durante la larga lucha entre Realistas y Patriotas, dando por resultado la destrucción de la dominación española en Colombia. En esa época de interés histórico para los amigos de la libertad del primero la isla de Achaguas, en la cual está situada como Cuartel General de los Ejércitos Patriotas; y como me parece interesante para el lector, haré aquí un breve esbozo sobre esos sucesos.

No fueron afortunadas en los primeros tiempos las armas de la República, y Venezuela fue sometida al gobierno de la Madre Patria por el Comandante español, Don Antonio Monteverde, vencedor de las fuerzas patriotas en el año de 1812. Por este tiempo, sin embargo, un nuevo campeón de la causa republicana íbase levantando en el sur en medio de las rudas escenas que he tratado de describir en las precedentes páginas. Ese Campeón era el Capitán José A. Páez, entonces joven de veinte abriles, y quien concibió la feliz idea de reunir las indisciplinadas hordas de los llaneros en las sabanas de Casanare, para oponerse a las abrumadoras fuerzas de España. Su íntimo conocimiento de la comarca, y su gran

habilidad en todos los ejercicios de los llaneros, le capacitaban admirablemente para el éxito de sus planes sucesivos. Cómo había llegado hasta allí, y por cuáles medios adquirió la necesaria eficiencia para la árdua empresa, la siguiente anécdota de los principios de su carrera podrá explicarlo.

Cuando tenía diez y siete años, su tío el buen Cura de Araure, cuna de su nacimiento, le confió una gran suma de dinero para entregarla con toda seguridad en manos del Cura de una Parroquia distante, dándole para el viaje, una mula, una pistola vieja y una espada mohosa, porque aún en este período de relativa calma y paz —1807— era peligroso para un viajero el aventurarse sin compañía por los caminos, y llevar con él al tentador metal. El futuro Presidente de la República, altamente orgulloso por la gran confianza que se depositaba en él; con la natural inexperiencia de la juventud, se puso a hablar libremente sobre su comisión en la primera posada donde paró a comer. La consecuencia de esta imprudencia fue, que a poco de haber dejado la posada, vióse atacado por tres hombres, que no hay que decirlo, le pidieron la bolsa o la vida. El joven viajero echó pie a tierra con la pistola montada, y amenazando ya a uno, ya a otro de los asaltantes, trató de rechazarlos, pero al fin, viéndose estrechado, disparó su arma sobre el más próximo con tan buena puntería, que lo dejó muerto en el sitio, mientras los fragmentos del cañón de la pistola que explotó en el mismo momento, hirieron al otro en la cara. Cargando entonces con resolución contra los dos bandidos, espada en mano, los puso en fuga rápidamente dejando abandonado el cadáver de su camarada. No obstante la obvia rectitud de su conducta en esta ocasión, en que había obrado en defensa propia, temió el joven las consecuencias imaginándose ya acusado, perseguido, sin medios de probar su inocencia, al punto resolvió ocultarse y se fue al interior de las llanuras, contando así con escapar de un castigo que su error le hacía ver como inevitable. Resuelto a ganarse honradamente la vida, buscó empleo en el Hato de la Calzada, en la Provincia de Barinas, donde pronto se endureció con las fatigas de la vida de peón, adquiriendo al mismo tiempo bajo la férula de un cruel mayordomo negro, aquella ciencia ecuestre

que más luego en su vida le dio la superioridad sobre el enemigo.

Fiero y celoso al mismo tiempo de su blanco aprendiz —que creía haber sido enviado secretamente por su amo para expiar sus acciones—, el negro intendente de la Calzada no despreciaba oportunidad alguna para poner a prueba el valor y la fortaleza del futuro adalid de las llanuras, obligándolo a veces a domar los caballos más mañosos, los que a menudo le obligaron a pasar días enteros en las abiertas sabanas; y otras, ordenándole exponerse a las más peligrosas aventuras de los Llanos.

No satisfecho con estas demostraciones de autoridad sobre su pupilo, el brutal y negro Mentor del joven Páez, daba fin a las fatigas de un día laborioso, ordenándole que le trajera una camaza de agua y le lavara los empantanados pies. Pero pronto cambió la rueda de la Fortuna: el torbellino de la revolución ofreció a Páez un nuevo campo de aventuras, y el humilde peón de la Calzada rápidamente escaló los grados más altos en el ejército patriota, en tanto que el altanero mayordomo se fue a engrosar las filas del enemigo. Durante el curso de los sucesos, fue hecho prisionero y llevado ante Páez, quien no sólo le perdonó la vida, sino que lo guardó siempre a su lado, y fue su única venganza, la de imitar a veces el tono de voz de su anterior tirano cuando llamaba al joven Páez a ejercer sus funciones de esclavo: "¡Niño José Antonio, tráigame una camaza de agua para lavarme los pies!" —A lo cual replicaba humildemente el viejo negro—. "Veo, niño, que no has olvidado tus viejas mañas".

Cuando estalló la Revolución el 19 de abril de 1810, Páez se alistó en las Milicias de Barinas como simple soldado, y poco después fue promovido al rango de sargento de caballería. Esta situación no ofrecía sino ascensos muy lentos, y por ello resolvió organizar un cuerpo independiente de la misma arma, con el cual rindió servicios importantes a la causa de la independencia. Pero el camino de la Gloria no dejaba de tener sus espinas, y nuestro joven caudillo cayó prisionero entre las manos de los inmisericordes españoles, y sólo debió su salvación —como se creyó entonces—, a la influencia de un milagro.

En aquellos días se hacía una guerra feroz y sin cuartel. La Provincia de Barinas, había sido ocupada de nuevo por las fuerzas realistas, cayendo Páez en poder del cruel Puy, quien le confinó en la cárcel y ordenó su ejecución para el siguiente día, en la ciudad de Barinas. Por este tiempo, las ejecuciones militares se verificaban durante la noche, llevando los prisioneros a algún lugar deshabitado donde se les despachaba a lanza y espada.

Páez, junto con un número de sus compañeros presos como él, observó, al salir de la prisión, que estaba sin chambergo, y en la creencia que era llevado a declarar ante el Gobernador, pidióle prestado el suyo a un compañero de calabozo.

El oficial español encargado del triste cortejo, no lo reconoció, y le ordenó quedarse cambiándolo por el mismo propietario del sombrero, a quien tomó por el verdadero *Capitán de los rebeldes.* Obtuvo así, sin poder explicarse la causa, un día de espera. A la siguiente noche, como a las once, fue despertado por un tumulto de caballería y de infantería por las calles. Imaginóse que venían a buscarlo junto con el resto de los presos para llevarlos al lugar del suplicio. Preparóse, pues a morir, pero una vez más la Providencia le salvó la vida. El estrépito de armas y de caballos había sido ocasionado por una alarma, debida a una información recibida por el Gobernador Puy, la que le participaba que un numeroso ejército de patriotas estaba acampado sobre las orillas del río Santo Domingo, en las que está situada la ciudad de Barinas, y estaban a punto de marchar sobre la misma. Varias partidas que llegaban de distintas direcciones, confirmaron la información al Gobernador, y el pánico se hizo general. Se supuso que los patriotas, en gran número, intentaban apoderarse por sorpresa de la guarnición española y del Gobernador. Este, sin esperar más, en el acto abandonó a Barinas con sus fuerzas, dejando únicamente unos pocos hombres para guardar la prisión, porque en su fuga se había olvidado de ejecutar a los presos, como en semejantes circunstancias siempre lo había acostumbrado. Este fue el momento que Páez aprovechó para intentar un audaz esfuerzo por salvar su vida. A la siguiente mañana, esperó el momento favorable, rompió sus grillos, ayudó

a quitárselos a sus compañeros, y arrolló a un centinela que intentó oponerse a su fuga. Páez ya libre, púsose una vez más a la cabeza de un pequeño grupo de patriotas, y se dio a hostilizar al enemigo en la misma Provincia de Barinas. En la mañana que sucedió a la alarma, los realistas no pudieron descubrir al enemigo sino a cincuenta millas de la ciudad. La alarma o pánico ocasionado por el aviso de la aproximación del enemigo durante la noche —confirmada por tantas personas, algunas de las cuales habían salido a reconocerlo—, así como su más extraña desaparición y ausencia, dieron pie a la creencia popular que aún en el día existe entre el vulgo, de que la vida de Páez fue salvada por la amistosa intervención, y milagrosa presencia de un ejército de fantasmas conocido con el nombre de *Escuadrón de las Animas.*

Muchos encuentros y combates se sucedieron después entre realistas y patriotas por la posesión de Barinas; cuando al fin la ciudad fue evacuada por los últimos, Páez siguió los movimientos del comandante García de Sena hasta la montañosa provincia de Mérida, y como hallase muy estorbosa la marcha por los desfiladeros de la montaña, dispersó sus fuerzas en el pueblo de Las Piedras. Fue entonces cuando Páez, de nuevo libre para obrar según su propio juicio e impulso, concibió la idea de irse hasta el centro de la Nueva Granada, por las llanuras de Casanare al sur de la Provincia de Apure. Este plan era el resultado de la experiencia, que le sugirió que los patriotas no podían triunfar, no obstante sus nunca vistos esfuerzos, mientras los españoles dominaban las llanuras y quedasen dueños de las reservas de caballos. La posesión de los Llanos daba la superioridad a los españoles, y mediante esto, tenían una gran fuente de recursos y aseguraba la retirada. Así, pues, Páez determinó hacer de aquella inculta región, la base de sus operaciones militares, y con este objeto organizó un cuerpo de caballería en los Llanos de Casanare, que poco después condujo a la Provincia de Apure.

Como ha escrito otro: "Ningún hombre era más apto para atraer el cariño y el respeto de sus rudos soldados. Un gran valor, un perfecto conocimiento de las localidades, un trato afable y familiar con sus compañeros, dieron a Páez una

gran popularidad y un ilimitado dominio sobre la voluntad de sus hombres. El era uno de los mejores jinetes en aquella parte de un país célebre por sus buenos jinetes, conocía a la perfección el manejo de la lanza, su arma favorita, poseía gran fuerza y agilidad, y pocos podían competir con él en los salvajes ejercicios de los llaneros, o naturales de los inmensos Llanos de Venezuela".

Es la llanura, de hecho, un campo permanente de instrucción militar para sus intrépidos habitantes. Acostumbrados desde la infancia a dominar un caballo cerril, a andar a través de los anchurosos ríos y a luchar en singular combate con el caimán, el tigre y el cerdo salvaje, aprende el llanero a despreciar el peligro. Cuando la guerra los sacó de sus habituales ocupaciones, los halló el enemigo convertidos en perfectos soldados. Habitantes de un medio singular, y dotados con una férrea constitución, son pocas e insignificantes sus necesidades. En la paz, el lazo y el caballo; en la guerra, el caballo y la lanza. Perfectamente connaturalizados con el país y libres de pesadas vestimentas, los moradores de los Llanos no pueden ser dominados sino por hombres de las mismas regiones, y Venezuela posee en aquellas Llanuras sin límites, y en los pechos de sus valerosos hijos, el más fuerte baluarte de su independencia nacional.

Páez, dueño ahora de sus propios movimientos militares, resolvió encontrarse allí con el enemigo, y si era posible, obligarlo a combatir. El día 10 de febrero de 1816, inició su marcha en persecución del Jefe realista, Don Rafael López, y a las tres horas le encontró en el lugar llamado "Mata de la Miel", sobre la orilla derecha del río Apure. Tenía el caudillo realista dos piezas de artillería y mil seiscientos hombres a los que formó en línea de batalla. Las fuerzas de Páez alcanzaban a cerca de seiscientos hombres de caballería. Era ya bastante avanzada la tarde, y la noche se aproximaba rápidamente, por lo que muchos de los oficiales patriotas fueron de opinión de posponer el encuentro hasta el día siguiente. Esta misma razón determinó a su Jefe a empeñar inmediatamente la acción, porque temía que sus soldados, al ver la gran superioridad numérica del enemigo, pudieran aprovechar la noche para desertarse. Páez dividió su fuerza en dos

columnas, puso una compuesta de neogranadinos, bajo el mando del Capitán Genaro Vásquez, y la otra formada por venezolanos, bajo el del Capitán Nonato Pérez. Los realistas fueron completamente derrotados, y durante toda la noche y los dos siguientes días, las fuerzas al mando de Páez persiguieron y capturaron gran parte de las de Don Rafael López. Tal fue la acción de Mata de la Miel. Los realistas tuvieron cuatrocientos muertos y se les tomó un gran número de prisioneros, junto con tres mil quinientos caballos y casi todas las armas. Cuatro meses después, en junio, volvió López a cruzar el Apure con mil doscientos jinetes y cuatrocientos infantes, pero Páez lo atacó cerca de Mantecal y lo obligó a retirarse después de perder muchos hombres y caballos.

No obstante estas ventajas por parte de los patriotas, el resultado de las sucesivas campañas de 1814, 1815 y 1816 fue el más desastroso para las armas de la República en otras regiones: Venezuela, Nueva Granada y los Llanos de Casanare cayeron de nuevo entre las manos de los vengativos españoles. En 1816 una numerosa emigración de hombres, mujeres y niños en un estado de sufrimiento y de miseria lamentables, se acogió a las soledades huyendo de la persecución de los realistas y se refugió en el campamento de Páez. Muchas personas de distinción se contaban entre los fugitivos y un sistema de gobierno fue establecido para la marcha de los negocios. Un Consejo de Oficiales tuvo efecto en Arichuna, y Páez fue nombrado Jefe supremo con el rango de General de Brigada. Se aplicó luego a reunir la más gente que pudo, a fin de hacer frente a López y, si posible fuese, adquirir en su extrema penuria algunos recursos. "Porque es imposible imaginarse hasta qué punto llegaban las escaseces de los hombres que en aquel tiempo, y los posteriores hicieron la guerra en las llanuras. Los soldados estaban tan desnudos, que se veían en la necesidad de usar para cubrirse de los cueros frescos de las reses que mataban: pocos tenían sombrero, ninguno zapatos. El alimento ordinario y único era la carne sin sal y sin pan. A todo esto las lluvias eran frecuentísimas y los ríos y caños crecidos habían inundado el territorio. Faltaban caballos, y como estos son un elemento indispensable del soldado llanero, era preciso ante todo buscarlos; así, los primeros movimientos tuvieron esta adquisición

por objeto. Los que generalmente se conseguían eran cerriles, y se amansaban por escuadrones a usanza *llanera,* a saber, a esfuerzos de los jinetes; siendo curioso el espectáculo que ofrecían quinientos o seiscientos de éstos a la vez, bregando con aquellos bravíos animales. En derredor del campo de ejercicio se colocaban algunos oficiales montados en caballos mansos, no con el objeto de socorrer a los jinetes que caían, sino con el de correr tras los caballos que los habían derribado, a fin de que no se fuesen con la silla; si bien ésta era por todo un fuste de palo con correas de cuero sin adobar. "Deseábamos los riesgos, escribía muchos años después un testigo presencial, para acabar con gloria una vida tan amarga". (Baralt y Díaz. H. de V.) Para proveer a su miseria, Páez dirigió su atención hacia la fuente más próxima de recursos; Barinas, una ciudad en la que eran abundantes todas las comodidades que él más necesitaba. No obstante estar situada a cerca de doscientas millas de distancia, el Capitán patriota no vaciló en atacar a su antiguo adversario en medio de la estación lluviosa. El designio no podía, sin embargo, ser ejecutado sin grandes peligros y fatigas, teniendo que combatir, no sólo contra los encarnizados enemigos que ocupaban todas las cercanías de la ciudad, sino también contra la inundación de las sabanas en aquella época. Esta expedición, debía, además, ser conducida con gran sigilo evitándose hasta los pocos canales dejados libres en aquel mar interior para el tránsito de la caballería. Sin detenerse ante tan formidables obstáculos, Páez reunió mil hombres escogidos, y dos mil caballos blancos, porque los de este color están reputados como los mejores nadadores. Con ellos cruzó el Apure y varios otros ríos, entonces en lo más fuerte de sus crecidas, viéndose además obligado a vadear extensas lagunas de varia profundidad para evitar las numerosas flecheras del enemigo estacionadas en todos los pasos importantes. En uno de ellos, en el río Zuripa, la expedición fue bastante afortunada para capturar por sorpresa una flechera, y una gran cantidad de cueros que se dejaron atrás bajo la custodia de una fuerte guardia para sus futuros usos. Ya cerca de Barinas, envió Páez un destacamento para sorprender el pueblo de Pedraza, al sureste de la capital, con el propósito de llamar la atención de los realistas en esa dirección. La estrategema tuvo un éxito admirable, el pequeño destacamento arrolló cuanto en-

contró por delante penetrando dentro de la plaza, retirándose entonces de acuerdo con las instrucciones recibidas y reuniéndose al cuerpo principal. Enfurecido por aquella audacia, el Comandante español de Barinas, envió una gran fuerza a perseguir a los asaltantes debilitando su propio ejército. Avanzó entonces Páez contra la ciudad, dispuesta su línea de marcha en una sola fila; cada jinete con su caballo de remuda atado a la cola de su propia montura; y era el objeto de esta disposición, el de engañar a los realistas con respecto al número efectivo de sus enemigos, que desde lejos ofrecían un aspecto imponente. Barinas está situada al borde de una extensa llanura limitada al sur por la mesa del mismo nombre, a través de la cual efectuó Páez su entrada en la amenazada ciudad cuando el sol estaba en su meridiano.

El terrible ejército *de las Animas* no produjo tan espantosa consternación entre los realistas, como la aparición de aquel inesperado cuerpo de fieros jinetes. Ellos bien sabían que, debido a la inundación de las sabanas, no era posible ningún avance contra la ciudad viniendo del sur. Estaban igualmente resguardados contra todo ataque del norte y del este que tenían bajo su dominio, mientras por el oeste estaban aún mejor protegidos por las alturas de la Sierra Nevada. Sin detenese a reconocer el verdadero carácter de la fuerza que tenían delante, los realistas reunieron a toda prisa todas las cosas que estimaban ser de algún valor, y ya habían cargado con todo muchas mulas, cuando el enemigo se precipitó contra ellos a todo correr, logrando apoderarse del rico botín después de dispersar a sus dueños y a sus tropas. Los medio desnudos partidarios de Páez se arrojaron entonces sobre los depósitos y casas abandonadas por los realistas con la avidez propia de hombres que no habían visto una prenda de vestir desde hacía mucho tiempo. Uno de los oficiales tuvo la gran suerte de capturar una mula cargada con treinta mil fuertes en oro, mientras todos y cada uno de los soldados cogieron más efectos de lo que podían llevarse.

Sólo permaneció Páez en Barinas el tiempo necesario para disponer el transporte del botín, lo que ocupó casi todos los caballos de relevo que habían sido traídos con ese propósito,

porque sin ellos, y sin los cueros apresados en Suripa, no hubiera sido posible su transporte a las soledades de los campos patriotas. Debido a la presencia de una flotilla de cañoneras en la boca del río, el navío apresado tuvo que ser abandonado poco después, y el fatigante camino fue reanudado a través de las inundadas sabanas. Sirvieron los cueros al doble propósito de cubrir las mercaderías, y para construir botes donde pasarlas al vadear los ríos. Estas especies de canoas de cuero son una ingeniosa invención, frecuentemente empleada en estas incultas regiones donde son tan escasas las embarcaciones, y consisten en un gran saco o gamella que se fabrica pasando un cabestro a través de cierto número de agujeros practicados en los bordes del cuero que se hace cerrar sobre las mercancías. Un extremo del cabestro de largo suficiente, se confía a un buen nadador que lo coge entre sus dientes y lo arrastra tras de sí. De esta manera el inmenso botín cogido en Barinas, pudo con éxito ser transportado sobre cien millas de sabanas inundadas con el inconcebible regocijo de los míseros emigrantes del campo de Arichuna. Después de conceder a su tropa el tiempo necesario para reponerse de sus fatigas, y hallando ventaja en atacar de nuevo, y también para ocupar la atención de sus soldados, Páez inició su marcha sobre Achaguas no obstante que la estación era aún muy dura. Se avanzaba lentamente, porque al lado de las dificultades del camino, estaban impedidos por los numerosos emigrantes, y obligados a cada paso a procurarse recursos debido a la escasez de sus depósitos. La gran multitud de hombres, mujeres y niños que seguían al ejército, ofrecían una viva pintura de los pueblos nómadas sin patria ni hogares, los que luego de conseguir los recursos de la comarca por ellos ocupada, levantan sus tiendas y van a la conquista de otra. A pesar de todo, Páez se ocupó con especial cuidado de la conservación de la cría del ganado en los llanos de Apure, y aun cuando estaba comprometido en una constante guerra, dictó las órdenes más efectivas para prevenir su extinción, de tal manera, que el origen de todos los hatos que al presente se encuentran en Venezuela, se monta a las sabanas de Apure.

Del modo descrito llegaron a las arenosas colinas o médanos de Araguayuma, donde habiendo dejado a los emigrantes bajo

la protección de un grupo de jinetes, incorporó Páez a las filas a todos los hombres capaces de llevar las armas y marchó contra López, al que suponía encontrarse en Achaguas. Después de haber avanzado un poco, supo que el enemigo en grupo de 1.700 jinetes y 400 infantes se hallaba en el Hato del Yagual. Páez cambió de dirección, se situó entre Achaguas y el enemigo, y dividió su ejército en tres columnas mandadas por los Generales Urdaneta, Servier y el Coronel Santander. La mayoría de la fuerza estaba armada con lanzas, muy pocos con fusiles o carabinas, y con escaso parque. El día ocho de octubre llegaron a vista del enemigo, y aunque su número excedía con mucho al de las fuerzas patriotas, Páez no vaciló en presentarle batalla. El combate fue largo y rudo, pero al fin se decidió en favor de los patriotas, y Don Rafael López se vio forzado a ceder su posición después de sufrir grandes pérdidas. Al siguiente día rehusó combatir de nuevo y se retiró sobre Achaguas después de haber embarcado toda su artillería y heridos para San Fernando. El día 13, López, luego de una corta resistencia, abandonó la ciudad, de la cual Páez tomó posesión. Poco tiempo después de esto, al ser atacado López por sorpresa a orillas del Apure fue completamente derrotado y perdió la vida.

A la cabeza de sus valientes soldados, Páez rescató la Provincia de Apure y una parte de la de Barinas, y recobró la de Casanare en la Nueva Granada. Habiendo aumentado sus fuerzas con las reclutas de éstas y otras Provincias, él formó el ejército que en lo sucesivo rindió tan importantes servicios a la causa de la libertad y cuyas proezas han sido tan admirables.

* * *

Mientras estos sucesos ocurrían en los remotos Llanos de Venezuela, España había expulsado valientemente a los invasores franceses de su territorio, y concentraba ahora todo el esfuerzo de sus armas contra sus rebeldes colonias. Varias expediciones fueron despachadas bajo el mando de sus mejores

Generales, provistas de todos los materiales necesarios para una vigorosa campaña. Una de esas, mandada por el Teniente-General Don Pablo Morillo, zarpó de Cádiz el 18 de febrero de 1815. Constaba de sesenta y cinco barcos de transporte y otros navíos menores, custodiados por el navío de línea San Pedro Alcántara, y llevando a su bordo los Regimientos de León, Victoria, Extremadura, Barbastro, Unión, (conocido después con el nombre de Valencey); el Batallón de Infantería del General, Cazadores, los regimientos de dragones del Unión, y el de húsares de Fernando VII; un parque de artillería con 80 piezas, dos compañías de artillería de plaza, tres de zapadores, y el parque con todo lo necesario para el sitio de fortalezas de segunda clase. El número total de hombres que componían la expedición incluyendo los marinos, ascendía a quince mil. Las naves que conducían ese formidable armamento, anclaron el día tres de abril de 1815, en Puerto Santo a barlovento de Carúpano, en Venezuela. Morillo, el Jefe de esta expedición, era valiente, activo y enérgico, fue en el combate fiero, severo disciplinario y era querido de sus soldados. Además de esta fuerza existía otra en Venezuela de cinco mil hombres bajo el mando de Morales.

Al principio, el General Morillo encontró poca o ninguna oposición, hasta que al penetrar al interior se tropezó con los indomables jinetes de las llanuras. El altivo temple del Comandante en Jefe español, no podía creer que un puñado de semisalvajes —como se complacía en llamarlos—, pudieran insultar al pendón de Castilla por más tiempo, y sin tardanza se preparó a capturarlos a todos. ¿Cuál fue el resultado? La continuación de este relato lo hará ver.

A principios de enero de 1817, los Comandantes españoles La Torre y Calzada efectuaron su reunión en Guasdualito, en las sabanas de Apure. Casi al mismo tiempo, el Brigadier realista, don Ramón Correa, y el Teniente Coronel don Salvador Gorrín, dejaron a San Fernando, y con 1.500 hombres de caballería e infantería atacaron a la linea de los patriotas y derrotaron a Guerrero, el General republicano, forzándolo a retirarse sobre Páez después de una sangrienta batalla en la que los patriotas tuvieron grandes pérdidas. Levantado el sitio de San Fernando a consecuencia de este triunfo, la atención

de La Torre y de Calzada se concentró sobre Páez, quien para ellos representaba el principal obstáculo para poder ocupar al río Apure y sus llanuras adyacentes. Un ejército de cuatro mil soldados veteranos de todas armas, incluyendo mil setecientos de caballería mandado por el Coronel Remigio Ramos presentaba una fuerza suficiente como para inspirar confianza a los Jefes españoles, principalmente para La Torre que era un valiente y cumplido soldado, y deseaba ansiosamente distinguirse entre sus compañeros de armas. Así, pues, él marchó sobre el pueblo de San Vicente, siguiendo la orilla derecha del Apure, con la intención de atacar a Páez que estaba en el Mantecal.

El día 28 de enero se encontraron patriotas y realistas en la sabana de las Mucuritas, los primeros con un cuerpo de caballería de sólo mil cien jinetes, y los últimos con todas las fuerzas que acabamos de mencionar. El resultado de este encuentro fue tan desgraciado para La Torre, y demostró la superioridad de los patriotas bajo Páez, quien en esta ocasión compensó la inferioridad del número con una estratagema que por poco acaba con la total destrucción del ejército español. El orden de batalla adoptado por el Jefe realista, era el más apropiado que la naturaleza del terreno y el enemigo que iba a combatir, permitía. Presentaba su infantería un frente compacto y fuerte, mientras la caballería estaba apostada en los flancos y retaguardia. Disponiendo Páez únicamente de caballería, no podía acercarse bajo el fuego de los fusiles enemigos sin correr el riesgo de ser totalmente destruido; y en consecuencia concibió la idea de separar a la caballería realista de su infantería. La presuntuosa confianza del Coronel Ramos, y la inexperiencia de La Torre en las tácticas de los llaneros, facilitaron la ejecución del plan de Páez. Habiendo formado dos columnas con una parte de sus fuerzas, les ordenó atacar los flancos del enemigo y retirarse inmediatamente como si fueran rechazados. Era su propósito el de alejar la caballería enemiga en el ardor de la persecución, y rodearla entonces con dos otras columnas que tenía preparadas al efecto. Esta simple maniobra produjo el resultado apetecido, y la caballería de La Torre fue destruida rápidamente. Sólo escaparon los húsares europeos porque ellos avanzaron con menos preci-

pitación y en mejor orden. El Jefe republicano ordenó entonces darle fuego a las secas yerbas de la sabana, que instantáneamente se volvió un mar de fuego. Afortunadamente para La Torre, su infantería se retiró precipitadamente en columnas cerradas logrando alcanzar un sitio que había sido quemado algún tiempo antes. Aún allí, su infantería sufrió varias cargas de la caballería de Páez, que le obligó por último a buscar un refugio dentro de un espeso bosque de la orilla derecha del Apure, donde cesó la persecución por falta de infantería del lado de los patriotas. Sobre esta batalla escribió el General Morillo: "Catorce cargas consecutivas sobre mis cansados batallones me hicieron ver que aquellos hombres no eran una gavilla de cobardes poco numerosa, como me habían informado, sino tropas organizadas que podían competir con las mejores de S. M." A la siguiente mañana, Morillo se reunió con La Torre, y juntos siguieron la marcha hasta San Fernando, sin atravesar el Apure, y siempre a la vista de la caballería republicana. Al darse cuenta por fin Páez, de que el enemigo evitaba un nuevo encuentro, se retiró a San Juan de Payara.

En 1817 apareció el General Bolívar en la Provincia de Guayana, y su primer cuidado fue el de abrir comunicaciones con Páez, quien no vaciló en reconocer su autoridad, aun cuando se encontraba enormemente distante del Cuartel General del Libertador. A partir de esta época empezaron los patriotas a extender sus operaciones; una serie de brillantes hechos de armas se realizó en diferentes puntos, y la causa republicana pareció revivir en las márgenes del Apure y del Orinoco. La adquisición de Guayana bajo Páez fue un suceso importante y decisivo en la historia de la guerra: mediante él, Bolívar estuvo en situación de atacar los lugares ocupados por los realistas, en cualquiera de los puntos de la extensa línea abrazada por el Orinoco y sus numerosos tributarios; habíase acercado a la Isla de Trinidad; había obtenido refuerzos de hombres, caballos y ganados, y asegurado su comunicación con Páez.

A principios de enero de 1818 resolvió Páez tomar por asalto la ciudad fortificada de San Fernando. Con tal propósito ordenó que dos cañoneras apresadas a los realistas, y ocho o diez botes más, se encontrasen en el caño de Biruca que se comunica

con el Apure. Allí quedaron estos barcos en emboscada, listos para efectuar un desembarco en San Fernando con un escogido cuerpo de hombres en la noche del 14, mientras el resto del ejército llamaba la atención del enemigo en otra dirección. Pero dos desertores que se pasaron a los realistas, traicionaron el plan, y antes de que pudiera ejecutarse, hicieron un inesperado y brusco ataque contra los barcos cayendo todos en poder del enemigo, salvándose tan sólo dos hombres que se escaparon a nado. Así, pues, tuvo que ser abandonado el proyecto, y Páez en cumplimiento de las instrucciones de Bolívar, de no arriesgar sus fuerzas hasta no unirse con él, dedicóse a mantener personalmente el asedio, y a enviar varias partidas de exploración por las sabanas de Calabozo y San Carlos. A fines del mismo mes, se le reunió Bolívar con dos mil quinientos hombres de tropa disciplinada, entre ellos la famosa Legión Británica que acababa de llegar, elevando el número de las fuerzas republicanas a diez mil de infantería y otro tanto de caballería, formada esta última por hombres bien ejercitados, y acostumbrados a la victoria en las sabanas de Apure. Después de haberse convenido el plan de la campaña entre Bolívar y Páez, resolvieron pasar el Apure y marchar inmediatamente sobre Calabozo donde Morillo había establecido su Cuartel General. Presentóse entonces una tremenda dificultad: los patriotas no tenían embarcaciones para cruzar un río tan ancho y tan profundo. Fue entonces cuando Páez concibió y ejecutó el extraordinario plan de apresar con caballería las flecheras enemigas estacionadas en la margen opuesta. Un grupo de cincuenta lanceros montados en pelo fueron escogidos con tal propósito, entre los que se encontraba el bravo Aramendi. A una señal de su Jefe, quien encabezaba el movimiento, se lanzaron al río y nadaron hacia las cañoneras españolas ayudados de sus caballos. Los realistas, cogidos por sorpresa, apenas tuvieron tiempo de disparar una andanada, y al instante las flecheras fueron rodeadas por todos lados y apresadas por los patriotas. Esta peligrosa maniobra fue ejecutada a más de dos millas de distancia de San Fernando, que desde este momento tuvo cortadas sus comunicaciones con Morillo. Dueño ya el ejército patriota de medios de transporte para cruzar el Apure, inmediatamente se destacó un cuerpo de caballería sobre la vía que conduce a Calabozo, y logró coger por sor-

presa a un piquete de veinticinco hombres que formaba un puesto avanzado del enemigo. Como consecuencia de estas maniobras, Morillo también fue sorprendido el 11 de febrero, en el momento en que sus húsares y una parte del Batallón de Castilla se encontraban en el lugar llamado Misión de Abajo, como tres millas al sur de Calabozo. Muy pocos hombres de ambos regimientos lograron escaparse junto con su coronel, los cuales se refugiaron dentro de los atrincheramientos de la ciudad. El rudo veterano Morillo no pudo creer la información de su Coronel, de que todo el ejército patriota marchaba sobre él. Acusando altaneramente a su oficial de cobardía, salió en persona con su Estado Mayor para reconocer lo que él creía eran unas guerrillas, pero, él mismo tuvo que correr para salvarse en la ciudad, escapando por poco de morir, debido al estoico heroísmo de su insultado coronel, quien se precipitó entre el Comandante en Jefe y la lanza de un oficial de la escolta de Páez.

En lugar de atacar inmediatamente a los realistas, Bolívar cometió el error de acampar durante la noche con todas sus tropas en el pueblecito de El Rastro, a cuatro millas de Calabozo. Aprovechó Morillo esta oportunidad para evacuar la ciudad favorecido por la noche, y se retiró hacia Caracas por el montañoso camino de El Sombrero, donde no lo pudieron seguir los patriotas a causa de la inferioridad de su infantería. Páez entonces regresó al Apure, mientras Bolívar se quedó con el grueso del ejército para poco después ser completamente aniquilado en La Puerta por el General realista. Pero el Genio de los Andes era infatigable en sus esfuerzos por ver a su país, y al resto del continente suramericano libre del yugo europeo.

El día 16 de enero de 1819, Bolívar reunióse nuevamente con Páez en San Juan de Payara con un nuevo cuerpo de ejército recientemente organizado, sumando sus fuerzas unidas cuatro mil hombres. En recompensa de los importantes servicios hechos a su país por Páez, Bolívar lo ascendió al rango de General de División y le entregó el mando de todas las fuerzas, mientras se dirigía a Angostura, donde en febrero debía reunirse el Congreso. Por esta misma época, los Generales realista, Morillo y La Torre, juntaron sus fuerzas en San

Fernando, las que sumaban por todo seis mil quinientos hombres de todas armas, y procedieron inmediatamente a atacar a los patriotas en San Juan de Payara a comienzos de febrero. Retiróse Páez hacia el Orinoco, transportó toda su infantería a la isla de la Urbana, y con su guardia y dos escuadrones de caballería tomó posiciones en Cunaviche. El resto de sus jinetes quedó estacionado en las sabanas de Río Claro, y lo que era el mayor impedimento: una emigración de diez mil refugiados patriotas que seguían sus campos, fueron llevados a Araguaquén.

El plan adoptado por Páez en esta ocasión, no fue otro que el mismo que siempre había practicado en sus primeras campañas; y tan infatuado estaba el General realista en su empeño de destruir lo que él llamaba "las gavillas de Apure", que fácilmente lo atrajo a los salvajes desiertos antes de que se diera cuenta del peligro. El 11 de febrero, Morales, quien mandaba la vanguardia de las fuerzas realistas, estaba estacionado en el Hato de Cañafístola, mientras uno de los escuadrones de caballería se ocupaba en recoger ganado para el ejército. "En esto Páez, que no lo perdía de vista, apareció repentinamente con mil doscientos hombres de caballería, y sin dar tiempo a los jinetes enemigos para que se recogiesen al campamento, los desordenó y los alanceó. Luego cargó sobre Morales, y ya se había empeñado un vivo tiroteo cuando se dejó ver a lo lejos el cuerpo principal del ejército español. Entonces emprendieron su repliegue los patriotas en dirección a Cunaviche, sin dejar de observar a sus contrarios; pero en la noche torcieron su marcha, y al amanecer estaban situados a poca distancia por el opuesto rumbo. Contramarchó Morillo y anduvo muchos días vagando por aquellas soledades, empeñado cada vez más en alcanzar a un enemigo que tenía siempre a la vista, huía delante de él como si fuera su sombra, y le hacía sin embargo, un grave daño ahuyentándole el ganado, única cosa que puede adquirirse en el Apure para la subsistencia de la tropa. Sólo un medio podía usar Morillo para alcanzar a su contrario y forzarle a combatir, cual era el de emplear contra él la caballería; pero este medio ponía en contingencia el único cuerpo que procuraba subsistencia al ejército, y la suerte de este al mismo tiempo". (Baralt).

Convencido al fin de la inutilidad de sus esfuerzos, repasó el Arauca y estableció su Cuartel General en Achaguas a principios de marzo. El día primero de abril, el General Morillo volvió a tomar la ofensiva y marchó a todo lo largo de la orilla izquierda del Arauca, aproximándose a la posición que en la derecha ocupaban el General Bolívar y Páez. Hacía poco que el primero había regresado del Congreso de Angostura que lo había elegido Presidente de la República y reasumido el mando en Jefe del ejército. Simuló Morillo varios movimientos de la derecha contra la izquierda como si desease vadear el río, y el día 2 tomó posición en un punto casi opuesto al de Bolívar y fuera del alcance del cañón. Con el propósito de hacerlo retirar, Páez cruzó el río con ciento cincuenta jinetes cuya mayor parte eran oficiales que se ofrecieron voluntariamente para la azarosa empresa, con los que formó tres pequeñas columnas y avanzó sobre el enemigo. Morillo en el acto movió todas sus fuerzas, abrieron sus fuegos la infantería y la artillería, en tanto que la caballería cargaba contra el pequeño grupo de patriotas esperando abrumar por el número las débiles columnas del enemigo, habiendo él mismo dirigido su ataque hacia la orilla del río. Páez, entre tanto, retiróse en orden dejando deliberadamente el paso del río a su retaguardia. Al observar esto Morillo creyó inevitable su pérdida y destacó del ejército toda la caballería en persecución de Páez, y abrió sus fuegos contra la orilla derecha que defendían unas pocas tropas. Tan pronto, sin embargo, como el General republicano se apercibió de que la caballería enemiga se había alejado a considerable distancia del ejército y estaba en desorden, volvió cara súbitamente, atacó a sus perseguidores de frente y por los flancos en pequeños grupos de veinte hombres, y sin darles tiempo para reponerse de su sorpresa, o para reformar sus filas, los derrotó causándoles grandes pérdidas. En vano resistieron obstinadamente: en vano los carabineros echaron pie a tierra: todos sus esfuerzos fueron inútiles. Desconcertados y sorprendidos, todos los que se opusieron a aquel vigoroso ataque perecieron en el sitio. Los vencedores persiguieron al resto de la fuerza hasta dentro de las líneas enemigas, arrollando cuanto encontraron de frente. La infantería, presa de la confusión, buscó refugio en los

bosques, la artillería apagó sus fuegos, y la noche impidió la cierta destrucción del ejército realista.

Al día siguiente de este encuentro, dictó Bolívar un decreto confiriendo la Cruz de los Libertadores a todos los oficiales, sargentos, cabos y soldados que pelearon en este combate conocido en la historia con el nombre de "Las Queseras del Medio", mientras la siguiente proclama anunciaba al ejército el triunfo recientemente obtenido por las armas republicanas:

A los bravos del ejército de Apure

¡Soldados! acabáis de ejecutar la proeza más extraordinaria que puede celebrar la historia militar de las naciones. Ciento y cincuenta hombres, mejor diré, ciento y cincuenta héroes, guiados por el impertérrito General Páez, de propósito deliberado han atacado de frente a todo el ejército español de Morillo. Artillería, infantería, caballería, nada ha bastado al enemigo para defenderse de los ciento y cincuenta compañeros del intrepidísimo Páez. Las columnas de caballería han sucumbido al golpe de nuestras lanzas; la infantería ha buscado un asilo en el bosque; los fuegos de sus cañones han cesado delante de los pechos de nuestros caballos. Sólo las tinieblas habrían preservado a ese ejército de viles tiranos de una completa y absoluta destrucción.

¡Soldados! Lo que se ha hecho no es más que un preludio de lo que podéis hacer. Preparáos al combate, y contad con la victoria que lleváis en la punta de vuestras lanzas y de vuestras bayonetas.

Cuartel General en los Potreritos Marrereños, a 3 de abril de 1819.

BOLIVAR

Después de este encuentro, Morillo, de nuevo privado de la caballería en el corazón de las llanuras, se retiró a Achaguas, y finalmente a San Fernando, cuya plaza fortificó fuertemen-

te, y volviendo a pasar el Apure buscó una posición más ventajosa contra los ataques de su tenaz enemigo.

El combate de Las Queseras del Medio fue el preludio de nuevos planes, y de atrevidos proyectos combinados entre Bolívar y Páez. Estando ahora completamente rescatada del enemigo la llanura venezolana, estos dos generales convinieron la peligrosa e importante expedición que iba a darle la libertad a la Nueva Granada. A Páez le fue acordado el honor de elegir cuál debería mandar la expedición. Convinieron ambos que Bolívar marchase a la Nueva Granada y que Páez conservara contra todos los riesgos, la posesión de los Llanos de Apure. La victoria coronó las armas republicanas en Nueva Granada, y Páez defendió con éxito y resolución el importante territorio confiado a su custodia y protección. El día 17 de diciembre de 1819, Venezuela y Nueva Granada quedaron unidas en una gran república bajo el nombre de Colombia con un territorio que abrazaba cerca de 500.000 leguas cuadradas.

El año de 1821 es famoso por la importante victoria obtenida por el ejército republicano bajo Bolívar y Páez en el campo de Carabobo, que entregó a Venezuela a los patriotas. Las plazas del General Bolívar montaban a seis mil hombres. Sólo la primera división del ejército, mandada por Páez, tomó parte en la batalla, y estaba formada por la famosa Legión Británica, llegada últimamente de Inglaterra, el Batallón de Apure y mil quinientos jinetes.

El campo de Carabobo es una abierta sabana que se extiende al sur de Valencia. Un ejército que pretenda entrar en esta sabana viniendo de Tinaquillo, como lo intentaba hacer el ejército patriota, está obligado después de pasar el río Chirgua, a penetrar por el desfiladero llamado de Buena Vista al nordeste. Este desfiladero es una formidable posición en la que pocos hombres pueden fácilmente contener el avance de un ejército. Ganado ese paso y vencidas todas las otras dificultades que un enemigo puede fácilmente oponer en un camino fragoso de longitud considerable, queda todavía un estrecho valle por atravesar, formado por colinas, que constituye la entrada del oeste a la sabana de Carabobo, donde principia el camino plano. El General La Torre, Jefe español, había esta-

cionado en el valle y a ambos lados de las colinas que lo dominaban, varias piezas de artillería así como algunos fuertes cuerpos de infantería. En la llanura cerca de la entrada al valle, la extensa línea de infantería fue desplegada en orden de batalla, apoyándose su derecha en una espesura; seguía luego otra línea, y entre los flancos de ambas había dos fuertes cuerpos de caballería. La segunda línea de batalla tenía a su izquierda del camino del Pao; la caballería estaba estacionada hacia el mismo lado en la ceja de un monte sobre el que pasa este camino y la cumbre la ocupaba un batallón. Tales eran las posiciones militares de las fuerzas españolas, que en esta ocasión sumaban 9.000 hombres. El 24 de junio el General patriota ocupó el desfiladero y desde este lugar observó la posición del enemigo. El estrecho camino seguido por Bolívar sólo presentaba el espacio necesario para el desfile de un hombre, y los españoles no sólo guardaban la salida de la llanura sino que dominaban el valle con la artillería y un gran cuerpo de infantería: la posición era intomable. Resolvióse sin embargo que el General Páez penetrase con gran riesgo y dificultad a través de una vereda poco conocida y flanquease la derecha del enemigo. Esta pica era en extremo peligrosa. Ella comienza en el camino que conduce a San Carlos al oeste del valle, sigue por el tope de un montecillo cubierto de árboles que dominaba la artillería española, y conduce a una quebrada donde los hombres fueron forzados a pasar de uno en uno porque es áspera y llena de zarzas y bejucos. Cuando el enemigo descubrió el movimiento de las fuerzas que avanzaban bajo Páez, lanzó parte de las suyas contra éste, y algunos de sus batallones dominaron la quebrada cuando empezaba a pasarla el batallón patriota de Apure, abriéndose de ambas partes un vivo fuego. El cuerpo republicano logró al fin pasar la quebrada, pero no pudiendo resistir solo la carga del enemigo, se replegaba, cuando la Legión Británica vino en su ayuda. Para esta hora, el enemigo había empeñado en la acción cuatro de sus mejores batallones contra uno sólo de los patriotas, pero los valientes británicos desfilaron y se formaron en orden de batalla bajo un fuego mortífero con una sobrehumana sangre fría. Echando rodilla en tierra no se los pudo hacer ceder ni una sola pulgada de terreno. Casi todos

sus oficiales quedaron muertos o heridos, pero los servicios prestados por aquellos bravos extranjeros fueron verdaderamente grandes. Su heroica firmeza dio tiempo al Batallón Apure para rehacer sus filas y volver a la carga, en tanto que dos compañías de Tiradores conducidas por el valiente Heras tomaban parte en la acción. Cedió al fin el enemigo bajo la carga simultánea a la bayoneta hecha por estos dos diferentes cuerpos, retirándose en busca del apoyo de la caballería. Para entonces el cuerpo de Guardia del General Páez, que constaba de seiscientos hombres, había pasado la quebrada y atacando la retaguardia de la caballería enemiga la derrotó completamente y decidió la acción en este memorable día. Unicamente un Batallón, el famoso Valencey, logró rechazar las furiosas cargas de la caballería patriota que persiguió a los realistas hasta la misma Valencia. El General La Torre con el resto de sus fuerzas se encerró en Puerto Cabello, que finalmente fue tomado por asalto el 7 de noviembre del mismo año por el General Páez.

La victoria de Carabobo fue completa y brillante, decisiva para la suerte de la República y gloriosa para los valientes soldados de Apure, cuyo Jefe favorito fue elevado por Bolívar al rango de General en Jefe en el campo de batalla, nombramiento subsecuentemente ratificado por el Congreso "en recompensa de su extraordinario valor y virtudes militares". —(Véase apéndice).

CAPITULO XXIV

ESCENAS DEL VADO DE APURITO

Cuando se nos avisó que todo estaba preparado para el paso, nos movimos de San Pablo con los caballos, dejando atrás el ganado que, al seguirnos en marchas lentas, tendría tiempo suficiente para pastar en los ricos yerbazales del trayecto.

Al llegar a Apurito, encontramos muy crecido el río a causa de los recientes aguaceros, y tendido de orilla a orilla. Nos ocupamos, primero que nada, en escoger los peones y los caballos más vigorosos, más capaces de resistir las fatigas, y de guiar a través de las encrespadas ondas del Apure, los muchos lotes en que se separó el ganado con este propósito. El segundo paso consistió en reunir en el vado el suficiente número de canoas con sus diestros remeros para obrar de concierto con los peones y caballos conductores, que debían flanquear a los nadadores en el río. Dos largas palizadas que corrían paralelas hacia la orilla y se angostaban cerca del agua fueron construidas en el sitio, y a través de ellas los animales, en lotes de doscientos cada vez, eran arreados a todo correr en medio de gritos ensordecedores, y mediante afiladas garrochas; en tanto que dos hombres completamente desnudos, y montados en dos fogosos caballos en pelo, encabezaban el movimiento metiéndose los primeros dentro del río entremezclados con el ganado, que era así animado a nadar. En la opuesta orilla estaba estacionada una manada de reses mansas para reunir a los nadadores tan pronto salían del agua. Hecho ésto regresaban los guiadores en busca de otro lote de animales, hazaña ésta que repitieron más de veinte veces consecutivas en el curso del día. No obstante, la tarea no fue tan fácilmente realizada con los toros como con los caballos, porque ocurrió a menudo que los toros se resistían y luchaban, en cuyo caso los hombres de las canoas se veían obligados a echarles mano por los cachos, y arrastrarlos a viva fuerza mientras remaban.

Otras veces las bestias se les salían por los lados de los caballos conductores, y entonces era inminente el peligro para ellos de ser atacados por los toros dentro del agua. Así fueron muertos muchos caballos de gran valor por los enfurecidos animales, mientras los hombres escaparon por pura casualidad muchas veces. Contra toros bravos, tembladores, caimanes y caribes, sin contar a otras dañinas sabandijas del agua, ni la anchura del río; la tarea de estos intrépidos llaneros es verdaderamente pavorosa, y sin embargo, van al trabajo y cumplen su deber con voluntario entusiasmo y con una perfecta indiferencia por las cosas que los rodean. Lo mismo podría decirse de los nobles corceles que comparten con ellos los peligros del río, que desempeñan al mismo tiempo el papel de puentes flotantes para los hombres, y de señuelo para el ganado durante el paso. Su poder de resistencia en este caso es la cosa más sorprendente, porque no se les permite ni unos cortos momentos de reposo cuando tocan tierra, manteniéndolos en continuo movimiento durante todo el día.

Un cierto número de jinetes con lazos, también estaba parados a lo largo de las orillas para asegurar los novillos, que burlando la vigilancia de los canoeros lograban volver a tierra. Muchos se ahogaron, a pesar de todo, en el intento, y sus cadáveres quedaron abandonados a los zamuros, a causa de una inherente repugnancia entre los llaneros hacia la carne de los animales que no han sido sacrificados de la manera acostumbrada. En una o dos ocasiones la manada entera se rebeló contra sus guías, y logró escaparse por los pastos a pesar de los peones que estaban en las orillas; otros, después de haber alcanzado las abruptas playas más abajo del vado, eran detenidos en su fuga por las barrancas, y condenados finalmente a ser sepultados por las aguas durante las rápidas crecidas del río.

De esa manera, el costo de estas expediciones —aunque excesivamente interesantes para aquellos que participan de sus emociones—, es a veces mayor que los beneficios, y nadie sino los llaneros acostumbrados a vivir con carne y agua, son capaces de abordar estos negocios realmente salvajes. Nuestras pérdidas, en caballos solamente, sin contar los gastos de la expedición, ni el peligro para la vida, montó en esta ocasión

a cerca de treinta animales, que en números redondos, y poniéndo a cada caballo el mínimo de su precio: cien dólares, hacen la suma de tres mil, mientras el valor del ganado mismo, de los que también perdimos muchos, con dificultad podía ser en aquella época menos de cinco dólares por cabeza. Uno de los caballos valía tanto, que nuestro Jefe suplicó al doctor que curara al herido animal e hiciera todo lo posible por salvarle la vida. Al examinarlo, encontramos que los intestinos se le salían por la herida, pero como no dejaba que nadie se le acercara a tocarlo, resolvióse amarrarle las patas, y pasando entonces un palo entre las piernas del animal, se lo levantó del suelo patas arriba lo que permitió que el doctor lo operase convenientemente. A poco llegó la noche, y el grupo de llaneros que levantaban al paciente junto con el que lo sujetaba encendieron antorchas hechas de astillas ensebadas. El bondadoso Esculapio, inclinado sobre la forcejeante bestia, y todo aquel conjunto, formaba una escena muy risible. A pesar de la habilidad con la que practicó la operación, y de los humanos cuidados del dueño, el caballo expiró la misma noche.

Tres días completos gastamos en las laboriosas ocupaciones de arrear al ganado en el paso del río, y las noches no fueron tampoco menos diligentemente empleadas en las más divertidas recreaciones de bailes, galanteos, y juegos, todo de acuerdo con los gustos de nuestra abigarrada comitiva. Debo, sin embargo, confesar que lo último tenía más atractivo para la gente de esta región de pastores, que el caramillo y el cayado. Ocurría, a veces, más de una disputa durante esas nocturnas expansiones, pero éstas, fuera de unas palabras y el relucir de los machetes y cuchillos a la luz de la luna, que allí prestaba su concurso a aquella escena primitiva, nunca terminaron en nada que no fuera:

"Caló el chapeau, requirió la espada
Miró al soslayo, fuése y no hubo nada".

Crecía entonces el río tan rápidamente, que para poder llegar a nuestro campamento situado al lado del pueblecillo, nos veíamos obligados a usar de canoas a través de la calle

principal que conducía hasta él, temiendo entrar en relaciones con alguno de los señores de las aguas.

Por este tiempo, el pescado, conociendo que se aproximaba la inundación de las sabanas, comenzaba a remontar el río en busca de los parajes convenientes para el desove, y era tan grande el número de los que concurrían a la cita nupcial, que el ruido que producían en el agua se dejaba oír a cierta distancia del río. Durante su emigración, volvíase el agua tan impregnada de su sabor, que no servía ni para beber ni para lavar. Deseando obtener para dibujarlos algunos ejemplares vivos, me procuré una taraya dándosela a un hombre para que pescara cerca de la orilla. Hízolo así, pero cuando trató de retirarla del agua no pudo hacerlo solo, haciéndonos creer que quizás se había enredado entre las raíces del fondo. Llamamos un compañero para que nos ayudara, y entre los tres la sacamos viendo con sorpresa y placer a la vez, que la red estaba llena de coporos, palometas y otros buenos bocados, pero al punto los caribes lo echaron a perder, lo cual consideré como una desgracia porque no podía dejarlos mucho tiempo sin que se pudrieran. Al siguiente día, uno de los habitantes del pueblo me aconsejó que colocara tres o cuatro canoas medio llenas de agua atravesadas en el río, para que el pescado al encontrarse estorbado en su avance por el obstáculo, tratara de saltarlo y cayera entonces por centenares dentro de las canoas. Resultó tan bueno el consejo, que todas las mañanas podía disponer de una abundante provisión, tanto para el álbum como para mi sartén. En ese entonces me llamó particularmente la atención un gran pez llamado *valentón* por la gran fuerza con la cual (según me han informado), es capaz de arrastrar una canoa después de tragarse el anzuelo. Ocurrió allí un lamentable suceso que por poco le cuesta la vida a un joven que trataba de pescar a un valentón. Conversaban descuidadamente el pescador y un amigo teniendo echados sus cordeles a los costados de una canoa, cuando el pez tragó la carnada y salió disparado como lo hace siempre. Fue tan violento el tirón, que el joven no pudo aguantar la cabuya, y la dejó escapar de sus manos sin reparar que en el extremo había otro anzuelo, el cual se le enterró en el pulgar de la mano derecha: fue lanzado al agua en el acto, y ya había

sido arrastrado algún trecho, cuando por fortuna suya rompióse la cuerda, y pudo entonces su compañero sacarlo casi sin conocimiento. En sus cabriolas dentro del río, el valentón llega a saltar hasta tres pies fuera del agua, de la que levanta un gran volumen al golpear la superficie con su poderosa cola, y es tan fuerte el chapuzón, que el ruido puede oírse a una gran distancia, principalmente, durante la calma de las noches que es cuando el pez está más afanado en sus cacerías.

Entre la multitud de incidentes emocionantes de la independencia, frescos aún en la memoria de nuestro Caudillo, nos contaba una anédcota que se relacionaba con el Libertar Simón Bolívar, en la que ambos campeones de la libertad tomaron parte, mientras se encontraban practicando un importante reconocimiento durante la época de las lluvias. Estaban entonces las sabanas, como es natural, casi completamente inundadas, y no habiendo otro modo de transporte que la frágil canoa del país, viéronse forzados los dos Capitanes a viajar en una de ellas sobre el inundado territorio mediante la ayuda de dos indios remeros. Eran tan numerosos los peces, que una gran multitud de ellos, alborotados por los golpes de los remos contra los costados de la canoa, saltaban en todos sentidos, y no pocos caían entre los distinguidos pasajeros. El Libertador, que como casi todos los grandes hombres, tenía también su lado flaco, era de temperamento muy nervioso, especialmente por las cosas pequeñas. Así, pues, sintióse molesto por la poca ceremoniosa intrusión de los escamosos habitantes de aquellos enlodados dominios, cuyos movimientos tomó como una maligna propensión de ataque contra los viajeros. Por otra parte, nuestro Caudillo —que siempre estaba pronto para jugar una mala pasada— aprovechó la oportunidad que por casualidad se le presentaba, para hacer inclinar la canoa hasta que hiciera agua, y entraran más pescados en ella. Entonces su compañero, que no se había dado cuenta de la jugarreta que se le hacía, creyendo que a medida que avanzaban, el pescado se volvía más agresivo, exclamó con la mayor desesperación: "¡Maldito sea! ¡Compañero, vamos a devolvernos porque hasta el pescado es salvaje en esta tierra!"

Cuando bajan las aguas, miles, millones, se quedan saltando en los estanques y charcos que quedan en las sabanas, donde perecen al poco tiempo, y al podrirse, infestan el aire con sus emanaciones. Algunos de esos peces como el *curito* —una especie de Siluro—, cubierto su cuerpo de placas transparentes, poseen la facultad de vivir enterrados en el fango endurecido, de donde de nuevo salen a la vida al volver las lluvias. Como son un bocado exquisito, son activamente buscados por hombres y mujeres que visitan esos lugares provistos de canastos, y se apresuran a recogerlos en grandes cantidades antes que los arrastre la creciente inundación de las sabanas.

Una creencia muy singular —igualmente muy generalizada entre el pueblo de Ceilán, según Mr. Emerson Tennet— existe en el Apure con respecto a los peces que caen de las nubes. Refiriéndose a este fenómeno, observa el ingenioso escritor: "Tanto en Balle como en Colombo en el monzón sureste, se cree, que durante los violentos aguaceros los peces caen de las nubes, y aquellos que se encuentran durante las ocasiones que han dado nacimiento a la creencia, consisten en unos pececillos semejantes a los que son cogidos sobre las aguas mediante vasijas, y se desparraman sobre la orilla aventados de la superficie, en tanto que los que aparecen súbitamente en los tanques desbordados y en los charcos, son grandes y perfectamente desarrollados. Además, encuéntranse los últimos en las descritas circunstancias, en todos los lugares del interior, en tanto que el prodigio de la supuesta lluvia de peces del cielo, únicamente ocurre —como me lo han informado— en la vecindad de algún mar o lago interior".

También más adelante, explica el autor el fenómeno, suponiendo que algunos peces estén dotados del poder de locomoción en tierra, mientras otros, afectados de un estado letárgico, se quedan enterrados en el fango hasta el retorno de la nueva estación; pero se me ha asegurado por persona digna de crédito, que se han cogido peces vivos donde no era posible que ocurrieran tales contingencias, por ejemplo: sobre el techo de las casas o en medio de las más distantes sabanas alejadas del agua. Muchos de los que han sido encontrados eran pequeños, de tres a siete pulgadas de largo, pero ninguno ha sido

capaz de vivir más de veinte minutos fuera del agua, y el padre del que esto escribe una vez presenció un aguacero de *bocachicos,* pescado éste que ordinariamente no vive más de cinco minutos fuera de su elemento.

Habiendo dado fin a nuestro trabajo de la mejor manera que era dable esperar de tan primitivo sistema de transporte, pasamos nosotros y nuestros bagajes a través de anchurosa corriente, e inmediatamente empezó nuestra lenta marcha por las sabanas, porque el largo tren de mulas de carga y reses bravías, necesitaba de largas paradas con el objeto de incorporar los extraviados, pero, más frecuentemente, para enlazar de nuevo los que se escapaban de entre ellos. Los toros, principalmente, ofrecían una marcada resistencia a dejar por detrás a sus mugientes serrallos, en los frescos pastizales del otro lado del río. Tan grande era su amor al hogar en este respecto, que se nos aseguró que la mayor parte de los que lograban evadir nuestra persecución regresarían a sus sabanas a pesar del ancho trecho de agua que los separaba de ellas. Perdimos mucho tiempo valioso y mucha paciencia por esta causa, mientras la invasora inundación seguía rápidamente nuestros pasos, y tanto, que mucho después de haber dejado atrás las orillas del río, tuvimos que marchar sobre una contínua capa de agua, que a cada instante se elevaba sobre las patas de las bestias. Teníamos además que vadear varios pequeños ríos, ahora crecidos por el rápido aumento del Apure, pero, como no podíamos contar con canoas en medio de aquellas soledades, ni gratis ni pagadas, nos valíamos en tales ocasiones de un cuero fresco dispuesto como un bote. Apilábanse cuidadosamente dentro del cuero los baúles y cajas, y si alguna persona prefería valerse de tan frágil barca, no tenía para sentarse sino el tope del equipaje. Con mucho cuidado se ponía todo aquello dentro del agua, y el otro extremo del cabestro se entregaba al nadador que lo amarraba firmemente en el lado opuesto. De esta manera, nuestro corpulento Doctor, y algunos más que no querían exponer su propio pellejo a las tiernas caricias de los caribes, lograron ser transportados al otro lado, aunque para eso se requería un bien templado sistema nervioso, para no moverse ni una pulgada porque de lo contrario todo se hubiera volcado.

Nuestra marcha por la llanura ofrecía una espléndida vista: sugería una larga fila de prisioneros después de una batalla bien reñida. A la cabeza de la columna, que se extendía por más de una milla, marchaba un fuerte piquete de jinetes: los *punteros* que guiaban la caravana, y atrás y a los costados iba otra fila de hombres con lazos listos para caer sobre los desertores. Evocadoras canciones y silbos, eran constantemente mantenidos por los peones para distraer al ganado el cual parecía muy complacido por la música, y era por lo tanto menos rehacio en la marcha.

Cuando estuvimos próximos a San Jaime, yo, junto con una partida de jóvenes compañeros, nos perdimos por habernos separado del resto y tomado otro camino, metiéndonos en los intrincados rastros que llevan al pueblecillo.

Esta circunstancia, aun cuando nos hizo perder mucho tiempo para alcanzar el campamento, nos llevó a un sitio donde abundaba una miel deliciosa, producto de una pequeña avispa llamada *matajey* que construye sus nidos en la rama de los árboles en forma de una enorme bola. Es tan seria la picada de este insecto, que las personas que la sufren caen aturdidas y atacadas de fiebre. No obstante eso, con el propósito de proveernos de sus deliciosos panales, tuvimos la precaución de ahuyentar las avispas con el humo, aplicando un trapo encendido en el extremo de un palo en la boca del nido, el cual se entregó a los cazadores sin ninguna dificultad.

Era casi de noche cuando llegamos a San Jaime, habiendo acertado por casualidad con el verdadero camino, después de haber errado todo el día por los bosques, y aunque estuvimos bien provistos de miel y agua, sentimos mucho haber perdido nuestra comida porque ella había sido preparada por otra especie de enjambre, esta vez de lindas muchachas, que con tal fin se habían reunido en la casa de nuestro hospitalario anfitrión. Gozamos, sin embargo, del placer de su ingenua compañía hasta el momento de retirarnos a nuestras hamacas, donde, fatigados por los tropiezos de nuestra aventura precedente, nos volvimos a perder en un "dulce y perfumado sueño". Como nos convenía apresurarnos para llegar al paso antes de un brusco crecimiento de los caños, que se comunican

con el Portuguesa, estuvimos en pie mucho antes de salir el sol, y a tiempo de compartir un fuerte desayuno preparado por nuestras encantadoras visitantes.

Inmediatamente después de haber llegado al vado, procedimos a pasar el ganado a través del río, que menos ancho que el Apure, y estando nuestros rebaños más manejables después de la larga marcha, bien hubiéramos podido hacerlo pasar con mejor orden, y en menos tiempo que en el río anterior. Pero en algo contribuimos a tardarnos más de lo necesario, habiendo gastado allí tres días en hacer lo que muy bien se hubiera podido efectuar en uno. Pero, es el caso, que preferíamos quedarnos con nuestras bellas conocidas, especialmente al cerrar la noche, cuando se reunía la partida en el caney destinado al fandango el que generalmente duraba toda la noche.

El caprichoso acompañamiento de estas jaranas, era el ensordecedor croar de las ranas y de los sapos, que en aquella época abundaban por millares en los pantanos y tremedales de las cercanías. Las notas estridentes y metálicos de los sapos, y el ronco croar de sus hermanas de leche, constituye un rasgo que nunca deja de excitar el asombro de los extranjeros en esas regiones. El primero, principalmente, es tan notable, que si un inglés o un norteamericano fuera buenamente trasladado allí sin conocer los ruidos, se imaginaría que estaba su casa en la vecindad de diez mil silbatos de vapor. Nuestro amigo B. nos aseguró, refiriéndose a las ranas de Guadarrama, un pueblito de las orillas del Portuguesa, que una noche se cayó en la calle al tropezar con una de esas sabandijas a quien tomó por un muchacho agachado. Lleno de indignación, como es de suponer por la indiscreción del tunante, ya B. le iba a dar un puntapié, cuando con gran sorpresa de su parte vio, que lo que había creído un muchacho era una enorme rana que lentamente se alejaba!

CAPITULO XXV

CALABOZO

Encontrábame un día plácidamente absorbido por los placeres de la pesca en la orilla de un caño no distante del vivac, cuando fui arrancado de mi pacífica ocupación por el estampido de armas de fuego en aquella dirección. Corrían rumores allí, sobre los merodeos de una cuadrilla de ladrones que rondaban por aquel vecindario: razón tuve, por lo tanto, para suponer que habían sido lo bastante audaces para atacar el pequeño grupo de hombres resueltos que teníamos, con el fin de saquear el campamento. Recoger mis anzuelos y mi album, fue obra de un instante, y corriendo hacia el vivac, llegué todo jadeante y temblando de fatiga a tiempo todavía de echar el último vistazo a la causa del estrépito; la silueta de una lancha que se deslizaba suavemente río abajo. Parece que el botero, alegre por la presencia del amado Capitán de los Llanos, echó inmediatamente mano del recurso acostumbrado, sea en la paz, sea en la guerra, para expresar su entusiasmo: el todopoderoso cañón. Aquella misma tarde, un destacamento de caballería compuesto de la mayor parte de los vecinos de Calabozo, llegó al paso para invitar al General a visitar la ciudad, y ofrecerle su protección en caso de necesidad contra la banda de forajidos ya mencionada. Acababan estos de mostrarse muy atrevidos, hasta el punto de atacar la guardia de la Cárcel, con el objeto de poner en libertad a un prominente ciudadano del lugar, que había sido complicado en el robo de una partida de mulas. Aunque corrientemente se decía que los autores del reprobable suceso eran dos hijos suyos, el hecho de haberse encontrado los animales en su propiedad, y su firme negativa de no complicar a sus hijos, lo hacían responsable del robo. Encarcelado estaba, y ya había comenzado su juicio, cuando sus hijos, añadiendo la sedición al robo, atacaron de noche la prisión con una banda de peones suyos y de otros hatos. El resultado de esto fue el más desastroso para

los asaltantes: uno de los hijos quedó malamente herido en la refriega, hecho prisionero, y ejecutado en la plaza pública; en tanto que el otro también perdió su vida poco después, durante la vigorosa persecución emprendida por los vecinos contra su cuadrilla. Más todavía: ese puñado de hombres mal armados y sin jefes, pero con un ancho campo de bosques y sabanas por retirada; y lleno de ganado para su subsistencia; continuaron ocupando seriamente la atención del Gobierno durante mucho tiempo, finalmente, cuando estalló la siguiente revolución, ellos formaron el núcleo alrededor del cual creció la partida rebelde y llegó a ser muy fuerte. De este modo algunos malhechores, no solamente evadieron el castigo de la justicia al que eran acreedores por sus fechorías, sino que con aquella eventualidad crecieron en importancia, y hasta llegaron a ser cerebros directores en la tierra donde son impotentes las leyes para reprimir sus excesos.

Con semejante animador programa ante nosotros, dijimos adiós a las alegres trigueñas del Portuguesa, y tomamos la ruta más recta hacia Calabozo, atravesando el gran estero de Camaguán. Gastamos todo un día en vadear este fresco camino, que debido al incesante crecer del río, había ya adquirido el aspecto de un vasto lago. Casi todo el tiempo estuvieron nuestros caballos con el agua hasta la cincha, y pocos escaparon de hundirse totalmente donde quiera que el terreno tenía alguna depresión. Muchas de las mulas de carga, debido principalmente a no tener jinetes que las guiaran, perdían pie y rodaban dentro del agua con gran sentimiento de todos los que tenían cualquier artículo o cosa en sus cargas. Salimos por fin de ese horrible pantano ya de tarde, y llegamos a tierra en el sitio llamado de Banco Largo, célebre en los anales de la epidemia de los caballos como el hato sobre el cual cayó la cólera del cielo después de la jactanciosa blasfemia de su propietario.

Empezábamos a apreciar la comodidad de cabalgar sobre piso firme, cuando divisamos un grupo de jinetes que, saliendo del palmar que nos quedaba a la derecha, galopaban en dirección de nuestros exploradores como si tratasen de cortarlos. Temerosos de que se tratara de la cuadrilla de ladrones, de la que teníamos muchas razones para sospechar de sus malas inten-

ciones; metimos espuelas a nuestros caballos, y nos lanzamos con ardor sobre ellos. Tomándonos a su turno por aquella gente, los extraños corrían a toda brida para evadir nuestra persecución. Observando nuestros exploradores que tenían cortada la retirada por una gran fuerza, no fueron lerdos en su afán de llegar a la casa del Hato, donde podían defenderse contra los supuestos ladrones, hasta que llegáramos a socorrerlos. Como la sospechosa partida disponía de caballos frescos, nos era muy difícil rodearlos, pero afortunadamente, uno de sus caballos metió la pata en un hoyo derribando a su jinete, que debido a esta circunstancia cayó en nuestras manos. Supimos por él que no eran salteadores, sino vaqueros de un hato vecino a quienes el azote de la mosquilla había obligado a echar a correr a todo escape por el palmar con velocidad de malhechores. Viendo sus compañeros que le permitíamos marcharse en paz, refrenaron su carrera, y disipáronse sus temores antes que pudieran llevar la alarma a otros lugares, y propalar la inminente llegada de los forajidos.

En Venegas, hato no muy distante de Calabozo, dejamos los rebaños entregados a la guía, y cuidado de los competentes caporales, en tanto que seguíamos directamente a la Palmira de Los Llanos, siempre escoltados por la guardia de vecinos que desde tan lejos había ido a encontrarnos.

Otra diputación de la ciudad, compuesta por las personas más prominentes del lugar, nos abordó en el paso del Guárico, y luego de algunas felicitaciones y cumplidos, cabalgamos sin parar hasta alcanzar el caserío de la Misión de Abajo. Allí estuvimos el tiempo necesario para cambiar nuestros empapados trajes, y compartir una colación preparada en la residencia de verano de un viejo soldado de la Independencia. Hace famoso aquel caserío, la existencia de varios cristalinos arroyos que nacen de unas profundas zanjas abiertas por las aguas en un conglomerado compuesto de arenas, guijarros y nódulos de hermosas ágatas, cimentado todo el conjunto por una substancia calcárea, probablemente compuesta de pequeñísimas conchas de infusorios. —Darwin, Geología de la Pampas, pp. 129-171. Murray, 1852.

Algunos de los pozos miden varias brazas de profundidad, pero el agua es tan transparente, que se percibe con claridad

la menor pedrezuela del fondo y se pueden observar también algunos pececillos. Daban sombra a estas fuentes naturales, arboledas de plantas balsámicas como copaivíferas, amyres, y algarrobos, cuyo oscuro follaje era realzado por una alfombra de verde yerba que se extendía varias millas alrededor, y daba al conjunto la apariencia de un cultivado y bien tenido parque inglés. Hacia él acuden los habitantes de Calabozo durante los ardorosos días del verano, y ahora acudían en grandísimo número a dar la bienvenida de su bella ciudad.

La procesión se ordenó en el extenso prado natural, de tres millas de largo, que hay entre el caserío y la ciudad, que a lo lejos surge entre el elevado follaje de los abanicos de las palmas que la rodean con su oriental magnificencia. Al penetrar por las angostas, aunque limpias calles, el estampido de los fusiles, pistolas, y trabucos, mezclóse a los vivas de la población, mientras cayó una lluvia de rosas sobre la venerada cabeza del León de los Llanos al pasar frente a las ventanas de las casas. León de los Llanos o León de Payara es el nombre dado por el pueblo al General Páez después de la acción de San Juan de Payara en 1837 en la que con sesenta llaneros de su Cuerpo de Guardia derrotó la fuerza rebelde del Capitán Farfán en número de mil.

La ciudad de Calabozo, capital de la Provincia del Guárico, está situada sobre el extremo norte de la mesa o planicie del mismo nombre, y domina la extensa vista de la pintoresca comarca bañada por el hermoso río que da su nombre a la Provincia. Lo que no ocurre con las demás ciudades de los Lanos, Calabozo es una ciudad bien construida con sus calles trazadas a cordel. Las casas son claras y cómodas, y compiten con las mejores de la capital de la República. Tiene varias hermosas Iglesias, una de las cuales fue edificada a expensas de un rico propietario de ganado del lugar, y es uno de los templos más hermosos del País.

Faltan las palabras para hacer justicia a la entusiasta recepción y hospitalidad sin límites, que en esta ocasión nos ofrecieron sus generosos habitantes. Además de los acostumbrados pasatiempos, como almuerzos y comidas, bailes y fandangos, que diariamente se celebraban en las residencias de la ciudad, se

nos obsequió con fiestas campestres a la llanera en las quintas. Muchas de ellas están situadas a orillas del hermoso Guárico, en los declives de la planicie sobre la cual está edificada la ciudad; y en medio de las arboledas más frondosas de naranjos, limoneros, y otros árboles frutales, nos fueron servidos los obsequios a la genuina usanza llanera. Allí no faltaron los cantadores llaneros para animar la escena con sus interesantes *trovas llaneras,* en la que se hacía especial mención de las personas más connotadas a quienes éramos deudores de tan espléndida hospitalidad; pero, más particularmente de las pasadas proezas del personaje que las inspiraba. Las anchas hojas en forma de abanicos de la palma Moriche (Mauritia flexuosa), —el famoso árbol de la vida de los indios Wanaoum—, que hacían en esta ocasión el papel de los más apropiados manteles, crecían por allí en la vecindad de algún arroyo murmurante que a veces nacía del mismo pie de las palmeras. Creen los nativos que esta palma goza del poder de elevar el agua del suelo mediante sus raíces, confundiendo aquí la causa con el efecto, lo mismo que hacen en muchos otros casos, ya que esta frondosa planta sólo crece en los terrenos húmedos. Actuando los declives de la mesa como un vasto drenaje de la llanura superior, ofrecen así todas las condiciones propicias para el moriche.

Algunas de aquellas fuentes son termales, pero no tan cálidas que impidan tomar en ellas un refrescante baño, habiendo una vez observado que, de dos arroyos que juntos corrían, uno era frío y otro cálido. Las tierras que bañan los ríos Orinoco y Amazonas parece como si fueran particularmente propicias al desarrollo de esta noble especie de palmera y así Linneo, entusiasmado por tan espléndida familia, las titula los "príncipes del reino vegetal". En esos lugares —escribe Wallace—, no existen matorrales que puedan interceptar la vista de las interminables hileras de los altos troncos columnales, que elevándose sin ramas ni hojas a más de ochenta o cien pies, forman un gigantesco templo natural que no cede en grandeza y sublimidad a los de Palmira o Atenas. —Wallace, Palmas del Amazonas y Río Negro.

"Una hoja de este árbol, en su pleno desarrollo, constituye por su peso la carga de un hombre. El peciolo o tallo de las

hojas es una sólida vara de diez o doce pies de largo, mientras la misma hoja o abanico mide nueve o diez de anchura. El fruto formando racimos de trescientos o más, se parece exactamente a los conos del pino blanco, y cuando maduros, son amarillos por dentro, rojos púrpura por fuera, y están cubiertos por escamas. Los beneficios de este árbol de la vida son tan numerosos como los mismos días del año. De las hojas que aún no han abierto, el hombre salvaje de los bosques obtiene una fibra de notable resistencia, la que torcida, le sirve de cuerda para el arco de su flecha y para sus cordeles de pescar; o teje con ella sus elegantes hamacas o delantales para su familia, trenzándolas también para hacer esteras, mantas, y hasta el velamen de su canoa; y cuando estas hojas están bien abiertas, le sirven para cobijar el techo de su choza. Del tallo terminal compuesto de las capas de hojas más internas, comúnmente llamado el repollo de la palma, obtienen los indios un vegetal muy semejante a éste, pero mucho más tierno y agradable que el similar producto de las huertas. Según la sazón en que se recoja, el fruto ofrece una gran variedad de substancias alimenticias, así esté verde su pulpa o azucarada cuando está madura. Como el plátano y la famosa palma-melocotón del Río Negro, dicho fruto es comido al natural o asado, en cuyo caso, su sabor recuerda mucho al de las castañas. Remojado en agua, y dejando que fermente, produce una bebida muy parecida al pulque. También la fruta madura produce, al ser hervida, un aceite que se transforma en jabón cuando es mezclado con las cenizas de una Clusia, (*quiripití*). También el espadire —especie de bolsa fibrosa que envuelve los frutos antes de su madurez— es muy apreciado por los indios a quienes proporciona un excelente y durable vestido. Cogido sin romperlo, forma bolsas en las que guardan las rojas pinturas de sus tocados, o el sedoso algodón para sus flechas. También, extendidas a todo el ancho, las utilizan a manera de gorros curiosamente formados por la Naturaleza sin costuras o empates. Cuando se corta la bolsa longitudinalmente y se la comprime, sirve para guardar sus delicados adornos de plumas y trajes de gala que se mantienen entonces en cesta de hojas de palmas entrelazadas entre dos capas de suaves telas de *bussú*". Wallace, op. cit.

El tronco de la palma macho contiene un elemento farináceo: el *yuruma,* semejante al sagú y a la fécula de la raíz de tapioca, que es fácilmente transformada en pan por la simple desecación sobre discos de tierra (*budares*), y cuando se lo deja podrir en el tallo, da nacimiento a infinidad de grasientos gusanos, altamente estimados por los aficionados indios. Cortado el tallo cerca de la base de las hojas, produce el tronco en abundancia un licor azucarado, que si se deja fermentar, da lugar a una de las variadas clases de vino de palmas. Tales son, en substancia, algunos de los productos más usuales de este verdadero árbol de la vida, con el que la existencia de un rudo pueblo está tan íntimamente ligada, del mismo modo que la del hombre civilizado lo está al lujo y a las comodidades de que se ha rodeado en su hogar. "Cuando los Tamanacos —dice Humboldt— son preguntados cómo la raza humana sobrevivió al gran diluvio— la era del agua de los Mexicanos —responden: En una elevada montaña llamada Tamanacú situada a las orillas del Asiberú, se salvaron un hombre y una mujer, y arrojando las frutas de la palma moriche, vieron que sus semillas produjeron a los hombres y mujeres que repoblaron el mundo. Encontramos así, en toda su gran simplicidad, y entre naciones muy salvajes, la tradición que los Griegos embellecieron con todas las galas de la imaginación".

Para protegerse contra los ataques de los mosquitos y bestias feroces, las tribus errantes sobre el gran delta del Orinoco tienen la costumbre de fabricar entre los altos troncos de las palmeras, plataformas colgantes hábilmente entrelazadas con el follaje, que les permiten vivir en ellas como los monos. El piso de estas aéreas habitaciones, está cubierto por una capa de barro sobre el que encienden los fuegos para la casa. Fue por eso que, cuando los primeros exploradores del río Orinoco penetraron por primera vez en la exuberante *terra incognita;* quedaron sorprendidos al observar ente las copas de las palmas, las llamas que durante la noche se elevaban como si estuvieran suspendidas en el aire. "Los Guaraníes deben todavía la conservación de su independencia corporal, y quizás también la moral, al medio inundado y fangoso suelo sobre el que marchan con rápido paso, y a sus elevadas mo-

radas entre los árboles, habitación ésta cual nunca fue escogida, debido a motivos de entusiasmo religioso, por ningún estilita americano. Estilitas son los prosélitos de una secta fundada en Siria por el fanático Santo de la columna, Simeón Sinanita". —Humboldt.

También encontré por vez primera en Calabozo, el rosal más espléndido o mejor, casi un árbol, como nunca había visto, y que parece ser indígena de aquella cálida región, porque se me ha asegurado que también crece con mucha frondosidad en San Fernando y Ciudad Bolívar, pero el cual era desconocido para todo el resto del país antes de nuestra visita a los Llanos. Como soy apasionado amante de las flores, no me olvidé de llevar conmigo esta nueva y hermosa variedad a nuestra casa de los Valles de Aragua, donde pronto se vistió de innumerables flores que causaban la admiración y el asombro de cuantos pasaban por allí. También de Aragua la llevé a Caracas donde pronto fue la favorita de las lindas damas de la Capital, quienes de mutuo acuerdo la bautizaron, no con el nombre de su introductor, como podría suponerse, sino con el de su padre, con lo que aquel quedó igualmente satisfecho, y ciertamente, ningún otro homenaje más hermoso podía ser ofrecido a su Campeón favorito, que el de unir su nombre con el de la indiscutible Reina de la Belleza entre las flores.

El tamaño que alcanza esta planta supera el de todas las de su clase, que tan bien conocidas son para mí. Cuando florece bajo un clima seco y ardiente como el de Calabozo, alcanzan sus tallos una altura de ocho a quince pies, con su grosor correspondiente y, tanto es así, que soportan una hamaca con su acostumbrada carga; y como produce un gran número de ramas, cada una de las cuales está cargada de flores o de capullos prontos para abrirse, la planta toda presenta una vista realmente espléndida. Flores a centenares se le pueden quitar todas las mañanas sin menoscabar su lujuriosa belleza. En una mata, yo mismo conté una vez más de mil capullos. Estas flores son de un delicado color rojo ladrillo con pétalos regulares y frágiles, que al desprenderse del cáliz alfombran de rojo el suelo sobre el que crecen sus hermanas.

"Sin flores y sin hermosas
¿Qué fuera de los mortales?
Bien habéis nacido, rosas
Sobre el lodo de los males".

Arolas.

Bien pronto se pudo comprobar lo exacto de estos sentimientos, porque desde ese momento, una serie de infortunios que tuvieron comienzo con violentos ataques de fiebre que por poco nos llevan a todos a la tumba, y que terminaron con la destrucción de nuestras propiedades y de nuestros pacíficos hogares, sucediéronse sin interrupción.

La fiebre indudablemente fue ocasionada por las anteriores exposiciones a las intemperies durante el viaje, y por las subsecuentes disipaciones en Calabozo, ya que la ciudad en sí es una de las más saludables de la república. Desgraciadamente, nuestro médico, que tenía la fortuna de tener una esposa celosísima, había sido llamado por su cara mitad, tan pronto como supo que nos acercábamos a la bella metrópoli de los Llanos. Sin embargo, había allí dos o tres médicos, y ellos, junto con la incansable asistencia de las damas, trabajaron por mantenernos vivos hasta la llegada de un hábil médico que había sido llamado de los Valles de Aragua. La condición crítica de nuestro venerable Caudillo y Señor, los inquietaba particularmente, porque la fiebre en su caso había comenzado a presentar carácter maligno. Correos tras correos fueron despachados para activar la llegada del Doctor, en tanto que los generosos vecinos rivalizaban entre sí en los ansiosos cuidados con los que rodeaban el lecho del adorado huésped. Desde entonces, muchos años han pasado y muchas mudanzas han ocurrido, tanto en los asuntos de la nación, como en la fortuna del objeto de estas observaciones, pero su amor por el "Mártir de San Antonio", (un viejo Castillo de Cumaná donde el General Páez estuvo preso durante nueve meses por el último gobernante de Venezuela, General José T. Monagas), lejos de disminuir, parece haberse aumentado durante su prolongado destierro, porque al escribir estas líneas, una petición reclamando su retorno, y firmada por todos los habitantes de Ca-

labozo, acaba de llegar a mis manos, protestando en los términos más enérgicos, contra la impolítica injusticia de abandonarlo en el exilio, cuando más necesita la nación de sus consejos y de su influencia. También condenan con justicia los horrores de la guerra civil, y la falta de unidad que ha existido en la república desde la caída del partido de los Monagas, terminando los peticionarios con la explosión de sus patrióticos sentimientos ante la ausencia de su campeón favorito". Desde las remotas riberas del Arauca hasta los orígenes de nuestro Guárico, nuestros impacientes jinetes interrogan sin cesar al lejano horizonte preguntando a las brisas por los destinos del Héroe que voluntariamente se ha condenado al destierro, exclamando entonces de común acuerdo: —"Cuando nos vuelva a conducir a la batalla, la Victoria nos precederá robustecida por la Paz y bendecida por los vencidos".

CAPITULO XXVI

CARACAS

Cuando estuvimos restablecidos lo suficiente como para continuar nuestro viaje, dejamos a Calabozo en marcha hacia los Valles, escoltados por todos los hombres que podían disponer de un caballo. Nos despedimos en Morrocoyes de nuestra numerosa comitiva, y nos apresuramos a llegar a nuestra casa antes que la fiebre volviera a presentarse, como sucede tan a menudo; y así ocurrió, no bien estuvimos algo restablecidos de las fatigas de nuestro viaje, atacándonos este terrible azote con recrudecida violencia. Nuestro Caudillo, especialmente, estuvo tan postrado, que se llegaron a tener pocas esperanzas de curación. Salvóse, sin embargo, para volver a entrar en campaña, debido a los serios trastornos producidos por esa manzana de discordia de nuestra desgraciada república: las elecciones presidenciales. Los Guzmancistas —los ambiciosos políticos a que nos referíamos no hace mucho—, temerosos del riesgo de las elecciones constitucionales, resolvieron hacerlas a la fuerza. Reunió Guzmán, en Caracas, una inmensa chusma y marchó a su cabeza hacia Maracay, con la ostensible apariencia de un pretexto insignificante, pero realmente con la esperanza de apoderarse de la persona del General, y reunirse a algunas partidas diseminadas por los alrededores de la laguna. Ya referí en el capítulo cuarto de esta narración, cómo logró atraer las clases bajas con falsas promesas de recompensas bajo la forma del reparto de las tierras a costa de los que no hicieran causa común con él. La remisión de todas las deudas, de los juicios pendientes por varios crímenes, y la libertad de los esclavos, quedaban incluidas en su gran programa.

Nos hallábamos comiendo en la hacienda, cuando recibió el General un despacho del Gobierno, nombrándolo Comandante del Ejército, pero, como este era simplemente un mito,

porque en Venezuela no existían fuerzas anteriormente a estos desórdenes; el General en Jefe reunió de nuevo su grupo de adictos servidores, y a algunos amigos de Maracay, que lo rodearon al oír que se aproximaba la falange de Guzmancistas. ¡A tiempo había llegado el despacho! porque mientras lo contestábamos, recibimos informes de que una numerosa tropa de negros bajaba al Valle de las montañas llamadas de la Sierra, del otro lado de la laguna.

Aunque débiles aún por nuestras últimas enfermedades, vímonos forzados a marchar bajo un aguacero, y con el fango que llegaba a la barriga de los caballos, persiguiendo a los foragidos que en el acto fueron expulsados de Villa de Cura. Los tropezamos en el pueblito de Magdaleno donde fueron dispersados después de un reñido combate. El General Páez escapó de milagro de un trabucazo que le dispararon tan de cerca, que la blusa quedó salpicada por los granos de la pólvora sin quemar. La ligereza de su caballo, que saltó hacia delante, salvó quizás a su jinete de una muerte extemporánea. Protegidos por los bosques, a las pocas semanas se habían reunido de nuevo los rebeldes, bajaban a las llanuras y trataban de buscar fortuna contra Calabozo; pero en un sitio llamado El Limón, cerca de San Pablo, fueron completamente derrotados por los vecinos de la ciudad. Nosotros llegamos poco después, a tiempo de asistir a su dispersión, y logramos apoderarnos de algunos de los Jefes, entre ellos del célebre José Urbano, a quien ya hemos mencionado. Entre tanto Guzmán, y su formidable chusma, con más prudencia que valor, resolvió posponer su ataque contra los *oligarcas* de Maracay, y regresó al foco de la sedición y de la revolución: Caracas, en espera de otra oportunidad. El Gobierno, sin embargo, como medida de precaución, y con abundante prueba de su criminalidad, ordenó la prisión de los cabecillas más importantes, con lo cual desaparecieron todos los temores de un estallido en la Capital. A poco se descubrió que la insurrección tenía sus ramificaciones en varios lugares de la Provincia, especialmente en las selváticas regiones del Oriente que bordean los llanos de Barcelona.

Para la supresión de esta facción, fue nombrado el General José T. Monagas, por mucho tiempo el *coco* de esta sección,

para ocupar el cargo de segundo Jefe del ejército, y tal fue la energía desplegada por él en esta eventualidad, que en pocos días capturó y ejecutó a la mayoría de sus adversarios. Por otra parte, el General en Jefe, no hallando más enemigos a quien combatir, puso en libertad sus prisioneros, con excepción de los cabecillas que fueron entregados al juicio de los respectivos tribunales, y regresó a su casa de los Valles de Aragua. Durante su ausencia, hicieron grandes esfuerzos sus amigos para asegurarle su elección a la Presidencia, no obstante que él repetidas veces había manifestado por la prensa y privadamente, su firme resolución de no aceptarla por tercera vez. Viendo a pesar de eso, que sus partidarios y amigos insistían en sus esfuerzos, decidióse salir del país para de ese modo no estar en capacidad de ser apto para el cargo. Al saberse esta decisión resolvióse por fin elegir a Monagas, entonces en Barcelona, y nos dirigimos a Caracas con el propósito de recibirlo.

La exaltación de este sujeto a la Presidencia de la República, a pesar de haber sólo figurado como un Jefe de guerrillas, y como enemigo jurado de la Constitución, se consideró en esa época como un acto de política, esperando que así se satisfaría su codiciosa ambición, la que siempre lo había hecho aspirar al primer puesto de la nación. De cómo él desempeñó su nuevo cargo, el asesinato de los miembros del Congreso que lo habían elegido, bien lo demuestra.

Llegamos a la Capital entre las mayores demostraciones del favor popular y de respeto por el General en Jefe. Las calles estaban repletas de gentes de todos los partidos y condiciones; hermosas damas fueron encargadas de presentar a nuestro Caudillo coronas de laurel, mientras en las ventanas y balcones colgaban guirnaldas y festones de las más exquisitas flores, junto con banderas que tenían inscritos apropiados lemas y divisas. Todas las esquinas estaban embellecidas por arcos triunfales, decorados artísticamente con banderas y alegóricas pinturas, entre las que sobresalían los retratos de Bolívar y Páez. Resonaba el aire con las aclamaciones del populacho, y la explosión de los cohetes disparados casi a los pies de nuestros caballos, mientras era tan compacta la multitud que llenaba

las calles, que dificultaba nuestro avance y casi lo hacía imposible. Sin embargo, la misma multitud que en esos momentos lanzaba sus vivas más entusiastas al desinteresado patriota, un año después pedía su cabeza al tirano Monagas.

Una espléndida merienda había sido preparada por las personalidades de Caracas en los espaciosos corredores de la casa del General, cuyos sótanos se habían surtido con los vinos y las conservas más exquisitas.

Era bien sabido por toda la ciudad, que Monagas y sus semisalvajes tropas —que aún estaban en Barcelona fraguando la ruina de la República— iban a ser los huéspedes del General Páez, hasta tanto que les fuera preparada una conveniente residencia. Sin embargo, el nuevo Presidente retardó su venida, y este retardo fue aún más odioso debido a que el país no gozaba entonces de una firme condición. Muchos de los cabecillas de la última revolución andaban todavía sueltos, y la pandilla de la Sierra se había dejado ver de nuevo muy numerosa bajo el mando de Rangel, un audaz mestizo, antiguo partidario de Cisneros, otro bandido indio, que bajo el pretexto de combatir por España había sembrado el terror durante once años en los alrededores de Caracas. Pero como generalmente sucede en todos los países conmovidos por las revueltas civiles, se habían trocado los papeles, y este antiguo terror de las montañas, se tornó en el instrumento más eficaz para la supresión de las cuadrillas de malhechores que erraban por los inaccesibles vericuetos de la Sierra. De acuerdo con esto, fue comisionado por el General en Jefe para su exterminio, aunque bueno es decir que, varias veces dejó translucir algo así como una peligrosa parcialidad con su antiguo socio Rangel. Entre tanto, permanecíamos en Caracas aguardando de día en día la llegada del futuro renegado Monagas.

El modo como el salvaje jefe indio fue convertido de un implacable bandido, en un sumiso esclavo del General Páez, es extremadamente singular y se me permitirá que le de cabida en estas Rudas Escenas. Aunque el poder de España bajo cuya bandera hacía una guerra feroz a la sociedad, había sido un *non est* en Venezuela desde hacía muchos años, él continuó dando jaque a las mejores tropas de la república

durante todo ese tiempo; hasta que el General Páez, encontrando imposible su captura por la fuerza, trató de subyugarlo por las buenas. Un hijo del foragido, un chicuelo de siete a ocho años, había sido capturado por las tropas, y enviado como trofeo al General. Era tan arisco el pequeño salvaje, que nadie podía acercársele, porque sus dientes y garras (que tales parecían sus largas y afiladas uñas), en un instante hubieran destrozado la mano amiga que se hubiera extendido para acariciarlo o tocarlo. Su bautismo hasta entonces descuidado, se había pospuesto hasta que se hiciera más tratable. El mismo General fue su padrino, y una de las damas de la familia, la madrina. Ya cristianizado el pequeño salvaje, fue puesto en una escuela junto con los hijos de su padrino, y tratado con la misma consideración que a cualquiera de ellos. Cuando Cisneros tuvo conocimiento de la buena suerte de su hijo, a quien él creía muerto, tanto se conmovió el viejo bandido, que envió una carta a su compadre con una de sus esposas en la que le daba las gracias, aunque afirmaba su determinación de continuar guardando fidelidad a Su Majestad Española. Aprovechó la oportunidad el General Páez, para proponer una entrevista en el lugar que mejor le pareciera a Cisneros. Al principio, la respuesta fue una ruda negativa, sospechando alguna traición por parte de su compadre, cuyo vínculo es algo así como un lazo sagrado entre los padres y el padrino. No podía entender por qué un hombre de la posición del General iría a meterse entre salvajes, sin otro motivo que el de celebrar una entrevista. Le fue propuesta una segunda invitación valiéndose de alguna de las mujeres emisarias (ningún hombre se aventuraba a penetrar en su campamento) y esta vez con mejor resultado, pero, con la condición expresa, de que fuera sólo el General hasta las guaridas del bandido en las montañas del Tuy, al sur de Caracas.

Era la empresa peligrosa cual ninguna, pero, como no había otro remedio, el General emprendió su camino, no obstante la más violenta oposición por parte de su familia y de toda la población. Un grupo de caballeros lo escoltó hasta la entrada de la montaña, donde quedaron aguardando impacientes el resultado. Siguiendo el camino marcado en la carta de instrucciones que se le había enviado, cabalgó el General dentro del

monte hasta que fue detenido por un espantable ¿Quién Vive? de uno de los centinelas; contestando satisfactoriamente el reto, él siguió; y otro ¿Quién Vive? le hizo ver una larga fila de soldados salvajes que le apuntaban a la cabeza con sus fusiles. Mientras avanzaba esperaba oír la voz de ¡fuego! pero, con gran sorpresa, no escuchó ni una palabra más hasta que llegó al Cuartel del Jefe bajo una gran ceiba. Por la fama y las hazañas de Cisneros, el General pensaba encontrarse con un poderoso guerrero indio rodeado por un estado mayor de igualmente atléticos hombres. ¡Cuán grande no fue su asombro al percibir a una mezquina criatura, con el rostro medio oculto por una masa de cabellos caídos que avanzaba hacia él!

Notó, sin embargo, que aquella caricatura de hombre llevaba en la mano en lugar de un cachimbo un formidable trabuco, muy bien conocido en la comarca, el que por su tamaño, nadie, a no ser Cisneros, se hubiera atrevido a disparar. No hubo necesidad de más presentaciones, y por lo tanto, extendiendo sus brazos hacia el extraño, el General abrazó a su compadre con trabuco y todo. A pesar de esta cordial demostración de amistad, el bandido demostraba estar arisco y receloso de la espada montada en plata que pendía del costado de su huésped, lo que siendo apercibido por el General, inmediatamente se despojó de ella, y se la presentó a su compadre dándole un nuevo abrazo. Era muy grande la tentación: deponiendo toda reserva, Cisneros recostó su trabuco contra el árbol e invitó a su compadre que se sentara a su lado en la misma hamaca. Entonces el General, empleando todo su tacto, trató de persuadir al testarudo forajido de que abandonara su carrera de crímenes, por la menos expuesta vida entre las sociedades civilizadas, ofreciéndole en nombre de la República, que él seguiría con igual rango y paga de los que tenía al servicio de España. A esto replicó Cisneros, que él había jurado fidelidad a su Amo: el Rey, y que por lo tanto no podía oír ninguna proposición que traicionara la confianza que en él se había depositado. Sin comprometerse en lo más mínimo, por fin consintió en aceptar la invitación del General de devolverle su visita algún tiempo más tarde, lo cual cumplió quince días después, escoltado por toda su horda de

salvajes. No quiso avanzar, sin embargo, más allá del Valle, a tres millas de Caracas.

Acudió hacia el lugar en grandes masas el curioso pueblo de la capital, atraído por la fama del extraño huésped, quien a la postre se sintió tan cautivado por la universal cordialidd de su recepción, que resolvió quedarse y aceptar las reiteradas invitaciones del General. Disolvió entonces su guardia de cuatrocientos soldados, indios todos los cuales quedaron al servicio del gobierno, y se dedicó a la cría del ganado siguiendo el ejemplo de su compadre, quien le avanzó el necesario número de cabezas para establecer una *fundación* en el caserío indio de Camatagua.

La cabra tira al monte —dice el refrán— y el pobre Cisneros después de servir tan bien a su tierra acabando con los malhechores, y redimiendo así, en cierta manera, sus pasadas fechorías, se hizo al fin sospechoso de contribuir a las escapatorias de su antiguo camarada Rangel, y de modo tal, que el General en Jefe creyó necesario quitarle todo mando y llamarlo a su Cuartel General de Villa de Cura, al que regresó con tal fin. Una noche, mientras conversaba el General con dos de sus oficiales, en el corredor de una solitaria casa, en la que se había detenido poco antes de llegar al pueblo, Cisneros, trabuco y espada en mano, surgió repentinamente ante él. Sospechando alguna traición, el General avanzó en el acto sobre él y le preguntó: —¿Por qué está usted aquí? "Vengo —respondió fríamente Cisneros— a preguntar la causa de mi destitución." Dijo entonces el General: —¿Usted está solo? —Ahí está mi gente, respondió prontamente Cisneros señalando una sabana que le quedaba a su espalda. No bien había acabado de decir esto, el General arrebató la espada y el trabuco al atónito guerrillero, ordenó a uno de sus oficiales que le pusieran grillos, y envió al otro en busca de los hombres para llevarlos al cuartel. Ulteriores investigaciones probaron que Cisneros, disgustado por verse destituido en el mando por un Teniente-Coronel, invitó a sus hombres a que le siguieran, invitación que por lo menos, fue inmediatamente aceptada por la tercera parte, y si no hubiera sido por la rápida decisión de aquel oficial, que ordenó el resto a retroceder, alertándolos del peligro que corrían por desobedecer las órdenes del Gene-

ral en Jefe, era indudable que muchos más lo hubieran acompañado. Escoltado por los mismos desleales, hizo entonces Cisneros su camino hasta Villa de Cura, a cuyo lugar se aproximó cautelosamente al amparo de la noche.

Al siguiente día se le formó un consejo de guerra, y habiendo sido suministrada por él mismo la evidencia de su culpabilidad, fue condenado a ser fusilado tan pronto como fuera aprobada la sentencia por la autoridad superior. Entre tanto, Cisneros creía firmemente que todo aquello no eran sino bromas de su compadre para asustar a los demás, y no parecía que le diera la menor importancia al resultado. Alegaba también, que otros aún más criminales que él mismo por instigar la revolución andaban libres por la Capital y otros lugares, y que por lo tanto nada tenía que temer. Vio, sin embargo, lo contrario de lo que pensaba, cuando fue devuelta la sentencia, y el General ordenó su ejecución. Aún todavía, Cisneros, imbuido por la sagrada naturaleza del lazo existente entre él y el General en Jefe, no podía convencerse de que sería fusilado, pero cuando se vio por último conducido al lugar de la ejecución, tornóse muy sumiso, y pidió licencia para hablar. Dirigióse a la turba reunida en la plaza protestando de su inocencia contra el cargo de traición que se le imputaba, aunque reconocía que aquello era el justo pago de sus antiguos crímenes.

Pocos días después, fue traído también el cadáver de Rangel, agujereado de balas y atravesado sobre el lomo de un burro; había sido acosado en el monte y muerto por un hábil montañés, después de una derrota que le infligieron las tropas del Gobierno en Pagüita. Lesaparecidos por entonces todos los temores de nuevas insurrecciones, encaminamos nuestros pasos a la Capital, donde llegamos a tiempo de cumplir con el deseo de Monagas, de que fuera el General Páez el primero que lo saludara en la rada de La Guaira.

APENDICES

AL CAPITULO IV

ORACION DEL JUSTO JUEZ

Justo Juez de mi Señor Jesucristo —Hijo de la Virgen María— Guárdame por esta noche y mañana en todo el día— Que mi cuerpo no sea preso— Ni mi sangre sea vertida— Las armas de mis enemigos sean vencidas— Y las mías sean guarnecidas— A mis enemigos veo venir —La sangre de Cristo me quieren pedir— Yo no se la quiero dar— Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar— Todos mis enemigos que mis pasos me siguen— Con dos los veo, con tres los ato, con la del Padre †, con la del Hijo † y del Espíritu Santo †. Vengan mis enemigos— Tan mansos a mis pies— Como Jesucristo fue a manos de Pilatos— Paz, Cristo, Paz. —Una cruz cayó del cielo y pasó junto a mí— Ella sea mi defensa, responda y hable por mí. —Amén.

ORACION PARA MATAR GUSANOS

Yo los conjuro animales perjuros †
Para que vayan muriendo de uno en uno †
San Joaquín cúralos, cúralos
Juntamente con Cirineo †
Yo creo † que han de morir en su misma sangre
Yo creo † Yo creo † que han de morir. —Amén.

(Esta oración debe repetirse cuantos sean los colores del animal y las gusaneras que tenga. Al terminarla se arroja un puñado de tierra hacia el animal).

ORACION CONTRA LAS CULEBRAS

San Pablo por ser querido
De Dios tan poderoso,
Líbrame de las culebras
Y animales ponzoñosos.
En la cabeza cargo una cruz,
Y en los pies una luz.
Estas cuatro palabras
Las digo porque las sé,
En el nombre de San Pablo,
Jesús †, María † y José.

Se repite siete veces Jesús †, María † y José †).

AL CAPITULO IX

En los bailes populares de los llanos se denominan "golpes de asamblea" aquellas piezas bailables en las que pueden tomar las maracas y cantar cuantos lo tengan a bien. Generalmente alternan tres o cuatro cantadores, y la emulación que se establece entre ellos con frecuencia degenera en desafíos y riña. Para evitar esto intervienen con algunas coplas los encargados de velar por el orden en la reunión. Si la querella no es grave sino puntillos de amor propio, la cosa no pasa a mayores y se humedece con algunas copas. Los temas son humorísticos, amorosos, históricos, referencias de lances personales, piropos a las parejas, etc. Las tonadas más usuales: "golpes", "jazmines", "guacharacas", "mariselas".

GOLPE DE ASAMBLEA

—Escuche vale Galindo,
escuche y le canteré,
ya pinta canas el indio
desde que la cosa fue.
Escuche vale Galindo
lo que le cuento lo sé
no porque me lo contaran
que a conversa no doy fe.
Lo cuento porque me vide
en lo recio del plomero;
fui lombriz en bachaquero;
y cuando atención le pide
quien lo quiere complacer
estimo de su deber
si a toda soga lo mide
refrescarle la garganta

porque el asunto que canta
para referirlo entero,
cada cosa en su lugar
hace punto refrescar
la cañada del guargüero.
—Escuche vale la prima,
escuche vale el bordón;
mire que se pierde el son
y su cuento no aparece;
vamos a ver si merece
que se le preste atención.
—Agora mesmo diré
para que lo sepan todos
lo que le pasó a los godos
camino de Santa Iné.
—Diga, pues, vale que fue.
Yo estaba en ese lugar
y también puedo contar
ese susto que pasé.
—Yo la fui con los centrales
mas no la fui por mi gusto
—y yo vale pasé el susto
junto con los federales.
—En Valencia la recluta
fue de too bichito de uña,
y topó este negro Acuña
con la comisión más bruta.
Me metieron a la fila
y entre empujones y plan
camino del llano van
los reclutas a la jila.
—No venga a llorar sus cuitas
en medio de esta reunión
¡vivan la federación
y las Animas benditas!
—Las ánimas me prestaron
su bendito escapulario
y la Virgen del Rosario
que fue toda mi esperanza
en aquel atolladero
me libró de que una lanza
de algún diablo federal
me fuera hacer un ojal
en este lustroso cuero.
—Farias más amarillo
que un ojo con itericia
—no es un güeso la melicia
que le gusta a mi colmillo.
—Negro no se amarillea,
negro se pone tierroso:
—negro ojo blanco es miedoso
para eso de una pelea.
—Depende de como sea
yo soy un negro faculto
y al que me largue un insulto
lo acuesto en una batea.
—No se lo dije por mal
pero si por mal lo toma,
que este indio cobija coma
no parece natural.
Yo soy viejo federal,
algo en el pecho me queda
y no hay en esta vereda
quien se me venga al bozal.
—Y no digo que soy guapo
mas si este negro se enoja
yo no veo quien lo recoja
si le hace espuma el guarapo.
—Dejen el pleito señores,
déjenlo para después;
no sigan entre estas flores
el pleito de Santa Inés.
—Contaré en otra ocasión
—lo que les diba contar.
—Bueno, dejemos pasar
la cualesquiera impresión.
Tal vez una ofuscación
un charrabasquirrón desos
propios de las mocedades,
—palabras no quiebran güesos
pero quiebran voluntades.
—Vamos a parar el golpe
y cambiar el argumento
señores los bailadores
a descansar un momento.
Vamos a parar el golpe,
busquen, señores asiento,
obsequien a su pareja
para que tomen aliento,
que las ganas de beber
es la cosquilla que siento.

(Tomado de "Cultura Venezolana").

AL CAPITULO X

LOS LLANOS DE APURE *

Acabo de hacer una expedición a San Fernando de Apure y como anteriormente había pasado largos años en las Pampas de Buenos Aires, las sabanas de México y Texas, una comparación entre ellas y los llanos de Venezuela es inevitable.

Las principales diferencias son las siguientes:

En las Pampas de Buenos Aires, abunda el agua, los períodos secos son infrecuentes y las inundaciones de los llanos de Venezuela son desconocidas. La Pampa de Buenos Aires antes del tiempo de los cercados, tenía el aspecto de un mar terrestre, pues no tenía árboles, sino de vez en cuando un solitario Ombú. En los Llanos la perspectiva está interrumpida por grandes fajas de montes y grupos de palmeras.

En mi concepto los Llanos de Venezuela tienen más semejanza con el Gran Chaco que con el inmenso territorio que se extiende desde Buenos Aires hasta Punta Arenas. El parecido con el Gran Chaco es tan exacto que varias veces dije a mi amigo Kent, podemos estar en tal o cual punto que conocemos, pero gracias a Dios aquí no hay peligro de una arremetida de los Lenguas o los Tobás. En cuanto a los habitantes, centauros ambos, la principal diferencia que pude distinguir en mi corta estancia (seis semanas), es que el gaucho por lo general es un ser más triste y taciturno que el alegre llanero como se deja ver en sus respectivas canciones nacionales; los galerones de los llaneros están llenos de chistes y dichos, las canciones de los gauchos son invariablemente tristes.

Lo que choca al viajero en los Llanos es la despoblación. Forzosamente en los tiempos de la guerra de Independencia, debían de haber sido más poblados, o Páez y los demás Cau-

---

* El autor de estas notas es un hombre representativo. Conoce y ama la América Latina, que le paga su afecto en buena moneda. Entre sus trabajos literarios figura uno con el título de "La Vieja de Bolívar"; por otra parte es un experto en negocios agrícolas.

Nº 80 de "Cultura Venezolana", abril de 1927.

dillos no habrían podido sacar las fuerzas con que combatieron por la gran causa. La razón no es fácil de adivinar. Indudablemente el clima y las condiciones generales de aquellos tiempos eran idénticos; en consecuencia, el paludismo debe de haber existido desde los tiempos más remotos. La emigración me parece difícil. ¿A dónde pudieron haber ido todos los habitantes? Dejo a los estadistas venezolanos la solución del problema.

Como es sabido la principal riqueza de los Llanos ha sido, es, y en mi concepto siempre lo será, los ganados. Me parecen los Llanos poco propicios para la agricultura, además el llanero no es agricultor. La inmigración europea no sería muy provechosa en aquel clima caluroso.

Como antiguo ganadero en México y en la Argentina puse mucha atención a la clase del ganado llanero. Después de una experiencia bastante larga de los ganados criollos en las Repúblicas Sud-Americanas, México y Texas, el de Venezuela me parece el mejor que he visto. El novillo venezolano no es el animal grande y huesudo, de cachos largos del ganado criollo mexicano y texano y mucho menos se parece al de las Pampas de la Argentina que era un animal pequeño y ágil como un gamo. Al contrario, el novillo llanero es una res bien formada, poco huesuda y que tiene un peso muy superior a los demás ganados criollos Sud-Americanos.

Juzgando superficialmente creo haber visto muchos animales que pesaban 900 libras y algunos llegaban hasta pesos increíbles entre los demás ganados criollos de América. No niego que en el Estado Bolívar (Colombia) se pueden encontrar animales de igual peso, pero todo aquel ganado tiene mezcla de sangre normanda. Háblase mucho de refinar la cría. Todo vendrá a su debido tiempo, pero por el momento no veo necesidad alguna para meterse en tales empresas. Para lo que se tercia ahora el ganado de los Llanos me parece muy adecuado para las necesidades del país. Como progresista creo que en el futuro se refinará como se han refinado los ganados de la Argentina; pero espero que en el proceso del refinamiento no vayan a introducir sangre del Cebú en mayor

escala. El Cebú es un animal basto, bravo, poco productivo, y que produce una carne nada apetitosa.

Veo en los llanos una fuente de riqueza nacional que todavía ha sido poco explotada. Al poblar los demás llanos Sud-Americanos de ganados, siempre habrá espacio en los llanos venezolanos en donde debe de caber el doble o el triple de los ganados que ahora vagan por aquel océano de "paja y cielos".

ROBERTO CUNNINGHAM GRAHAM

AL CAPITULO II

LA MISION ITURBE A LOS LLANOS DEL GUARICO

Creemos pertinente insertar en este Apéndice, el trabajo que en el "Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas", publicamos en mayo de 1927 a propósito de una excursión médico-científica por los Llanos del Guárico, dirigida por el Dr. Juan Iturbe.

Bajo los auspicios y ayuda del señor General Juan Vicente Gómez, Presidente de la República, del Banco de Venezuela y de la Cámara de Comercio de Caracas, nuestro conocido científico, doctor Juan Iturbe, universalmente aplaudido por sus valiosos trabajos sobre Patología Tropical, acometió la empresa de trasladarse a los Llanos de Calabozo, para estudiar en ellos el paludismo y la anemia producida por el anquilostomo duodenal. Por invitación suya fuimos sus compañeros de viaje y sus colaboradores, el doctor R. Hill de la Rockefeller Foundation, el suscrito, el sabio naturalista doctor H. Pittier, quien hizo grande acopio de plantas, los señores Edgar Anzola, Lucca, Carpio y hermanos Granados como cinematografistas y fotógrafos, el señor Bernabé Planas, culto sportman; y los señores, hermanos Basso, Prieto, Ranzulli, Teppa y Massó como cazadores.

LA SALIDA

El día 9 de abril del corriente año, fue el escogido para la partida; la que cada grupo verificó por separado, eligiéndose como punto de reunión, el Hotel de San Juan de los Morros *; el célebre y salutífero balneario que nos brindó con sus tibias aguas sulfurosas el placer de sus deliciosos baños, y con su cómodo y magnífico Hotel, un grato reposo consagrado a discurrir sobre la ya en marcha Misión a los Llanos, cosa ésta nueva y rara para la gran mayoría de nosotros, y la

* De una Conferencia leída por el doctor Louis G. Blanc (de Aix-les-Bains) en la Sociedad Médica de Caracas, en la Universidad Central, hacemos los siguientes extractos sobre el famoso balneario de San Juan de Los Morros. "Desde luego una observación se impone bajo un punto de vista general: San Juan de Los Morros posee un clima notablemente sedante y al mismo tiempo tónico. Su altitud relativamente baja (400 metros) es suficiente en numerosos casos para estimular y vivificar el organismo, y sobre todo su situación en un largo y ancho valle rodeado por todas partes de colinas o montañas de 600 ó 1.000 metros, explica los notables efectos sedantes y tónicos de San Juan en personas que no toman baños. En este valle circulan constantemente corrientes de aire, dos ríos corren a plenos bordes así en invierno como en verano y sobre todo en el centro se encuentra una fuente termal que emite, además de gases sulfurosos, una cantidad considerable de gases raros cuya influencia estimulante ha sido bien estudiada en La Bourboule.

Puedo, pues, afirmar el valor de esta acción climática cuya importancia es tan grande en las perturbaciones cutáneas de reacción.

Quiero resumir aquí las indicaciones y contraindicaciones principales de dicho Balneario.

Indicaciones para toda edad:
Las anemias post-palúdicas.
Las afecciones cutáneas incluyendo las parasitarias y microbianas.
Las adenopatías.
La sífilis.
Todos los pruritos y urticarias, los eczemas vesiculosos y secos.
Los liquens y neurodermitis.
La psoridsis con ciertas restricciones.
En los niños, San Juan es recomendable en el eczema, el linfatismo, la escrófula, la anemia, las vegetaciones adenoides, las adenopatías y el asma.
En los adultos es necesario señalar:
Ciertas afecciones útero-ováricas.
Reumatismos sub-agudos.
Rigideces articulares y artritismo.
Diabetes y glicosuria.
Insuficiencia hepática ligera.
Además, en un gran número de otras afecciones, que por el momento no me es posible definir, el tratamiento hidro-mineral puede ser de gran utilidad.
Contraindicaciones:
En primer lugar todas las afecciones agudas.
La tuberculosis y el cáncer.
Afecciones cardíacas mal compensadas.
Las lesiones arteriales hipertensivas en particular.
Las afecciones congestivas del aparato génito-urinario.
En general todos los estados congestivos.

que contemplábamos a través de mil falsos espejismos productos de lecturas, cuentos y narraciones, muy distintas como lo hubimos de ver a poco, de darnos a vislumbrar siquiera toda la grandiosa belleza y la salvaje y embrujadora atracción de los Llanos de Venezuela.

Muy de mañana abandonamos el sitio encantador que nos había albergado y ofrecido la mágica visión de sus extraños paisajes, aprovechando velozmente la carretera que conduce a Ortiz, lugar donde llegamos tras una agradable recorrida bordeando el naciente río Guárico, y saludados por los alegres cantos de las mañaneras guacharacas. En la decaída antigua capital del Estado Guárico dimos comienzo a nuestros estudios, recogiendo un abundante material de muestras de sangre, fotografías de enfermos, y cuantos datos e informaciones estimamos útiles para la defensa de sus habitantes contra el mortífero paludismo, la anquilostomiásis y la úlcera tropical. Muy avanzado el medio día abandonamos a Ortiz para de allí a poco, en "Los Dos Caminos", equivocar el nuestro, tomando por la abandonada ruta que conduce a Calabozo, vía del Rastro y perdiendo las ventajas de la magnífica carretera de los Llanos, obra ésta como todas, de la actual administración. Pronto comenzaron los tropiezos. Había llovido poco hacía, y durante 87 kilómetros que tuvimos que recorrer para llegar a la capital del Guárico, la resistencia de los automóviles y la habilidad de sus conductores, fue puesta a dura prueba en baches y atascaderos.

A orillas del camino, algunos bodegones de mala apariencia, como en "Los Placeres", "Los Dos Caminos", "Morrocoyes", ostentan una surtida y brillante batería de licores fuertes, y en cambio poco o nada de comer, o de refrescar ofrecen al que eso solicita. El viajero indaga en vano por cualquiera de las más comunes cosas de comer o frutas del país. Para los moderados, sólo las sospechosas "Kolas" los sacan de apuro, perdiéndose el tiempo preguntando por el tradicional "guarapo".

Perseverábamos en aquel desechado camino venciendo los atolladeros, y viendo aparecer ante nuestra vista las señales anunciadoras de estar próximas las tierras llanas. Tiempo hacía que las ondulaciones del terreno desde los Montes de San Juan

aparecían más bajas, más suaves, más escasas. Habíamos pasado a través de una comarca que dilataba cada vez más sus horizontes, nivelaba sus cerros y colinas, y se perdía suavemente en una ondulada sucesión de altosanos. Disminuía también la vegetación arbórea y la herbácea ganaba terreno apareciendo a trechos las primeras sabanas. Cruzaban el camino los asustados venados; y bandadas de patos y garzas, posados en tierra, o volando tardamente, marcaban los rumbos de los lejanos horizontes.

Fue en "La Yegüera", hato de una Compañía inglesa, cuando se ofreció por vez primera a nuestra atónita y embelesada contemplación, el grandioso espectáculo de una faena llanera. Por el medio de una extensísima sabana caminaba al caer del día, numeroso rebaño de ganados que conducían recios jinetes de típico aspecto. Flanqueada por todos sus lados, la variada y movediza "punta" avanzaba tardamente como una ondulante mancha amarillenta salpicada a trechos de tonos negros y blancos. Los llaneros vigilantes llevaban terciada al costado derecho la inseparable compañera de sus faenas de centauros: la cobija, mostrando ya en uno su derecho azul, ya en otro, su sangriento revés. Un ritmo lento e igual uniformaba la marcha de hombres, caballos y reses, sólo interrumpido a veces por el brusco intento de fuga de algún novillo prontamente sometido por el rápido amago de un caballo. Así avanzaban los llaneros, los primeros que veíamos en la hermosa realidad de sus trabajos, mientras llegaba a nuestros oídos el eco de sus gritos, de sus cantos de extraña melancolía, en aquel infinito de extensión y de silencio bajo un cielo de tarde que moría surcado por bandadas de garzas, volando lerda y tardamente marcando los rumbos de los horizontes lejanos.

Algo entrada la noche llegamos a Calabozo donde éramos esperados. No es posible verse acogido en parte alguna de mejor manera a cómo lo fuimos en Calabozo. De un modo franco, amistoso y culto, el Presidente del Estado, señor Coronel A. Rodríguez López, el Secretario del Estado, doctor Landaeta Llovera, el Secretario privado del Presidente, señor José Rafael Viso, el Jefe Civil y otras personalidades nos colmaron de finas atenciones, y sembraron en nuestras almas y corazones, afectos y eternas gratitudes. Espléndidamente alojados en

la casa del Coronel Rodríguez López, nos fue ofrecido un lujoso banquete a cuyo final el doctor Iturbe expuso el objeto de la misión por él encabezada, y dio las gracias al anfitrión por el obsequio y atenciones recibidas. Siguióle en el uso de la palabra el suscrito, y cerró el acto el doctor Landaeta Llovera.

Consagramos la mañana siguiente al estudio del paludismo y de la anquilostomiásis en Calabozo; activamente secundados por todas las autoridades, dando por resultado la comprobación de un porcentaje de 97 por ciento de infectados por el anquilostomo. La cifra correspondiente al paludismo la darán a conocer los estudios de laboratorio que practica el doctor Iturbe, pero clínicamente, a juzgar por el infarto del bazo de las personas examinadas, debe ser elevado. Esta antigua ciudad, debido a la ausencia de caños, ciénagas o esteros en sus próximos alrededores, no es muy atacada en sí por el paludismo, proviniendo los casos en ella observados, en su gran mayoría, de otras regiones del Estado, etc.; debiendo anotarse que entre los observados clínicamente, figuran los delincuentes de la Cárcel procedentes en su mayoría de distintas regiones donde reina la endemia tropical por excelencia.

Poco antes de medio día emprendimos viaje a nuestro último objetivo, el famoso Hato de La Cruz, generalmente conocido bajo el nombre "La Rubiera", sobrenombre alusivo a los seculares y antiguos propietarios de aquel emporio pecuario, los rubios Mier y Terán, distante 116 kilómetros de Calabozo. Llevábamos rumbo Sureste, siguiendo los automóviles uno de los muchos carriles que serpean la sabana, que se ofrece como la pista o rastro más frecuentado. Estos carriles paralelos y tortuosos, son extraños allí donde la línea recta debiera imperar acortando las enormes distancias. Pero, se trata simplemente de surcos abiertos entre los pajonales de las sabanas por el tráfico secular de las reses. En la estación seca, nuestro verano, esos caminitos sinuosos e interminables se prestan fácilmente para la rápida marcha de las máquinas, pero, como nos sucedió al regreso, tan pronto las lluvias comienzan, se ablanda la roja arcilla del suelo, acumúlase el agua en los declives y surgen terribles dificultades para el avance de los vehículos. Por otra parte los ríos y los caños

hinchan su caudal haciendo impracticables los vados y cerrando el paso a los viajeros. A los 19 kilómetros de Calabozo vadeamos el río Orituco por el paso de Juan Arvero, y a los 67 más de recorrido, llegamos al paso del Caño del Caballo, donde pareció en un principio que iba a finalizar nuestra excursión. Está formado este Caño por un profundo zanjón que divide bruscamente la sabana. Sus bordes cortados a pico, se elevan a ocho metros, y en el propio paso tiene un ancho de ciento. La decisión de pasarlo a todo trance que tomara el Coronel Rodríguez López, salvó la situación, y pronto tuvo a sus órdenes, decididos y entusiastas, a muchos de los expedicionarios. Llovía en aquellos momentos, y bajo el agua y dentro del fango, desnudos y bravamente, lograron tras inauditos esfuerzos y arrastrando los autos, salvar el caño.

Hasta aquí la llanura nos había revelado sus magnificencias y bellezas. Ochenta y seis kilómetros de recorrido a través de aquellas pródigas tierras de ilimitados horizontes, de cambiantes perspectivas, pobladas por innumerables rebaños vacunos, de hatajos de caballos, recorridas en tropel por los venados; poblados sus caños y esteros por una increíble e infinita variedad de aves acuáticas, las que al asustarse con chillona algarabía se elevan por los aires formando legiones, en vuelos rectos y acompasados como el de las garzas de plumajes de infinitos coloridos, y entre las que resaltan los corocoros, la alada flor de vivo carmesí, cuya púrpura luce en el espacio lejano como rojas banderitas cuando por la distancia se confunden con el cielo las otras aves. Incontables enjambres de guiriríes ascienden en giros espirales hasta grandes alturas, y el gigante y espléndido pato real de oscuro y tornasolado plumaje, vuela veloz con el sonoro impulso de sus alas enormes marcadas por dos triángulos blancos. La cómica gravedad de los garzones soldados, de enormes cuerpos blancos en equilibrio sobre los altos zancos de las delgadas patas, la hace resaltar la negra largura de sus picos que abruman la fina delgadez de los cuellos. Merodean insaciables los rapaces, representados por legiones de gavilanes colorados, caricaris y primitos. Nubes de palomas vuelan ruidosamente a cada instante, y al abrigo de una charca discreta, aviva el brillo de su negro plumaje el bello paují. La llanura cubierta de variadas hierbas forrajeras,

da asilo a numerosas plantas, chaparros, guásimos y samanes, que a largos trechos allí se ofrecen. Bordeando los ríos y los caños, se prolonga una poderosa vegetación arbórea formando las llamadas montañas de galería, y en ellas viven infinidad de aves, monos, y el tigre se refugia en sus sombrías soledades. La palma moriche gusta de los suelos húmedos y eleva sus airosos penachos sobre la flora circundante. En las abrasadas llanuras reina por la gracia de su tronco esbelto, la palma llanera, la de los amplios abanicos verdes, la que tamiza la uniforme extensión de las llanuras a través del ceniciento varillaje de sus troncos, propicia al viajero la sombra de la siesta, ofrece el apoyo de sus rectos fustes al liviano chinchorro, y rica en dones para el llanero, desde el techo de la casa hasta el tranquero del corral, la palma le da todo, todo, hasta la rica nuez de sus frutos para los cerdos del chiquero.

Durante el trayecto se cazaba lo que la rapidez del viaje permitía y se tomaban muestras de sangre que más luego, en Caracas, iban a estudiarse. En el paso del Caño del Perro sorprendimos una tribu de monos araguatos, señores de frondoso samán, los que nos dieron a muchos por primera vez el singular espectáculo de sus cabriolas funambulescas, siendo muertos dos para su estudio. De allí a poco nos encontrábamos en la casa de la Rubiera. La acogida aquí como en Calabozo se repite cordial y espléndida, siendo abrumados por la fina cortesía y cultura del Coronel Julián Carreño y de Don Hilario Mondragón, secundados por sus gentiles y distinguidas esposas. Tales personas rodearon nuestra permanencia en el Hato de grandes comodidades; servíasenos rica mesa, y junto con los gajes de la más alta educación, nos colmaron con los cuidados y atenciones que a diario gozamos en nuestros hogares.

La casa se encuentra situada sobre un médano, es decir sobre una ligera elevación de la llanura, alta de pocos metros sobre las tierras circundantes, formados o constituidos por un terreno de finos granos arenosos, muy permeables, permaneciendo secos cuando en la época de lluvias se inundan las demás partes de las llanuras. Sobre ellos se edifican las casas y dependencias, y se instalan las queseras. Dista la casa 66 kilómetros de su lindero Noreste colindante con el Hato Herrera. Ocupan las tierras de la antigua propiedad de los Mier y Terán, ciento

ochenta leguas cuadradas de superficie donde pacen más de cien mil reses, recorren sus extensiones numerosas yeguadas y vive y pulula en tierras y aguas, la más rica y variada multitud de aves y otros animales salvajes. En sus caños, y en las grandes reservas de agua de sus tapices —que así llaman los llaneros a los poco profundos declives del terreno donde se conserva el agua del invierno para los ardorosos y secos días del verano—, se crían innumerables babas y caimanes, en amenazador contubernio para el hombre, de caribes y rayas.

Tres días interrumpidos por la lluvia pasamos en la Rubiera haciendo estudios referentes al paludismo y a la anemia intestinal, haciendo abundante recolección de muestras de sangre, y gran número de autopsias de animales salvajes, habiendo podido reconocer en estas operaciones la infección del chigüire y del venado, por tenias especiales y probablemente desconocidas, acopiando de este modo materiales para su ulterior estudio. Mucho sentimos no encontrar, dada la época, ningún caballo enfermo con derrengadera, pero sí recogimos la desfavorable opinión reinante allí contra la eficacia del Bayer 205. Dicho preparado que ya ha salido victorioso de las más rudas experimentaciones, y cuyo éxito contra la derrengadera es cosa harto conocida y aceptada en todas partes; fue aplicado incorrectamente y de manera tan mortífera ya como preventivo, ya como curativo, que gran número de caballos perecieron. Se les inyectó de una vez, dosis dobles del 205 Bayer a las que aplican en una semana, y en dos o tres veces, lográndose así la rápida muerte de los animales por intoxicación aguda con nefritis.

EL REGRESO

Nuestra vuelta a Caracas la iniciamos el Viernes Santo a las 8 de la mañana, no sin sentir el despedirnos de aquellos amables moradores, y luego de dar la última mirada a los circundantes paisajes que tantas grandiosas emociones estéticas nos habían producido. A poco de dejar La Rubiera, nuestro auto sufrió una avería de tal importancia, que allí mismo fue puesto a remolque del Brockway, tarea difícil y penosa a lo

largo de aquella vía reblandecida, y llena de pozos por las fuertes lluvias que habían seguido a nuestra llegada. En tales condiciones, nos vimos obligados casi de continuo al arrastre de los autos a fuerza de brazos; y en el paso del Caño del Caballo, hasta donde nos acompañó el Coronel Carreño, la tarea fue especialmente larga y fatigosa. Ya del otro lado continuaron los mismos inconvenientes, vencidos por el común esfuerzo y voluntad. Estas extrañas faenas a que nos veíamos obligados, daban lugar a pintorescas escenas y a vocingleros comentarios, aceptando con entusiasta alegría la aspereza de aquellos trabajos. Cerca ya de media noche, llegamos al río Orinoco, y hallándolo muy crecido e infestado no tanto de caimanes, siempre peligrosos en todos los pasos de caños (lo expresa conocido refrán), pero, de los que nos habíamos habituado a no temer mucho, como de caribes y rayas. Para evitar el casi seguro riesgo de ser heridos por estos, se resolvió, y así lo hicimos, pasar el resto de la noche en las montuosas márgenes del río, lo que dio ocasión de dormir a la intemperie, en plena selva, y de iniciarnos en los secretos del amarre y disposición de nuestros chinchorros, y sobre todo de gozar de las vivas y múltiples emociones del amanecer en aquellos sitios, llenos de los misteriosos encantos de la vida animal que se despierta bulliciosa, y de los mil confusos ruidos que armonizados por la distancia y el conjunto, hacen vibrar el selvático ambiente con las agrestes notas de una extraña y salvaje sinfonía. Habiendo aumentado durante la noche la crecida del río, resolvimos retroceder unas tantas leguas para vadear el río por el paso de Galvis, atravesando el Hato "Becerra" del señor José Gorrín, donde tomamos el desquite de la sed que habíamos padecido, y que muchas veces calmábamos con el agua fangosa de los caños; bebiendo hasta saciarse y haciendo abundante provisión de la fresca y pura agua que abundantemente extrae del acuífero subsuelo de aquellas llanuras, un recién montado molino de viento. Llegamos al vado de Galvis al mediodía, y luego del inevitable contacto con los caimanes, pudimos pasar los automóviles, ofreciéndose para algunos la ocasión de demostrar sus habilidades con la curiara y el canalete. Aquí terminaron nuestras fatigas, que habían sido enormes aquel día por haber caído en frecuentes atolladeros, y tenido que pasar los carros "halando mecate" sin cesar, a

través de charcas del calibre de la del "Pozo del Uvero". En el trayecto bordeamos la laguna de "Los Tres Moriches", donde es tradición que acampara el Libertador la noche que precedió a su ataque contra Calabozo defendido por Morillo, y del que éste escapó de caer prisionero o muerto por el veloz correr de su caballo. A media tarde llegamos a los baños de La Misión de Abajo, en cuyas tibias aguas se hundieron con delicia nuestros fatigados cuerpos. De allí a poco entramos a Calabozo donde tuvimos la satisfacción gratísima de encontrar a nuestro infatigable botánico, doctor Pittier, quien nos había precedido la tarde anterior, logrando vadear el Orituco antes de la crecida que nos cerró el paso, y a quien por la falta de baquianos creíamos perdido en la inmensidad de la sabana. De nuevo en la casa del Coronel Rodríguez López, volvieron para nosotros las mismas exquisitas atenciones que a nuestra llegada de Caracas nos había prodigado la generosa cordialidad de su dueño, y un nuevo y espléndido banquete nos fue ofrecido.

En pie desde muy temprano, abandonamos Calabozo a las cuatro de la mañana, tomando la magnífica carretera vía del Sombrero, acompañados durante un largo trayecto por el Coronel Rodríguez López, y siempre recordaremos sus exquisitas cortesías, su fino trato y las atenciones de su Secretario privado, señor José Rafael Viso; así como las del Secretario del Estado, doctor Landaeta Llovera; las del Jefe Civil de la ciudad y las de muchas otras distinguidas personalidades con quienes queda empeñada nuestra gratitud.

Sin mayor dificultad, y a remolque de nuestro valiente camión, atravesamos el Guárico en el punto donde se construye actualmente el puente colgante más grande de Venezuela. En el Sombrero reanudamos nuestras investigaciones científicas y continuamos nuestro viaje por aquella magnífica carretera, en gran contraste con el horrible camino que a la ida habíamos seguido por equivocación vía el Rastro. Nuevos y serios desperfectos de nuestro automóvil nos retardaron considerablemente de nuestros compañeros, llegando estos a las dos de la tarde a Caracas y nosotros a las once y treinta de la noche.

En nuestra jira hemos visto y aprendido cosas muy interesantes, adquiriendo experiencia y preparación para futuros es-

tudios. Como queda dicho, la costosa excursión se ha podido realizar, gracias a la ayuda del General Juan Vicente Gómez, de la Cámara de Comercio de Caracas. Las carreteras, obras grandiosas y exclusivas del Gobierno actual, facilitan excursiones como la nuestra, larga de 873 kilómetros. Ellas hacen posible el traslado a Calabozo en diez horas, de donde en verano se puede ir a La Rubiera en cinco o seis más, todo descansadamente.

RESULTADOS DE LA EXPEDICION

Las consideraciones científicas que sugiere la Misión realizada en el Estado Guárico, por el doctor Iturbe y sus compañeros, motivo serían para un largo estudio y descripción, ajeno a nuestro breve propósito de ofrecer al público lector, los más salientes rasgos de lo que nos vino a mano estudiar y conocer, pero, la consigna de ser breve, quizás no me impida decir algo sobre las tierras recorridas, sus ventajas y oportunidades, y, sobre todo, acerca de cómo deben utilizarse los recursos sanitarios modernos contra el destructor paludismo, y contra la generalizada anemia y muerte que ocasiona el Anquilostomo duodenal, descubierto entre nosotros por nuestro malogrado Rafael Rangel, a cuya trágica memoria pagamos sincero tributo de justicia como sabio compatriota.

LOS LLANOS DEL GUARICO

La horizontal y plana condición del suelo, interrumpido sólo por los cauces del río Guárico, del Orituco y de los innumerables caños, lagunas y esteros, junto con la presencia cerca de Calabozo de capas superficiales de arenas menudas o gruesas, de elementos lisos y arredondeados, atestiguan, junto con la existencia de dispersas masas de conglomerados, que emergen a poca altura sobre los pajonales de las sabanas más próximas a la ciudad, la existencia en edades remotas, aunque no excesivamente alejadas de los tiempos actuales, del gran lago o mar interior que en esas edades cubriera aquellas tierras,

de arenas y guijarros alisados por frotamiento. Los conglomerados por su singular formación geológica, acusan o demarcan la línea del remoto litoral, y por ellos y otros indicios se podría delimitar el contorno de las antiguas riberas.

La arcilla de la sabana es roja, ferruginosa, y en los lugares bajos aparece cubierta de tierra vegetal. En el talud del Caño del Caballo, se observa una capa o estrata de tierra negra bajo la roja actual de la superficie, no existiendo en la altura de ocho metros que mide el talud, ninguna capa de sedimentos arenosos, y mostrando tan sólo una sucesión de capas arcillosas. No es posible encontrar a través de la infinita extensión de los Llanos ninguna clase de rocas, ni la más pequeña piedra, y éstas sólo existen en las casas, importadas de remotos lugares de la República, y destinadas a los usos domésticos de moler maíz, etc. Fuera de la estación de las lluvias, llamada de invierno, en la que cae el agua en abundancia y se inundan las sabanas, haciéndose entonces el tráfico en bongos y curiaras, la tierra experimenta la prolongada sequía del llamado verano. Estos extremos de excesiva sequedad y de intensa humedad, ocasionan un ritmo alternativo en los trabajos de los llaneros, teniendo cada estación sus características peculiaridades. Pero aquí, como en otras partes, la chispa divina de la inteligencia del hombre puede remediar los estragos de la sequía mediante la elevación y utilización de las aguas del subsuelo. Existe una abundante reserva de esas aguas por todas partes. En Calabozo, en los pozos abiertos que estudié, el agua se encuentra a siete metros cuarenta centímetros de profundidad, no variando mucho el nivel de ellos. En algunos puntos, como en los pozos naturales utilizados para el baño de las gentes en el lugar de Las Misiones de Abajo, las aguas subterráneas allí al descubierto acusan una moderada corriente. En La Rubiera, el pozo que provee al abastecimiento de la casa, construido por su actual progresista dueño, mide tan sólo cuatro metros escasos de profundidad. Con tales recursos acuíferos, queda abierto al campo para las labores agrícolas de los Llanos, constituyendo esas ricas tierras un granero de reserva capaz de suplir con sus frutos a toda una Venezuela de población veinte veces mayor que la actual. Aun cuando en años anteriores, no tuve la suerte de con-

vencer a nadie acerca de la fácil utilización de las aguas del subsuelo, a pesar de exponer y demostrar los resultados prácticos obtenidos en la costa sur de Puerto Rico, donde florecen los más gigantescos Centrales de caña de azúcar, gracias tan sólo a la elevación de las aguas bajo tierra, he visto y aplaudido los resultados obtenidos por la iniciativa del General Gómez en sus haciendas de Maracay, y espero que pronto se generalice el empleo de adecuadas instalaciones hidráulicas en toda la República, y desaparezca así la rémora principal, que por ausencia de aguas superficiales, ha venido sufriendo la agricultura del país.

CUESTIONES SANITARIAS

La anemia tóxica ocasionada por el anquilostomo en los Llanos, donde como dejo dicho, el grado de infección es elevado y alcanza el 97 por ciento, puede ser combatido eficazmente por el tratamiento adecuado, por cierto fácil y de escaso costo para los enfermos; y sobre todo, imponiendo como medida higiénica de real efectividad, la construcción de letrinas del tipo más económico, cual es el de un simple hoyo cubierto a ras del suelo por un piso de madera con un capaz agujero central, el todo cercado y techado por troncos y hojas de palmera. Nada de esto pudimos observar en las casas y ranchos que visitamos... excepción hecha de La Rubiera, donde nada falta.

Contra el destructor paludismo, la lucha se simplifica en gran manera dada la escasa y harto diseminada población. En primer lugar, el tratamiento intensivo y racional de los casos, se hará principalmente durante la estación seca, para prevenir los brotes y propagación de las fiebres en el período de las lluvias, que es cuando aumentan de modo prodigioso los zancudos que transportan el germen del paludismo. Para ello la adecuada y barata administración de la quinina, de preferencia exclusiva sus sales ácidas, y entre ellas el clorhidrato o muriato de gran solubilidad en el estómago y elevado tenor de quinina. Debe ésta usarse generalmente por la boca, porque muy rara vez el estado del estómago de los enfermos,

o la extrema gravedad de la fiebre palúdica pueden justificar el empleo de la quinina en inyecciones. Cuando se presenta este caso extremo, debe diluirse siempre la ampolleta de quinina en cincuenta a cien veces su volumen de suero artificial, o simplemente en agua hervida, debiendo evitarse siempre y en todo caso las inyecciones, sobre todo si se usa de las soluciones concentradas de las ampolletas usuales. La inyección debe ser intramuscular o mejor intravenosa y nunca bajo la piel. Está demostrado que en la gran mayoría de los casos se obtiene igual resultado con la quinina por vía bucal que por inyecciones.

Con la plasmoquina, novísima droga que ha dado brillantes resultados, y viene, como los arsenobenzoles en la sífilis, a hacer más hábil y efectiva la destrucción en los palúdicos de las formas sexuadas, y otras que tanta resistencia oponen a la acción aislada de la quinina, la lucha contra el paludismo cuenta con un auxiliar poderoso.

Pasemos ahora a tratar brevemente de lo que siempre vale más y es mejor, más seguro y más barato que el curar los males: prevenirlos. Siendo el hombre el ser o el huésped que aloja definitivamente en su bazo y en su sangre el germen del paludismo, para protegerlo se emplean dos medios: Aquel que se refiere al hombre en sí, y el otro que atañe al exterminio del zancudo inoculador de la enfermedad, y el único y exclusivo causante de ella. Para servir a lo primero: la protección del hombre, se recomienda el uso razonable e inteligente del mosquitero; la protección cuando sea posible de las casas por tela metálica; el huir de los depósitos de agua criaderos de zancudos; evitar ser picados por ellos a la salida y puesta del sol; evitar permanecer durante el día en lugares sombríos, y por fin, el adecuado uso de la quinina como preventivo, en la que hay que creer lo más posible aunque sin exigirle infalibilidades como curativa o preventiva, pues Medicina o Biología no son Matemáticas.

El segundo medio de lucha que es de pura higiene o profilaxia, consiste en tratar de destruir el zancudo no en su forma adulta o voladora, que es más difícil, como se comprende fácilmente, sino en su forma de desarrollo o larva. Para este

efecto, la petrolización de depósitos de agua, charcas y lagunas, puede intentarse junto con la desecación y drenaje de los mismos. Pero los usos del agua para alimentación de hombres y animales, el cuidado hacia los seres necesarios al hombre y a la economía biológica de la tierra, así como lo imposible y utópico del sistema en los casos de enormes superficies conteniendo agua, proscriben o restringen su general empleo. Pero nada hay que pueda restringir ni disminuir siquiera el uso del último procedimiento de exterminación de las larvas de los zancudos, ya que el ínfimo costo de la sustancia empleada, y su inverosímil facilidad de aplicación, le ha dado rápida y definitiva entrada en la lucha contra el zancudo, es decir: contra el paludismo. Me refiero al Verde de París, del que basta tan sólo mezclar un gramo con cien de polvo de los caminos, y esparcirlo sobre el agua para destruir las larvas del zancudo en cuatrocientos metros cuadrados, sin que pueda perecer ninguna otra forma de vida inferior o superior. Procediendo con el verde de París a la formación de una faja de exterminio de un kilómetro de ancho alrededor de una población, sus habitantes podrán considerarse como protegidos contra los anofeles o zancudos transmisores del paludismo.

Un punto último e importante que atañe de cerca a la lucha contra las fiebres palúdicas, debiera considerarse, y es éste: el prohibirse en absoluto la circulación o venta de todo remedio o patentado nacional o extranjero que pregone virtudes como curador o preventivo del paludismo. La nación está invadida por innumerables preparados que se atribuyen semejantes resultados. Todos son malos, o por lo menos inadecuados contra las fiebres; unos por las clases de sales de quinina que contienen, otros por lo bajo de las dosis recomendadas, o por la disparatada asociación de la insuficiente quinina con toda clase de drogas que la hacen inactiva o repulsiva en su empleo, y otros en fin por lo poco adecuada de la forma de administración, lo que junto con la pequeñez de la dosis perjudica altamente al enfermo, y sólo beneficia con su comercio a fabricantes y vendedores sin escrúpulo ni patriotismo. Igual y aún mayor especulación y engaño se realiza con la escandalosa venta de los llamados "depurativos" contra la sífilis, etc. La inmediata cancelación de los respectivos permisos para la venta

en la República de tales falsedades pseudo-terapéuticas, y aún de muchísimas otras que conocemos, sería de incalculable utilidad para la salud del pueblo y para la economía del país, que por ese concepto gasta enormes sumas anuales con beneficio de los especuladores con la vida y credulidad de las gentes.

Distancia total recorrida por la misión Iturbe a la ida

De Caracas	a Cagua	Km.	89
" Cagua	" Guaduas		17
" Guaduas	" Villa de Cura		6
" Villa de Cura	" La Puerta		19
" La Puerta	" S. Juan de los Morros		7
" San Juan	" El Salto		22
" Salto	" Uverito		11
" Uverito	" Placeres		6
" Placeres	" Parapara		1
" Parapara	" Los Robles		8
" Los Robles	" Cañafistola		2
" Cañafístola	" Ortiz		2
" Ortiz	" Veladero		6
" Veladero	" Los Caminos		2
" Dos Caminos	" Morrocoyes		19
" Morrocoyes	" Matapalo		9
" Matapalo	" Platanito		6
" Platanito	" Caimán		4
" Caimán	" Yegüera		3
" Yegüera	" Mapurite		8
" Mapurite	" Las Lajas		5
" Las Lajas	" El Rastro		12
" El Rastro	" Calabozo		21
" Calabozo	" Paso Juan Arvelo del Orituco		19
" Paso Orituco	" Estero de "La Iguana"		23
" La Iguana	" Herrera		19
" Herrera	" Lindero de la Rubiera		3
" Lindero de la Rubiera	" Caño de "La Vaca"		11
" Caño de "La Vaca"	" Caño del Caballo		11
" Caño del Caballo	" Corral Viejo		23
" Corral Viejo	" Casa de La Cruz (La Rubiera)		18
	Total	Km.	412

Al regreso

De La Rubiera	a Calabozo	Km.	116
" Calabozo	" El Sombrero		78
" El Sombrero	" Ortiz		88
" Ortiz	" Cagua		101
" Cagua	" Caracas		89
	Total	Km.	472

VEGETACION

(NOTA POR H. PITTIER)

Es difícil, por no decir imposible, aún para un experto, darse cuenta en una sola expedición de la riqueza de la flora llanera. Nuestra visita se efectuó en la peor época, botánicamente hablando, cuando la vegetación de los pajales y de las sabanas estaba sumida en su período durmiente o de reposo, y los árboles apenas empezaban a echar sus primeros brotes. Los escasos datos recogidos tampoco pueden suplementarse con los recogidos por viajeros anteriores, pues, no obstante los celebérrimos viajes de Humboldt y Bompland, de cuyos resultados florísticos muchos tienen una idea exagerada, apenas conocimos una docena de especies del Bajo Llano, amén de las pocas conocidas a lo largo del Orinoco por viajeros posteriores.

Pudimos fácilmente darnos cuenta, sin embargo, de la extraordinaria riqueza de la referida flora, no sólo en lo referente a plantas herbáceas, sino también en cuanto a las especies arbóreas que pueblan las matas y las selvas de galerías a lo largo de los ríos y caños. Para no abusar del espacio ni fatigar la atención de los lectores, nos limitaremos a una reseña muy breve de lo que hemos visto.

Aunque los Llanos de Venezuela empiezan ya al pie de las galeras, a pocos kilómetros al sur de Ortiz, con la aparición de la famosa palma llanera (*Copernicia tectorum* Mart.), no es sino en las aproximaciones de Calabozo donde empiezan a asu-

mir su verdadero carácter, el que alcanza su mayor y más impresionante desarrollo en las llanuras de horizonte casi ilimitado de la Iguana y de La Rubiera. Vastas sabanas, entrecortadas por caños ribeteados con angosta faja de monte alto por encima de la cual emergen las cabezas de los moriches (*Mauritia*), o interrumpidas por selvas formadas casi exclusivamente de palma llanera, se suceden sin interrupción en el trayecto de cerca de cien kilómetros entre el río Orituco y la Cruz Rubiera. A lo largo de los ríos y caños principales, la selva de galería se ensancha y su vegetación se vuelve más variada, aunque el soto consiste principalmente en el espinoso sajadito (*Randia mitis* L.) cuyas flores blancas, parecidas a las del cafeto, estaban empezando a abrirse en la fecha de nuestra visita. Los árboles de los cuales pudimos recoger especímenes y los que simplemente anotamos, constan de unas cuarenta especies, entre las cuales las más notorias son el aceite (*Copaifera officinalis* Willd), que nos pareció más común en la inmediata proximidad de Calabozo; el araguaney (*Tecoma chysantha* D. C.) cuyas gloriosas coronas cubiertas a profusión con áureas corolas, resplandecían por todos los horizontes, desde las vegas del río Orituco hasta más acá de El Sombrero, en cuya vecindad empieza a aparecer el menos aparente curarire (*T. serralifolia* D. C.), del mismo género. El caro (*Entorolobium syelocarpum* Griseb), el algarrobo (*Hymenaea Courbaril* Aubl), el camoruco (*Sterculia carthagenensis* Cav.), el samán (*Samanea Saman*, Merrill), el olleto (*Lesythis* sp.), y la ceiba (*Ceiba pentandra Gaertn*), especies todas coposas que sirven a menudo de abrigo y a veces de alimento a los ganados, son más bien especies sabaneras, de frecuente ocurrencia en los lugares de suelo más rico. En las arcillas escasas de humus, están muy esparcidos, aunque ubícuos, la curata (*Curatella americana* L.) y el chaparro manteca (*Byrsonima ferruginea* Juss.). El mal llamado roble (*Platymiscium polystachyum* Benth), que no es roble ni se le asemeja, parece esparcido por todo el Llano, así como el ciruelo (*Spondias purpurea* L.), el bototo (*Cochlospermum vitifolium* Spreng.), y muchas otras que omitimos por no alargar la enumeración.

Es de notarse que entre Ortíz y Cruz de Rubiera, en un trayecto de unos 250 a 300 kilómetros, la vegetación dista mucho de ser uniforme. Se observa un cambio gradual, tanto en su composición como en su estado de desarrollo. Había mucho más árboles con flores en las últimas prolongaciones del Llano, entre El Sombrero y el puente de la Caimanera, y entre ellos se hacía notar por su abundancia una Ocnácea de flores amarillas muy abundantes con cinco ovarios uniovulados los cuales se desarrollan en forma de estrella de 2 a 5 drupas. Pertenece este árbol característico al género *Ouratea* y es tal vez la *Ouratea caracasana* descrita por Planchon, aunque por ser este árbol, como muchos de la región, de flores y frutos precoces, esto es, que aparecen antes que las hojas, no se puede concluir por ahora la determinación.

A todos los partícipes de la expedición les llamó mucho la atención el *matapalo,* que se desarrolla en los estípites de la palma llanera y acaba por estrangularla sin posible salvación. En varias obras, puede leerse que esta mata asesina es el *Ficus dendrocida,* descrito por Kunth sobre muestras recogidas por Humboldt y Bompland en la parte setentrional de Colombia. Pero ciertamente no es así, y se trata sin duda de una especie nueva. Los frutos de largos pedicelos y del tamaño de un garbanzo, son del color de las uvas de mar cuando maduras, y comestibles, siendo su sabor muy agradable.

Podrían extenderse mucho estas notas, pero juzgamos preferible concluir aquí, habiendo esbozado casi todo lo que se ha podido notar por los expedicionarios. Sin embargo, no podemos dejar de mencionar el hecho interesante de los depósitos eocenos que se encuentran aquí y allá en el Llano, y que contienen en sus capas de areniscas, plantas y algunas veces animales fósiles. Entre estos yacimientos uno de los más ricos es el señalado por el señor ingeniero doctor Ruíz, encargado de la construcción del puente del Guárico en El Sombrero. Fue descubierto en el curso de las excavaciones efectuadas para la referida construcción, y de los restos de plantas examinados, dos hojas de Dicotiledóneas y un tallito perteneciente tal vez a una Ciperácea (Monocotiledónea), puede concluirse que las areniscas en cuestión son productos de sedimentación en la-

gunas o pantanos de agua dulce, cuya frecuencia y poca extensión están indicadas por el aislamiento de los depósitos y su esparcimiento en casi todo el Llano.

AL CAPITULO VI

INFORME DE LA ENFERMEDAD DE LAS BESTIAS CONOCIDA VULGARMENTE EN LOS LLANOS DE VENEZUELA CON EL NOMBRE DE DERRENGADERA O DESLOMADERA

Del resultado de una encuesta sobre la derrengadera promovida por el Dr. C. J. F. Carrón de Villards el año de 1856, transcríbese aquí el informe del Dr. Anacleto Llamozas, médico residente para aquel entonces en Calabozo, por ser el documento científico más antiguo y completo que hemos encontrado sobre el mortífero azote de la raza caballar en los Llanos venezolanos, donde su furia devastadora se extiende aun en nuestros días más y más.

Historia.—Esta enfermedad es para los animales lo que el cólera para la humanidad. Caprichosa en sus apariencias, funesta en su marcha, misteriosa en sus causas, ataca a veces aquellos lugares que parecen más favorecidos por la naturaleza, por la salubridad del clima, la abundancia de los pastos y la riqueza de las aguas; ya atravesando largas distancias perdona en su tránsito los más copiosos hatos para irse a cebar con despiadada furia en otros, cuyos dueños se holgaban un día antes contemplando sus numerosos rebaños, ya trazando una línea de devastación, la señala en una dirección no interrumpida sin detenerse a contar sus víctimas; ya fijándose en un punto irradia su maléfica influencia describiendo una circunferencia de exterminio y desolación.

Desconocida en este país, que recuerde la historia, hasta el año de 1826 en que hizo su primera aparición en la Provincia

de Apure, dejó creer por el tiempo que allí se estacionó que el río que da su nombre a aquella sección de la República, sería el linde que demarcaba su carrera; pero hacia el mes de octubre de 1833, en cuya época principia a retirarse el invierno, o sea la estación llamada impropiamente tal en nuestro país, se presentó en las tierras de "Banco Largo" jurisdicción del cantón Calabozo, haciendo los mayores estragos. De allí, aunque lenta pero siempre terrible, extendióse en todos aquellos llanos que son hoy pertenecientes a esta Provincia, exceptuando, sin embargo, muy determinados lugares altos, secos y de escasa vegetación que no obstante mantienen un número considerable de bestias, y han tenido el privilegio de ser favorecidos. Y si bien es cierto que se ausenta de algunos hasta durante un dilatado período, no lo es menos que vuelve a ellos a ensañarse con nueva furia sin perjudicar en nada a algunos hatos colindantes divididos apenas por una línea convencional. Así continúa todavía sin que los cálculos mejor establecidos, ni los muchos remedios que la desesperación ha podido aplicar, hayan bastado a combatir con éxito completo sus trascendentales consecuencias.

Invasión, síntomas y marcha.—La Derrengadera ataca regularmente precedida de tristeza o abatimiento y cansancio. Las alas que forman la apertura de la nariz, se dilatan y contraen fuertemente manifestando la excitación febril de la respiración. Nótase que en algunos casos, estos primeros síntomas vienen acompañados de poliuria. Contráense también y quedan rígidos los músculos gran serrato, oblícuo y vasto externos y fascia lata, dándole un aspecto entumecido, lo cual se observa más, señaladamente en los ijares. En otros casos nótanse repetidas convulsiones o sacudimientos en el tronco. Las orejas rígidas también se dirigen hacia adelante, la marcha es fatigada y el animal retrocede con gran dificultad; en un período más avanzado, cruza al andar los cuartos posteriores y es imposible hacerlo ejecutar aquel acto sin que venga a tierra. El corazón late con fuertes impulsos y el estado febril se marca por la dilatación de las venas yugulares, la frecuencia de las pulsaciones arteriales y el calor aumentado de la piel, erizada ésta, dificultando los actos de la evacuación de la orina y materias fecales, hasta el punto de hacerse imposible

especialmente lo último. No es raro que pasándole la mano con fuerza a lo largo de la columna vertebral, sienta un dolor más o menos intenso en la parte posterior, y es cosa que llama la atención del observador que síntomas tan alarmantes vayan acompañados de un apetito natural, pues a pesar de hallarse derribado no deja de pastar en derredor. Estos síntomas se desarrollan: el enflaquecimiento progresa a consecuencia de la escasez de los alimentos y del agua, que no puede por sí solo proporcionarse, y del cuarto al quinto día, la muerte sobreviene. Mas, procurando prevenir oportunamente estas necesidades, se consigue dilatar el término fatal, hasta el fin del tercer septenario, y no pocas veces hasta después.

Uno mismo es el orden con que casi siempre se presentan los síntomas referidos; ha habido sin embargo algunos años como el de 1833 y 34, en que la epidemia atacó con tal fuerza, que los animales caían de súbito y perecían dentro de las 48 horas siguientes.

Tal es el modo con que aparece y se desarrolla hoy esta epidemia que, gracias a causas que aún son desconocidas, ha aminorado su intensidad notable, aunque lentamente; y es de ello una de tantas razones la de que hoy puedan señalarse los prodromos que la preceden y los demás síntomas concomitantes que se dejan apuntados. Mas, no ha desaparecido como un principio sin excepciones, la manera como se ha dicho se presenta esta enfermedad, pues otros síntomas acompañan a la forma que se llama vulgarmente encanijamiento, y que no por tener otra denominación deja de ser la misma en las fatales consecuencias que apareja. Entonces el animal se entristece, pierde el apetito, entorpécense sus movimientos, su piel se eriza y se deslustra y el marasmo sobreviene presentándose luego el remarcable síntoma de la deslomadera, sube de grado el calor, precipítanse con violencia las palpitaciones del corazón, y la muerte es la terminación regular. A esta forma, que no deja de ser común, puede aplicarse con gran seguridad de acierto una abundante sangría de la yugular.

Otra enfermedad ataca con frecuencia a las bestias en los Llanos, que no debe confundirse con la ya descrita, y es la llamada "Hermosura", que cuando se sitúa en la garganta deno-

minan Papera. Es sólo una fortísima erisipela que indeterminadamente se fija en cualquier parte de la piel, y cuyo tratamiento se reduce a la cauterización por medio del hierro candente y a la untura subsecuente de grasa, con la cual se contiene las más veces el progreso del mal.

Terminación.—Es casi siempre en la derrengadera la muerte, muy raros son los casos de excepción, y cuando esto tiene lugar, queda el animal afectado en sus libres movimientos de los cuartos posteriores, lo que le impide recular con facilidad; esto es causa de que permanezcan enteramente inmóviles por uno o más años, al cabo de los cuales suelen prestar muy pequeños servicios. De aquí la consecuencia de que es dilatada la convalescencia y deficiente la curación.

Etiología.—Caballos castrados, yeguas, caballos padres, mulas, potros y burros, este es el orden de preferencia en la invasión del mal, que se ceba con más frecuencia en aquellos que por su gordura y lozanía parecerían deber estar más exentas de él; a lo cual debe atribuirse que las que se hallan en servicio diario estén más preservadas. Puede asentarse que la predisposición al mal está en razón directa de la edad.

Y no es solamente a la raza caballar a la que ataca la deslomadera. Otras también son víctimas de esta enfermedad, y sobre las cuales se ha detenido poco la atención del hombre, por la poca utilidad que ellas le redundan. Tales son: el chigüire (orden de los roedores) género cabiaris; la báquira (orden de los pachidermos) género tapir; el venado (orden de los rumiantes) género de los ciervos; el zorro (orden de los carnívoros) género del perro; el caimán (orden de los lagartos) familia de los cocodrilos, género de los aligator; el araguato (simia Urs) género de los aluates; siendo de advertir que el primero que es un anfibio se encuentra derrengado con abundancia en las márgenes de aquellos lugares que se hallan azotados por la epidemia, y hay quien asegure que la deslomadera se observa primeramente en los Llanos de Venezuela en el último; así como es un hecho incontestable que aún no se ha observado ningún caso en el ganado vacuno.

La estación en que más se desarrolla este mal es la del retiro de las aguas, la cual hace que sea una de tantas causas

las miasmas pútridas y pestilentes que se desprenden de los depósitos de aguas estancadas acompañadas de la putrefacción animal y vegetal.

Antagomía Patológica.—El que este informe escribe no ha tenido aún la oportunidad de hacer autopsia de un animal derrengado, sin embargo de que muchos han sido sus esfuerzos por practicarla, pero un ilustrado comprofesor que habita en cada ciudad, lo ha verificado algunas veces, y, según sus informes, ha encontrado la médula espinal sumamente inyectada de sangre, de un color rojo muy pronunciado en el punto en que los filamentos nerviosos se desprenden para formar la cola de caballo, sin que en las demás vísceras notase alteraciones particulares.

Tratamiento.—Multiplicados han sido los medios escogitados en estas llanuras para la curación de esta enfermedad. Las sangrías generales, los purgantes, cauterizaciones, sedales, el huaco y el limón, interior y exteriormente, y otros muchos de que el empirismo ha hecho uso, han sido otros tantos desengaños que han frustrado las esperanzas de los criadores. El informante ha tenido la oportunidad de tratar con buen resultado un caso de deslomamiento. Dos sangrías generales abundantes, un purgante drástico, un sedal en cada flanco, seis moscas con el cauterio actual a lo largo de la columna vertebral, frotaciones sobre aquellos con la pomada mercurial doble a fuertes dosis, baños de vapor, aplicación de los vapores del agua de amoníaco a las narices, cobertores de lana al tronco, y la extracción de los excrementos artificialmente. Este animal que es el único que ha podido tratar ayudado de una buena asistencia, vivió tres años en buen servicio.

Contagio.—Es opinión de algunos criadores que la derrengadera es contagiosa, pero observaciones hechas con interés han demostrado lo contrario. En efecto: tratándose de una enfermedad que se propaga en distintas direcciones, que cambia antojadizamente de sitio, que salva a veces largas distancias, que parece escoger estudiadamente sus víctimas, perdonando otras en quienes concurren las mismas circunstancias, sería obrar sin prudencia atribuir al contagio efectos que sólo pertenecen al modo caprichoso de desenvolverse la epidemia, y

elevar a la categoría de una verdad demostrada, lo que no es sino el resultado de meras coincidencias. El hecho de que en una posesión el mal causa grandes estragos, y de que unos hatajos sean preferentemente escogidos, sólo demostraría que el lugar donde esto acontece está infestado y de que los animales todos se hallan bajo la misma influencia, principalmente aquellos que por costumbre pastan y beben a inmediaciones del foco de infección.

Un hatajo perteneciente al señor Elías Cousin, pastaba en lugares en que la deslomadera traía una verdadera mortalidad. Su dueño, temiendo su completa destrucción, al notar que algunas bestias habían perecido, resolvió trasladarlas a otro lugar lejano donde el mal no existía. Un mes después este mismo hatajo fue invadido, y muy señaladas fueron las bestias que se libertaron, sin que las demás que se encontraban en aquellas sabanas sufriesen en nada. Observaciones de igual naturaleza y de las cuales podría hacer mérito en este lugar, prueban hasta la evidencia que la deslomadera no es contagiosa, y conducen asimismo a creer que hay en ellas un período de incubación por lo menos de un mes.

Naturaleza.—De lo expuesto aquí se desprende el conocimiento de que la derrengadera es una mielitis. Esta inflamación se sitúa en el punto donde la médula espinal principia a dividirse para formar la cola de caballo. El punto rojo o inyectado de aquella parte, la fiebre, la parálisis de los músculos que reciben su influencia nerviosa, y la de la vejiga y recto y demás síntomas ya descritos, son la prueba de dicha conclusión.

¿De qué modo se produce? Es una cuestión que para ser resuelta sólo requiere con probabilidad de acierto que detenidamente se examine uno de sus primeros síntomas: éste es la fiebre. Y aquí se atraviesa otra cuestión de aquélla derivada, a saber: ¿Es la fiebre primitiva o sintomática? La observación responde en parte a esta pregunta: La derrengadera ha precedido en su marcha de Sur a Norte a las fiebres intermitentes del país. Ella se desenvuelve especialmente en los lugares bajos y cenagosos, su desarrollo parece guardar proporción con aquéllas; y finalmente, la primera aparición de ambas

enfermedades en las comarcas que han invadido, han presentado siempre mayor intensidad, siendo de notar en la que a los hombres ataca, que en estos casos son casi siempre remitentes, y es uno de sus síntomas más notables el de un agudo dolor en la cintura. ¿Sería pues discurrir con ligereza atribuir a la deslomadera las mismas causas que producen las fiebres remitentes, modificándose en ellas según la naturaleza de cada organismo? Y que si en el hombre es el bazo el órgano particularmente congestionado, lo es en el caballo la médula espinal. Estas fiebres en los animales no serían otra cosa que una disposición inflamatoria en la masa de la sangre motivada por su espesamiento; no pudiendo circular con libertad como en el estado normal, se detiene en aquellos vasillos que por su reducida cavidad no pueden darle paso, produciendo así su acumulación o influjo en estos puntos y constituyendo un principio de inflamación. Detenida así la sangre, comprime la substancia medular, produce la parálisis, y dando origen a un reblandecimiento o un abceso conduce a la muerte. Las fiebres son tanto más peligrosas cuanto mayor sea la predisposición del animal al desarrollo de una inflamación; a la elección que ésta haga de un órgano importante para la vida y la dificultad de devolverse. Por qué esta inflamación tiende a situarse en la cola del caballo con preferencia a órganos tan vasculares como ella, es una observación que presta materia para distintas consideraciones extrañas a este informe.

Calabozo, diciembre 13 de 1856,

(Firmado) *Anacleto Llamozas*

Es copia, El Secretario de la Gobernación,

José L. Requena.

Es copia

Carlos L. Castelli

AL CAPITULO XXIII

INCIDENTES DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

No es muy grande la importancia de estos dos capítulos, cuyo texto en general es ya bastante conocido, porque se basa principalmente sobre lo narrado en su *Historia de Venezuela* por los señores Baralt y Díaz, a quienes Ramón Páez no vacila en copiar textualmente cuando le interesa. Mucho hubiéramos agradecido al autor, alguna novedad en la relación de sucesos tan capitales como los que trata, pero de su lectura se comprende, cuán cierta es la creencia de que la información de aquellos historiadores la hubieron en gran parte del propio General Páez, bajo cuyos auspicios se publicó la obra, y quien siempre preocupado por los juicios de la historia, a los que por sobradas razones tenía que temer, se le quiso adelantar, inspirando como queda dicho a Baralt y Díaz, y pretendiendo, por último, extraviar a la posteridad con su amañada y artificiosa *Autobiografía,* en la que su imposible pretensión no reconoció límites.

INDICE

Prólogo 9
Prefacio 16
Capítulo I / La salida 19
Capítulo II / Los Morros 31
Capítulo III / Los Llanos 39
Capítulo IV / Los llaneros 51
Capítulo V / Lances de pesca 65
Capítulo VI / Caballos salvajes 79
Capítulo VII / A través de las sabanas 89
Capítulo VIII / El Portuguesa 101
Capítulo IX / El río Apure 115
Capítulo X / Sabanas de Apure 129
Capítulo XI / El frío 141
Capítulo XII / Pájaros de mal agüero y voltúridos 155
Capítulo XIII / El rodeo 167
Capítulo XIV / La hierra 179
Capítulo XV / Plantas y serpientes 191
Capítulo XVI / Cuentos de tigres 207
Capítulo XVII / Aventuras de caza 221
Capítulo XVIII / Mata Totumo 233
Capítulo XIX / Matiyure 247
Capítulo XX / La cimarronera 259
Capítulo XXI / La caza de jaguares 269
Capítulo XXII / Los Borales 281
Capítulo XXIII / Incidentes de la Guerra de Independencia 293
Capítulo XXIV / Escenas del vado de Apurito 319
Capítulo XXV / Calabozo 331
Capítulo XXVI / Caracas 343
Apéndices 353

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

SERIE FUENTES PARA LA HISTORIA REPUBLICANA DE VENEZUELA

La Academia publicó y repartió la Serie Sesquicentenario de la Independencia que comprende desde el volumen 1 hasta el 53 de la Biblioteca. La Serie Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela comenzó con el volumen 54 y llega actualmente al 114.

La nueva Serie comprende:

Vol. 1-2. *Autobiografía del General José Antonio Páez.* Tomos I y II.

Vol. 3-4. *Archivo del General José Antonio Páez.* Tomos I y II.

Vol. 5. *Biografía del General José Antonio Páez,* por R. B. Cunninghame Graham.

Vol. 6. *Resumen de la Vida Militar y Política del Ciudadano Esclarecido, General José Antonio Páez,* por Tomás Michelena.

Vol. 7. *Memorias* de Carmelo Fernández.

Vol. 8. *Escenas Rústicas en Sur América o la Vida en los Llanos de Venezuela,* por Ramón Páez.

Vol. 9. *Memorias de un Oficial de la Legión Británica. Campañas y Cruceros durante la guerra de Emancipación Hispano-Americana,* por Richard Vowell.

Vol. 10. *Las Sabanas de Barinas,* por Richard Vowell.

Vol. 11. *Las Estadísticas de las Provincias en la época de Páez,* recopilación y prólogo de Antonio Arellano Moreno.

Vol. 12. *Las Comadres de Caracas,* por John B. A. Willianson.

Vol. 13. *20 Discursos sobre el General José Antonio Páez.*

Vol. 14. *Páez Visto por Cinco Historiadores.*

ESTE LIBRO SE TERMINO DE
IMPRIMIR EL DIA 16 DE MAYO
DE MIL NOVECIENTOS SETENTA
Y TRES, EN LAS PRENSAS
VENEZOLANAS DE EDITORIAL
ARTE, EN LA CIUDAD DE
CARACAS